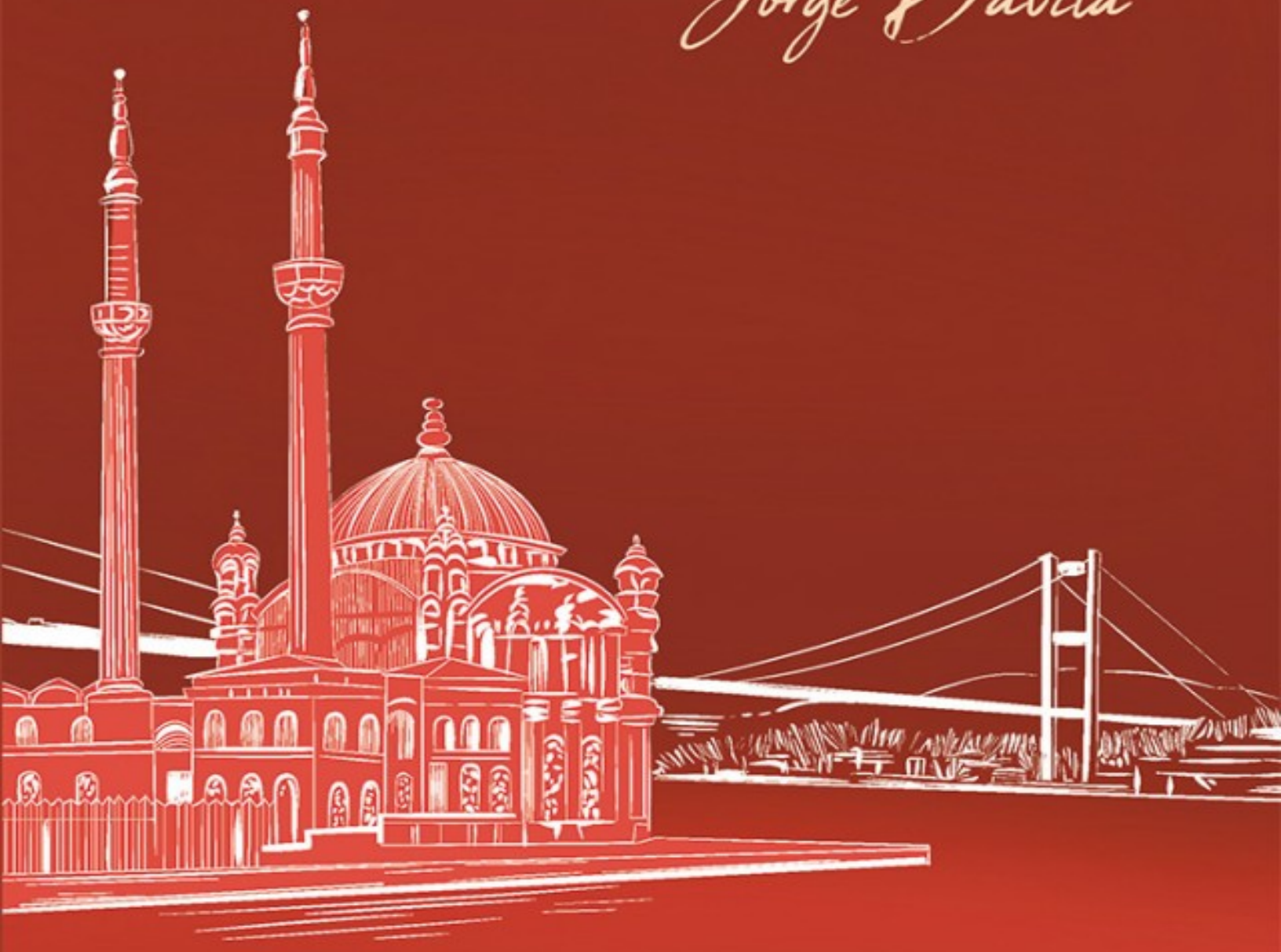
Círculo Rojo
EDITORIAL

El anillo de Faride

Jorge Dávila



El anillo de Faride

Jorge Dávila



Primera edición: enero 2026

ISBN: 979-13-7035-865-5

© Del texto: Jorge Dávila
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Dedicado a Jorge Pedro Dávila Viera y Luis Dávila Viera, dos creadores de sueños con mayúsculas,
y a las mujeres de mi vida

Ana
Leire
Laia

Pilar

Cristi
Mati
Pili

El origen

«Los objetos son los amigos que ni el tiempo
ni la belleza, ni la felicidad consiguen alterar».

Françoise Sagan

Santa Cruz de Tenerife, 27 de marzo de 2007

La mirada de una desconocida se pierde en el Atlántico. Entre sus manos protege el objeto que la mantiene unida a ella. En silencio, ajena a la imponente silueta del Auditorio de Tenerife que se alza a su espalda, aprieta el anillo que llevaba su madre el 27 de marzo de 1977, el día en el que murió Eyre Jordan. Esta es una historia de dolor y soledad que arranca la tarde en la que se desencadenó el mayor accidente que ha sufrido la aviación comercial, una ficción que no busca anidar en el drama de los familiares y amigos de los 583 fallecidos. El anillo, que unos militares de la Base Aérea de Dover (Delaware, EE. UU.) le entregaron en su domicilio semanas después de la catástrofe de Los Rodeos al ser que ahora duda si arrojarlo al mar o conservarlo como prueba de un amor indestructible, no es el mismo que va a llevar a Eve Baxter a la enigmática Estambul, pero en él se concentran esos hilos invisibles que mueven nuestra existencia de una forma caprichosa.

El anillo de Faride es el principio de todo: el aliento inicial tras morir en vida. Una prueba irrefutable de que este mundo no es tan grande como parece, un trozo de ti que un día regresa a casa cuando menos te lo esperas. Estoy convencido de que los lugares malditos no existen, pero sí los espacios en los que se quiebran emociones que recuperan el pulso en el instante en el que unos militares llaman a la puerta de tu casa para entregarte un sobre con algo que creías que se había perdido para siempre.

J. D.

Capítulo 1

«Nunca creí en la teoría de los hilos rojos, en la idea de que hay lazos invisibles que conectan las vidas de dos extraños, hasta que una madrugada apareció Eve Baxter».

Santiago

Una turbulencia hizo temblar los pechos de Eve y mis ojos buscaron la grieta que se abrió entre los botones que blindaban su blusa de raso. Durante unos segundos me entretuve contemplando la redondez de sus senos. Ansiaba ser el alpinista que muere por coronar aquellas cimas de terciopelo, el guardián que se esmera en la custodia del último tesoro. Uno de sus tirabuzones de azafrán se columpiaba cerca del encaje de un sujetador color turquesa. Mi piel hervía de lujuria. Entonces estiré la mano derecha para incrementar la potencia del chorro de aire escarchado que acariciaba mi despoblada cabeza, pero, con la tosquedad habitual, golpeé su hombro izquierdo y ella enloqueció.

—¿Hemos llegado? —resopló malhumorada y con una mirada hostil.

—No —certificó él tras ojear el reloj—. Apenas han pasado veinte minutos desde que despegamos de Madrid. ¡Vuelve a dormir!

Supongo que el señor canoso que calienta el asiento 15D, justo delante de mis rodillas, pensó que unas oraciones tan firmes solo podían tener cierta lógica dentro de la triste rutina de un matrimonio. Quizás, en un derroche de imaginación por su parte, creyó oír el moribundo diálogo de una pareja en crisis. Nada de eso. Eve no es mi novia y su nombre tampoco está anotado en las páginas de mi anémica agenda de amistades.

A los cuarenta años, en algunos casos, el cerebro humano es como el disco duro de un ordenador que dice basta. *Peta*. Se cansa de almacenar recuerdos y permite que la memoria elimine sin piedad episodios importantes de tu vida con la misma facilidad con la que el

otoño logra dejar en cueros a un árbol. Los primeros en caer siempre son los más hermosos. Los malos, los que alguna vez maltrataron a un corazón, se pudren a cámara lenta hasta que su hedor es insoportable. Mi relación con Eve es fruto de uno de esos reseteos emocionales. No sabría explicar bien cómo comenzó todo, pero no me equivoco en exceso si afirmo que su perfil lo agregué a una aburrida nómina de cibercontactos hace cuatro inviernos.

Yo era un esclavo de las redes sociales que sin querer se encadenó a un teclado que camuflaba mis imperfecciones, defectos de carrocería leves que anidaban cerca del alma. Aquellas teclas inyectaban en las yemas de mis dedos vitaminas para envalentonar a un poeta suicida.

—Ufff… —Suena un quejido hueco.

Una azafata machaca el tobillo de un pasajero con la esquina metálica del carrito del *catering* mientras me cuestiono en silencio: ¿Será pelirrojo el vello de su pubis?

No es necesario que admita un enamoramiento hacia una mujer que entró en mi ciclo vital por una extraña casualidad: dos desconocidos, una joya y una muerte inesperada. Sobre esos cimientos maduró nuestra conexión.

Eve no es la típica neoyorquina criada en un lujoso apartamento de la Avenida Lexington. Su rebeldía me saca de quicio, pero nunca me atreví a censurar tantas evasivas. Sí. Es igual de resbaladiza y testaruda que el pez que retuerce sus escamas hasta la extenuación en una lucha imposible por no perecer en el interior de una cesta de mimbre: así es la vida, una pelea sin tregua hasta la muerte.

Odia a los periodistas aunque, creo, soy una excepción. El cincuenta por ciento de mi agria existencia ha estado anudada a una redacción. Ella es fotógrafa. Trabaja de *freelance* para famosas publicaciones vinculadas con el mundo de la moda, la publicidad y ese tipo de revistas que lo mismo te venden, con una imagen a toda página, un terremoto en Haití que un viaje paradisíaco a Koh Samui, la isla tailandesa de los atardeceres malvas. Los redactores y los fotógrafos no nos llevamos bien. De hecho, más de una vez agotamos nuestros encuentros de madrugada con este veredicto: «Si tú lo dices…». Luego, solo quedaba la mudez y una espera

interminable que oxidaba mis venas hasta que ella decidía reaparecer. Recuerdo un altercado que nos distanció durante tres semanas y media.

Tonteaba con Eve como un quinceañero timorato que no arma todas sus frases por miedo a ser atropellado por el no de una adolescente que lidera una revolución hormonal, una guerra en medio de un campo de batalla minado de dopamina, oxitocina, adrenalina…

Santiago coge una cucharilla de plata y la hunde en un pequeño recipiente de cristal que contiene un tiramisú casero.

Ocurrió en los primeros meses de chateo, justo en la frontera en la que tenía que decidir si valía la pena desmontar la mentira que inflé para captar su atención o seguía reuniendo bloques imaginarios en torno a un castillo en el que Eve se sentía inmune. Habíamos superado con holgura la fase en la que confirmamos nuestra soledad. El periodo en el que escribes con aversión de un ex que no termina de diluirse, de un divorcio aún sin resolver, de un listado de personas que solo se acuerdan de ti cuando revisan la cartelera cinematográfica en las hojas de un periódico… Amistades de cena, copas y sexo que ahora se han convertido en un remedio de lo más recurrente: una *follamiga*. Un revolcón de emergencia y si te he visto no me acuerdo.

No sé si el Atlántico tuvo algo que ver, pero lo cierto es que en ese punto todavía no le había dicho a Eve que mi residencia estaba en Canarias y no en Madrid, tal y como escribí la tarde en la que le adjunté una fotografía en la que aparecía remando en El Retiro. Jamás pensé que aquel juego de críos causaría tanto dolor. Mi clave en el foro era tiramisudesvelado2001. Ella se protegía con un antifaz igual de cándido llamado tinkerbellofmanhattan (campanillademanhattan).

La sesión en la que decidí sincerarme y confesar que las arterias de mi piso de soltero no estaban conectadas con la Puerta del Sol, sino con Tenerife se interrumpió con una réplica demoledora.

tinkerbellofmanhattan: Mi madre murió en Tenerife.

Un pasajero estaciona el culo de un bebé descompuesto delante de mi nariz antes de emprender la huida hacia uno de los servicios situados en la cola del avión. ¡Dios, qué ingredientes llevarán esos potitos para que esas criaturas fabriquen un perfume tan asqueroso! ¡Mi niño, va cagado hasta los ojos! (medita mientras evalúa el inocente rostro del menudo). A veces, creo que en algún recoveco de mi cuerpo hay un imán que arrastra hacia mí a los enanos con los que comparto nubes. Un día me toca el niño de la trompeta, otras veces el niño llorón y en más de una oportunidad coincidí con el niño que torturaba mis riñones pateando el respaldo del sillón. Hoy me ha tocado el niño cagón.

Eve había vuelto a caer en las redes de Morfeo. Incluso pude escuchar un ronquido insustancial antes de que mis neuronas decidieran liberar unos fragmentos de nuestra primera gresca *online*.

Durante tres semanas y media desgasté mi cerebro imaginando la fecha en la que tomaría la decisión de perdonar a Tenerife. Si lo hacía, supongo, el indulto todavía era posible. Revisaba mi correo diez, cincuenta, cien veces diarias sin encontrar ni una sola huella de campanillademanhattan. El azar había dinamitado la pasarela que construimos sin planos entre Nueva York y Tenerife, para ser más preciso, con el municipio de San Cristóbal de La Laguna. Eve voló muy lejos por culpa de un embuste demasiado doloroso.

Baxter resurgió a traición cuando me había convencido de que la amistad entre un hombre y una mujer es un regalo que tiene fecha de caducidad.

tinkerbellofmanhattan: ¿Estás ahí?

Pulsó la tarde, casi noche, en la que festejaba mi treinta y ocho cumpleaños.

Mis dedos se arrojaron a un océano de plomo y no encontré ni una mísera frase con la que fabricar un perdón. El poeta cursi, no sé si por cobardía o por zoquete, enmudeció. Solo cuando sequé el sudor gélido de mi frente con la misma servilleta que había secuestrado de mi boca unas partículas de chocolate hallé los gramos de valentía necesarios que tantas veces imploré para reseñar mi vacua biografía.

«Soy Santiago Mendoza Expósito y nací un 14 de febrero de 1970 en La Laguna. Mi padre, Ciriaco Mendoza Pérez, estuvo a punto de cometer la gran putada de llamarme Valentín, pero mi madre, Leonor Expósito González, ¡Dios la tenga en su gloria!, extirpó de su mollera una idea tan recurrente. ¡Menos mal que no me presenté en este mundo cuatro días después, si no me apuntan en el Registro Civil como Simeón! Hijo único, pierdo las formas ante un plato de garbanzas, en octavo de EGB tuve una novia con una larga melena rubia, no sé nadar, me encantan las películas de Alfred Hitchcock…».

Solo deseaba la reconciliación y percibí que no tenía tiempo. Escribí desordenado y sin tregua, pero no hice ni una sola referencia a su madre.

En internet tu historia es como uno de esos inagotables prados suizos en los que, al igual que en una montaña rusa, subes y bajas pero nunca logras divisar dónde muere el horizonte. No hay límites. La gente desnuda sus vergüenzas sin reparo. Mezclan mentiras y medias verdades hasta que no se reconocen. Hubo un tiempo, cuando contacté por primera vez con Eve, en el que casi llegué a experimentar la curiosidad que transmitía James Stewart al vigilar a sus vecinos en *La ventana indiscreta*. Incluso, tuve en cuenta la opción de inspirarme en Jeff para crear mi nick. Al final, tras una dulce y fugaz deliberación, me quedé con el de tiramisudesvelado2001. No era demasiado viril, pero me servía de tapadera. Entre finas capas de cacao en polvo, queso fresco, crema, café, bizcochos, canela en rama y hasta un chorrito de licor aromatizado, fisgoneaba en jardines extraños sin maldad. Entraba en esos parques públicos para sanar mi aislamiento.

Nunca he sido un internauta preguntón. Al revés, muchos encontraron en mi domicilio virtual el lugar perfecto en el que descargar sus depresiones, sueños, infidelidades, pesadillas, temores, fobias… Todos creían estar más solos que el rey de los solitarios.

Mi timidez y, sobre todo, el genio desbocado de Eve, edificaron un muro entre los dos para que jamás cayera en la tentación de intentar averiguar cómo se produjo la muerte de su madre. ¿Por qué en Tenerife?

Sobre su ceja izquierda hay un minúsculo surco que parte en dos una vereda de lava, una cicatriz de bordes pálidos que reside desde los seis años un piso más arriba de sus ojos verdes mentolados. Su madre aún vivía cuando perdió el control de una patineta hasta chocar de frente contra una papelera de acero en Battery Park y saltar por los aires. Nos reímos de lo lindo antes de jurarme que no soltó ni una sola lágrima, Eve solo sangró.

Sus padres, me confió en cuanto la soga que tendimos a través de la red se hizo más resistente, buscaban ampliar la familia cuando la salud de él comenzó a ser igual de quebradiza que una mariposa bajo una tormenta de granizo. El mayor Tom Baxter retornó a casa después de la ofensiva de Têt. Tomó un vuelo militar de regreso a Estados Unidos con Saigón bajo el control de los comunistas para asistir al nacimiento de Eve, engendrada en el verano de 1967. A Tom no lo destinaron nunca más al mortífero Vietnam, pero sus pulmones fueron condenados sin remedio por un sigiloso e inexorable veneno que llovió del cielo procedente de los estómagos de los bombarderos estadounidenses.

El agente naranja fue marchitando al progenitor de Eve Baxter hasta que lo arrinconó en una silla de ruedas. Según ella, a los treinta y ocho años sus huesos eran tan inconsistentes como esos cubitos de hielo que alejas de un congelador doméstico para calmar los ardores de un buen whisky escocés en la garganta de un aprendiz de alcohólico.

Mucho antes de que el cáncer derrotara al mayor Baxter, en diciembre de 1976, Eyre, la madre de Eve, trabajaba en la corrección de los últimos capítulos del borrador de un libro que tenía previsto titular *La muerte que vino del cielo*, un alegato antibelicista protagonizado por unos jóvenes marginales que combatieron en Vietnam. Todos cayeron afectados por el agente naranja; todos doblegados por un virus mortal que moldearon químicos al servicio de la maquinaria de guerra yanqui.

Eve tardó más de un año y medio en describirme el aterrador final de Tom Baxter. No me contó ni una sola palabra de sus vómitos de sangre hasta que nuestra confianza en internet se atrincheró en un lugar restringido a dos corazones extraviados. Entonces hacía tiempo

que los *nicks* tiramisudesvelado2001 y campanillademanhattan no formaban parte de los interrogatorios. No éramos amigos, pero algo nos empujó a quitarnos las máscaras y actuar de frente. Seguimos sin desvestirnos del todo y no hubo más mentiras. En lugar de engañarnos pactamos que los episodios más dolorosos siguieran durmiendo para no agitar imágenes que, por ahora, solo tenían permiso para desfilar por las interminables y turbias avenidas donde se exhiben las pesadillas.

Lo que sí me confesó una noche áspera de invierno, de esas en las que la oscuridad no cesa de llorar sobre los cristales, es que aborrece volar.

Antes de embarcar, Eve se tragó un par de hipnóticos que impulsó hasta su esófago con medio zumo de pomelo. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que nos encajaran en las plazas 16D y 16E. Aquella mujer era lo más parecido a uno de esos roedores albinos que sueltan en un laberinto de tabiques transparentes con la única misión de olisquear un trozo de queso.

Sus muslos tiritaban como el niño que reclama una toalla con sus labios amoratados tras cuartear su piel en un charco de agua salada. Los temblores cobraron intensidad cuando el avión empezó a ganar altura y, solo en el instante en el que sonó el timbre que autorizaba a quitarnos el cinturón, Eve halló la serenidad indispensable para romper su silencio.

—¿Crees que este viaje servirá de algo? —articuló la hija del matrimonio Baxter antes de cerrar sus ojos para entregarse a los efectos del Pentothal.

Mi respuesta, como siempre, no encontró destinatario. Eve roncaba, esta vez con mucha menos coquetería, cuando el Airbus A320 planeaba rumbo al Mediterráneo. Tres años de relación, con cuatro veranos en medio, y ni una sola vez le hablé de mis sentimientos. Lo más cerca que estuve fue la tarde—noche en la que, por fin, le mostré a través de la *webcam* el anillo que hace cuatro horas y media nos juntó por primera vez en Madrid.

—¿Quién te dio el anillo? —apremió por sorpresa con una curiosidad desmedida; estaba fuera de sí…

La sortija era de un rojo tan vehemente como el carmín que delimitaba sus adormecidos labios, resistente como la sangre reseca por el sol, frágil como el llanto bermellón de un recién nacido… Un rubí fundido en un delicado esqueleto de oro que encontré cuando solo tenía trece años. Lo tengo en mi poder desde el verano de 1983, cuando me colé a través de una valla descocida del aeropuerto de Tenerife Norte con el único propósito de mitigar la apatía de una tarde envuelta en una densa cortina de polvo sahariano y más de 30 grados centígrados. Una tontería más que añadí a mi desganada infancia.

tinkerbellofmanhattan: ¿En Los Rodeos? (Repitió entre interrogantes hace tres semanas). ¿Lo encontraste en Tenerife Norte? ¿Santiago, el anillo estaba en el aeropuerto? (Encadenó la mujer que conocí de manera aleatoria cuando aún me lamía una herida amorosa sin encallecer).

Temí una vuelta sin retorno a aquellos días en los que nos conformábamos con un intercambio de ideas desorganizadas entre tiramisudesvelado2001 y campanillademanhattan, pero tras un silencio prudencial Eve testificó sin presión.

tinkerbellofmanhattan: Mi madre falleció en Los Rodeos.

Ella viajaba en uno de los Boeing 747 que chocaron en Tenerife Norte el 27 de marzo de 1977, justo un día antes de celebrar mi noveno aniversario.

Eve describió el anillo con una familiaridad imposible de apreciar a través de una *webcam*. Habló de sus treinta y cinco caras, de la inscripción que había en el interior de la argolla dorada, de la letra f que aún se distinguía en sus entrañas… Conocía aquella gema mejor que yo, pero no se sinceró hasta que asimiló el inesperado hallazgo.

Sus argumentos estaban preñados de dolor, incluso de resentimiento, y no quedó en mí ni un solo átomo de propiedad cuando repitió que el anillo era de su madre.

tinkerbellofmanhattan: No sé si debo presumir de una posesión que en el pasado desencadenó un egoísmo incontrolado, pero ella empezó a lucirlo en su anular izquierdo tras la muerte de mi padre. Supongo que lo llevaba puesto la tarde del accidente.

Aquel reproche me paralizó. El desprecio, ira en estado puro, que irradiaban sus reflexiones me impidió ver el giro que dio esta relación hace quince días. La conversación falleció con la misma placidez con la que se consume una vela, sin señales de una ventolera traicionera que pudieran apagar una llama que no terminaba por aceptar como una nueva amistad. Lo admito. Mi rutina germinaba alrededor de Eve Baxter, pero no quería sufrir otro desengaño. Buscar una pareja puede ser igual de peligroso que jugar a la ruleta rusa: el amor es como una bala que espera a su dueño.

El caso es que hace dos semanas recibí una llamada de madrugada. Sonó el teléfono a una hora en la que suelen comunicarte una defunción. Nadie en plenas facultades mentales te ofrece la posibilidad de acometer un viaje de placer a las cinco de la mañana. Ni siquiera un comercial de una empresa de telefonía móvil se arriesgaría a sondear una operación de portabilidad antes de que cante el gallo.

Solo a Eve, y no me vale como excusa que en Manhattan todavía fueran las doce de la noche, se le podía ocurrir preguntar, cuando mis sábanas ya habían alcanzado el grado de tibieza exacto, si tenía planes inamovibles para la tercera semana de este mes, si mi pasaporte estaba en regla, si me apetecía realizar un viaje con ella… Tantas cuestiones seguidas sin aclarar terminaron por atrofiar mi sueño y como mal menor acepté un deseo inaplazable. Ella hizo los preparativos, yo solo debía proporcionarle unos números para cerrar las reservas y recibir el localizador que me trajo a Madrid. Mi siguiente destino era una incógnita sin despejar. Eso sí, en un acto de generosidad por su parte, me adelantó que las temperaturas en el país al que íbamos superaban los treinta y cinco grados a finales de julio.

Lo primero que imaginé fue un crucero por el Nilo. Un *tour* cultural en el reino de las pirámides escoltado por una semidesconocida y un anillo que tenía incrustada en sus tripas la f de los faraones.

Hace siete horas, más o menos, al pisar la T4 de Barajas, sentí ganas de recoger mis pasos y correr en dirección a la aeronave que me puso en Madrid. Solo pensar en el inminente cara a cara con Eve

provocó que se me ablandara el vientre, que mis piernas tuvieran la textura del caramelo líquido de un flan recién horneado, que a mis dientes no le quedaran ni una sola uña más que morder… Apuré tanto esos pellejos que no me di cuenta de los hilos de sangre que a punto estaban de brotar. En cuanto recibí el SMS que confirmaba nuestro punto de encuentro no pude evitar caer en un estado catatónico que se alargó durante varios minutos. «¿Has llegado?», leí en la pantalla del móvil.

Tal agarrotamiento no habitaba dentro de mí desde aquella tarde de abril de 2005, el día en el que esperé en vano a Rebeca. No sé por qué, pero reviví la fecha en la que rocé el matrimonio. Sudaba, sangraba y mis tripas alentaban una insurrección intestinal. Por un momento percibí que a mis heces no les había sentado bien la idea de aparcar mi soledad durante una semana. Siete días en compañía de la mujer que atraía mi atención no era un mal plan estival. Lo de menos, pensé, era el misterio que se generó en torno al destino elegido por Eve Baxter.

—¿Hay que estar un poco perjudicado de la sesera para aceptar viajar en estas condiciones? —masculló mientras rastreaba los pasos de las pelirrojas, mayores de cuarenta, con las que se cruzaba en la T4.

Cincuenta metros antes de llegar al Control E de pasaporte distinguí la melena de Eve. Estaba girada al costado contrario por el que lanzaba mi ofensiva. Había elegido para la primera cita bailarinas oscuras, vaqueros envejecidos, camisa clara, fular rosáceo y un bolso canelo, que colgaba de su hombro derecho. Una mujer larga. De piernas y brazos inagotables, de torso llano, de cuello ilimitado… Una anatomía eterna. Casi tan llamativa como la de *La Virgen del cuello largo* pintada por Il Parmigianino.

Eve me recibió con una risa nerviosa. Sus labios besaron mis cachetes y sus senos, vestidos de azul celestial, oprimieron mi pecho con un abrazo que deseaba hacía más de tres años. Un saludo con olor a violetas que ella taló con las cuatro palabras que moldearon este disparate.

—¿Has traído el anillo? —zanjó una tímida efusividad sin dudar de la respuesta que le iba a dar Santiago camino a la puerta de

embarque que los incrustó en las butacas de un Airbus A320.

A pesar del escalofrío que paralizó mi área de Broca, de una inoportuna tartamudez y de un diálogo lastrado por la vergüenza, resolví con nota un encuentro que logró domesticar mis vísceras. Las ganas de ir al baño se fueron sin tener que cerrar un pacto con una infusión de manzanilla, comino o anís. Tampoco me descompuse cuando Eve, de una vez por todas, me anunció nuestro destino. No era Egipto, el Nilo seguía en lista de espera.

Ding-dong (suena un timbre).

—Señores pasajeros, dentro de veinte minutos vamos a tomar tierra en el aeropuerto internacional de Atatürk, donde la temperatura actual es de 16 grados centígrados —avisó una sobrecargo de voz porosa que ratificó que eran las 23:45 horas—. Por favor, comprueben que sus cinturones de seguridad están bien abrochados, sus asientos en posición vertical y las mesas plegadas… ¡Bienvenidos a Estambul!

Capítulo 2

«El pasado es como el tatuaje que, aunque hayas borrado de tu piel, permanece en el recuerdo de manera imperecedera».

Eve Baxter

El llanto de un niño puso fin a una somnolencia artificial, una modorra que se desvaneció en cuanto perdió efectividad la dosis de ácido barbitúrico que ingerí minutos antes de embarcar en Barajas. Mis oídos no pudieron soportar un berrinche que acabó por invadir el pasillo que desemboca en el tímpano. Sentí cómo taladraban mi trompa de Eustaquio, un atronador ataque furtivo que disparó mis niveles de irritabilidad en décimas de segundo. ¡Maldita misofonía!

—¡Joder!, ¿qué demonios es eso? —maldijo sin ocultar su enfado—. ¡Hagan callar a ese jodido crío, ya!

—Tranquila, hemos llegado —aclaró Santiago con una voz santurrona—. En unos minutos estamos en tierra. ¡Estambul! (Sonríe).

—¿Qué tiene de gracioso Estambul? —abrevió la americana mirando su afilada barbilla.

—Nada, Estambul no tiene nada de gracioso —expuso él acongojado. Había vuelto a despertar a la bestia…

Un señor de pelo blanco que estaba sentado delante de Santiago buscó mi cara por el hueco abierto entre las plazas 15D y 15E. Apenas pude ver un cuarto de su cachete izquierdo: me miraba mal. En otras circunstancias no hubiera pasado por alto un desafío tan diáfano, pero decidí apretar los puños y aceptar en silencio mi segundo aterrizaje.

Volver a la tierra liberó el nudo que me estaba asfixiando.

Me había preparado para volar durante siete años con el doctor Morris, un terapeuta que pasa consulta en un ático de Washington Square a noventa dólares la hora. Un tipo de talla reducida, reflexiones escuetas y nada locuaz. Un experto en quitar miedos.

Dicen que sobre su diván han vomitado todo tipo de temores deportistas de élite, muñecas de pasarela, artistas de fama mundial, altos ejecutivos de Wall Street… Morris es un chapista del subconsciente que restaura las abolladuras que afloran en la parte más abisal de la mente. Él escucha, hace anotaciones en unas páginas ocre y, después de sesenta minutos de monólogo, te regala una sonrisa empaquetada con un «estamos avanzando» mientras planifica cómo abordar al paciente que ya espera en el recibidor. Una palmadita en la espalda era la señal para impulsarme a pagar la factura.

Machacaba una y otra vez la idea de que los pilotos son profesionales bien instruidos, que el avión es un medio seguro, que hay técnicas de relajación que funcionan, que debería aprender unas rutinas para hacer mucho más agradable un vuelo…

Incluso me recomendó leer un artículo de García Márquez titulado *Seamos machos: hablemos del miedo a volar*, un relato en el que el Nobel colombiano cita a un viejo amigo aviador que se estrelló en Tenerife Norte cuando intentaba aterrizar en medio de una borrasca. Sí. Morris retorcía mis peores recuerdos regresando siempre a Los Rodeos.

Una azafata insistió en corregir el grado de inclinación de mi sillón antes de sentir en mis tripas el impacto de las ruedas contra el asfalto. El avión seguía en movimiento cuando Santiago se atrevió con una de sus ocurrencias impregnadas de cloroformo. Era invencible. Otra persona no hubiera abierto más su boca hasta curar la herida provocada a raíz de mi última contestación.

—Tranquila, ya estamos en Estambul —confirmó, ahora con un rostro mucho más árido. Una mirada inexpresiva que delataba incomodidad.

Agoté mis ejercicios de respiración abdominal observando las prisas de unos pasajeros por abandonar la aeronave. Alguien debería meterles una buena multa a esos cretinos. Santiago no hizo ademán de ponerse en pie hasta que vio cómo retiraba mis anclajes de seguridad. A pesar del empecinamiento del doctor Morris para que dejara mis preocupaciones en Nueva York, un remolino de

intranquilidad me hizo abrir el bolso de mano en el que había guardado el anillo.

—¿Crees que está maldito? —trasladó colocando la joya a la altura de la nariz encendida de Santiago.

Su frente quedó marcada por tres surcos, la nuez de su garganta creció hasta alcanzar el tamaño de una albóndiga mediana y, tras un titubeo superficial, solo fue capaz de apostillar: «No digas tonterías».

No soporto que me traten como a una imbécil. Tampoco me llevo bien con los que sienten lástima por mí. Mientras apagaba la hoguera que propagó en mis mejillas su frase, un policía con una silueta de champiñón, de voluminosa cabeza y cuerpo escuálido, rebuscaba en mi pasaporte otros destinos. Solo encontró un sello español antes de preguntarme con un inglés espantoso el motivo de este viaje. Estaba tan fatigada que no quise estirar más aquel cuestionario fronterizo y mi segunda respuesta fue en español. El agente trazó un gesto de conformidad con sus labios al oír que se trataba de un *tour* de placer. A continuación, de una forma robótica, reclamó los diez euros que costaba el matasellos que incrustó boca abajo en la página siete.

Los once años que estuve arropada por las monjas de un colegio español de Lower Midtown arrastraron casi todos los residuos anglosajones de mi acento hispano. Sin esa experiencia no hubiera conocido al hombre que hace cuatro inviernos asaltó mi ordenador. Ya he olvidado la estrategia que siguió, pero su saludo fue bastante parecido a este:

> tiramisudesvelado2001: Hola… Perdona por haber entrado en tu «casa» sin permiso… Solo quería pasar un rato contigo… Me llamo Santiago… Vivo en España… ¿Te apetece chatear?… ¿Sigues ahí?

Aquella presentación me pareció atrevida, excéntrica y hasta graciosa. Estaba claro que ambos nos necesitábamos.

Si no hubiera respondido a su SOS hoy no estaría en Turquía, el anillo de mi madre sería una amarga historieta de una niñez despiadada y, seguro, aún no habría conocido la sensación de volar. Santiago parecía un poco más bajo que los ciento setenta y cuatro centímetros que indicó en su retrato robot. Sin tener la posibilidad

de recurrir a una cinta métrica, no apostaría por más de un metro setenta. No sé, puede que su tendencia a adoptar una pose gibosa le restara estatura. Me di cuenta de que era dueño de un cuerpo contrahecho cuando retorció su espalda para recoger mi maleta en la cinta transportadora.

—Uusssffff… —emitió al izar un bolso rollizo por el que Eve pagó treinta y cinco dólares de sobrepeso en un mostrador de facturación del aeropuerto John F. Kennedy.

Después de secar unas gotas de sudor que se habían encasquillado en su pómulo derecho y clavar los puños en los riñones para impulsar su barriga hacia delante, él retomó la acción con una pregunta: «¿Lista?».

Los taxis de Estambul son amarillos como los de Nueva York. No tan alargados y menos monstruosos que los que empantanan las caóticas avenidas de Manhattan, pero amarillos y más feos. La simpleza con la que me situé frente a este razonamiento prendió una alarma en mi cerebro. Por primera vez barajé la posibilidad de que me había equivocado arrastrando a Santiago a Estambul para intentar dar con el paradero de Zahîr. ¡Puto *jet lag*!

El chófer del *taksi* que encabezaba una hilera interminable de color gualdo, una caravana vigilada por unos impacientes mercaderes que ocupaban casi toda la fachada de la terminal de llegadas de Atatürk, salió a nuestro encuentro al oír el silbato que un adolescente hizo sonar hasta cuatro veces.

Priiiiii, pripiii, priiiiiiiii, pripripriiiiiii…

El conductor colocó su mano derecha sobre el pecho, inclinó la cabeza con respeto y habló: *Merhaba* (*Hola*). Segundos después, en cuanto cazó el idioma en el que nos comunicábamos, repitió la acogida sin perder ni un solo gramo de amabilidad: *¿Españoles? ¡Bienvenidos a Estambul!* El hotel estaba cerca de la universidad. A diez minutos andando de Hagia Sophia y la Mezquita Azul, concretó el taxista.

Al ver reflejada mi cara en la ventana, un escalofrío trepó por mis piernas a toda velocidad sin encontrar resistencia a la altura de las rodillas. Llegué a cruzar los muslos para impedir su ascenso, pero aquel temblor murió en mi boca en forma de suspiro. A punto estuve

de confesar la verdad, pero cuando ya masticaba el auténtico significado de este viaje, Santiago decidió improvisar una aturrullada lección de historia.

—Mira, por allí se ve la ciudad —avivó apuntando con uno de sus índices en dirección a unas formas anaranjadas—. ¡Mucha historia en una sola ciudad!

Santiago hablaba con gula del antiguo Bizancio, de la Constantinopla que llegó a ser capital del Imperio Romano, del sultán Fatih, *El Conquistador*… Transmitía tanta pasión en cada una de sus reflexiones, que no me atreví a espantarlo reclamando unos minutos de reposo. Que si Alejandro Magno por aquí, que si Constantino I el Grande por allá. El trayecto hasta el hotel se hizo interminable, lentitud que aproveché para buscar una razón más o menos contundente que pudiera justificar la seducción que certificó mi desamparo un día después de cumplir los nueve años.

A medida que el vehículo se aproximaba a la metrópoli, la negrura de Estambul perdió fuerza y con ella la vieja teoría de que de noche todos los gatos son pardos. *Agggs*… ¡Gatos! No soporto a esos animales, me dan alergia. Las luces se transformaron en piedras, las rocas en piel, la dermis en sonidos difusos… La oscuridad extendía su manto sobre una urbe que desprendía el ardor de una dilatada jornada de regateos, la madrugada asomaba cohibida entre kilos de basura y humanos mudos que caminaban a la deriva. Seres que exprimían la opacidad para disimular su infortunio; sombras anónimas que avanzaban ciegas con rumbo al cementerio de las ilusiones.

Mmmm, mmmm, mmmm… El móvil de Eve vibra y recibe un SMS.

> Morris: *Have you had a good flight? Good luck on your research!* («¿Has tenido un buen vuelo? ¡Buena suerte en tu búsqueda!»).

El doctor Morris era una de las dos personas que conocían las razones que me trajeron a Europa. Él fue quien más insistió en la necesidad de hacer realidad un plan que aparté como un juguete roto durante unos veinte años. Más allá del pánico derivado de mi aerofobia, el objetivo de este viaje era reunirme con Zahîr: «Debes cerrar el círculo», repetía una semana sí y la siguiente también.

No es que quiera presumir de tener un agudo instinto policial, pero el día que cumplí los veintiuno, George Dunne, el amigo más leal de mi madre, me sacó de la cama con una conferencia insólita. Sonó el teléfono y pensé que todo iba a quedar reducido a la típica felicitación de compromiso para salir del paso. A un recordatorio forzado por la fecha que señalaba el calendario, 28 de marzo de 1989, el día en el que me convertí en mayor de edad.

Dunne era algo más que su aliado infatigable. Fue su confesor, consejero, editor, recadero y, en más de una ocasión, hasta el canguro que vigilaba mis movimientos las jornadas en las que mi madre se ausentaba de Manhattan. Al igual que Eyre, tenía raíces irlandesas. Desde que ella murió tomó el relevo de ser el primero en felicitar mis cumpleaños. Aún no he podido olvidar el tacto de la caja forrada de terciopelo malva que me hizo llegar la mañana en la que descubrí la existencia de Zahîr.

La herencia de mi progenitora cabía en el estuche que George custodiaba desde marzo de 1977, fecha en la que me quedé más sola que la una.

El taxista se limitaba a asentir con la cabeza la disertación de Santiago.

De vez en cuando, aprovechando las pausas que se tomaba para humedecer su boca con saliva, pronunciaba un «claro, un cierto o un por supuesto» que envalentonaba aún más a un cliente que, ahora, concentraba su charla en torno al valor estratégico que en el pasado tuvo el Bósforo.

A George no le agradó la idea de que Santiago me acompañara en una misión de esta importancia. Nunca entendió la presencia de un extraño en una ciudad que tanto resentimiento inyectó en mi vida. Incluso, tres días antes de formalizar estas vacaciones, se ofreció como moneda de cambio. A pesar de su cansina persistencia para que afrontara en solitario esta prueba de vida, él hubiera roto esa estúpida regla si con ello conseguía que Santiago no compartiera ahora mismo el asiento trasero de este taxi.

No creo que la terquedad exhibida por Dunne estuviera relacionada con la eventualidad de que mi socio pudiera descubrir episodios sombríos del señor y la señora Baxter; más bien, pienso que le

inquietaba la posibilidad de perderme por el resto de sus días. Además, Santiago había vigilado el anillo durante más de veintisiete años. ¿Quién mejor que él tenía derecho a conocer el origen de esta joya?

—Ahí está el hotel —precisó el taxista mientras se aproximaba al pretil.

La calle olía a sandía fresca recién cortada, a melocotones maduros, a maíz tostado… Olía a cordero recalentado, una combinación salada y dulce que desapareció en cuanto nos colamos en el vestíbulo. Una alfombra roja con galanuras áureas de proporciones gigantescas cubría el *hall*. El frescor exterior desapareció y se transformó en una atmósfera dominada por una intensa fragancia a naftalina, un tufo a rancio que me hizo estornudar.

Aaaachiissss… La nariz de la clienta comienza a enrojecer.

—Salud —intentó tranquilizarla él cuando casi estaban frente al recepcionista—. ¿Te has resfriado?

—No, puede que sea el polvo —justificó mientras buscaba unos pañuelos de papel entre sus pertenencias.

—Buenas noches —saludó en español el empleado—. ¿Tienen reserva?

—Sí, a nombre de Eve Baxter y Santiago Mendoza —aclaró su escolta al comprobar que ella continuaba atareada intentando cortar una incómoda mucosidad.

—Ahhh, ¿los señores Mendoza? —asoció—. Les esperábamos.

—No… Hemos reservado dos habitaciones —cortó en seco la turista el improvisado juego de adivinanzas—. No somos un matrimonio, tampoco pareja… ¡Dos habitaciones!

La morosidad del *check-in* me avinagró el ánimo y gastó mis reservas de serenidad.

Mi habitación estaba en la entreplanta y la de Santiago en el cuarto piso. Antes de despedirnos, él se ofreció a cargar mi equipaje y, por el mismo precio, con el resto de la grosería que no derramé en el mostrador… Me pone de los nervios que la gente no sepa hacer bien su trabajo; no soporto a las personas que viven envueltas en excusas y todo siempre es culpa de los demás. Nunca se equivocan.

Eso sí, cuando se aseguran una victoria pierden el culo en busca de una condecoración. Ella jamás admitió sus errores, se fue cuando más la necesitaba: ¡Eyre Jordan era la mujer perfecta!

—Lo siento, no pude controlarme —musitó camino de la puerta 27 —. Bastaba con mirar el puto ordenador, no era tan difícil. ¿Para qué diablos hacemos las reservas si no?

El corredor lo iluminaban tres lámparas barrigonas, tres círculos achatados que se aferraban al techo por medio de unas cadenas cobrizas. Cada una de ellas tenía cuatro rosetones y miles de cristales de unas dimensiones minúsculas que guiaban nuestros pasos hasta el portón marcado por el trabajador que nos confundió con un feliz matrimonio.

—Aquí está —indicó ella elevando la cabeza y una voz que todavía no se había repuesto de su última descomposición.

Santiago apoyó su brazo derecho sobre un tabique que estaba próximo a la abertura veintisiete y permaneció callado hasta que acerté a introducir la tarjeta magnética. Cuando volví a mirarlo, sus ojos negros se habían clavado en algún punto extraviado de mi cabeza. Contemplaba absorto mi melena azafranada, la cicatriz que decora mi ceja izquierda o la amplitud de mi cuello blanquecino. Sí. De pequeña me llamaban Eve, la avestruz. Odio a esos animales. No sé, ¿igual me miraba las tetas?

A veces desearía ser una matrioshka rusa para poder comportarme como una pieza mediana de una de esas obesas muñecas que se protegen entre sí ocultando a las más pequeñas en los cuerpos huecos de las mayores. Así me costaría mucho menos encubrir el mal carácter que ahora está sufriendo Santiago.

—Gracias por haber aceptado este viaje a ciegas —dijo cuando él ya se encontraba de vuelta en el pasillo—. ¿Desayunamos juntos?

—De acuerdo, ¿a las diez en el comedor?

Cerré la puerta sin desprenderme del lastre que suponía no haberle dicho la verdad al hombre que decidió venir hasta aquí sin hacerme ni una sola pregunta, un aspirante a pretendiente que recelaba de mis sentimientos. Me fui directa a la cama, desabroché mi blusa y contemplé con una calma enclenque una acuarela ocupada por unos hombres que lucían unas largas faldas que simulaban ser amapolas

decapitadas antes de besar el suelo. En vaqueros y protegiendo mis senos con un sujetador color añil permanecí tumbada boca arriba para expulsar el aire fogoso recluido en mi tórax.

Mi piel segregaba fatiga, tenía el tacto de la miel envejecida por el sol, el sabor de la marea remolona que aguarda a la pleamar…

Sí, necesitaba un baño.

El grifo de la bañera estuvo soltando agua caliente cinco minutos, justo el tiempo que tardé en encontrar el neceser que preservaba mis secretos menos visibles, las confidencias de tocador que tanto nos cuesta revelar a las mujeres. Entre ellas, la fragancia de violetas que mi padre usaba para embadurnar mi talle infantil después del baño. Jamás tuve la tentación de desprenderme de aquella emanación. En esas gotas quedaba algo de él.

El espejo se había empañado por efecto del vapor. No me reconocía entre la nebulosa que secuestró en la misma habitación evocaciones del pasado e incógnitas que debía despejar en los próximos días. Antes de medir con la punta de un pie el hervor del agua, froté con un puño la luna a la altura de mi cara. Frente a mí apareció una mujer miedosa, una desconocida que dudaba de la decisión tomada, que lamentaba haber metido en su vida a un forastero, que planificaba segundo a segundo su primera cita con Zahîr…

—¡Ay! —exclamó al introducir el tobillo izquierdo en la loza.

Mientras se enfriaba el agua, regresé a la habitación para coger la caja que me hizo llegar George en mi vigésimo primer aniversario. Entre un lote de cartas, una muñeca de trapo, *souvenirs* turcos y unas flores secas estaba una memoria USB con una copia de su libro: un manuscrito con anotaciones que no se incluyeron en *La muerte que vino del cielo*.

Mis pezones se endurecieron al introducir los pies en la pila. Crecieron hasta dibujar dos enormes dianas en mis tetas, una especie de superficie lunar saturada de protuberancias desiguales que jamás habían tenido que aliviar el hambre de un bebé. Poco a poco, doblé mi cuerpo en busca de un gozo anestésico que desterrara el dolor que torturaba mis huesos, que fustigaba mis músculos, que apergaminaba mis poros… Solo cuando el calor

líquido empapó mi entrepierna fracturé el hechizo concentrado en nueve metros cuadrados.

—Ahhhhs… —dio un grito cohibido al intentar hundir sus nalgas en el agua caliente.

El borrador estaba inundado de imágenes y notas a pie de página con las fechas y las horas exactas de varios bombardeos americanos en Vietnam. Meticulosas descripciones de las cantidades de agente naranja esparcidas sobre posiciones por las que tenían que avanzar los soldados que compartían la bandera de las barras y estrellas. Antes de que él falleciera, personal de la Agencia Central de Inteligencia visitó nuestra residencia de la Avenida Lexington para exigir su mediación. En una de sus últimas tentativas, incluso, ofrecieron un cheque en blanco a mi madre para que pusiera un precio a su rendición literaria.

Las voces de una acalorada pelea de mis padres en la cocina no se apagaron con sus muertes. Esos reproches me mantuvieron en vilo unas cuantas madrugadas: los chutes de melatonina no conseguían silenciarlos. Los ecos de los muertos jamás se olvidan: «*Tommy*, los malos ganan cuando los hombres buenos dejan de actuar», le oí decir.

Mi madre conocía las incomodidades que había originado su novela. Sabía que la mayoría de los documentos que apuntalaban sus tesis era material reservado. Muchos señalaron a mi padre, colaborador de la CIA después de conocer una guerra en carne viva, como a un chivato, pero él era un patriota. Un marine nunca abandona a los suyos, ni siquiera por la mujer a la que amaba desde los quince años.

Entre los archivos se intercalaban las cartas escaneadas que mi padre escribió cuando estuvo destinado en los destacamentos de Cán Thó, Bén Tre y My Tho y fotografías de una pandilla de adolescentes, algunos de ellos casi analfabetos, que regresaron a casa tras la refriega en unas bolsas de plástico como si fueran terneros descuartizados.

La muerte que vino del cielo hablaba de esos héroes caídos en tierra desconocida. De cómo una nación olvida y aniquila a sus

titanes para favorecer los intereses de los que manejan la tramoya de la economía militar.

Aquel relato resultaba igual de molesto que una almorrana en el recto de uno de esos generales de cuatro estrellas que agotan su manual castrense en un cálido despacho del Pentágono. Uno de esos vejestorios se presentó en casa en el otoño de 1976 para convencer al mayor Baxter de que debía cumplir un último servicio por su país: comprar el silencio de Eyre Jordan.

Mi padre no quiso frenar la polémica publicación.

El baño ya había empezado a enfriarse cuando mi mente restableció una antigua teoría de la conspiración. ¿Por qué mi madre protegió el borrador con el mismo recelo con el que se vigila a un diamante? ¿Quién eliminó las anotaciones oficiales y ablandó algunos capítulos del libro? ¿Cuándo fue consciente de que su vida tenía un precio? ¿Intuía que iba a morir en el accidente aéreo de Los Rodeos?

Durante mucho tiempo creí que detrás de la catástrofe de Tenerife Norte había algo más que una aberrante casualidad. Eyre Jordan tenía claro que estaba señalada, que alguna desgracia la acechaba para lanzarse sobre ella sin clemencia, que su adiós era inminente… Si no hubiera sido así, no entiendo la despedida de la última página.

Un te quiero, embalado junto a una reflexión en la que me suplicaba que confiara en ella, hizo brotar unas lágrimas mientras me secaba el pelo delante de un espejo que descomponía mi semblante en una cascada de gotas. Dos mujeres lloraban en la habitación. Una de pena y otra por efecto del calor que acabó capitulando por el frescor que se había filtrado por un postigo entreabierto para enturbiar mi primera madrugada en Estambul.

Capítulo 3

«Todos estamos capacitados para vencer
nuestros miedos, solo hace falta mirarlos a la
cara y estar convencidos de que querer derrotarlos».

Doctor Morris

Me metí en la cama con la culpa de no haberle contado a Eve que yo vi morir a su madre. Fue una visión igual de fortuita que la asignación de la habitación 27 a una mujer que sentía un rechazo visceral por ese número. Antes de quedar para desayunar no barajé intercambiar nuestros dormitorios porque creí que ella pediría el traslado. Tampoco tuve agallas para enfrascarme en otra trifulca de la que saldría esquilmado. Rendido por la molienda de una jornada de alteraciones efervescentes opté por no alimentar más su irritación con un gesto de generosidad que ella, seguro, interpretaría como un insípido tejemaneje paternalista. ¡Qué necesidad!

Fui testigo del fallecimiento de Eyre por una casualidad dominical, un ritual familiar que nos convocaba el último día de la semana en una colina desde la que se apreciaba la pista de Los Rodeos. Muchas tardes agoté correteando sobre una tierra inestable, nerviosa como una gelatina de limón que inyectaba en mi nariz un aroma a hierba fresca; matas de clase baja subyugadas por cardones, enredaderas y zarzales. Una vegetación sin pedigrí que solía quedar cautiva por una niebla traicionera.

El domingo 27 de marzo de 1977, a las 17:06 horas, el cielo de La Laguna era de un gris aplomado que presagiaba un aguacero inminente. En lugar de la lluvia, el fuego se hizo fuerte en una de las cabeceras de Tenerife Norte. El infierno se mostró en toda su plenitud.

A los siete años no era consciente de la auténtica seducción que ejercía aquel montículo sobre los peregrinos que aparcaban ladera abajo sus vehículos para ver despegar y aterrizar a los aviones. Sin

embargo, en mi cabeza rulaba un extraño pensamiento vinculado con la instalación de parasoles, mantas, periódicos y camisetas en las ventanas de algunos coches. Mi curiosidad mortificaba a mi padre, pero aún recuerdo haber preguntado cómo podían distinguir los ocupantes de aquellos automóviles un Fokker de un DC-10 entre tanta opacidad.

Mi madre solía desterrar esas intrigas con un trozo de tarta de manzana y un vaso de Mirinda que dejaba una huella naranja en mis labios y hacía chisporrotear mis pupilas. Una tarde, mientras apuraba la gaseosa, oí unos gritos. Un Seat 127 huía cuesta abajo en dirección al muro que marcaba el perímetro del aeropuerto. El impacto fue tremendo. Al rato, con los periódicos todavía en los cristales, salieron del utilitario un hombre en calzoncillos y una mujer en bragas; ¿por qué corrían desnudos aquellos jóvenes a través de un prado? No entendía nada; la playa más cercana estaba a más de diez kilómetros.

Mis padres reclamaron mi presencia con un bramido que asocié con un alegato inmerecido y nos marchamos del cerro como si acabáramos de perpetrar un atraco. Tardamos varias semanas en regresar, pero al menos hubo una excursión más hasta el vallado de Tenerife Norte.

La tarde en la que fui testigo del fallecimiento de Eyre se desbordó un mes después de la escena de nudismo rural que nos alejó del mirador durante cuatro domingos. El primer fin de semana de primavera atrajo a numerosos vehículos al plano inclinado. Mientras mi padre buscaba un estacionamiento apartado de parasoles, mantas, periódicos y camisetas en los ventanales, yo admiraba desconcertado cómo la mayoría de los coches estaban vacíos. Bueno, al pasar cerca de un Simca 1000 me pareció distinguir las plantas de unos pies incrustadas en la luna delantera. Mis ojos habían alcanzado el tamaño de las órbitas de una rana del Amazonas cuando mi madre empezó a dudar sobre la conveniencia de permanecer en aquel burdel asilvestrado: «¿Mira a ver si cabe entre el Ford Fiesta y el Opel Ascona? Allí hay una familia comiendo, ¿puede que entre donde están esos niños jugando con la pelota?», recomendaba con el susto metido en el cuerpo.

Mi padre acabó aparcando nuestro Peugeot 504 gris angora en una loma ubicada en el ángulo próximo al que se detenían los aviones para tomar impulso durante la maniobra de despegue. Las vistas no eran demasiado buenas y, encima, una apretada niebla apenas nos permitía distinguir los aviones con nitidez durante unos segundos.

Jamás había visto dos aeronaves tan descomunales: contemplar dos *Jumbos* en La Laguna resultaba igual de insólito que una Semana Santa sin capuchinos.

La bruma había secuestrado al Boeing 747 de KLM en una arista que estaba fuera del alcance de mi visión. Su presencia en una de las puntas de la pista de servicio solo se intuía por un sonido metálico originado por los motores, un silbido áspero que enseguida quedó disimulado por los gritos de las turbinas del B-747 de la aerolínea Pan Am que avanzaba hacia la posición en la que se encontraba el *Jumbo* holandés.

Otra vez, el dios Hades se disponía a galopar a lomos de un corcel desbocado sobre las llamaradas de Los Rodeos.

Mi madre reclamó mi presencia hasta tres veces antes de recibir la merienda, pero me hice el remolón porque no quería perderme el ascenso de los B-747. Una sordera postiza que mi padre expatrió con un pellizco en mi antebrazo diestro: «¡Toma tu merienda!» Sus ojos estaban contaminados por una antipatía que yo había fabricado con una estúpida sordera. Agarré con vergüenza el bocadillo de mortadela y corrí hacia mi madre para darle un abrazo. Ella, a cambio, buscó una piedra más o menos lisa sobre la que depositar mi trasero y me sirvió una ración de Mirinda. La falsa sonrisa que dibujó mi padre en su árido rostro certificó el armisticio.

Mi siguiente recuerdo, una vez había acomodado mis posaderas en una roca con vistas al campo de vuelo, tuvo que ver con un rugido que murió con la formación de una gigantesca bola de fuego.

El Boeing 747 de KLM arrancó el techo del *Jumbo* estadounidense cuando las ruedas de la aeronave europea flotaban sobre el cielo acuoso de La Laguna. Un golpe seco y certero avivó el holocausto, una hemorragia de cadáveres se desbocó en un solar endemoniado en el que vida y muerte ya habían jugado con anterioridad a pares o

nones. No era la primera vez que la sangre corría a discreción sobre el asfalto de Tenerife Norte.

Con un gurruño de mortadela y pan a punto de deslizarse por mi garganta y los efectos del refresco de naranja visibles en mis ojos, el fuego anquilosó la funesta panorámica que capté desde mi trono megalítico. Ni en mis peores delirios de alumno de segundo de Educación General Básica imaginé que dos aviones tuvieran la facultad de colisionar como si fueran unos cochecitos locos de feria.

Al estruendo le siguió un mutismo que mi madre mutiló con un chillido en medio de una locura cenizosa. Paralizado por un aroma ácido insoportable, mis padres volvieron a planificar una fuga igual de meteórica que la tarde en la que advertí sin articular ni una sílaba a los nudistas que estrellaron el Seat 127 contra el muro.

Durante la huida un locutor adelantaba en una emisora de radio local una primicia que creía era de mi propiedad: «Dos *Jumbos* acaban de chocar en el aeropuerto de Los Rodeos».

«Hay un elevado número de fallecidos».

Un motor ardía cerca de la vía por la que emprendimos el camino de vuelta a casa. También distinguí un cuerpo en llamas, una forma humana que se retorcía como la sabina que cae vencida por el obstinado viento que sabe que jamás será bien recibido en el Mar de las Calmas de la isla de El Hierro. Un ser rendido al infierno primaveral de una tierra que suele mimar a sus forasteros. La escapada fue interminable, pero antes de oír el quejido de las sirenas pude apreciar el caminar zigzagueante de un varón uniformado que apuraba un cigarrillo sobre el epicentro del exterminio; la lenta agonía de una mujer que sostenía sus intestinos entre las manos.

Mi madre ajustó un mantel en la ventana trasera para evitar que fuera testigo de la masacre, pero mi curiosidad era mucho mayor que cualquier reprimenda. La atmósfera seguía enrarecida por un fétido efluvio a piel quemada que envolvió a la ciudad en un eterno luto, un sepelio que a la mañana siguiente venía retratado en la portada del periódico *EL DÍA* con un titular impactante: *La mayor catástrofe aérea*, para encuadernar una cifra escalofriante de 544 muertos.

El inventario fue aún más devastador. El número de fallecidos aumentó hasta las 583 personas, los heridos fueron 61 y miles de familias quedaron cercenadas durante generaciones. Los restos de Eyre Jordan reposaban en un hangar.

No necesité mirar el reloj para legalizar mi desvelo, una vigilia que cayó desfallecida sobre un colchón que no apaciguó la zozobra de un viaje resolutorio. La dureza del catre me devolvió al instante en el que Eve se cuestionaba, en la última parte del vuelo Madrid—Estambul, la teoría de que el suceso de Tenerife Norte hubiera sido un acto terrorista. No era la primera vez que hablaba del tema con ella, pero al ver su mirada dudé del contenido de los cientos de folios que había leído vinculados con el mayor cataclismo de la aviación comercial.

Algunos de esos papeles estaban sobre la cama, en el interior de una maleta que abrí después de efectuar una improvisada pirueta que dobló mi espalda por querer emular a un saltimbanqui sediento de aplausos. ¿A quién coño quería impresionar con esta serpentinata? Tras hundir mi cabeza en la almohada, aguanté unos segundos aquella patética postura para calibrar si mi columna vertebral había soportado esta chifladura.

Clicggg.

Un chasquido deshidratado me advirtió de que mis huesos no estaban para demasiadas acrobacias. Entre los documentos que rescaté del bolso despuntaba un sobre de color moka cuyo contenido alejaba de manera definitiva la hipótesis del atentado. En su interior el olvido se comprimía en unos renglones y un puñado de números.

Ninguno de los *Jumbos* debía estar el 27 de marzo de 1977 en Los Rodeos. Ni el KLM 4805 (*Rijn*), que unía el aeropuerto de Schiphol de Ámsterdam con el de Gran Canaria, ni el Pan Am 1736 (*Clipper Victor*), que despegó del John F. Kennedy de Nueva York con rumbo al aeródromo grancanario, tenían que cruzar sus destinos en La Laguna aquella tarde. En plena travesía fueron desviados a Tenerife Norte para alejarlos de una explosión registrada en las instalaciones de Gando.

La bomba que estalló en el interior de una papelera del aeropuerto canarión, causando siete heridos y esparciendo una duda respecto a la colocación de un segundo artefacto, atrajo toda la mala suerte del mundo a Los Rodeos con la misma voracidad con la que una manada de tiburones olisquea la sangre fresca. Eve tenía derecho a sospechar que la muerte de su madre estaba asociada con un tremebundo acto terrorista. Sobre todo, tras leer unos artículos que unían el cierre temporal del tráfico aéreo en Gran Canaria con una reivindicación que los cuerpos policiales endosaron a Antonio Cubillo, abogado y fundador del Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario - Mpaiac[1].

Gando volvía a emerger como el cráter de un volcán que estaba a punto de entrar en erupción cuarenta años después de partir a España en dos trozos. El miedo despertó de sopetón para coquetear con un dolor ajeno.

El aeropuerto que debía recibir a los B-747 el 27 de marzo de 1977 asistió en secreto, en junio de 1936, a una conjura militar que desmembró el mapa español sin indulgencia. En Gran Canaria estaba la gasolina que avivó la hoguera de la Guerra Civil. El vuelo del *Dragon Rapide* entre Las Palmas y Tetuán puso de manifiesto la sed de poder del general Franco, el dictador que ambicionaba ser una réplica pigmea de Mussolini o Hitler.

La escapada canaria de Franco para sumarse al golpe abrió en canal a un país que hoy aún no ha suturado sus heridas, una puñalada fraternal que generó una contienda entre dos extremos que todavía tiene pulso. Sí. En España quedarse una zona neutral supone alejarse de la fuerza centrífuga de una sociedad que lava sus manchas sin suavizante. Lo más fácil es votar al Partido Socialista o al Partido Popular, discutir por el Real Madrid o el Barcelona o inclinarse por la tortilla con cebolla o sin cebolla… Nos pasamos la vida poniendo cada vez más distancia con respecto al borde opuesto: lo llaman bipolaridad.

Mis tripas gemían como un perro muerto de hambre cuando retumbó el teléfono de la habitación.

Ring, ring, ring…

—¿Estás despierto? —curioseó Eve con una cadencia que delataba intriga y lasitud al cincuenta por ciento.

Las reflexiones de Baxter eran tan ligeras como los pensamientos. Los pensamientos policromados que mueren en un parque público por el roce de una brisa juguetona, quemados por un sol insobornable o arrasados por barbarie humana que, a veces, arranca sus vidas de raíz por un capricho. Los pensamientos que navegan por los ríos de la imaginación impulsados por una corriente mansa.

—¿Crees en el amor a primera vista? —demandó ella sin coger atajos.

—¿Amor a primera vista? —reformuló él con un regusto que le hizo sentirse el protagonista de un interrogatorio que atemperó su cansancio.

—Sí… ¿Santiago, tú podrías enamorarte de una chica sin conocerla? —reanudó el diálogo telefónico con una entonación que transmitía un hartazgo cristalino.

—No, nunca he tenido esa habilidad —resaltó en un intento fallido por ser gracioso—. Soy malo descifrando el pensamiento femenino.

—Ja, ja, ja… —percibió con nitidez a través del auricular.

—¿Santiago?

—Dime.

—Tengo miedo —confesó con una dicción desgastada—. No sé si he acertado viniendo a Estambul, no sé si debo remover el pasado.

El mal augurio de Eve Baxter deshilachó en unas milésimas de segundo la fantasía que construí en torno a una mujer que jugaba con mis emociones como el niño que observa el hipnótico vuelo de una cometa.

—¿Es posible conservar con vida un amor prohibido? —rescató Eve sin dejar reposar su indescifrable inventiva—. ¿Cuánto tiempo se necesita para dar por perdido un deseo que no puedes tocar?

—Los cuerpos envejecen, los sentimientos no —replicó con una idea que elevó al cuadrado su ridiculez; otra vez su boca había sido mucho más temeraria que su cabeza: divagaba desde el corazón.

—Santiago, hablo de realidades, no de filosofía —corrigió—. No quiero repetir el mismo error que cometió mi madre.

—¿Qué error?

—Vivir con la persona equivocada y fingir que era feliz.

—No sé adónde quieres llegar —frenó su discurso antes de comenzar a recolectar los papeles que había distribuido sobre unos almohadones con motivos geométricos—. Es probable que los vuelos no te permitan razonar.

—¿Crees que estoy divagando? —elevó su discurso y su mal genio —. Mi madre engañó a mi padre, tuvo una aventura con un hombre que jamás debió cruzarse en su camino.

La voz de Eve desapareció de puntillas sin anunciar sus intenciones. La única diferencia con respecto a nuestras primeras agarradas virtuales era que esta vez, ella descansaba cuatro pisos por debajo de la habitación que ocupaba desde hacía dos horas.

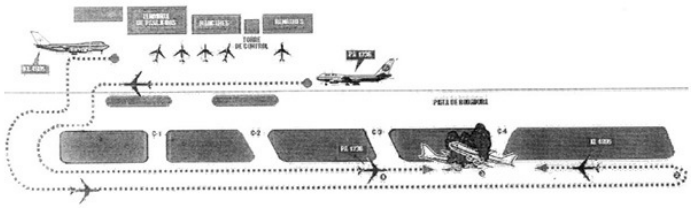
El desengaño que me llevé tras teorizar sobre la consistencia de un amor a primera vista se mezcló con un violento olor a lejía que se tamizaba por el hueco de un ventanal entreabierto que lindaba con un ceñido e irregular callejón vestido con adoquines. Solo el intermitente paso de una carreta descoyuntada conseguía resquebrajar un sigilo que de vez en cuando se alborotaba con el maullido de una gata en celo.

Miauu, miauuu, miauuuuuu…

Adormecido por el insistente ronroneo de un felino urbano, reviví la frase que usó Eve para hablarme de una infidelidad cometida por Eyre Baxter. Desbordado por un día inundado de alegrías, decepciones, esperanzas y hasta alguna que otra tristeza, agrupé los papeles junto a un sobre que tenía grabado un nombre en la cara principal (Eve Baxter).

Uno de los documentos resumía con un gráfico el cúmulo de malas casualidades que se arremolinaron la tarde del 27 de marzo de 1977 alrededor del aeropuerto de Los Rodeos.

Sobre la colcha destacaba un plano que reproducía las claves de la mayor catástrofe que ha sufrido la aviación comercial en toda su historia.





El KLM 4805 tomó tierra en Tenerife Norte a las 13:38 horas. Treinta y siete minutos después aterrizó el Pan Am 1736, justo un cuarto de hora antes de que se ordenara abrir el espacio aéreo en Gando. La visibilidad en Los Rodeos era buena, pero el tráfico del aeródromo se vio colapsado por la presencia de varios aviones que no debían estar en Tenerife: cuando el Boeing 747 de Pan American detuvo sus motores en La Laguna otras diez aeronaves estaban inmovilizadas en la pista de rodadura, un bloqueo que obligó a restringir su uso. Nadie en la zona de espera de la pista 12 podía adivinar el violento desenlace que comenzó a madurar en torno a una hilera que abría el KLM del capitán Jacob van Zaten y que cerraba el B-747 estadounidense que estaba bajo el control de Victor Grubbs. Entre los dos *Jumbos* se intercalaron un B-737, un B-727 y un DC-8.

Con el murmullo del último interrogatorio de Eve rondando mi cabeza, el plano que estiré sobre la colcha terminó debilitando aún más mi moral respecto al tipo de cariño que ella podía sentir por mí. ¿Acaso sería yo el amor a primera vista del que hablábamos antes de confesarme el engaño de Eyre? En cierta ocasión leí un artículo elaborado por una investigadora de la Universidad de Syracuse que incidía en que solo necesitamos un quinto de segundo para sentir que estamos enamorados. A Eyre Jordan le faltaron 900 segundos para esquivar a la muerte en Los Rodeos.

Que las operaciones en el aeropuerto de Gando se reanudaran un cuarto de hora después de que el Pan Am 1736 aterrizara en Los Rodeos fue una fatídica carambola, un zarpazo mortal que pudo

desvanecerse a las 14:30 horas (con el aeródromo grancanario ya abierto al tráfico), con la petición que hizo la tripulación del Boeing 747 de Pan American para incorporarse a la fila de despegue. La solicitud fue rechazada al ver que en la entrada principal se encontraba el *Jumbo* holandés y, por lo tanto, impedía el paso a los aviones de grandes dimensiones.

Las nubes comenzaron a descender hasta acariciar el suelo de Tenerife Norte; la Laguna dormía la siesta acunada por un cielo que no dejaba de ennegrecerse. Nadie, ni siquiera las personas que preparaban la merienda sobre el húmedo montículo que comparte vecindario con el Llano del Moro, podía presagiar una inmolación que dejó 583 fallecidos.

A las 16:56 horas el KLM 4805 recibió instrucciones desde la torre de control para que comenzara a recorrer la pista 12 en dirección contraria a la normal. A continuación, debía hacer un giro de 180 grados para fijar su posición en la pista 30. Al mismo tiempo, el Pan Am 1736 fue autorizado a seguir al B-747 europeo hasta alcanzar la tercera salida (C-3).

Eran las 17:04 horas cuando el capitán Jacob van Zaten (KLM) ya había cubierto el recorrido y aguardaba la autorización del despegue.

El Pan Am 1736 recibió instrucciones para que tomara la tercera calle de salida (C-3, lo que obligaba a los pilotos estadounidenses a hacer dos giros de 148 grados, una maniobra inusual). El comandante Grubbs entendió que tenía que tomar la tercera calle de servicio, es decir, la C-4 (la C-1 estaba inutilizada). El *Jumbo* de la KLM empezó a dar gases a las 17:05 horas. Un minuto después inició, sin autorización, su carrera de despegue. El PAA aún no había llegado a la entrada C-4. La visibilidad era inferior a los 500 metros y no existía contacto visual entre los B-747. Desde la torre no se pudo reconducir la anarquía. El KLM 4805 alcanzó los 300 km/h y comenzó a elevar el morro. De repente, se encontró con el PAA 1376 en la intersección C-4. ¡17:06:50, fin de las comunicaciones!

La leyenda de la equis roja sobre un plano de Los Rodeos hervía en las tertulias de bar mucho antes de conocer el calado real del siniestro. En apenas un puñado de minutos se exhumaron los rumores que apuntaban a que Hitler había recomendado a Franco

que construyera en Tenerife un aeródromo para dar cobertura a sus tropas en África. El interés germano era tan elevado que incluso se llegó a enviar a un grupo de ingenieros a Canarias. Al final no hubo pacto y el proyecto no hizo más que acumular polvo en un cajón hasta que fueron liberados los informes topográficos teutones para revivir una obra que nació bajo el signo del infortunio.

El cuento de la cruz colorada no debió ser bien interpretado por el equipo de trabajo que comenzó a acondicionar el campo de vuelo de Los Rodeos pues, según un longevo dicho popular, aquella marca sobre el mapa de Tenerife indicaba el único lugar donde nunca debía construirse un aeropuerto. Ni Hitler ni Franco estaban aún en el poder cuando aterrizó en La Laguna una aeronave de la compañía Lufthansa, en 1929. Aquel hito acabó en siniestro: el avión se estalló tras el despegue. Once años después se declararon oficiales los terrenos, pero la inauguración no se produjo hasta el 23 de enero de 1941, doce meses más tarde de que el Führer le regalara un Mercedes 540 al Generalísimo. La semilla del nazismo a punto estuvo de germinar en una finca que el 5 de diciembre de 1972 se cobró la vida de 162 personas al desplomarse sobre el asfalto de Tenerife Norte un Coronado 990 de Spantax que acababa de despegar con destino a Múnich. Toda la Isla volvió a recuperar de golpe la extraña teoría del aspa roja.

Entre los papeles que habían quedado a la deriva sobre el colchón se encontraba una copia con las conclusiones de una investigación que saldó las responsabilidades de accidente aéreo en cinco puntos clave. Nada de lo que se argumentaba en aquellos folios podía vincularse con un ataque terrorista diseñado por los integrantes del Mpaiac. El círculo maldito se cerró en torno a un conjunto de malos augurios que aterrizaron de golpe en Los Rodeos: Calvino llevaba razón cuando escribió que «la historia no es otra cosa que una infinita catástrofe de la cual intentamos salir lo mejor posible».

Los inspectores españoles, estadounidenses y holandeses probaron que el capitán Van Zaten (KLM) despegó sin tener la imprescindible autorización de la torre de control de Los Rodeos. La tripulación holandesa no abortó la maniobra al escuchar una comunicación del B-747 de Pan Am en la que se informaba de que seguían en la pista

(ocho o nueve segundos antes del impacto). El primer piloto de KLM contestó con un afirmativo en el momento en el que su ingeniero le preguntó si el *Jumbo* norteamericano ya había abandonado la pista. El Boeing 747 de Pan Am siguió rodando hasta la salida C-4 en lugar de tomar la C-3, tal y como se les había indicado desde la torre. La niebla regó de confusión un escenario dominado por el desconcierto. Las cintas de voz ratificaron el galimatías que se apoderó del puesto de mando del KLM al finalizar la maniobra de *blacktracking* (giro de 180º) para colocarse en situación de despegue. Entonces, abrió gases sin la autorización de ATC. El copiloto quiso corregir el movimiento con un «espera, aún no tenemos la autorización ATC». Jacob van Zaten paró el avión y respondió: «Sí, ya lo sé, pídela». Vi cómo el *Jumbo* abría el fuselaje de la aeronave de Pan Am con la brevedad con la que se deshace la fina tapa de una lata de sardinas al tirar de la anilla. En cuanto se rompe el envase, el olor a aceite de oliva es igual de penetrante que el jazmín después del rocío.

Anestesiado por la esencia de la lejía que se colaba por el ventanuco, mis ojos se desplomaban por el peso de una jornada que avanzaba con la lentitud.

Allahu Akbar.

Allahu Akbar.

Allahu Akbar…

Un grito misericordioso removió mis pensamientos antes del amanecer.

No había pegado ojo, pero la llamada a la oración inyectó en mi cuerpo una calidez que amansó todas mis preocupaciones en medio de un océano de plegarias que tuvieron el mismo efecto que las dulces rimas de un arrorró cantado a media voz…

Haiia ala ssalat.

Haiia ala ifalah.

Haiia ala ifalah.

Allahu Akbaru.

Allahu Akbar…

[1] Mpaiac, el Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario fue un grupo terrorista creado por Antonio Cubillo en 1964, cuyo objetivo era lograr la secesión de Canarias de España.

Capítulo 4

«Todos los turistas que vienen a Estambul se sienten vigilados por la ciudad que duerme sobre el Bósforo».

Aydiner

Haiia ala ssalat.
Haiia ala ifalah.
Haiia ala ifalah.
Allahu Akbaru.
Allahu Akbar…

Una confusa algarabía cinceló mi cráneo sin piedad a las cinco de la mañana. Por la hendidura de la ventana se filtraba la luz fría y traslúcida del amanecer. Ya no escuchaba el zumbido del puto mosquito que no dejó de sobrevolar mi cuerpo durante la madrugada. ¿Puede que lo haya derribado en uno de los manotazos desorientados que retorció mi nariz de avellana? Ahora solo se oían los gritos de la oración, una maraña sonora que revivió en mi alma un remoto *souvenir* veraniego de Delaware. No sé cómo ocurrió, pero me vi unida a la mano de mi padre cruzando una pradera de Elsmere en busca de miel de tilo joven. A medida que nos acercábamos a los panales, más ruidos y más abejas.

Intenté aislarme de aquellos quejidos tempraneros, pero no volví a pegar ojo. El cielo de Estambul se había aerografiado de un gris perla que a punto estaba de claudicar frente a las implacables hordas anaranjadas que empujaban el amanecer; ¿qué coño hago yo en este país?

Mi entrepierna sudaba como si fuera una adolescente que transita sobre el alambre del placer unos metros por encima del suelo, una especie de funambulista que se ha cansado de recibir besos en las mejillas, de las párvulas intenciones de un chico que no termina de creerse que está acariciando unas tetas que, por primera vez, no son

las de su madre, o la jovencita que da luz verde para que un ligue pasajero rodee su tierna cintura con sus brazos como si estuviera a punto de fallecer asfixiada por la fuerza salvaje de una anaconda… Me enfurece todo ese misterio que envuelve la primera vez de algo. El primer diente que revienta la encía de un bebé, la primera lectura que consigue agitar un pensamiento, el primer viaje sexual de una criatura virginal, la primera vez que fui consciente del engaño de Eyre Baxter, mi primer careo con Santiago…

Antes de que el reloj señalara las diez de la mañana, la hora pactada para mi primer desayuno en Estambul, me había duchado cuatro veces. No sé si era el calor o la suciedad que acumulé en mi cabeza, pero el único sitio en el que me sentía querida era debajo del agua. Con mi piel tan arrugada como uno de esos perros chinos, un sharpei nevado, salí de la habitación en dirección al comedor.

En cuanto me cruzara con él pondría fin a esta demencia estival: Santiago volvería a Tenerife y yo me recluiría en mi apartamento de Manhattan.

Al entrar al bufé recuperé una imagen de mi niñez en la que, otra vez, aparecía junto a mi padre. Ahora el escenario de la postal familiar era la altísima barra del *Lexington Candy Shop*. Situado en el Upper East Side, aquel establecimiento fue durante muchas mañanas una ampliación de nuestra cocina. El lugar en el que comenzaban mis días en cuanto ella se marchaba de casa. Todavía siento la presión de sus manos en mis axilas cuando me elevaba para sentarme en un taburete metálico de forma redondeada y forrado en *skay* negro. Al rato, sin que yo dijera nada, Thomas depositaba delante de mí una bandeja con un pancake adornado con una confitura de frambuesa.

Durante unos segundos barajé la opción de telefonear al doctor Morris para comunicarle mi rendición, pero no me atreví a fracturar su sueño con una decisión que podía tomar sola. Estaba tan distraída manipulando la agenda del móvil que no me percaté de la llegada de Santiago.

Frente a mí apareció un hombre que vestía una camisa de rayas gruesas azules, bermudas de cuadros, sandalias color tabaco, un gorro tipo safari… Una bandolera, que cruzaba su torso, completaba

un *collage* difícil de olvidar. Lo primero que pensé al verlo fue en las casillas de un sudoku.

—¿Santiago? —él la miró dubitativo—. ¿Eres tú?

El cosquilleo que causó en la planicie de mi barriga su ausencia de vergüenza demoró durante unos minutos mi intención de volver a Nueva York: había aplazado la huida hasta después del desayuno.

—¿Conoces la fama de los melones de la Capadocia? —resumió Santiago camino a una estantería inundada de fruta—. Dicen que tienen un sabor intenso, que maduran sin apenas cuidados, que el calor de la tierra les aporta el grado de dulzura exacto…

—¿Melones? —tarareó algo desorientada.

—Ahí están los pistachos —prosiguió—. Son tan prestigiosos como los dátiles de Egipto, las naranjas de España o el salmón de Noruega…

—¿Dátiles, naranjas, salmón…? —calcó queriendo establecer una posible asociación de ideas entre aquellos productos.

—¿Has dormido bien?

—¿Dormir? He sido acribillada por los mosquitos. Más tarde la llamada a la oración y, finalmente, un calor insoportable —encadenó —. No, no he dormido bien.

—Lo siento, ¿quieres descansar un poco? —suavizó sin perder la serenidad—. Tenemos tiempo de sobra para visitar la ciudad.

—Me vuelvo a Nueva York… Tú, si quieres, puedes quedarte.

Santiago tenía un trozo de melón de la Capadocia entre sus labios cuando le trasladé mi deseo de retornar a Estados Unidos. Sentí una revoltura por cortar un instante tan placentero, pero no quise estirar ni un minuto más mi estancia en Europa.

—¿Es por la habitación? —buscó una solución—. ¿Quieres que hable con recepción para que te reubiquen, cambiamos nuestros dormitorios, telefoneo a la agencia de viajes para que nos busquen otro hotel…?

El desconcierto iba en aumento.

—No es el hotel, es este país. Me estoy ahogando en él.

—¿Es por lo que dijiste anoche sobre tu madre?

—¿Mi madre? —retomó con energía—. Ella no tiene nada que ver. Hace años que dejó de ser importante en mi vida.

—No sé, durante la conversación me pareció entender que habías venido a Estambul en busca de una persona.

—¿A quién debería buscar?

—No lo sé. Eso es algo que solo sabes tú, ¿no?

Era la primera vez que asistía en directo a un enfado de Santiago. Sin una contraoferta que estudiar abandonamos el comedor en dirección a las habitaciones. Por fortuna no tenía que rehacer mi equipaje.

Al contemplar la acuarela con los derviches giróvagos que colgaba de una de las paredes del cuarto tuve la certeza de que, una vez más, había desatado mi cólera contra la persona equivocada.

Sabía que no tenía derecho a manejar su tiempo a mi antojo y, sobre todo, que un ser tan puro no podía pagar sí o sí mis cambios de humor. Una deuda de sangre que él se ofreció a cargar sin poner ni una sola excusa. Aunque me costara admitir mis equivocaciones en público, Santiago no merecía estar en el mismo plano que Zahîr. Al menos, él aún no había grabado ni una sola estría de dolor en mi corazón.

La mayoría de esas atrofias emocionales las causó el turco que me trajo a Estambul. Otras fueron obra de George Dunne y Tom Baxter. El primero por actuar como cómplice de mi madre después de la muerte de mi padre. Y el segundo por no saber defender un amor cuando aparecen las dudas. Un excombatiente del Vietnam que perdió el tesoro más imponente de su vida a manos de un desconocido, un ser más misterioso para mí que el que ahora mismo estaba recogiendo sus pertenencias en la cuarta planta de este hotel.

Santiago debía seguir disfrutando de los logros otomanos, de las leyendas del Mar de Mármara, de una ciudad que alimentaba su curiosidad una y otra vez… Él no podía ser el mochilero de mis miedos.

Cuando volví a la recepción no quedaba ni un solo gramo del turista con el que había desayunado. La camisa de rayas azules se había transformado en un polo verde, las bermudas de cuadro ahora eran unos vaqueros lavados a la piedra, las sandalias fueron sustituidas por unas Adidas clásicas blancas y azules y tampoco

había rastro del gorro. En menos de una hora, todo el desenfado que transmitía aquel estrafalario guiri maduró hasta alcanzar una pose de cabreo contenido que aguardaba mi presencia reposando su estrés en un tresillo tapizado en fieltro añil.

—¿Lista? —acortó sin disimulos—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Lo siento mucho —se disculpó sin que él acabara de cerrar la segunda pregunta—. Nos quedamos…

—¿Quedarnos? —desconfió—. ¿Seguir en Estambul? ¿En este hotel?

¿En las mismas habitaciones?

—Sí, en Turquía, en este hotel, en las mismas habitaciones.

En la mirada de Santiago convivían la ofuscación de una persona que se enfrenta a una mujer, como mínimo bipolar, y la inquina de un ser que no estaba dispuesto a seguir representando el papel de cobaya de laboratorio de una cuarentona atrapada en una tela de araña sentimental. Hay un grado de inocencia en mis rifirrafes con él que es una réplica de las conversaciones estériles de una pareja de enamorados en periodo de prácticas. Las dudas superan a las certezas y todo parece estar regido por la incertidumbre que estalla en el arranque de una cita:

ÉI: *¿Qué quieres hacer?*

Ella: *No sé…*

ÉI: *¿Quieres ir al cine?*

Ella: *Bueno*

ÉI: *¿Qué película quieres ver?*

Ella*: No sé…*

En ese punto, más o menos, volvimos a retomar nuestra estancia en Estambul. Santiago desconfiaba de una mujer que era igual de nerviosa que una pelota de *ping—pong* que recibe decenas de golpes antes de planificar una huida inaplazable por uno de los bordes de la mesa. Vaya donde vaya, Eyre Baxter y Zahîr seguirían retorciendo mi conciencia hasta que pusiera fin a una historia que escribió su prólogo en un pequeño negocio familiar ubicado en el entorno de la plaza de Sultanahmet.

George Dunne me reveló el lugar exacto en el que podía encontrar a Zahîr.

«Me agrada respirar tinta fresca en la rotativa de un periódico, las tartas de limón y las tostadas con mermelada de mandarinas, me aterroriza volar, no creo en el amor a primera vista, soy católica no practicante y feminista y siento repulsión por los hombres que necesitan hervir sus lenguas con un whisky para llamar la atención de una mujer. Odio que me miren el cuello. Soy alérgica al marisco, a los gatos y a las historias románticas. Me gusta nadar en Long Island, refrescar mi cuerpo en las plácidas aguas del río Allegheny, hundir mis pies en el lago Champlain mirando el arrebol. No me parece ético que se utilice un desfile de *prêt-à-porter* para poner un colador en el rostro de una modelo o exhibir a una docena de chicas medio desnudas y aladas ante una manada de ricos aburridos y opositores a pijos. Aunque muchas de las informaciones que difunde me parecen ciertas, creo que se está hablando más de la cuenta de *WikiLeaks* [2]. No me gusta que me cuenten cómo acaba una película antes de que pueda verla… ¡Putos *spoilers*!».

Santiago procesaba la información que acababa de liberar sin orden cuando insistí en la idea de que nuestra estancia en Turquía debía seguir su cauce natural.

—¿Natural? —cuestionó sin perder las formas—. He tratado de ser yo desde que te vi en Barajas, pero tú no me dejas. Creí que este viaje era una oportunidad para conocernos, pero siempre aparece él. Zahîr por aquí, Zahîr por allá: ¿tan importante es ese hombre en tu vida?

—Ahora no —enterró la norteamericana sin dar explicaciones.

Santiago tardó en regresar al *hall* menos tiempo del que necesita una aspirina para diluirse en medio vaso de agua. Se movió con tanta rapidez que ni siquiera modificó su vestuario para acometer el primer paseo estambuliano.

Tras cruzar los cuatro escalones de la entrada que nos situaron sobre la acera, él puso casi un metro de distancia entre nuestros cuerpos y buscó una referencia visual calle arriba que nos permitiera llegar a la explanada de Sultanahmet. Avanzábamos en silencio por

una pendiente azotada por el sol del mediodía, un calor hiriente y aún soportable. No sé si la escena formaba parte de un castigo, pero la verdad es que no encontré muchas diferencias entre el escarmiento de Santiago y el de aquellas mujeres enlutadas que caminaban sumisas siete pasos por detrás de un hombre en dirección a la Mezquita Azul.

Unos altavoces volvieron a llamar al rezo antes de ver cómo los seis minaretes de Sultanahmet Camil agujereaban el cielo, un azul celeste que inyectaba toneladas de luz sobre un patio que empequeñecía mi contorno sin que pudiera evitar sentirme una extranjera en tierra enemiga. Santiago, en cambio, doblaba su espalda una y otra vez para cazar el encuadre perfecto de sus fotografías. Sus escorzos eran tan absurdos que no pude evitar tomar el control.

—¿Te hago una foto? —forzó un acercamiento exhibiendo un cuarto de sonrisa—. Se me da mucho mejor que hablar y, sobre todo, mejor que pensar.

Santiago estiró su mano derecha para entregarme una Nikon Coolpix P90 con un recelo comprensible. Su aprensión estaba tan justificada como las dudas de los estorninos pintos que rondan a los visitantes de Central Park para robar los restos de sus comidas. Esos pájaros saben dónde encontrar su sustento. En cuanto se aseguró de que su cámara estaba bien sujeta, retrocedió seis metros hasta situarse en medio de un escenario inundado por casi dos docenas de cúpulas de varios tamaños, una enorme colmena arquitectónica que rivalizaba con la elegancia rojiza de Hagia Sophya.

Los extranjeros no podían acceder al interior de la Mezquita Azul durante la plegaria y, en mi caso, una mujer me entregó dos pareos cuando estaba a punto de superar uno de sus pórticos: uno para cubrir mi cabeza y cuello y otro para ocultar la desnudez de mis largas piernas. Además, tuvimos que descalzarnos y atravesar una extensa alfombra escarlata sobre la que planeaban millones de mosaicos, columnas, cúpulas, pechinas, arcos y un sinfín de ventanales policromados.

Desconozco el grado de religiosidad que habita en Santiago, pero aquel hombre cometió un error mayúsculo al marcar la señal de la

cruz en un templo no cristiano. Un gesto espontáneo que sorprendió a un musulmán.

—¡Santiago, Santiagooooo! —recriminó apretando sus dientes con disimulo—. ¿Te has persignado en una mezquita?

—¿Yo? —respondió cuando aún se hacía la señal de la cruz sobre su pecho.

—¿Estás loco, quieres provocar una crisis religiosa?

—¿De qué crisis hablas? —banalizó—. Ha sido sin querer.

—Por favor, controla esa mano —aconsejó, casi sin mover sus labios—. Observa cómo te mira ese hombre.

Santiago parecía avergonzado por un gesto incontrolado y no sabía cómo excusarse. Sentía tanta culpa en sus entrañas que al pasar por delante de él inclinó su cabeza reclamando un perdón teológico de lo más terrenal. Su inocencia era tan ingrávida como la perezosa humacera que emerge de las alcantarillas de Times Square. El edificio olía a queso, a un queso añejo que ha sido derrotado por el moho. Olía a un fermento indescriptible. Igual de insoportable que una docena de huevos podridos, inolvidable como el vinagre de Módena.

La presión que ejercía aquel tufo sobre mi frente era tan intensa que tuve que abandonar la mezquita por el primer hueco en el que hallé una ráfaga de luz. El aire estaba tibio como la manzanilla que es abandonada sobre la encimera. Fuera del templo nos esperaba el señor ofendido con un rostro mustio y amenazador.

—¿Se ha mareado? —quiso averiguar—. Suele ocurrir la primera vez. Las mezquitas reciben a diario las visitas de muchos extranjeros.

—¿Y qué tienen que ver los extranjeros con el ambiente irrespirable que se percibe en el interior del edificio? —Indagó Santiago—. Tengo la impresión de que es un problema higiénico.

—Sí, es un problema higiénico —ratificó con un castellano casi perfecto—. ¿Cuántos turistas ha visto lavarse los pies antes de entrar en el edificio?

—Mi nombre es Aydiner —aclaró al tiempo que llevaba su mano derecha a la parte central de su pecho—. ¿Es su primer día en

Estambul? ¿Van a estar mucho tiempo? ¿Ya han elegido un lugar para almorzar?…

Tanta amabilidad tuvo como recompensa una caminata de quince minutos hasta el restaurante que regentaba. En cuanto nos sentamos toda su familia se puso a nuestra disposición para colmarnos de atenciones que en algunos casos no habíamos reclamado. Nos sirvieron agua fresca sin pedirla. Trajeron un canasto lleno de pan acompañado con varios tipos de salsas por iniciativa propia. Depositaron sobre la mesa una fuente con una berenjena rellena sin asegurarse de que nos gustara esa planta.

Aydiner dirige sin decir ni una sola palabra los movimientos acompasados de su tropa desde la retaguardia.

En aquel negocio casi todo se regía por un código visual, un sutil arqueo de las cejas o una mueca en un cachete tenían más poder que una frase imperativa. Sus trabajadores eran precisos y obedientes como las piezas de un ajedrez. Entraban y salían de la cocina con unas bandejas de latón que contenían un par de sopas de yogur a la menta, una kokeba de pescado, un morcillo de ternera con pistachos y dos dulces de calabaza, por si aún quedaba algún hueco por rellenar en nuestros estómagos.

Cada vez que uno de aquellos manjares estaba a punto de extinguirse volvía a resurgir la bronceada silueta de Aydiner para repetir la misma frase.

—¿Señores, les ha gustado? —escrutó en varias ocasiones con la certeza del que sabe que va a recibir un veredicto favorable—. ¿Más pan, agua, zumo?

Aaaachiissss… Eve estornuda.

Ni una sola incomodidad hizo acto de presencia durante el almuerzo hasta que percibí el roce de una cola de gato sobre mi espinillera izquierda. Al principio fui prudente en la maniobra de desalojo, pero el felino de las narices era remolón y no tenía la intención de renunciar a la sombra que le aseguraba nuestra mesa. El desahucio no podía alargarse mucho más.

Aaaachiissss…

Mi alergia gatuna iba en aumento cuando Aydiner comenzó a sumar.

La factura llegó impregnada de un amargo efluvio a manzana concentrado en dos tés con los que el comerciante obsequió nuestra presencia en su local. Antes de sujetar un pequeño vaso color zafiro con unos adornos de nácar, un maullido precedió a la destartalada fuga de un ejemplar atigrado que acabó refugiándose bajo las púas de un rosal amarillo.

—¿No le gustan los gatos?

—¿Por qué lo dice? —respondió Eve Baxter con una locución antinatural.

—Atarük solo reacciona de esa manera cuando alguien pisa su cola —aclaró—. ¿Señora, no le gustan los gatos?

—Nunca nos hemos entendido —confesó después de saborear por primera vez la infusión de manzana—. Nuestra convivencia siempre ha sido espinosa. No nos llevamos bien.

—Pues Estambul no es el mejor sitio para plantear esa guerra.

—Ya me he dado cuenta —aceptó sin elevar demasiado la voz—. No entiendo cómo unos animales que casi siempre están riñendo son capaces de parir tantos gatitos.

Mi reflexión desató la risa tonta de Aydiner, quien, nada más capturar una lágrima de felicidad de su ojo derecho teorizó sobre los gatos estambulíes.

Ja, ja, ja. El turco aprieta sus manos contra su barriga para frenar un ataque de risa.

El mentón de Aydiner era resistente como un viejo yunque que aguarda el cuerpo a cuerpo con el acero candente. Golpe a golpe moldeaba cada una de sus ideas con la única intención de envolver a sus invitados. Adornaba sus oraciones con tanta meticulosidad que era imposible no oír unas tesis fantasiosas que enseguida captaron la atención de Santiago.

—¿Saben por qué en este país nos fijamos en el color que tienen los ojos de los gatos? —volvió a asumir el protagonismo—. Para ver si son dispares.

—¿Dispares? —intervino Santiago.

—Los gatos con ojos diferentes son un regalo de Alá, animales tocados por Alá —puntualizó—. Mahoma idolatraba a una gata de pelaje blanco y ojos dispares… ¡Muezza!

Mientras Aydiner sazonaba una leyenda urbana que derivó en la figura de Mustafa Kemal Atarük (fundador de la república de Turquía), en mi cabeza hervía una historia que nada tenía que ver con una antigua superstición de la sociedad otomana. Mi agobio no estaba relacionado con el supuesto día en el que el respetado líder local regresaría para reencarnarse en un Angora Turco blanco de ojos dispares: uno verde y el otro ámbar.

Mi angustia reventó en cuanto me convencí de que no sabía dónde había olvidado el anillo que precipitó mi bautismo aéreo.

La ciudad de Estambul se cerró ante mí como una persiana que cae de golpe para desterrar el sol. Nada tenía sentido mientras mis pensamientos estuvieran en la habitación en la que abandoné la joya. Aydiner y Santiago hablaban de los privilegios de los felinos sin reparar en la palidez de mi rostro, una decoloración que comenzó a sudar conforme me iba haciendo a la idea de que no volvería a ver nunca más el rubí que Zahîr regaló a mi madre.

—¿Qué te ocurre? —trató de averiguar Santiago una de las veces que giró su cabeza para ver si les seguía—. Tienes mala cara, ¿Eve, estás bien?

—¿Ha sido el picante? —recalcó el restaurador.

—Estoy bien, soy hipertensa.

—¿Han sido los gatos? —añadió Aydiner con una exquisita diplomacia.

—No es nada, es el calor… Solo soy hipertensa.

Los muros rojizos de Hagia Sophia se hicieron visibles desde nuestra posición cuando Santiago pronunció la frase que necesitaba oír para aliviar una autoflagelación mental desatada por un descuido imperdonable.

—¿Volvemos al hotel?

Aquel remedio balsámico obtuvo el respaldo inapelable de Aydiner, quien se excusó con la inminente llamada a la oración por parte del muecín.

Uno de los pilares fundamentales de la terapia del doctor Morris consistía en saber dejar que otros llevaran la iniciativa por mí en los momentos más críticos. El actual era de los más complejos. El salvavidas que me ofreció Santiago cuando planteó la vuelta al hotel

era irrechazable pero, además, evitó que mis niveles de pedantería quedaran expuestos como un trofeo recién conquistado. Por una vez pude contener mis nervios al compás de una baglamá que atenuaba mi fijación por el anillo.

A medida que las notas se fundían con el tórrido firmamento de Estambul, yo machacaba el croquis de la habitación. ¿Puede que lo haya dejado en el lavabo junto al frasco de agua de violetas? ¿Igual está dentro de la caja de terciopelo malva que me entregó Dunne el día que cumplí los veintiuno? ¿A lo mejor se quedó en mi neceser?… Mis pies tomaron impulso calle abajo y, esta vez, era Santiago el que veía mi nuca: dos metros por detrás de mí transitaba un hombre que tenía razones de peso para pensar que estaba a punto de descomponerme.

Llegué al portal del hotel esprintando y sin aliento, superé con dos zancadas los cuatro escalones que conducían al *hall* y me esfumé en dirección a la entreplanta con una despedida etérea. Ni siquiera me aseguré si él había oído mi partida.

—Hasta luego —pronunció camino de la habitación número veintisiete.

El anillo no estaba en el neceser, tampoco lo encontré en la caja malva y mucho menos en el lavabo junto a la fragancia de violetas. Esta vez no había nadie cerca que evitara mi exasperación.

—¡Diooooossssss!…

En una maniobra encolerizada por hallar una salida airosa en medio del caos, solo fui capaz de vaciar un bolso de viaje que respiró aliviado en cuanto abrí la cremallera. Sobre la cama regué tres vaqueros, ocho camisetas, seis blusas, dos vestidos, una falda, cuatro bermudas, sujetadores, bragas, una caja de compresas con alas, un protector solar, tres pares de zapatos, dos chaquetas, un secador del pelo, un montón de cremas, dos gafas de sol… En aquel rastrillo ambulante no estaba el anillo.

Ring, ring, ring. Suena el teléfono de la habitación de Eve.

—¿Estás bien? —buscó información sobre su estado de salud Santiago.

—Sí, solo ha sido un golpe de calor; soy hipertensa.

—De acuerdo, estaré en mi habitación —simplificó—. Llámame si quieres que avise a un médico o que vaya a una farmacia.

Al colgar el teléfono, mi ánimo resplandeció al ver el rubí sobre la mesilla de noche. Estaba camuflado en el interior de un cenicero; una copia barata de cristal de bohemia.

Eve desabrocha el botón de sus vaqueros y respira aliviada.

---

[2] WikiLeaks, medio de comunicación y organización mediática editorial sin ánimo de lucro creada en 2006 por Julian Assange. Su popularidad creció a partir de la publicación de documentos clasificados e informaciones aportadas por fuentes anónimas.

Capítulo 5

«No planifiques un mañana inundado de alegrías sin tener en cuenta las desgracias que hoy aún no se han presentado».

George Dunne

Hay algo de la personalidad de Eve Baxter que resucita mis peores pesadillas junto a Rebeca. La primera estuvo a punto de deportarme a Tenerife sin ver Estambul. La segunda prorrogó mi soltería en abril de 2005. Ambas son tan movedizas como la veleta que juega con las invisibles corrientes de aire que intentan anclarse entre las tejas que se broncean bajo el sol de agosto, la cubierta que se viste de hielo en enero, la techumbre que observa el dejativo balanceo de las hojas del mes de octubre o las mismas tejas que recuperan su rojiza intensidad en cuanto estalla la primavera. Estoy en manos de un ser de cabellos encendidos, de su furor, de sus titubeos…

Dar con la mujer de tu vida es tan complejo como saber elegir la pieza más sabrosa durante una golosa visita a una pastelería: por fuera todas son apetitosas, la sorpresa viene con el relleno. Supongo que ellas pensarán lo mismo de los hombres. Puede que en lugar de una confitería sus vitrinas formen parte de una carnicería, una pescadería o una ferretería. ¿Debe ser muy difícil elegir a un buen hombre entre chuletones de buey, unos hermosos besugos o un puñado de tornillos?

Me he enamorado tres veces en cuarenta años. La primera de una rubia en octavo de EGB, la segunda de una castaña que me dejó tirado en el altar de la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán y la tercera de Eve Baxter.

Mi currículum amoroso es tan soso como la melancólica rutina del pez que apura su aislamiento en una de esas ridículas peceras redondas: ni compañía, ni espacio.

A su alrededor solo hay unas piedras de colores chillones, un galeón hundido que acota aún más sus movimientos, algas de plástico y un escuálido coral que aguardan ser prisioneros del musgo. ¡Menuda diversión!

Santiago le sigue dando vueltas en su cabeza a la precipitada marcha del restaurante.

Me gusta ver la felicidad pintada en la boca de una mujer encandilada por el amor, descifrar la conversación muda de sus ojos, inventar historias que acaban con más sonrisas que lágrimas, olfatear la indecisión de sus pasos, percibir el andar de una novia que se siente amada… Maldigo a los que recurren a la violencia para camuflar sus miserias varoniles. No es justo. Hay hombres que nos pasamos toda la vida persiguiendo al complemento ideal y otros solo son capaces de provocar dolor, soledad y muerte. Me revienta escuchar o leer en ayunas una noticia asociada con uno de esos asesinos, maltratadores, psicópatas…

A veces, creo que esos malnacidos quieren contradecir a Sócrates, el padre del pensamiento clásico. Él estaba convencido de que no hay nadie que no pueda ser un héroe por amor. Sócrates, seguro, nunca habría tenido que pisar un juzgado de violencia de género.

Ring, ring, ring… Retumba el teléfono de la habitación de Santiago.

—¿Santiago? —saludó Eve con una entonación melosa.

—Sí —confirmó al tiempo que recuperaba algunas de sus pertenencias del interior de un bolso de cuero marrón—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, bastante mejor… Solo fue uno de mis asiduos problemas de tensión —restó dramatismo, convencida de que no habría más preguntas—. ¿Volvemos a la plaza de Sultanahmet?

—¿Ahora? —contestó aliviado por no tener que rehacer su maleta —. ¿A Sultanahmet?

—Sí, voy a reunirme con Zahîr.

(Silencio).

El espíritu heroico de Sócrates me empujó a aceptar un ofrecimiento que venía atado a una insólita petición. Algo grave debió ocurrir en el comedor de Aydiner para desfigurar el comportamiento de Eve. Es cierto que sus tripas se reviran por nada

como culebras acorraladas que no saben calcular la longitud de sus ataques, pero percibí con nitidez que aquella mujer, a su manera, reclamaba mi protección.

—Necesito que guardes el anillo —encargó—. Que lo escondas en un lugar seguro y no reveles a nadie su ubicación… A nadie, ni siquiera a mí.

La voz de Baxter destila preocupación, algo extraño en un ser que no acostumbra a exhibir signos de flaqueza.

La encomienda ocasionó un cosquilleo en las plantas de mis pies y mi ojo izquierdo empezó a parpadear como el intermitente neón que anuncia el servicio 24 horas de un prostíbulo. Nunca he podido controlar ese *tic* nervioso. Según mi difunta madre, esta carga es mi sombra desde el día en el que un gandul sin escrúpulos, al menos cuatro cabezas más alto que yo, me robó mi juguete favorito. Ser atracado sin haber cumplido los trece es una experiencia traumática.

De aquel *shock* de pubertad aún me queda el recuerdo de una calamitosa tentativa por sepultar la vergüenza del que no tiene claro quién es quién en un atraco. Si no, ¿por qué siendo la víctima tenía la impresión de ser el culpable? Lo cierto es que nadie echó en falta la bicicleta que en teoría se encontraba debajo de la sábana que cubría un par de sillas y una escoba cruzada. Con lo que me gustaba dar pedales, lo extraño era que me pasara las tardes en un patio contemplando el ordenado y marcial transitar de unas hormigas. ¡Qué aburrimiento! Por mucho que insistía mi madre en que montara en mi Derbi Rabasa roja, la puerta del cuarto donde dejé la bici fantasma siguió entornada hasta que ella descubrió el engaño.

—Santiagooooo… —gruñó desesperada mi adorada madre al ver que un par de ruedas, un sillín y un manillar con un timbre afónico se habían mutado por arte de magia en dos sillas de madera de pino plegables y una escoba cruzada.

Que te roben una bicicleta a los trece años no deja de ser una canallada tan mezquina como la insonora sustracción de céntimos que planifican las compañías de telefonía móvil cada mes de tu cuenta corriente. Tan ratonil como las comisiones bancarias que descuadran tu economía de guerrilla el día menos pensado. Igual de despreciable que la avaricia de los gestores de esas tiendas que

compran el oro de los más necesitados, los tesoros de los que buscan parchear su existencia a veintiséis euros el gramo. Me repugna la frialdad con la que esos usureros juegan con los recuerdos áureos de personas acorraladas por las deudas, arrinconadas por la crisis. Alguien debería exterminar a esa gentuza. No entiendo la facilidad con la que afloran unos negocios que me causan el mismo asco que unas cucarachas que huyen desorientadas para no ser aplastadas por una suela asustadiza.

Si mi futuro como ciclista hubiera estado en manos de mi padre jamás habría dado una pedalada más después de que aquel monstruo se llevara mi Rabasa roja.

Mmmm, mmmmm, mmmmm… Vibra el móvil de Santiago.

campanilladeManhattan: En diez minutos nos vemos en recepción.

Mi madre tuvo la culpa de que encontrara el anillo que Zahîr le regaló a Eyre, ella es la responsable de que hoy esté en Estambul.

Nunca he conocido a una mujer más buena. La mejor persona del mundo. Su bondad era infinita y el amor que sentía por ella no hubiera cambiado sin la bicicleta azul que me compró para espantar el susto que inyectó en mi angosto cuerpo aquel zángano de reformatorio.

Sin su generosidad no habría tenido acceso al rubí. Sucedió en el verano de 1983. En la primera quincena del mes de agosto, creo. Los veranos en San Cristóbal de La Laguna eran extremos. O grises y nublados o azules y abrasadores. Frío o calor. No existía un punto intermedio. Mis vacaciones giraban en torno a Jesús y Tomás. El primero era un muchacho corpulento y algo pasmado, de esos que se dejan llevar por una corriente favorable. El otro, Tomás, era el amigo miedoso y fiel que todos tenemos. La voz que me azuzaba hacia una batalla que él observaba desde la trinchera. Su fidelidad era irrefutable, pero una ausencia de bravura le hacía moverse cuatro cuerpos por detrás de mi espina dorsal.

Uno de nuestros entretenimientos favoritos era montar en bicicleta. Con ellas llegábamos a un inhóspito campo de tiro militar o, en su defecto, pedaleábamos hasta Los Rodeos. Sí. Cerca de aquella loma de perdición donde las parejas liberaban sus pasiones más pueriles.

Un día íbamos a recuperar las balas que los soldados de artillería habían incrustado en la arcilla rojiza y al siguiente nos proponíamos capturar perdices en Tenerife Norte.

La tarde en la que encontré el anillo iba acompañado por Tomás. No estoy seguro, pero antes de que me colara en la pista de Los Rodeos puede que visitáramos el cementerio de San Juan. Nos gustaba leer los grabados de las lápidas, competir hasta localizar al muerto más viejo, contar rosas, claveles y crisantemos… Rufino, uno de los jardineros del camposanto, se hacía el distraído mientras vigilaba a distancia el calado real de nuestro macabro pasatiempo. A veces, si detectaba la inusual visita de un guardia urbano o se escuchaban los sollozos desafinados de un entierro, surgía el empleado modélico que ahuyentaba a la chiquillería agitando un rastrillo de nueve puntas y lanzando unos alaridos que reclamaban la presencia de Satanás. Otros días, los más clorofórmicos, a Rufino se le calentaba el pico relatando chismes protagonizados por los inquilinos de San Juan. Siempre se despedía con la misma cantinela: «¡Qué demonios hacen ustedes aquí! Largo, largo, fuera de mi vista… Algún día vendrán para quedarse», repetía envalentonado.

Aquella tarde Tomás me confesó que estaba demasiado cansado para ir a buscar balas. Por esa razón descartamos visitar el campo de tiro y nos fuimos al aeropuerto. Mi inseparable escudero no dio síntomas de amilanamiento hasta que nos quedamos frente al vallado desgarrado que nos dejaba el camino libre al campo de vuelo. «No entres, Santiago, no entres… No ves que nos van a coger», escuché mientras me alejaba.

Tomás olía el miedo con la misma desconfianza con la que un niño recela del chupete que le ofrece una mano desconocida. Amagaba con pegar una zancada al frente y, en lugar de avanzar, terminaba retrocediendo tres. Su zozobra nunca le permitió cruzar el enrejado de Los Rodeos que marcaba la frontera entre lo sensato y lo aciago. Las historias de difuntos estucaban su rostro atortillado otorgándole una inquietante apariencia espectral. A veces, cuando esos repelús bloqueaban sus músculos, bendecía mi suerte por no tener que contemplar de cerca algo tan espantoso.

Mientras me arrastraba por el lodazal seco sobre el que murió la madre de Eve Baxter solo se escuchaba el arrullo de una perdiz y las voces que daba Tomás desde la alambrada: «Santiago, Santiagooo, Santiagooooo»… «Vuelve aquí antes de que nos detenga la Guardia Civil».

La torpeza de mis movimientos y los gritos de Tomás hicieron que tres perdices levantaran el vuelo antes de incrustar mi barbilla contra un lodo endurecido y agrietado que reclamaba una llovizna salvadora. Si no hubiera clavado mis morros en aquel risco, hoy la existencia de Eyre sería un enigma que no logró superar su fase embrionaria.

El anillo estaba semienterrado, extraviado debajo de un canto rodado con forma de pera y embadurnado por una tierra ennegrecida que anulaba su rojiza intensidad y el deslumbrante fulgor de su argolla.

Al cerrar la puerta de mi habitación aún masticaba la súplica que me hizo Eve sobre el anillo en el último intercambio de SMS. ¿Cuál era el motivo que le impulsaba a deshacerse del rubí? ¿Por qué me confiaría el destino inmediato de una joya que ella creía estaba poseída por una homérica malevolencia? ¿Llegaría el día en el que por fin esa alhaja saliera de mi vida? De camino a la recepción maquiné una solución creíble que me apartara de aquel atolladero, pero una parte de mi cerebro buscaba con una disciplina casi monacal un lugar para ocultar una sortija a la que le estaba cogiendo una tirria que me resultaba familiar. Una ojeriza tan corpulenta como la que empezó a latir en mi pecho el día en el que Rebeca rompió su compromiso matrimonial.

Eve estaba sentada de medio lado sobre un tresillo añil. Sus ojos perseguían los movimientos de un vendedor octogenario que ocupaba la parte central de la cristalera. El anciano empujaba calle arriba un carro cargado de piñas asadas. Estaba tan ensimismada con esa imagen que no se dio cuenta de mi llegada hasta que puse mi mano derecha sobre su clavícula izquierda.

—¡Joder! —exclamó antes de pegar un salto que nos situó boca con boca—. ¿No te he visto llegar?

Los ojos de la americana se abren como platos.

Aquel brinco me dejó mudo, deslumbrado por una belleza deleitable e inexplorada.

La intensidad de sus cabellos anaranjados y el rojo vivo que remarcaba sus labios no impidieron que mi mirada se depositara sobre el desfiladero que delimitaba la curvatura de sus senos. La mujer que emergía ante mí nada tenía que ver con la lunática que se cuestionaba su permanencia en Turquía. Tampoco se parecía a la turista que huyó del restaurante de Aydiner en lo que, según mi modesta opinión, fue una sedición intestinal en toda regla.

Eve lucía un voluptuoso traje verde aguamarina que enfatizaba su silueta dórica. Un vestido con adornos lilas que fracturaba la uniformidad de sus líneas a la altura de las caderas y, aún más, cuando la tela cubría parte de sus pechos. Esa parábola, que dejaba al aire su pálido esternón, acentuó un deseo que podía palpar. Solo cuando sus rodillas jugueteaban con unos pliegos interminables, que se precipitaban contra el suelo como una cascada de seda agreste, se hacían visibles unas sandalias de diseño helénico que embellecían la desnudez de sus tobillos. Sus hombros, ahora descubiertos, olían a violetas y de los lóbulos de sus orejas colgaban unas agradecidas espirales de plata que minimizaban la longitud de su cuello.

Una provocadora Eve Baxter explotaba su feminidad en un país donde las mujeres se mueven con recato. Presumía de su sensualidad en una ciudad en la que el código del Hiyad repelía el oportunismo y la frivolidad de los gurús de la moda neoyorquina, parisina o madrileña.

Belleza y euforia rivalizaban por controlar sus movimientos.

En cuanto dejamos atrás los escalones del recibidor quedamos expuestos a la vergonzosa luz del atardecer. El hombre que empujaba la carreta de piñas asadas casi había coronado la empinada cuesta y ella se mostraba muy activa, más revoltosa de lo habitual. Avanzaba dando pequeños saltitos y no dejaba de enredar las puntas de sus rizos en una pinza carnosa que moldeó con los dedos índice y corazón de su mano derecha. Construía frases inconexas que ella misma se autocontestaba.

—¿Cómo te lo imaginas? —indagó imitando con su andar el distinguido planeo de una gaviota.

Sus manos se agitan con unos movimientos circenses.

—Seguro que no es gran cosa —prosiguió sin esperar a que él entrara en la conversación—. Es probable que usara sus encantos para engatusarla.

—Ufff*…* —Eve se lamentaba—. ¡Gatos, qué horror! ¿Te he dicho que odio a los gatos?

—A saber cuántas mujeres más pudieron ser engañadas por el verso fácil de ese desgraciado —recriminó sin dejar de hacer equilibrios sobre la acera—. Miserable, aprovecharse de los fallos que cometieron otros para generar un dolor ajeno. Rastrero. Lo que hizo Zahîr con mi madre fue muy rastrero.

Eve destilaba un resentimiento ingobernable; indignación en estado salvaje.

Aturdida por el veneno que desprendían los mensajes contradictorios que le habían transmitido durante años, Baxter se abría paso con una solemne fogosidad en medio de un escenario desconocido. Si no supiera de la existencia de sus desfallecimientos emocionales diría que avanzaba en dirección a la plaza de Sultanahmet convencida de que estaba en poder de una jugada ganadora.

Viendo la credibilidad que inspiraban sus pasos, muy pocos se atreverían a poner en duda sus pobres conocimientos respecto al callejero de esta ciudad. Nada en su conducta me inducía a pensar que estaba poseída por la ceguera que acompaña a los conquistadores antes de tener la certeza de estar a las puertas de un territorio ignoto, al borde de donde habitan los dragones. Esa chica no aceptaba que sus probabilidades de éxito fueran tan quiméricas como los sueños de papel de Julio Verne: fantaseaba con un instante que no terminaba de llegar…

La calle que estaba anotada en la agenda de Eve era larga y embutida. El sol hervía las fachadas que caían sobre mi mano derecha y los tenderos se disputaban a la clientela ofertando piezas de lapislázuli, variados surtidos de especias y lokum, imponentes lámparas de diferentes formas y colores, un amplio muestrario de kilims de *patchwork* o elegantes cubrecamas.

Eve se quedó paralizada justo delante de un escaparate dominado por un gigantesco ojo de tonos azulosos: la tienda de Zahîr estaba en reposo.

Nadie se percató de nuestra presencia hasta que ella trató de agarrar el pomo azabache de una puerta que se abrió por sorpresa. La hoja tembló y el lamento de unas bisagras que reclamaban un chorrito de aceite puso en guardia a un musulmán que observaba desde un mostrador situado en el fondo del almacén el recibimiento que nos dio un niño que apenas medía noventa centímetros. El pequeño celebró con una risa contenida la opción de negocio que se le presentaba a sus familiares y corrió a sentarse en unos peldaños de madera. Desde allí no perdió detalle de la estrategia que a punto estaba de desplegar un varón esquelético, de tez morena, dueño de una barba quijotesca y unos pómulos voladizos. Un hombre que rebosaba amabilidad, tanta cortesía como la que nos había regalado Aydiner al mediodía en su restaurante.

—*Merhaba* —saludó justo antes de llevarse su mano derecha sobre el pecho.

—Hola —trasladó el español sin perder de vista el mutismo que envolvía a Eve.

El niño vuelve a correr en dirección al gran escaparate para abrir el portón a unos turistas rubios con una apariencia escandinava.

—¿Españoles? —acortó—. Antonio Banderas, Julio Iglesias, Raúl… ¡Olé! —aireó a los cuatro vientos y proyectando en el aire una especie de media verónica.

Aquella sucesión de identidades hirió mi patriotismo.

Mientras me cuestionaba por qué aquel buen hombre había enumerado a esos tres iconos como ejemplos del poderío español en lugar de recordar a don Santiago Ramón y Cajal, a don Vicente Aleixandre o a don Juan de la Cierva, el niño que nos dio la bienvenida permanecía tieso delante de Eve con una fuente llena de pequeños cubos glaseados. Hubiera entendido, incluso, que no quisiera citar a don Miguel de Cervantes, por no recordar lo ocurrido en la Batalla de Lepanto, pero que hipotecara todo el crédito de un país con un trío compuesto por un actor, un cantante y un futbolista

era tan doloroso como arrebatar la autoría del descubrimiento de América al genovés Cristóbal Colón.

—Pueden probar una —ofreció el comerciante apuntando con uno de sus meñiques al recipiente que aún sujetaba el menor—. Son delicias turcas. Las que tienen el relleno de pistacho eran las favoritas de Winston Churchill, ¿lo sabían? Napoleón también las comía, Picasso… Casi nadie se niega a probar el lokum.

En ese exiguo porcentaje estaba incluida Eve, quien se resistía, como los colores deformados de una bandera que rechaza quedarse inmóvil ante el firme asedio de la brisa, a meter sus puntiagudos dedos en la bandeja.

—¿Está Zahîr? —exigió Baxter con un énfasis que cortó de raíz la empalagosa clase de gastronomía que creció en el centro de la habitación.

Al vendedor lo delató la ondulación que describieron unas cejas negras como el carbón. Sin embargo, en un intento por conservar su anonimato, pudo liberarse de la incómoda curiosidad que le infundía una cliente arisca, una mujer que transmitía una frialdad irritante.

—¿Le gusta esa lámpara? —cambió de táctica—. Si la quiere es suya por doscientos euros, es suya por doscientos euros.

—Señorita, ¿de qué parte de España es usted?

—No, ella es americana —corrigió Santiago al ver el tono amoratado que adquiría la yugular de Eve—. El español soy yo.

—¡Oh, *amerricana!...* —Pronunció de forma equivocada el emprendedor—. Un español y una *amerricana*: ¿igual que Antonio Banderas y Melanie Griffith? ¡Olé!

El rostro desencajado de Eve Baxter no podía filtrar más estupideces.

—¿Dónde está Zahîr? —requirió la mujer, esta vez con más virulencia—. ¿Puede avisar a Zahîr?

—Yo soy Zahîr —aseguró el trabajador—. ¿Qué desea? ¿Ha visto las alfombras? Las hacen a mano en Kadiköy, en la parte asiática. Son exclusivas. No hay dos iguales. Buena calidad, buen precio…

—La persona que busco tiene alrededor de setenta años; ¿dónde está Zahîr?

La tienda queda en silencio.

El hombre de los pómulos filosos enderezó una chaqueta de cuero beige que se había descolgado de uno de los bordes de un perchero y avanzó con viveza hasta una esquina que estaba ocupada por una montonera de chalecos y vestidos tradicionales. A continuación agarró entre sus manos una especie de blusón y lo colocó justo debajo de un potente foco.

—¿Ven esas costuras? —mostró—. Pues en las prendas del Gran Bazar no las van a distinguir jamás. Si no aparecen esas costuras, no compren. Son copias, falsificaciones que se venden como auténticas. No compren…

—¡Basta! —cortó por lo sano—. No estoy aquí para comprar. No quiero una lámpara, ni un kilim y tampoco deseo probar sus delicias turcas… Quiero hablar con Zahîr. No me interesa nada de lo que hay en su tienda, solo quiero hablar con él.

—Eso no es posible —respondió con una cadencia asustadiza el varón que se había presentado como Zahîr—. Hace tiempo que él no viene por aquí.

—¿Dónde puedo localizarlo? —insistió la norteamericana, ahora con un aire de súplica que a punto estuvo de cercenar de raíz toda su soberbia—. Es muy importante que hable con él; necesito hablar con Zahîr.

—¿Hablar con Zahîr? —cuestionó el otro Zahîr—. Imposible. No creo que usted pueda hablar con él… Zahîr murió hace dos años.

Eve no dio señales de desánimo tras conocer la noticia del fallecimiento. Tampoco se lamentó por el desabrido final de un misterio que solo fue capaz de dibujar en su cara una mueca de incredulidad comparable con el susto que recibe un niño que ve explotar un globo delante de sus ojos. Un vago olor a infusión de albaricoque rebajó algo la tensión que minutos antes se había desbordado entre Eve y el empresario. Ninguna de las partes aireó su culpabilidad y, por supuesto, nadie quiso perdonar.

El vendedor ya no parecía tan amable, pero el niño, acomodado en su trono de madera, no perdía detalle de un desafío que murió en cuanto el encargado se propuso captar la atención de los turistas nórdicos que entraron en el local antes de que nos invitaran a degustar las piezas de lokum. Eve aprovechó que el individuo con el

que acababa de mantener una rencilla no parecía estar atento para abrir la cremallera de su bolso, palpar a ciegas varios compartimentos y sacar una pequeña libreta. Luego, tras arrancar una de sus hojas, escribió con un bolígrafo azul su nombre, un número de móvil y, además, reveló el lugar exacto en el que estábamos alojados.

Eve dobló el papel, cogió diez liras de su cartera e hizo un gesto cómplice al menudo. Entonces percibí que la tregua se podía sellar con la mediación de unos ocho años de inocencia, más o menos, y un billete de color rosado.

Baxter no abandonó la tienda hasta que se aseguró de que la nota estaba en poder del hombre que le quiso vender una lámpara, una alfombra y un blusón con unas costuras que garantizaban su autenticidad. A pesar de las ilusiones que dinamitó el señor de la barbilla caballeresca tras anunciar la muerte de Zahîr, la mujer que me había metido en este brete desconfiaba. Fue ella la que me dijo que el doctor Morris percutía una y otra vez sobre la idea de que «la mejor manera de superar un miedo es correr hasta encontrarse de frente con él».

El sol capitulaba por la cara oeste de Hagia Sophia mientras Eve escribía un SMS. La majestuosidad de aquel edificio diluyó la disputa que presencié en el local de Zahîr. Entonces volví a experimentar el mismo sentimiento de despedida que me asaltó durante el desayuno, justo al saborear unos trozos de melón de la Capadocia. Otra vez veía en peligro mi estancia a orillas del Bósforo. Por si acaso, saqué mi cámara de su funda y me puse a buscar la mejor perspectiva por si no volvía a tener un cara a cara con aquella maravilla arquitectónica. Era tan hermosa como las imágenes impresas en los libros de historia.

—¿Quieres entrar? —se interesó—. En esta guía dice que no podemos dejarnos influenciar por su decadencia externa, que su interior es impresionante. Vamos, vamos… A mí también me apetece ver esa iglesia.

—No es una iglesia —aclaró él sin querer ofender—. Es un museo.

Que Eve me pidiera que le sacara una foto con la Mezquita Azul ocupando su espalda demoró unos minutos el traslado hasta los

accesos a Hagia Sophia. Baxter inclinó su cabeza hacia delante y mantuvo esa pose hasta que vio el resplandor del flash. Durante unos segundos ocultó parte de un cuello que me seguía recordando el cuadro mariano de Il Parmigianino. Por tres veces reclamé una sonrisa que no terminaba de reventar.

—Has quedado muy seria —advirtió al mirar la pantalla—. ¿Hacemos otra?

Eve rechaza el ofrecimiento y comienza a cruzar una zona ajardinada que une la Mezquita Azul con Hagia Sophia..

—¿Crees que somos tan diferentes? —preguntó Baxter con cierto aire juguetón—. ¿Somos tan distintos?

—Bueno, existen grandes diferencias —trató de saciar su curiosidad —. Los dos hemos nacido en una isla, los dos sabemos lo que duele perder a un ser querido, los dos hemos mirado de frente a la soledad, los dos tenemos miedos de los que no hablamos…

—Yo no me refería a ese tipo de diferencias —obstaculizó con una risa jocosa—. Está claro que tú y yo somos almas opuestas. De eso no tengo ni la menor duda.

No sabría distinguir si el acaloramiento que percibí en mis cachetes estaba asociado con el enésimo desaire de Eve o con la negativa de un empleado de Hagia Sophia a vendernos un par de entradas.

—Ya es tarde —argumentó el taquillero antes de mostrar la esfera negra de su reloj Casio—. Cerramos en cinco minutos: Sophia no se deja ver en tan poco tiempo. Mañana no abrimos, pero el martes pueden volver a partir de las nueve. Las visitas finalizan a las seis y media de la tarde. Lo siento mucho.

Se disculpa con un español bien armado.

Mientras calibraba los daños colaterales derivados de mi último traspié romántico, Eve no paraba de hablar con admiración y desconocimiento de las diferencias culturales, económicas, religiosas, sociales tan antagónicas que se concentraban en la plaza de Sultanahmet. A pesar de la ensalada cronológica que envolvía sus reflexiones, no dudó en mezclar la solemnidad bizantina con la finura de la Mezquita Azul, los últimos días de Constantino XI con otros episodios gloriosos protagonizados por Mehmet II, la obra de

Justiniano con los planteamientos constructivos que utilizó Mimar Sinan, el arquitecto de la Edad de Oro otomana…

Eve Baxter seguía extasiada por unos razonamientos tan evanescentes que no se percató de la presencia del hombre que vigilaba nuestros pasos desde que dejamos el establecimiento de Zahîr.

Me di cuenta de que nos seguían al distinguir el semblante cadavérico del joven que presenció a través de la cristalera la tensa conversación entre Eve y el tratante, el mismo adolescente que simuló que se ataba el cordón de uno de sus zapatos cuando el encargado de vender las entradas para visitar Hagia Sophia nos animó a que volviéramos el martes, el muchacho que ahora mismo está sentado dos bancos por detrás de mi nuca aguardando con paciencia nuestra siguiente maniobra…

Aquel chiquillo parecía inofensivo. Era mayor que el niño que nos abrió la puerta en el comercio de Zahîr, pero su torpeza como espía estaba más que certificada. Cualquier abobado, perdón, abogado, hubiera calado a un mirón cuyos movimientos generaban tanta expectación como ver a un elefante rosado calmando su sed junto a los leones de La Cibeles. ¿Puede que solo se tratara de un vulgar carterista? Por si acaso, saqué la mía de mi bolsillo derecho trasero y, con el disimulo que se puede tener entre tanta confusión, la guardé en el delantero. Tenía que impedir a toda costa una humillación con Eve como testigo.

No sabía cuál era la estrategia a seguir, pero aquel holgazán no me iba a quitar ni una sola lira sin oponer resistencia. Otra vez no, delante de ella no… Si ese infeliz intentaba repetir la hazaña del delincuente que robó mi bici, le meto una patada en los huevos y lo dejo doblado de dolor sobre la acera.

Con un ojo puesto en el escote de Eve y el otro controlando el más que probable ataque del niñato que permanecía sentado dos bancos por detrás de mi espalda, tuve la gran idea de preguntar a mi acompañante cuáles eran sus planes.

—¿Y ahora qué? —quiso averiguar sin dejar de contemplar el atardecer—. ¿Nos volvemos a casa? Bueno, yo a Tenerife y tú a Nueva York…

—¿A casa? —reprodujo la paciente del doctor Morris—. Creía que lo más que te apetecía era seguir en Estambul. Yo me quedo. Si tú deseas volver, ya sabes dónde está el hotel. Quiero disfrutar este viaje. Santiago, no te entiendo. Esta mañana te daba pena abandonar Turquía y ahora quieres irte… Esto es de locos.

Su reprimenda hizo que me sintiera como el alumno que no acierta la tabla del siete ante la inquisidora mirada de una maestra.

—No, no es eso —puntualizó midiendo bien el contenido de cada una de sus palabras—. Es que como ya es imposible hablar con Zahîr.

—Señores —se metió en medio de la conversación el chico que Santiago asoció con un vulgar carterista—. ¿Les interesa comprar unas muñecas de cartón? Son muy típicas. Un buen regalo para sus niños. Bonitas y baratas.

—No, no compramos nada —respondió él enojado con la actitud de tinkerbellofmanhattan.

El joven del rostro demacrado arrancó una sonrisa a Eve y mi desorden cognitivo sobrepasó la frontera de lo razonable. De no haber sido testigo de su careo con Zahîr, no dudaría en afirmar que el primer *souvenir* de la lista de mi compañera de viaje iba a ser una muñeca de cartón. No sé por qué razón me acordé de un artículo que había leído en una revista de divulgación científica que giraba en torno a la idea de que las mujeres son capaces de reconocer a los hombres promiscuos porque tienen rasgos faciales muy masculinos como la mandíbula cuadrada, la nariz grande y los ojos pequeños, es decir, nada de lo que yo pudiera vanagloriarme.

Me costaba creer que Eve estuviera flirteando con un crío al que sacaba más de veinte años y, peor aún, que lo hiciera teniendo como testigo a un ser que aún creía en un remoto enamoramiento. ¿Igual solo se propuso ser cortés? ¿Puede, incluso, que su jugueteo con un pimpollo de facciones varoniles fuera una trampa para alimentar mis celos? ¿A lo mejor el *quid* de la cuestión era abordar su posible conquista como si en lugar de tener que convencer a una mujer de cuarenta y pico me tuviera que enfrentar a la conducta revolucionaria, casi ácrata, de una muchacha de veinte años?

Al margen de la pelusilla que me pudiera generar Tayyip, así se llamaba el mocoso de la mandíbula cuadrada, lo cierto es que Eve se comprometió a visitar el negocio de las muñecas de cartón antes de retornar a Nueva York.

Me sentí aliviado por la marcha de Tayyip, derrotado por un gilipollas que desapareció con celeridad por un callejón en penumbra y envalentonado por unas carantoñas que dejaron un mal presagio en mi vientre. Un ardor que asocié con una falsa infidelidad, una acidez imposible de disimular.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Eve—. ¿Estás bien?

—Nada —resumió él sin dar muchos más detalles—. No me ocurre nada.

—Pues parece que hayas visto a un fantasma —insistió—. Te has quedado igual de ocre que unos garbanzos.

—¿Garbanzos? —dudó, sorprendido por una comparación tan extraña—. ¿Has dicho garbanzos? Sí, creo que podemos buscar un lugar para cenar.

Haiia ala ssalat.

Haiia ala ifalah.

Haiia ala ifalah.

Allahu Akbaru.

Allahu Akbar…

—¡Otra vez esos gritos! —lanzó una queja la mujer que había tonteado con Tayyid.

—¿Gritos? —afeó—. No gritan, llaman a la oración.

La gran cúpula de la Mezquita Azul emergió ante nosotros ajena al debate propiciado por la lánguida voz de un almuédano que convocaba a los fieles al salat. Eve Baxter insistió en la teoría de que, con mayor o menor carga religiosa, aquellos bramidos nunca perderían la esencia de un buen grito. Yo, en cambio, apenas tuve que forzar mis oídos para percibir cómo las frases del cuarto rezo del día se iban enredando en espiral a través de los seis alminares de un templo que se metamorfoseaba por el impacto de un juego de luces

que coloreaban sus muros grises con una fina capa azul, amarilla, verde, roja, violeta…

Eve retoca sus labios antes de regresar a la pelea.

—¿Qué diferencia hay entre los efectos lumínicos que se hacen visibles de noche en los niveles superiores del Empire State y este reclamo turístico? —interfirió—. ¿Con la luminaria que trepa desde la base hasta la pieza más alta de la Torre Eiffel? ¿Con el Coliseo de Roma o con la Puerta de Brandenburgo de Berlín? ¿El Auditorio de Tenerife?…

—La Mezquita Azul es un lugar sagrado —corrigió un análisis tan desatinado—. Aquí la gente viene a rezar.

—No me refiero al uso que se le pueda dar a este edificio —expuso la mujer del vestido verde—. Tanto aquí como allí usan la historia como carnada para captar turistas, personas tan débiles como mi madre. ¿Ves?, no somos tan distintos.

Las réplicas de la oración cesaron en toda la ciudad y con ellas sus cábalas sobre el valor estratégico que tienen este tipo de construcciones en la economía de un país.

—¿Te gusta el Auditorio de Tenerife? —introdujo al ver que había incluido esa edificación en la conversación—. ¿Quién te habló de él?

—Internet, me enteré de su existencia a través de una web.

—¿Cómo se puede conocer algo a través de un ordenador? —avivó la charla—. Por internet puedes tener una vaga referencia de algo, pero no llegar a experimentar un conocimiento real.

—¿Y tú me lo preguntas? —recriminó la mujer de los labios rojos encendidos—. Yo te conocí por internet, ¿no?

Eve Baxter estaba armando una confidencia cuyo eje central era el espacio proyectado por el arquitecto Santiago Calatrava. Sin que la coaccionara confesó que en enero de 2007, días antes de nuestro primer encuentro en el chat, recibió una comunicación con un matasellos del Cabildo Insular de Tenerife.

—Tardé más de tres meses en leer la carta —reconoció—. Cuando por fin tuve fuerzas para hacerlo, el acto del treinta aniversario que se montó para recordar el accidente de Los Rodeos se había diluido en el tiempo.

Eve destapaba y tabicaba las conversaciones sin calcular las laceraciones que podían generar sus interpretaciones, pero, entre tanta apatía, admitió que nunca se planteó asistir al homenaje que se celebró en Tenerife en marzo de 2007.

—No abrí la carta porque no quería que nadie me recordara la tragedia —aclaró—. Me enteré de la reunión a través de la prensa, pero de haber abierto aquel sobre la primera vez que lo tuve entre mis manos tampoco habría volado a Tenerife. Entonces solo sabía de la existencia del doctor Morris por el boca a boca que circulaba por las esquinas más *cool* de Manhattan y todavía no me había planteado realizar terapia para vencer mi miedo a volar. Además, no me apetecía reunirme con una banda de desconocidos que habían fotocopiado mi dolor —desveló—. ¿Buscamos un lugar para cenar?

Todas las calles tenían el mismo trazo y, aunque nos esforzamos por hallar la vereda que nos condujera hasta el restaurante de Aydiner, optamos por un negocio de apariencia mediterránea con una terraza que invadía una vía que moría a las puertas del Gran Bazar.

Antes de averiguar si la elección era la correcta, el rostro de Eve brillaba por el efecto de una vela que alumbraba la mesa que nos asignaron.

—¿Sigues dolido con Rebeca? —introdujo sin venir a cuento al tiempo que un camarero nos entregaba las cartas—. ¿La has perdonado, qué sabes de ella?

Mi desconcierto volvió a ensancharse por culpa de una curiosidad suicida. Eve podía haberse llevado una mala respuesta (ella no hubiera perdido una ocasión tan cristalina), pero opté por construir un ambiente positivo y cenar sin censuras. Tenía argumentos de sobra para ponerme en pie y huir en solitario rumbo al hotel. Falsa alarma. No me atreví a dejarla plantada en aquella callejuela.

—¿Rebeca? —replicó—. Rebeca es historia, alguien que no debió entrar jamás en mi vida.

De repente, sin que pudiera hacer nada para controlar mis emociones, empecé a divagar sobre los más de doce años que estuvimos juntos, de crisis, de incompatibilidades, de manías, de asuntos turbios que me alejaron de un ser egoísta.

Cuanto más y peor hablaba de Rebeca, mayor era la indiferencia que sentía por la mujer que me dejó tirado el 23 de abril de 2005 frente al retablo central de la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán. El día de San Jorge. Todavía recuerdo aquella maldita espera. El mareante olor de los arreglos florales, las arrugas en las caras de mis familiares, los chismorreos de los invitados, las prisas del padre Antonio… Más que una boda, estaba asistiendo a mi propio funeral.

Treinta minutos después de la hora que estaba impresa en las invitaciones, Rebeca todavía no había dado señales de vida. Tampoco sus parientes más cercanos. El padre Antonio iba y venía repitiendo una y otra vez que a una novia solo se le conceden quince minutos de cortesía, que un retraso de media hora empezaba a ser sospechoso y que en un rato debía oficiar un sepelio. Hubiera dado mi vida si con ello lograba parar el tiempo, pero la realidad era otra. En un *pispás* el templo se llenó de impacientes: unos esperaban a una novia indecisa, otros aguardaban a un cadáver. Conservé la esperanza hasta que los trabajadores de la funeraria abrieron las dos hojas del portal para introducir un ataúd de álamo blanco.

El cura me despidió con un apretón de manos, un lo siento algo forzado y una cita para entrevistarme con él tras la misa del lunes por la tarde a la que, por supuesto, no acudí. Dijo que me vendría bien para encontrar el camino… «Dios no olvida a los desconsolados», espetó sin reprimirse.

La tía Carmela no paró de insultar a media voz a Rebeca mientras recorría en su silla de ruedas el pasillo que me devolvió a la calle igual de soltero que cuando entré en la iglesia: «Putón, lagarta, cabrona…», reincidía sin descanso ante el asombro de los familiares, amigos y demás conocidos del difunto. «Putón, lagarta, cabrona… Ya lo advertí en su momento. Esa mujer no le conviene al niño. Esa chica es un putón, una lagarta, una cabrona…».

Eve marcó su boca con una sonrisa insonora y se cubrió la cara con la carta que le acababan de entregar. No sabía si su risa clandestina se activó con los detalles del plantón de Rebeca o si la atronadora reacción de la tía Carmela tuvo algo que ver con aquel incómodo estallido.

—Creo que estás mejor soltero —calibró al ver mi seriedad—. Esa mujer no merecía estar con alguien como tú.

Los ojos de Eve se aguaron por culpa de un vino blanco afrutado que me iba a costar tan caro como una de esas *delicatesen* francesas, un champán de uva de Chardonnay que hasta hoy nunca había regado mi paladar. Los mercaderes que subían y bajaban la vía empujando sus carromatos nos miraban de refilón: mitad con desconsuelo, mitad con un aire desafiante. O estaban incómodos con nuestro rol de turistas, o les resultaba afrentoso ver a dos extranjeros consumiendo alcohol sobre la acera. El desafío, si es que en realidad hubo alguna provocación, aumentó de tamaño cuando mi acompañante reclamó una segunda botella de vino. «¡Traiga otra!», exigió elevando el vidrio por encima de su cabeza

Baxter pidió ocra con acelgas, col rellena y repitió el pastel de calabaza.

Eve había tomado tres rondas, a lo mejor cuatro, y sus niveles de inhibición ya estaban a la altura de las sandalias helénicas que rozaban mis espinilleras. ¿Una señal de rendición o la primera fase de una borrachera?

Su boca estaba más torcida de lo normal y, entre frase y frase, apretujaba los brazos contra sus senos incrementando su volumen. Juraría que me estaba cortejando, pero antes de repetir viejos errores preferí medir su estado de embriaguez.

—¿Y tú, has tenido muchos novios? —intentó averiguar aprovechando su aparente felicidad—. ¿Te has enamorado muchas veces?

—¿Yo? —se lo pensó mientras exhibía un copón vacío a la altura de sus ojos—. Santiago… Me he cansado de besar ranas que no tenían sorpresa.

La norteamericana apura el contenido de la copa, mece su pelo y sonríe sin freno. Sí. Eve estaba borracha.

—Seguro que una mujer como tú ha tenido muchas aventuras —insistió de nuevo al ver que sus defensas flaqueaban—. La cola de pretendientes tiene que ser larga. Alguien así debe haber generado una gran lista de espera, ¿no?

—¿De qué cola hablas? —espantó—. Nunca ha existido tal lista.

—¿Estás segura?

—¡Ya estamos! —exclamó antes de lanzar sus contramedidas—. A los hombres les gusta presumir de sus conquistas, exigen una medalla por cada una de sus presas y usan a las mujeres a su antojo. Nosotras, en cambio, por hacer lo mismo, no somos unas heroínas sino unas putas.

Eve estaba más perjudicada de lo que yo creía. Balanceaba su torso como el bambú al ritmo de un sonido étnico que se escapaba de un salón situado en la misma calle del restaurante y, tras pagar una suculenta factura, nos dejamos atrapar por el magnetismo de unas flautas. Al menos, tenían esa sonoridad. La tetería contaba con doce mesitas de guardería. Sí. Ese tipo de mesas en las que las rodillas siempre quedan por encima del tablero, ventanas ciegas y sus empleados iban de un lado a otro cargando unas bandejas llenas de vasos con forma de tulipán. En el escenario, tres músicos que repetían unos acordes una y otra vez contorsionando sus cuerpos.

Trinti-trinti-trinti, trinti-trinti-trinti, trinti-trinti-trinti…

El aire en aquella habitación era irrespirable, pero Eve no dejaba de agitar sus hombros desnudos de arriba a abajo como una báscula de precisión de adelante a atrás, igual que una bailarina que no termina de asumir que tiene un serio problema de coordinación, bajo una pegajosa nube de eucalipto. A pesar del ruido que fragmentaban por todo el local las ondas que surgían de una especie de clarinete, que un amable inquilino de la mesa de al lado me informó de que se trataba de un cigirtma y que para su construcción se usaban huesos de águila, de vez en cuando retumbaba en mis oídos el ronco burbujeo de las pipas de agua y el castañeteo de las fichas de backgammon de una partida cercana.

—¿De verdad crees que soy guapa? —cortejó—. ¿Pero guapa o guapa de verdad? ¿Tan guapa como para llegar a gustarte?

—Señores —un desconocido se metió por medio—. ¿Qué van a tomar?

—Un whisky seco —demandó ella—. Whisky maltés, por favor.

—Me temo, señora, que eso no es posible —corrigió un mesero que sostenía una bandeja con un montón de vasitos usados.

—Pues entonces un Martini —modificó el pedido—. También seco, no hace falta que le ponga una de esas inútiles guindas rojas o verdes.

—Tampoco puedo servirle un Martini, lo siento.

—¿Una cerveza? —demandó—. ¿Puedo tomarme una jodida cerveza?

—No tenemos alcohol —explicó para no alargar más el diálogo—. Esto es una tetería. Tenemos algunas variedades de tés, refrescos y zumos. De fresa, naranja, pera…

Eve se levanta con brusquedad y deja al camarero con unas palabras en su boca.

Disculpé la grosería con la que Baxter trató a aquel hombre y salí a la calle en busca de un ser que aireaba su berrinche: «Me ha tomado por tonta. ¿Lo has visto? ¿Santiago, te has dado cuenta? Se reía de mí. ¡Estúpido!»

—¿Santiago, Santiagooo…? —pronunció un ser con un sólido acento turqués que permanecía oculto entre sombras.

Al girar la cabeza distinguí el indefinido perfil de un varón que avanzaba delante de dos mujeres ataviadas con unos velos. Eve seguía enfurecida con el trato que recibió en la tetería y no apreció la voz que reclamaba mi atención.

—Santiago, soy yo. —volvió a oír su nombre en medio de una ceguera nocturna—. No tenga miedo, soy yo… Su amigo Aydiner.

A pesar de no recordar el instante en el que armé mi amistad con él, lo que sí reconocí fue su punto de sumisión. Aydiner desprendía una jovialidad anormal para un encuentro tan casual y su primer comentario se lo dirigió a Eve.

—¿Señora, se encuentra mejor? —buscó romper el hielo ajeno al cabreo que todavía fluía en su cabeza—. ¿Ha solucionado sus problemas de tensión?

—Mi tensión está bien, pero necesito una copa —aclaró sin importarle la presencia de las mujeres—. ¿Por qué en este país nadie me quiere servir una puta copa?

Santiago le hace una señal cómplice a Aydiner con sus cejas.

—¿Una copa? —reprodujo el propietario del restaurante en el que almorzaron.

—Sí, una copa —martilleó Eve mientras giraba alrededor de las mujeres.

Una de las acompañantes de Aydiner iba cubierta por un velo marrón. El otro niqab era azul, un tono zafirino que subrayaba la belleza de los ojos color miel y las llamativas pestañas de la mujer más alta. Me resultó difícil calcular la edad que podían tener analizando una parte tan minúscula de su anatomía facial, pero ninguna de ellas superaba los treinta. Sin hacer ni un solo gesto que comprometiera su posición, estas se convirtieron en unas sombras que levitaban al filo de la medianoche.

No tardamos más de cinco minutos en llegar a una casa que no era el negocio que visitamos por la mañana. Las mujeres se perdieron por un pasaje que daba acceso a una entrada de servicio, un lugar menos visible que lindaba con el patio en el que por fin Eve Baxter encontró su ansiada copa.

Aydiner trajo un par de vasitos acampanados y una botella con una etiqueta en la que se podía leer sin «Yeni Raki».

—¿Qué tal la tarde? —se interesó el hombre que nos convidó a raki —. ¿Han visto ya a Hagia Sophia?

—No, no nos ha dado tiempo —aclaró Santiago sin perder de vista a Eve—. Hemos estado en una tienda.

—¿Están interesados en comprar artesanía? —curioseó—. Si quieren, mañana les guío al mejor negocio de la ciudad: la tienda de Zahîr.

Aydiner no dijo nada, pero en su mirada vi que el nombre que acababa de citar no me resultaba extraño.

¡Zahîr, siempre Zahîr!

Capítulo 6

«La señora Mendoza, perdón Baxter, es una 'amerricana' insoportable, un ser que domina el destino de otras personas con rabia hasta someterlas a su aplastante voluntad».

El conserje del hotel en el que se hospedan Eve y Santiago

Eve no movió ni un solo músculo de su cara al escuchar la propuesta comercial que nos hizo Aydiner. El vino blanco y el raki habían anestesiado su sentido común y el nombre de Zahîr pasó de largo por delante de un rostro que reflejaba una felicidad advenediza, una euforia biodegradable que se iba transformando en abatimiento a medida que sumaba copas.

—¿Te gusta mi cicatriz? —acercó con brusquedad su ceja izquierda a la nariz de Santiago—. Es bonita, ¿no? Un recuerdo de mi niñez… ¡Maldita niñez, jodida papelera!

—¿Estás bien? —devolvió por una cuestión formal, ya que su aspecto no ofrecía dudas: Eve estaba un poco más borracha.

—Gracias, muchas gracias, Santiago —retomó con una pena vaporosa antes de acariciar su barbilla con ternura—. Estoy en deuda contigo; ¿lo sabes?

—¿En deuda?

—Sí, en deuda —reforzó mirando al techo—. ¿No sabes lo que es una deuda?

La joven que vestía el niqab azul zafiro atraviesa el patio y se introduce en una dependencia de la casa que está protegida por una celosía.

A pesar de estar secuestrada por los efectos del alcohol, Eve no perdió una ocasión tan propicia para salir a su encuentro. Aydiner empezaba a sentirse incómodo.

La mujer se introdujo en la estancia segundos antes de que Eve llegara a la rejilla. Tuvo que acelerar la marcha para no ser reducida,

pero una vez alcanzó la habitación se sintió segura. Mi compañera retorció sus manos en el enrejado e incrustó sus ojos por uno de los huecos de la cancela. Su curiosidad, en la frontera de la mala educación, me recordó a uno de esos visitantes que observan atónitos los movimientos cautivos de los animales de un zoológico.

De repente sentí un bochorno desmedido por la conducta pendenciera de mi acompañante, pero de alguna manera Aydiner supo entender que sus excesos estaban justificados por los cuatro vasos de raki que ingirió en menos de diez minutos. ¡Vaya tranca!

—Le pido perdón —hizo saber intentando que ella no oyera sus disculpas.

—No se preocupe —restó importancia a lo que estaba pasando sin perder el temple—. Traeré un poco de agua, le vendrá bien.

—¿Agua?

—Sí, voy a rebajar su próxima copa con agua —explicó—. Con agua se tolera mucho mejor el *Aslan Sütü*, nuestra *leche de león*.

El restaurador sonríe antes de mostrarme el tono blanquecino que iba adquiriendo la mezcolanza del raki con el agua.

Cuando Eve regresó a la mesa en busca de otra copa no tuvo en cuenta el color de la bebida y se tomó de un trago un espeso licor anisado que desalojó de su cuerpo los últimos síntomas de introversión. Lo que menos me apetecía en este instante era abrir una discusión sobre la rutina que seguía la mujer que permanecía quieta detrás de la reja.

—¿Cree que la vida que lleva esa chica es buena? —apeló Eve mirando con desdén a nuestro anfitrión—. ¿Esa muchacha no debería ser libre?

—¿Libre? —reprendió Aydiner—. No es una cuestión de libertad.

—Si no existe una ausencia de derechos y de libertades, ¿cómo explica esa situación?

—¿Derechos? —susurró—. Señora, le aconsejo que se informe mejor de las leyes que rigen aquí. No es bueno hablar sin conocer el calado real de las cosas. Turquía fue uno de los primeros países que concedió plenos derechos a las mujeres. Hace más de setenta y cinco años que pueden votar y también están legitimadas para tomar decisiones en el Parlamento.

—No me refería a ese tipo de derechos.

—¿La tienda de Zahîr que nos recomendó antes está en una paralela a la plaza de Sultanahmet? —coló a traición Santiago al detectar que la refriega dialéctica iba en aumento—. ¿Es la que tiene en su aparador un enorme ojo azul?

—Sí, la del escaparate con la moldura verde, la que tiene colgado un gran ojo turco en su cristalera —confirmó—. Esa es la tienda de Zahîr.

—¿Es cierto lo que se dice de ellos? —cotilleó la pareja de viaje de Eve—. Esos ojos están por todas partes. Ahí mismo hay uno.

—Es un amuleto muy popular de nuestro pueblo —avivó el hombre que le había servido otro vaso de *leche de león* a Baxter—. El nazar nos protege del mal de ojo. Cuando una mujer alumbra a un hijo, si logras un trabajo o compras una casa: el ojo siempre te mira, él nos vigila.

—¿Igual que un trébol de cuatro hojas? —comparó Mendoza—. ¿Algo así como una herradura, un coral o un elefante de la suerte? He leído varias veces que el azul atrae a la buena suerte y mantiene a raya a las calamidades, ¿no?

Baxter estaba sedada por el raki y su desordenada melena cobriza descansaba abatida sobre una fría y pringosa mesa de alabastro.

—¿Un trébol de cuatro hojas? —dudó Aydiner—. Desconozco el poder que tiene un trébol de cuatro hojas, pero el ojo turco rechaza la mala intención y la devuelve en contra de quien la haya enviado.

—Tonterías —reapareció Eve sin dejar de apoyar la frente entre sus brazos—. Eso no es más que un cuento chino, otro timo para captar la atención de los turistas. Ella siempre llevaba puesta una pulsera con tres de esos ojos y perdió la vida en un accidente aéreo. ¡Menuda buena suerte le dio!

Aydiner estaba tan confundido como el sarantontón que rehúye de los dedos carcelarios de un niño que se comporta como un bárbaro inclemente que no cesa de hostigar a saltamontes, mariquitas y arañas con el único deseo de amputar sus miembros. Cuanto más lisiados se sentían esos seres minúsculos, mayor era la satisfacción de su verdugo.

No sé si tanta agresividad se podía justificar solo a partir del alcohol que se movía a través de las arterias de Eve, pero a Aydiner apenas ya le quedaba una mínima reserva de serenidad con la que amortiguar los dardos que le arrojaba una rival que se enfrentaba a él con una estrategia irrespetuosa. No me equivoco en exceso afirmando que ninguna mujer lo había puesto antes en una tesitura tan comprometida, arrinconado y casi sumiso.

—Insisto, si quieren les puedo acompañar a la tienda de Zahîr —ratificó su ofrecimiento—. El viejo Zahîr es un comerciante honrado. Un hombre de fiar, pero con mi presencia nos podemos ahorrar el regateo. ¿Conocen el arte del regateo?...

—¿Viejo, Zahîr? —contradijo Santiago—. A los cuarenta, más o menos, ya no eres un niño pero tampoco estás en las últimas.

—¿Zahîr, cuarenta años? —modificó el nativo con una risa permeable—. Ustedes con el que han hablado es con Zahîr, el sobrino del viejo Zahîr.

—Sí —refrendó su invitado—. Él fue el que nos dijo que Zahîr había fallecido.

Al ver las líneas de incredulidad que se marcaron en la frente de Aydiner me di cuenta del engaño, pero aun así no entendí por qué el vendedor de la tienda de artesanía de Sultanahmet nos había anunciado la defunción del hombre que tanto mortificaba a Eve.

—¿Muerto? —interpeló Aydiner—. Su salud es buena. El viejo Zahîr está duro como el mármol. Ustedes dicen tan fuerte como un roble, ¿no? No sé el motivo por el cual su sobrino reaccionó así, pero Zahîr está vivo.

Las palabras de Aydiner despertaron a Eve de una resaca que estaba en su punto más peligroso, justo en la línea divisoria en la que el alcohol aviva las conductas temerarias hasta convertir en auténticos kamikazes a unos seres que se creen inmunes bajo unas ardientes capas de ron, whisky o vodka. La munición de Eve estaba compuesta por un vino blanco de más de 18 grados, un *Generoso* en toda regla, cuatro o cinco rondas de raki y otras pocas de *leche de león*. Un arsenal con el que adormecer los recuerdos más agrios de su solitaria vida.

—Sabía que ese maldito embustero me estaba liando —reaccionó encrespada—. Sus ojos transmitían mentira, estoy rodeada de hipócritas.

—Tranquilízate, seguro que todo tiene una explicación —rebajó su compañero.

—¿Una explicación? —contraatacó—. ¿Dónde está Zahîr?

Aydiner transmitía la confusión del espectador que se ha perdido la trama de una película de misterio, el lío de estar en medio de dos personalidades opuestas. Una, dócil e ingrávida como una interminable llanura de nubes. La otra, ardiente y sediciosa como un río de fuego. El día y la noche juntos en torno a una mesa y una botella de raki ya extinguida.

—¿Sabe dónde está Zahîr? —demandó información—. Este viaje no tiene sentido si no consigo reunirme con él.

—¿Si Zahîr no está en Estambul solo puede estar…? —reflexionó en voz alta—. Pero no estoy seguro de que haya salido de la ciudad.

—En el caso de que él no estuviera en su tienda de Sultanahmet —requirió ella con una actitud dócil al hombre que tantas atenciones nos ofrecía sin esperar nada a cambio—. ¿Dónde podríamos encontrarlo?

—No sé, ¿puede que haya viajado a las Islas Príncipe? —especuló sin estar demasiado convencido de sus palabras—. El viejo Zahîr tiene una casa en Büyükada.

—¿Bubu… qué? —trató de repetir Eve Baxter sin éxito.

—Büyükada —reiteró—. Es la mayor de las nueve islas que forman parte de un distrito de Estambul que está en el mar de Mármara. Hay que tomar un ferry para llegar hasta allí. Sí, puede que Zahîr esté en Büyükada.

El caótico cimbreo del torso de Eve Baxter me recordaba a un boxeador noqueado que se afana en lanzar sus últimos golpes al aire antes de caer fulminado sobre la lona por un KO. Un bamboleo, aliñado con unas frases casi ininteligibles que generó unos picores en la planta de mi pie derecho.

—¿Dónde podemos tomar uno de los ferris que van a Büyükada? —trató de averiguar Santiago sin esperar a que Eve volviera a llevar la iniciativa.

—Deben ir hasta Eminönü, en el distrito de Fatih —aconsejó Aydiner—. En el corazón de la antigua ciudad amurallada de Constantinopla. Es muy fácil llegar hasta allí. El tranvía tiene una parada en Eminönü, justo enfrente del Puente Gálata. ¿Ya han tenido la oportunidad de verlo?

—¿El Puente Gálata? —subrayó—. No, aún no lo hemos visitado.

—Es un lugar emblemático —aclaró—. Nadie se marcha de la ciudad sin caminar al menos una vez sobre él. ¿Sabían que esa construcción dio nombre al *bridge*? Los soldados ingleses se pasaban horas jugando a las cartas en el *bridge*… Es muy fácil llegar hasta allí (repitió en varias ocasiones), pero si están interesados en ir a Büyükada puedo guiarles al embarcadero.

—Gracias —le trasladó el turista más sereno al percibir su buena predisposición.

—No queremos ir a *Bubukeke* —pronunció de forma equivocada Eve—. Ya es hora de regresar al hotel. ¡Santiago, nos vamos!

La autoridad con la que Baxter me sacó de la casa en la que había encontrado algo más que su deseada copa desbordó la sonrisa socarrona de Aydiner. Por un instante visualicé uno de los incontables enfrentamientos que en el pasado tuve con Rebeca, pero deseaba equivocarme. Quería pensar que entre la novia absolutista y titubeante y la aspirante despótica y obsesiva no había demasiados puntos de encuentro.

«Rebeca nunca me quiso, Rebeca nunca me quiso…», repetí en silencio para convencerme de que no era tan anormal estar paseando de madrugada por una avenida de Estambul con una desconocida con problemas para mantener el equilibrio. «Rebeca nunca me quiso, ella nunca me quiso…».

—No me fío de él —confesó mientras se descalzaba—. La mirada de Aydiner es oscura.

—¿Oscura? —rastreó su desconfianza—. ¿Cómo puedes decir algo así después de todas las atenciones que nos ha proporcionado?

—Aydiner es una persona oscura —calificó sin más—. ¿Qué demonios me ha dado de beber ese desgraciado?

—Nada que tú no le hayas pedido.

—No te lo he querido decir antes por seguridad —añadió tensión—, pero mañana nos vamos a *Bubukeke*. No me fío de él.

No sabía si la insistencia de Eve Baxter en pronunciar mal Büyükada tenía algo que ver con su más que evidente falta de reflejos o era una estrategia para humillar a Aydiner, pero el trayecto de regreso al hotel me descubrió a una mujer mucho más endeble que el ser que vi sublevarse en contra de Zahîr en la tienda de Sultanahmet, mucho menos decidida que la mujer que tonteó con el joven y apuesto Tayyip en Hagia Sophia, más callada que la mujer que un rato antes me confesó su enemistad con Aydiner…

Descalza y con un andar vacilante, cada 15 metros, sentía el impacto de sus dedos en mi codo izquierdo con un picoteo que asocié con un doble miedo. Miedo a que su cuerpo acabara por derrumbarse sobre la acera, miedo a sentirse sola en medio de una mórbida oscuridad.

La mujer camina en zigzag calle abajo.

—Jodida Ley de la Gravedad —señaló una de las veces que buscó el contacto con Santiago.

—Tranquila, ya te sujeto… —acertó a decir él sin tener nada claro el grado de culpabilidad que tenía Newton en aquella esperpéntica imagen.

—No es justo —lamentó—. ¿Por qué se me han caído las tetas? ¿Dónde ha ido a parar mi culo respingón? ¿Cómo es posible que unas cremas tan caras no puedan disimular estas arrugas? Jodida Ley de la Gravedad. En esta vida todo se cae. Santiago, en serio, al final todo acaba en el suelo.

Eve Baxter no había terminado de entonar la última sílaba de este extraño alegato newtoniano cuando a punto estuvo de precipitarse sobre una montonera de suciedad. Si no cayó sobre aquel promontorio edificado con cartones, colillas, papeles, plásticos y latas de refrescos fue porque pude agarrar con fuerza su antebrazo izquierdo antes de deslizarse.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Por qué no usarán papeleras en este puto país?

—¿Estás bien? —se interesó sin percatarse de que uno de sus pies estaba impregnado de una especie de mostaza.

Ja, ja, ja. (Eve ríe).

—Era lo último que me faltaba para culminar este gran día —puntualizó—. ¿Es posible que exista en la tierra una persona con más mala suerte que yo?

Mientras retiraba la salsa de sus dedos me vino a la cabeza una reflexión de la tía Carmela. La teoría de una mujer curtida en amores desgastados que me explicó sin excesivos adornos, una tarde en la que la lluvia me retuvo en casa, que solo los niños y los borrachos son tan valientes para contar siempre la verdad. «Esos nunca mienten», repetía una y otra vez…

Sin querer, pensé que podía ser un momento propicio para que Eve Baxter me aclarara lo que sentía por mí.

Sabía que una confesión alcoholizada tenía el mismo valor que las frases de un delincuente que termina apadrinando una fechoría para liberarse de un tormentoso interrogatorio policial, pero lo único que quería averiguar era si en lo más profundo de su alma habitaban unos gramos de amor hacia mí. Un deseo, aún oculto, que justificara la larga suma de disparates que encadené aceptando este viaje. Una chispa que agitara mi universo cartesiano. Mi vida en La Laguna era soporífera. Lenta como un manatí, plana como un río helado en el que no se distinguen sus dos orillas, frágil como una de esas pompas de jabón que siempre acaban reventando en el aire…

Eve marrullaba sus pasos como una de esas novias autosuficientes que no necesitan que les digan el momento exacto en el que deben soltar un cari, forzar un arrumaco o castigar a su pareja sin sexo. Nada de lo que hacía era fruto de la casualidad. Ni siquiera el roce de su elevada y pétrea cintura con el borde exterior de mi muslo izquierdo podía estar justificado por la *leche de león* que bebió en la casa de Aydiner.

—¡Santiago! —vaciló—. ¿Estás…, se te ha puesto dura?

La neoyorquina percibe en su cadera la presión del miembro de Santiago.

—¿No creerás que será tan fácil? —especuló sin temor a avergonzarlo con su picardía—. Todos son iguales. Tú también me quieres follar, ¿no?

La tentadora propuesta de Eve desestabilizó mis emociones hasta el punto de no saber si el acaloramiento que sentí, concentrado en los lóbulos de mis orejas, estaba asociado con la erección que cargó a traición sobre mi bolsillo izquierdo o si el sofoco que oprimía mi pecho terminaría rendido a la lasciva imaginación de una mujer que me había convertido en su yoyó: tan pronto me tenía pegado a sus dedos, tan pronto me lanzaba contra el piso con el único propósito de medir la elasticidad de mis sentimientos.

—¿Te has quedado mudo? —reprendió sin apartar sus ojos de mi cara—. Hielo, el hielo puede calmar el calor que ahora estás sintiendo en tus orejas.

El silencio que se instala entre Eve y Santiago lo quiebra el crujido férreo de un tranvía que circula en sentido contrario a la Mezquita Azul.

—¿No te gusta hablar de sexo? —insistió Baxter—. Es eso, ¿no? ¿Estás incómodo hablando de sexo?

—No es eso —acertó a responder él sin desalojar de su cabeza la trampa fisiológica que le había llevado hasta este callejón sin salida —. Es que…

—Ay, Santiago… Puede que te hayas desenamorado —teorizó, esta vez marcando las distancias entre los dos—. Tú te mereces algo mejor.

El veredicto de Eve Baxter, endulzado con el anís de la *leche de león* que se secó en sus labios, sepultó una fijación que se había acostumbrado a vivir al borde del abismo. Por mucho que deseara arrojarme al vacío y olvidar, ella siempre tenía la última palabra.

—Santiago, al final encontrarás a la mujer de tu vida —retomó—. Lo que está claro es que Rebeca no podía estar con alguien como tú.

Una estrella fugaz se descuelga justo delante de ellos, su estela plateada permanece unos segundos en el firmamento.

—¿La has visto? —se agitó Baxter apretando el codo de Santiago—. ¿La has visto?… Ha sido una estrella fugaz. ¿Ya has pedido un deseo? No me lo cuentes, no me lo cuentes… Lo has pedido, ¿no?

—¿Un deseo? —añadió sin advertir a su pareja que ni había visto el destello, ni creía en esas cosas—. ¿Lo he pedido?… Supongo que sí.

Eve andaba tan entretenida buscando el punto de fuga de la estrella que no reparó en la presencia de una insignificante niña que se había plantado delante de nosotros con su palma derecha abierta y firme.

No medía más de un metro y diez centímetros, lucía un vestido negro con una abertura circular a la altura de la cara e iba descalza… La primera idea que me vino a la mente fue la de estar delante de una monja enana, justo enfrente de uno de esos personajes deformes que pintaba Velázquez.

La niña aguardó inmóvil, como si se hubiera transformado en una estatua de ónix, a que yo abriera mi billetera. Esperó sin alterar ni un solo trazo la amargura concentrada en sus ojos y, una vez tuvo entre sus dedos una limosna de 10 liras, salió corriendo en dirección a una espesa enredadera que emitía unos sonidos de júbilo.

—¿Qué has hecho? —recriminó con una voz carrasposa—. ¿Le has dado dinero?

—Le he dado 10 liras —admitió sin ningún sentimiento de culpa—. ¿No has visto su cara?

—¿Su cara? —censuró—. He visto a una niña adiestrada en la mendicidad, a una niña que debería estar durmiendo, a una niña que en lugar de comportarse como lo que es manipula hasta las últimas consecuencias los sentimientos ajenos…

—Pues yo he visto otra cosa —trasladó su socio sin valorar los análisis de un ser mermado por el alcohol—. En su mirada había dolor, fatiga, pena…

—¿Qué sabrás tú de dolor? —reforzó la fotógrafa—. En esa niña solo había negocio, la punta del iceberg de una red de delincuentes.

Sin darnos cuenta nos encontramos justo delante de los escalones que daban acceso a la recepción del hotel. Eve, aún descalza, tomó unos metros de ventaja y corrió en dirección a un empleado que dormitaba.

El recepcionista no puso demasiado empeño a la hora de disimular su amodorramiento, pero sí ocultó su cabeza rasurada detrás de la pantalla de un ordenador en un intento fallido por evitar cualquier gestión. Puede que el mal trago que vivió la noche anterior, cuando nos identificó en el *check—in* con el señor y la señora Mendoza, le

aconsejara poner distancia con una mujer que se plantó delante de él con un impulso desafiante.

—Despierte —agitó dando varios manotazos sobre el mostrador—. Tengo que hacerle un encargo.

—Diga, señora Mendoza —empeoró—. Perdón, quería decir…

—Olvídese de formalidades —absolvió—. Necesito su ayuda.

—Lo que la señora ordene —aceptó con una sumisión fingida.

—Me despierta a las seis y media de la mañana —exigió—. A las seis y media… Asegúrese de que me levanto. No se limite a realizar una llamada de cortesía. No pare hasta que esté en pie.

—Me ocuparé personalmente —se comprometió el conserje.

—Quiero un guía —añadió—. El mejor de la ciudad, que hable español y que sea honrado. Que esté aquí a las ocho de la mañana. ¡Un hombre honrado, no quiero más mentirosos a mi lado!

—¿Un guía? —recalcó el empleado—. Sin problemas, tendrá al mejor… Conozco al más honrado de la ciudad.

Eve había decidido buscar a Zahîr en Büyükada.

A pesar del más que evidente estado de embriaguez que segregaba Eve, la imagen de la pequeña que nos había asaltado minutos antes, justo al cruzar por delante de un edificio propiedad de la Universidad de Estambul, seguía hirviendo en su conciencia.

—¿Cómo puede haber gente de esa calaña? —repitió a media voz —. No lo entiendo. Solo es una niña. ¿Están tan ciegos que no son capaces de comprender que es una niña?

Por primera vez sentí que era vulnerable, que sus ojos se podían licuar por el peso de las emociones, que el ogro que se había enfrentado al tendero de Sultanahmet y que sospechaba de las amables intenciones de Aydiner no era tan fiero como ella quería dar a entender… La metamorfosis era tan evidente, que al contemplar su cara bajo la luz de una de las lámparas que alumbraban el pasillo que conducía a la habitación número 27, me pareció ver un brillo en estado líquido que dudaba sobre la conveniencia de descolgarse por su pómulo derecho.

La brusquedad con la que apareció aquella escena secó mi paladar y solo fui capaz de dar volumen a cuatro palabras (“¿Eve, te encuentras bien?”) con las que sosegar a un ser secuestrado por su

pasado. Una mujer que ahogaba sus penas con malas contestaciones, algún que otro insulto vehemente y alcohol. Sobre todo, mucho alcohol y un sinfín de frases que empezaban por «jodida…».

Eve Baxter estuvo a punto de golpear con su muñeca derecha un jarrón de porcelana que decoraba un ángulo muerto del corredor que desembocaba en su habitación.

—¡Coño! —acertó a decir al ver cómo evitaba que el florero se convirtiera en un puzle—. ¿Qué demonios hace esto aquí?

La flexibilidad con la que abría y cerraba sus conversaciones estériles, envueltas por un aliento anisado, derivó en una orgía de insinuaciones y caricias que no supe interpretar hasta que nuestros labios se quedaron a menos de diez centímetros de distancia. Nariz contra nariz, sin que esta vez nadie pudiera hacer nada para frenar una colisión inevitable, ella tomó la iniciativa y mordió mi boca. Fue un mordisco sin pasión, pero la recompensa era igual de valiosa que el beso de un par de enamorados. Todo acabó con una insípida despedida junto al número 27.

—Hasta mañana —sentenció como si no hubiera ocurrido nada—. Ha sido un día intenso; ¿nos vemos a las ocho en recepción?… Hielo, usa el hielo. Es bueno para ese calentón. ¡Hielo!

No tenía claro si había acertado manteniendo mi posición o, en cambio, si debí dar un paso adelante en busca de una gratificación mayor. De camino a mi habitación reflexioné sobre una cita de Guy de Maupassant en la que apuntaba que «un beso legal nunca vale tanto como un beso robado».

Mi labio sangraba; sangraba de felicidad.

Al margen de la legalidad o no del beso, aquel gesto reactivó por sorpresa las células de mi organismo. Mientras buscaba una respuesta que pudiera justificar un abordaje tan deseado, mi yo más frívolo no podía controlar la excitación reprimida durante tanto tiempo. El corazón estaba acelerado, mis manos frías y en el fondo de la garganta percibí un regusto a felicidad que me impulsó a lanzarme en plancha sobre la cama. Estaba tan eufórico que no calibré la dureza de un colchón que atenuó la energía que derroché en un salto descontrolado.

—¡Ayyy, Dios mío…, qué me mato! —gritó al ver que su cuerpo se había quedado colgado por uno de los extremos de la cama.

En medio de una escenografía de delirio rebosante, no le presté demasiada atención al sobre que continuaba encima de la mesilla de noche y que aún no le había entregado a Eve. Mi pensamiento estaba anegado por el rojo intenso de sus labios, por el verde de unos ojos debilitados por la *leche de león*, por el blanco de una piel que todavía se resistía a perder las últimas moléculas del agua de violetas… Me había rendido a los austeros encantos de una mujer que no quería ser amada.

Toc, toc, toc… Alguien golpea la puerta de la habitación de Santiago.

Eve se apareció ante mí con un pijama de cuadros escoceses, protegiendo sus pies con unas medias transparentes y sin anudar los botones superiores de su camisa. La misma redondez de los senos que captaron mi atención en el avión que nos trajo a Turquía se hizo visible, ahora sin un sostén que acorazara unos pechos que parecían reclamar mi mirada.

—¿Dormías? —dijo con un halo de idiotez considerable—. No podía irme a la cama sin darte el anillo. Protégelo como si fuera tuyo, escondeló y no reveles a nadie dónde está.

—Ahhh, el anillo —repitió sin poder disimular una mueca de decepción.

—Buenas noches —insistió Eve antes de elevar las puntas de sus pies para besar mi cachete derecho—. Intenta descansar. Presiento que mañana será una jornada agotadora. Hielo, usa un poco de hielo. Durante un par de segundos dudé si seguirla hasta su habitación, sobre todo, por lo llamativo que puede ser encontrarte de madrugada a una mujer medio desnuda dando tumbos por los pasillos de un hotel…

Cerré la puerta, coloqué el anillo junto al sobre y comencé a desvestirme. Enseguida me quedé en cueros. Bueno, las únicas prendas que cubrían mi cuerpo eran unos calcetines marrones y unos calzoncillos que avivaron mi instinto cómico. Un reflejo que me impulsó a bajar mi bóxer a la altura de los tobillos, que me animó a retirar el pie derecho de la abertura, que me convenció para que los

acabara elevando con el izquierdo por encima de mi cabeza… La voltereta me dejó sentado sin respiración en uno de los extremos de la cama y con los eslip colgados de la moldura de una acuarela en la que se distinguía el contorno de Hagia Sophia.

Me sentía el *Hombre de Vitrubio*. Eso sí, algo más fondón y con calcetines.

La vehemencia de un momento esperado no impidió que me hiciera una pregunta: ¿por qué las diez liras que Eve le entregó al niño en la tienda de Zahîr tenían un efecto distinto a las diez que le acababa de dar a una niña antes de entrar al hotel?

Capítulo 7

«La muerte, inesperada o no, siempre acaba abriendo heridas imposibles de cicatrizar».

Marieta, la exniñera de Eve Baxter

Un sudor templado trepa por mi espalda en dirección a la nuca, mi nariz se adormece por el efecto de un desinfectante con partículas de pino y en mis rodillas están marcadas las juntas de las baldosas sobre las que dejé caer un cuerpo vencido por el alcohol. Con el primer vómito también se fugó la indignación que me inyectó la insufrible imagen de aquella niña que imploraba una limosna a unos desconocidos.

Entre arcada y arcada mi cabeza voló hasta el salón del apartamento familiar de la Avenida Lexington. Sin saber el motivo, aparecí detrás de unas largas cortinas de seda desde las que observaba el enajenado transitar de la ciudad, el Nueva York que me arrebató a mi madre justo antes de cumplir los nueve. Oficialmente murió el 27 de marzo de 1977 en Los Rodeos, pero en realidad ella decidió apartarse de mí mucho antes. A pesar de sus vanos intentos por comprar mi cariño, el amor que sentía hacia esa mujer no era igual de intenso que el que le entregaba a él. Mi padre sellaba mi soledad como mejor podía y, solo cuando la situación era ingobernable, emergía la figura de George Dunne: el buen samaritano. Él estuvo a mi lado cuando el cáncer fusiló a Tom Baxter, el día que me enteré del suceso de Tenerife Norte, la mañana en la que Zahîr irrumpió en mi vida…

Humillada delante de este váter de hotel barato, hoy aún recuerdo haber sido testigo de los escupitajos de sangre que mataron a mi padre.

Una niña no sabe medir la fuerza real que tiene la muerte hasta que es atropellada por ella sin piedad. Primero me tocó ver el degenerativo adiós de mi padre, un hombre de acción doblegado por

un virus invisible que lo diluyó hasta someterlo a una existencia anudada a una silla de ruedas. Tom aceptó su destino con el honor del militar que aguarda su último paseo hasta el Cementerio Nacional de Arlington. De ella, del fallecimiento de mi madre, el único recuerdo que conservo es una infructuosa espera detrás de unos ventanales. Mis cumpleaños se congelaron en marzo de 1977.

Hasta que Dunne me informó del accidente ocurrido en La Laguna, con un lenguaje adaptado a un ser de nueve años, quise creer que aún era posible la reconciliación. Lo admito. Nunca fui madrera, pero dentro de mí existía una microscópica esperanza que mantuve encendida por si alguna vez decidía perdonar sus incontables descuidos. Solo Marieta, una colombiana que ejercía de empleada de hogar, de guía que vigilaba mis pasos hasta las aulas del Lower Midtown, de cocinera y de cuentacuentos, sabía lo mucho que me costaba entender que mi madre se preocupara más por entregar a tiempo sus columnas de opinión, por acabar los capítulos de un libro interminable, por sus cócteles y conferencias en alguna distinguida sociedad del distrito financiero…

Marieta era consciente del profundo rechazo que sentía por ella.

La repulsión que me causaba su figura la suplí con la admiración que construí en torno a mi padre. Y eso que él muchas veces se ausentaba de casa debido a sus extraños viajes de negocios a Cuba, Guatemala, Panamá o Venezuela. Tom se empeñaba una y otra vez en limar todo lo malo que alejaba a las dos mujeres de su vida, pero a medida que iba planificando su estrategia, más difícil resultaba mi convivencia con ella. Sí. Había decidido no perdonar a Eyre Jordan: sé que corría el riesgo de ser tratada como una niña malcriada.

Eve siente los efectos de un martillo invisible en el interior de su cabeza: ¡Díos, me está matando!

No sé si todo fue fruto de un sentimiento de culpa, pero recuerdo lo largo que se me hizo el 28 de marzo de 1977. En casa solo estábamos Marieta y yo. Las habitaciones quedaron cautivas por un silencio consentido y a través de una de las vidrieras del *hall* pude ver cómo una fina lluvia había transformado el asfalto en un cristal sobre el que se reproducían los brillos blanquecinos y rojizos que

desprendían las luces de los coches. Cada vez que un taxi detenía su marcha delante del edificio el guion no variaba:

«¡Marieta, Marietaaaa…!», jadeaba antes de abandonar mi refugio detrás de una gigantesca hoja de seda roja. «¡Ya está aquí; mamá está en casa!»

Jamás logré entender aquella agitación ante la posible llegada de una persona que consideraba tan dañina. Puede que tras la muerte de mi padre empezáramos a entender que nos necesitábamos, que debíamos estar juntas para espantar aquella desgracia, que estábamos solas…

Marieta no se inmutaba cada vez que me plantaba delante de sus rodillas huesudas e intentaba tirar de unos brazos inertes para atraerla hasta la ventana. La seriedad con la que me recibía la asociaba con una fatiga o un falso pasotismo hacia la niña que era capaz de iluminar su cara con una sonrisa. En cuanto escuchaba un frenazo a la altura del 77th de *Lexington Avenue*, allí que me iba corriendo a la cristalera para dar un alarido que se quedó encasquillado en mi garganta. ¡Qué fácil es comprar la felicidad con regalos de una *duty free* de aeropuerto!

Con media cabeza dentro del inodoro y mis tripas encolerizadas por el raki, no era capaz de ver una diferencia entre la pequeña desamparada que pedía de madrugada en una vía de Estambul y la niña que aguardó sin éxito que su madre volviera a atravesar el recibidor de nuestro hogar con una bolsa llena de obsequios. Santiago tenía derecho a pensar que mi enfado podía estar causado por las diez liras que le entregó a la mendiga, pero lo que él desconocía era la medida exacta del intenso dolor que me generó ser partícipe de un acto que liberó a la Eve más frágil, los restos de un ser que había sido reconstruido dólar sobre dólar en la consulta del doctor Morris.

Si después de tantos meses de terapia y facturas él me ve en estas circunstancias, doblegada a la espera del siguiente buche, reclamaría un éxito profesional asociado con una inmolación moral a golpe de raki.

El doctor Morris me hizo memorizar una lista de analgésicos caseros para combatir los efectos del dolor. Me dijo que soltar tacos

y comer unos cincuenta gramos de chocolate negro pueden hacer que esa aflicción desaparezca. También me contó que la saliva tenía unos efectos parecidos a un calmante, que buscarme un entretenimiento era positivo para que mi cabeza no se echase a volar, que la meditación zen era una alternativa que se estaba poniendo de moda… Incluso decidió recurrir a un científico de la Universidad de Stanford, no recuerdo con exactitud su nombre, en un intento por convencerme de que amar reduce el malestar por un efecto que se crea en el núcleo acúmbens, que no sé bien cómo funciona, pero que viene a ser algo así como el centro de recompensas del cerebro.

De todas las alternativas que me había proporcionado mi terapeuta, elegí una que no estaba en el catálogo: beber para olvidar que me había propuesto desmontar la gran mentira de mi madre. Lo de insultar y ser una persona casi despreciable era algo que venía de serie antes de acudir a las sesiones de choque en Washington Square.

Sentía que me estaba marchitando entre las paredes de un cuarto de baño que apestaba a vísceras; percibía que mis ojos se apagaban por el peso impalpable de una jornada llena de trampas emocionales.

La última, el beso con sabor a anís que le di a Santiago.

Capítulo 8

«Yo solo muestro la ciudad a los turistas, ella es la que secuestra sus corazones para el resto de su existencia».

David

—Señorita Baxter, despierte señorita Baxter… —Escuchó la húesped de la habitación 27 sin evacuar sus desfallecidos labios del interior de la salpicadura del vómito—. ¿Se encuentra bien? Despierte señorita Baxter, despierte.

Al abrir mi ojo izquierdo sentí un ardor baboso que estiró mi sueño. Ciega por un fluido que aún retenía un persistente lecho de anís, pude distinguir la calva del hombre que no dejaba de machacar mi apellido. Era el recepcionista que me había confundido con la señora Mendoza, el mismo al que encargué que me despertara a las seis y media de la mañana. No es posible… Todavía no, ¿ya es de día?

—Despierte señorita Baxter, despierte —mortificó—. Señorita Baxter, ya es hora de levantarse…

—Deje de dar gritos —pidió por favor manteniendo su cachete izquierdo pegado al parqué—. Basta… Ya estoy despierta. ¡Por Dios, deje de gritar!

—¿Se ha mareado?

—Estoy bien —apostilló sin alterar su tranquilidad por el tono irónico de la pregunta—. No me ocurre nada.

Al elevar mi cabeza el cuarto de baño dio un giro de 180 grados sobre mi posición y volví a caer en el epicentro de la vomitera.

¡Qué difícil es pensar en las horas que siguen a una buena borrachera!

En cuanto revivieron mis tobillos y enderezaron mi cuerpo pastoso delante del lavabo, el espejo me devolvió el reflejo de un ser humillado. Una mujer desliñada que destilaba acidez y con una mirada estrábica que rozaba la locura, una persona que no era capaz

de calibrar por sí misma la situación tan bochornosa que acababa de protagonizar.

—Se puede marchar —ordenó al hombre que cumplió sin retraso la misión de despertarla—. Estoy bien… ¿Me ha conseguido el guía?

Comencé a desvestirme en cuanto obtuve la confirmación de que estaba cerrada una contratación que consideraba decisiva. Ni siquiera me aseguré de que el intermediario había abandonado la estancia cuando me quedé en bragas junto a la bañera. Otra vez sola, desnuda y sin compañía. Este era el sino de mi vida desde la muerte de mi padre.

No temo a la soledad, pero no deja de ser doloroso tener que afrontar los episodios más importantes de mi existencia sin la presencia de ella. Mi primera regla, el día en el que Collins casi me deja preñada, la fiesta de graduación antes de iniciar mi experiencia universitaria, el verano en el que James me cambió por Cynthia, la funesta visita en la que George Dunne me reveló su trágico adiós… Ninguna de esas etapas habría sido tan amarga si ella no se llega a encaprichar de Zahîr. Todo hubiera sido distinto si mi madre no toma aquel maldito vuelo en marzo de 1977.

Hace años que hundo mi cabeza en una bañera llena de agua con la única esperanza de olvidar, desterrar unas postales de mi infancia que al final siempre resucitan la esencia más cobarde de mi alma. Nunca se lo revelé al doctor Morris, pero supongo que un loquero de su reputación sabe interpretar los silencios de un suicida. Él, en una de sus numerosas tentativas fallidas, me preguntó si en algún instante se me había pasado por la cabeza quitarme la vida… Mi silencio certificó la medida exacta de mi desesperación. Solo cuando mi equilibrio emocional descarrilaba sobre un diván de cuero, Morris tiraba del recetario y anotaba las dosis de Clonazepam que debía ingerir para aliviar mis ataques de pánico.

—Usssssgggggaaaaa… —Eve saca la cabeza de la bañera.

Con las órbitas de mis ojos enrojecidas por un comportamiento kamikaze que nunca fue más allá de un irrelevante ahogamiento casero, me empecé a hacer un croquis imaginario para acometer la búsqueda de Zahîr, un guion mental que me permitiera estar a la altura en cuanto me quedara a solas con ese miserable.

No sé cómo, pero tenía que resumir en una frase la rabia que almacené durante más de dos décadas. Zahîr debía sentir todo ese dolor. Ese hijo de perra no era consciente de la magnitud de la herida que me ocasionó. ¡Hijo de puta!, solo se me ocurrió esa.

En recepción aguardaba mi llegada el empleado que me despertó con sus chillidos a las seis y media de la mañana.

—Señorita Baxter, señorita Baxter —llamó mi atención el calvo al ver que me dirigía hacia uno de los sillones del recibidor—. Ahí tiene a su guía…

Era una versión en carne y hueso de Mr. Magoo pero con pelo, un octogenario medio cegato que ojeaba un folleto turístico a un palmo de su nariz. En mi cara se podía leer la desconfianza que me ofrecía un señor que no dejaba de mover su mandíbula con un tic cansino, que exhibía una desordenada melena color ceniza y que salió a mi encuentro con una reverencia digna de un varón medieval. Se llamaba David, las hendiduras de su rostro eran el reflejo de una vida sufrida y tenía que crear una caracola con su mano derecha y la oreja para escuchar mis instrucciones. Antes de precisar el itinerario, el anciano se aseguró de que recibía en mano las doscientas liras pactadas por contratar sus servicios. Eso sí, no le importó cobrar en euros.

Santiago seguía sin dar señales de vida cuando le entregué los cien euros que me pidió por conducirnos hasta *Bubukeke*.

—¿*Bubukeke*? —jadeó después de ser presentados de manera informal por un recepcionista que tenía prisas por acabar el turno—. No sé llegar hasta *Bubukeke*, pero puedo intentar guiarla a Büyükada.

Si no hubiera detectado la presencia de Santiago emergiendo por el hueco de la escalera, David se habría llevado lo suyo… Me ponen negra los tipos que se van de graciosos. Piensan que todo lo arreglan con un chiste o una anécdota divertida y no son capaces de reconocer su propia infelicidad.

—Buenos días —saludó—. ¿Has dormido bien?

Santiago no se percató de la presencia de David hasta que le comenté que aquel hombre con aspecto de arqueólogo jubilado era mi mejor baza para localizar a Zahîr.

—¿Usted debe ser el español? —preguntó el guía—. Un gran país, a pesar de las injusticias que ha cometido a lo largo de la historia.

Mi acompañante enmudeció doblegada por una reflexión que no entendí, un enigma que debían resolver ellos. Bastante tenía yo con averiguar el paradero del musulmán que le regaló a mi madre un anillo que volvía a estar en buenas manos. Lo cierto es que no valoré si Santiago había desayunado, pero tenía prisa y no recuerdo haber quedado con él en el comedor. Lo único que quería era embarcarme con rumbo a Bubukeke.

Dudaba de las palabras de Aydiner, de los conocimientos de David y de la entrega sin condiciones de Santiago, pero ellos eran los únicos apoyos que tenía en mi tercer día en Estambul.

Tras preguntar en recepción por la frecuencia de paso de los tranvías que iban en dirección a Eminönü David seguía retorciendo su mandíbula a la espera de recibir la primera orden. Su inquebrantable disciplina le impedía tomar la iniciativa y aguardaba aislado mis indicaciones.

—¿Le he dicho que queremos ir a Bubukeke? —reiteró ella, ya en el exterior del hotel—. A las Islas Príncipe, nos indicaron que debemos tomar un barco en Eminönü.

—¿En Eminönü? —repensó David—. Solo hay dos formas de tomar un ferry hasta Büyükada y ninguna está en Eminönü.

—Ya te dije que no podíamos confiar en él —criticó la neoyorquina buscando el rostro de Santiago—. Aydiner nos ha mentido.

—Él dijo que teníamos que ir hasta Eminönü, no que debíamos tomar el barco allí —salió él en su defensa.

—¡Cállate! —exclamó—. Santiago, no tienes que justificar todos sus actos.

—En realidad, nadie les ha mentido —interrumpió David—. El puerto de Sirkeci está cerca de Eminönü. Llegaremos allí en unos quince minutos. Si en lugar de la costa europea hubiéramos estado en el lado asiático, la embarcación la habrían tenido que tomar en el embarcadero de Bostanci…

Capítulo 9

«Me gusta amanecer con el olor de una mujer que ha vivido una extenuante noche de sexo impregnado en unas sábanas».

Tayyid

El aire en Eminönü olía a pescado frito, olía a gasoil recalentado, olía a marea sumisa… A medida que nos acercábamos al muelle de Sirkeci, un reclamo a sardinas asadas se extendía envuelto en un manto invisible que agitaba mi estómago; no debí salir del hotel sin desayunar. Eve avanzaba a la misma altura que David, ajena a una fatiga recóndita que no iba a poner en riesgo su encuentro con Zahîr.

—*Balikekmek! Balikelmek!*… —gritaban desde los barcos.

—¿Qué dicen? —preguntó Santiago a David—. ¿Qué significa *balikelmek*?

—Nos están ofreciendo unos bocadillos de pescado —tradujo—. También llevan cebolla, lechuga y tomate. Se suelen tomar con un salgam, un zumo de pepino que se sirve muy frío. No deje de probarlos.

Aquella aclaración gastronómica sirvió para enrabietar aún más mis vísceras. Por unos segundos valoré la posibilidad de detenerme en alguna de las barcazas que lucían una aparatosa ornamentación oriental, pero cuando traté de saciar mi curiosidad emergió un David inflexible.

Santiago hace un ademán de pararse.

—Todavía estamos en Beyoglu —recriminó sin mirarlo a la cara— y tenemos diez minutos para llegar al muelle de Sirkeci. Si perdemos el ferry no podremos salir hasta dentro de una hora.

Imaginar que en breve nos íbamos a embarcar me puso de los nervios.

Estoy seguro de que Eve no recordaba una de las confesiones que le hice cuando solo estábamos unidos a través de internet. Era obvio que se había olvidado de que no sé nadar. Mi párpado izquierdo

temblaba conforme aumentaba el cosquilleo en las plantas de mis pies. A menos de veinte metros de distancia de un mar azul muy oscuro, casi negro, contemplé la opción de postergar mi bautismo acuático, pero enseguida me convencí de que la poliédrica Eve Baxter no me hubiera perdonado semejante traición.

—Santiago, te quieres dar prisa —escuchó colarse entre unas bocinas—. ¿No has oído al guía? Si perdemos ese dichoso barco tendremos que esperar una hora.

Los pies de David se movían a una velocidad que no se correspondía con su edad. El viejo avanzaba con la rapidez y la certeza de una víbora que, en *zigzag*, busca una presa fácil. Su objetivo era comprar tres billetes para el próximo ferry con destino a Büyükada.

En cuanto tuve el pasaje en las manos, mi única preocupación tenía que ver con el puente de madera carcomida que separaba el cemento del casco de un buque ruinoso que se llenó de pasajeros de clase humilde. Confirmado: este no era un crucero de placer.

Eve y David embarcaron sin percatarse de que yo aún andaba valorando la opción de empezar a caminar sobre un tablón putrefacto.

Podía cerrar los ojos y dar tres zancadas al frente, visualizar que detrás de esa decisión había una sabrosa recompensa o, sin más, hacer caso a un gruñón que me incitaba con su codo derecho a subir de una puñetera vez a un barco que me transmitía sobrecogimiento: ¿cómo podía flotar algo tan tosco?

Puuuuffffff… Un aviso moribundo anuncia la partida.

No puedo recordar la incertidumbre que habitaba en mí cuando proyecté mis primeros pasos, pero al comenzar a recorrer este estrecho pasillo no pude evitar imaginarme a un bebé que sabe que tarde o temprano sus huesos acabarán amontonados sobre el suelo. Me sentía frágil y necesitaba palpar con mis sudorosas manos un elemento que me diera seguridad. Una barandilla fría y mugrienta, el marco de un ventanal ovalado, el brazo del pasajero que me miró mal… Cualquier apoyo era válido para evadirme de una realidad que había aplazado durante casi cuarenta años. Y es que la aversión que sentía por el mar en ocasiones fue tratada como una de esas

enfermedades que no tienen cura. Casi nadie, salvo mi madre, entendía un rechazo por un medio que formaba parte de mi vida. Después de todo, mi cuna siempre estuvo en el Atlántico. Es difícil explicar que no sabes nadar cuando vives en una isla.

Mientras buscaba a Eve me entretuve contando los chalecos salvavidas, los extintores y las embarcaciones auxiliares que existían en un ferry que comenzó a agitar las opacas aguas del mar de Mármara.

La melena rojiza de Eve se desordenaba con el roce de una brisa danzarina que se instaló en la popa del *Khalkedon*. Así se llamaba la barcaza que nos debía transportar a Büyükada. A pesar de la atracción que ejercían sus pechos, mantuve mi posición hasta que ella se percató de mi presencia.

—¿Has llegado? —festejó sin mucha euforia—. Ya le advertí a David que al final nos acabarías encontrando. Es imposible perderse en esta pocilga.

Con mi espalda apoyada sobre un panel de madera que mitigaba mi fobia marina, la primera idea que fui capaz de asimilar con cierta serenidad fue una cita de Abraham Lincoln que venía a decir algo así como que «suavizar las penas de los otros es olvidar las propias…». Eve Baxter seguía dominando mi existencia mientras trataba de reconstruir la suya.

—¿Conocen la historia de la Torre de Leandro? —el guía tomó la iniciativa—. ¿Ya les han contado la leyenda de la Torre de la Virgen; nadie les ha hablado del islote ubicado en la entrada sur del Bósforo?

Eve miró con altivez a David y, de nuevo, centró su atención en el mar. Lo cierto es que no tuve que estimular en exceso al anciano para que nos narrara un cuento que ya se columpiaba en sus labios.

—¿De verdad que nadie les ha relatado aún la historia de Leandro y Hera? —acrecentó con una generosa dosis de pesadez—. Pues no se pueden marchar de Estambul sin conocer el misterio que rodea a ese islote.

David tomó asiento sobre un banco de color rojo, recolocó su mandíbula y empezó a hablar de una de esas relaciones amorosas imposibles. Mientras él adornaba sus frases con la mitología griega,

Eve estaba ausente. Transitaba por otro escenario, quizás, planificando su duelo con Zahîr.

Cada vez que hacía una pausa, no sé si por falta de memoria o para darle emoción al relato, Baxter recolocaba sus gafas y lo miraba de reojo deseando un desenlace inmediato. David nos contó que el drama maduró cuando Leandro se enamoró de Hera, una sacerdotisa de la diosa Afrodita que cada noche encendía una antorcha en la torre para que su amado cruzara a nado el Bósforo… La mala suerte quiso que el resplandor se apagara en medio de una tormenta y el joven murió ahogado. Hera, al tener constancia de la tragedia, se arrojó a las aguas del estrecho.

—Menuda chorrada —susurró la hija de Tom Baxter sin que el narrador se percatara del calado real de su burla.

—Perdón —pidió explicaciones—. ¿Señora, ha dicho algo?

—En Nueva York se habla de la existencia de gigantescos cocodrilos que recorren las alcantarillas de la ciudad —añadió sin florituras—. Yo todavía no he visto ninguno pero, por si acaso, siempre miro antes de sentarme en el inodoro no vaya a ser que el día menos pensado uno de esos monstruos me muerda el culo. ¡Son peligrosísimos!

El viejo enmudeció durante unos minutos y, solo cuando él se sintió fuerte, buscó en mí una mirada cómplice que le ayudara a desenmarañar el lío que se generó entre Leandro, Hera, Nueva York y los cocodrilos de cloacas que reventaron el cuento.

—¿Siempre es así? —intentó sonsacar cuando Baxter se había marchado.

—¿Así? —retrasó su justificación—. No sé a qué se refiere.

—Me ha entendido a la primera —no le dio más vueltas—. Comprendo, usted está enamorado de esa mujer.

—¿Enamorado? —repitió tras asegurarme de que Eve no le podía oír—. No, solo es una conocida. Por cierto, aún no ha contado el final de la historia de la Torre de la Virgen.

—¿De veras quiere que le revele la leyenda? —subrayó sorprendido —. Creí que a usted tampoco le interesaban esas chorradas… (David comienza a reír).

En cuanto me serené busqué una base sobre la que depositar mi espalda para escuchar que un emperador de Bizancio había sido informado por los miembros del oráculo que su hija iba a ser víctima de un ataque mortal por parte de una serpiente. Este, atormentado por la noticia, encerró a la criatura virginal en la atalaya. Al final, el astuto reptil consiguió acceder a la torre escondido en una cesta con uvas y mató a la joven princesa…

La epopeya del apuesto Leandro no tuvo ningún efecto milagroso que me enseñara a nadar, pero sí que me impulsó a acercarme a la barandilla del *Khalkedon*. Yo, que siempre le marqué el camino al temeroso Tomás, que jamás me sentí amedrentado por las macabras narraciones de Rufino, el sepulturero del cementerio de San Juan, que acepté este viaje sin poner condiciones, suplicaba un esfuerzo divino para expulsar de mi cabeza unas imágenes sobrecogedoras de calamares gigantes que provocan naufragios mortales, imponentes serpientes que afloraban a la superficie en busca de comida o incluso un Leviatán capaz de generar un torbellino que arrasara a todos los ocupantes de este barco inmundo. Cualquier criatura que estuviera ahí abajo, por muy pequeña que fuera, suponía una amenaza mayúscula para mí.

No había desahuciado aún a esos monstruos de mi mente cuando sentí el tacto metálico de una baranda pegajosa. Sin saber cómo, me armé de valor y arrojé una mirada desafiante al fondo del mar… La visión fue sobrecogedora. Decenas de medusas fluorescentes, igual de grandes que unas sombrillas de playa, se arremolinaban en torno a la quilla.

A pesar del temor que torturó mi cuerpo por este inesperado hallazgo, no tuve problemas en reconocer la risa contagiosa de Eve. Desde mi posición no era capaz de apreciar sus cabellos colorados, pero sí, la que reía era ella.

Eve Baxter sonreía a un desconocido a unos cinco metros de la posición en la que lamentaba no saber nadar.

En aquel momento deseaba tener el arrojo que exhibió Leandro por Hera, pero opté por sentarme sobre una banqueta metálica y esperar.

—Santiago, Santiago —repitió Eve mientras él se adormecía con un balanceo rítmico y pausado—. Santiago, mira con quién me he encontrado.

Al levantar la cabeza pude reconocer al joven que nos había seguido en la plaza de Sultanahmet, al turco de la cara demacrada que nos ofreció unas muñecas de cartón, el comerciante con el que ella coqueteó después de que el taquillero de Hagia Sophia se negara a vendernos un par de entradas porque estaban a punto de cerrar. Sí, el del Casio con la esfera de color negro.

—¿No lo recuerdas? —insistió con una emoción irritante—. Es Tayyip; ¿en serio que no te acuerdas de él?

—Ahora, no sé… —vaciló, siendo consciente de la identidad de la persona que tenía delante—. No recuerdo, no sé. ¿Nos han presentado?

—Es Tayyip —recalcó—. El chico que nos ofreció comprar muñecas de cartón. ¿No es una casualidad?

Por unos segundos sentí que la legendaria serpiente que había matado a la hija del emperador bizantino se había colado en el *Khalkedon*.

Tayyip escrutó mi cuerpo con la arrogancia que exhibe un adolescente que sabe que se encuentra en su cenit varonil. Puede, incluso, que ya hubiera trazado la táctica para llegar a tener un escarceo sexual con Eve. No sé. Por la manera que ella lo miraba, por el volumen de su risa, por la emoción con la que me alertó de su presencia en este barco, puede que Eve Baxter estuviera dispuesta a vivir una pasión evanescente que la alejara de la realidad que nos aguardaba en Büyükada.

Atrapado por una soledad compacta, comencé a valorar la posibilidad de que Aydiner no fuera tan legal como creía. Quizás, Eve estaba en lo cierto al sospechar de sus buenas intenciones. Él era el único que sabía que nos interesaba buscar a Zahîr en las Islas Príncipe, él era la persona que podía organizar esta cita casual con Tayyip. No sé si tenía derecho a desconfiar de su cordialidad desmedida, pero mi segunda mañana en Estambul no pintaba nada bien.

El *Khalkedon* empieza a agitarse de lado a lado y los crujidos van en aumento.

—¿Le ocurre algo? —buscó un diagnóstico Tayyip—. Su cara está tan pálida como la leche, ¿seguro que se encuentra bien?

—No se preocupe por mí, no me pasa nada.

—Ya me ha dicho la señorita Baxter que ustedes solo son compañeros de viaje —dejó claro—, dos conocidos de visita en Estambul. Me alegra conocer que no están comprometidos…

Eve no mintió sobre la relación que manteníamos, pero me sentí traicionado al conocer la facilidad con la que reafirmó la ausencia de un compromiso amoroso. Sabía que el beso de anoche tenía un valor anecdótico. Aun así, me costaba creer que se hubiera rendido a los encantos de un crío que tenía cara de zarigüeña. Ella, que jamás comprendió el magnetismo que sintió su madre por Zahîr, estaba a punto de claudicar ante el feroz ataque de un muchacho que enredaba sus emociones con atenciones, halagos, sonrisas postizas y un excedente de testosterona.

—Veo que su amiga ha conocido a Tayyip —empeoró David con un tono que alimentó su desasosiego.

—¿Usted sabe quién es?

—En Estambul todo el mundo conoce a Tayyip —volvió a intranquilizarlo—. Su servilismo, su facilidad para vender muñecas de cartón, su arrojo para conquistar a las turistas… Todos saben que él es algo más que un buen comerciante. En esta ciudad eso es algo que se transmite de generación en generación: el negocio se coloca por delante de la familia, pero él siempre quiere algo más. Las mujeres bonitas son su perdición.

De una manera muy sutil, David me había revelado el final de la historia entre Eve y Tayyip. Con el contorno de Büyükada emergiendo a estribor ya era consciente de la atracción que existía entre ellos.

David conversaba con dos hombres que aguardaban subir al barco que les llevaría de regreso a Sirkeci cuando volví a experimentar el placer de pisar tierra firme. El desembarco coincidió con una nueva llamada a la oración y el muelle de Büyükada quedó cautivo por una lentitud que me contagió un extraño sentimiento de pérdida.

Haiia ala ssalat.
Haiia ala ifalah.
Haiia ala ifalah.
Allahu Akbaru.
Allahu Akbar…

Eve tardó más de diez minutos en descender del *Khalkedon* y durante su ausencia, hasta que pude ver brillar de nuevo su melena a mi lado, no dejé de imaginarme escenas de sexo en las que ella era la protagonista. Mi pena se enquistó conforme me convencía de que el otro cuerpo que se retorcía sudoroso junto al suyo no era el mío sino el de Tayyip.

Durante un cuarto de hora permaneció callada, ajena al significado de la búsqueda que nos había traído a esta isla y ensimismada por una belleza que nada tenía que ver con la elegancia victoriana de Büyükada.

Más de un centenar de personas observaban desde una especie de jaula nuestra falta de iniciativa, David seguía conversando con los pasajeros que esperaban una señal que les dejara avanzar hasta la escalera de madera del *Khalkedon* y la incómoda presencia de Tayyip se desvaneció entre unas calles que estaban tomadas por media docena de carros tirados por caballos y unas cuantas bicicletas.

El dique de Büyükada olía a esas cremas solares de coco con las que los turistas untan sus pieles rosáceas, a maíz recién tostado, a excrementos de animales… Eve Baxter rompió aquella tediosa espera con un zapatazo seco que espantó a un gato atigrado que se aproximaba a su pie derecho con la intención de masajear su barriga contra una pantorrilla.

—Fueraaaa… —asustó, frenando casi en seco la cautelosa llegada de David—. ¡Bicho asqueroso!

A David le hubiera gustado discutir con Eve la trascendencia que tienen los gatos en la sociedad turca, pero optó por no empeorar la situación y le dio a conocer un posible itinerario. Nos ofreció ver una panorámica de la ciudad desde el mirador de Burgaz Ada, realizar compras en la zona comercial de Heybeli Ada o una visita a la

Academia Militar de la Marina Turca. Ninguna de sus propuestas llamó su atención.

El anciano de la mandíbula inquieta realizó un último intento por activar la curiosidad de Eve, pero sus esfuerzos por guiarnos hasta la iglesia de Aya Yorgi, el convento de Santa Trinidad, famoso por ser el lugar en el que permanecieron exiliadas varias emperatrices bizantinas, el seminario de Heybeliada o un templo religioso ubicado en SaitFaik fueron ignorados por la mujer que había contratado sus servicios.

Eve parecía entregada, sin energías. Estaba sofocada. No sé si por su eufórico reencuentro con Tayyip o por un desenlace inminente que sellaría más de tres décadas de mentiras, silencios, traiciones… Blindada por un mutismo desquiciante optó por sentarse en una terraza y pedir una limonada.

Mientras ella repasaba cómo afrontar su litigio con Zahîr, yo encontré la pausa para aliviar el hambre originado por un ayuno involuntario. Un café cargado, casi negro, y un künefe endulzaron una mañana repleta de dudas. Las mías, las de Eve y las de David, quien observaba la escena muda de la mesa mordisqueando una manzana verde desde la otra acera. Nadie vetó su presencia en aquel improvisado desayuno, él marcó distancia con nosotros a la espera de que nos pudiera ser útil.

—David, David… —reclamó Eve al tiempo que realizaba unos círculos con los trozos de hielo de su limonada—. David, acérquese. ¿Usted sabe quién es Zahîr, el propietario de una tienda de Sultanahmet?

David procesó con una enorme parsimonia la información suministrada y empezó a hacer cábalas a media voz. Sin mostrar ni sorpresa ni familiaridad.

—¿Zahîr? —se preguntó sin poder evitar que su mirada se clavara en los pechos de Eve—. ¿Zahîr, el joyero de Chalcedon? ¿El famoso pastelero de Sedir? ¿El persistente vendedor de especias de Balat?

—¿Me está tomando el pelo? —reprendió—. ¿Se cree muy gracioso, no? Alguien tan sabio como usted debería conocer a Zahîr. Pedí contratar al mejor…

—No, solo trato de explicarle que en Turquía hay muchos Zahîr —matizó el guía—. Supongo que hay casi tantos como John existen en su país o José en España… Ese es un nombre muy frecuente en Estambul. ¿No me puede decir algo más concreto del Zahîr que está buscando?

Eve se levantó rabiosa, descolgó un bolso de una silla que no estaba ocupada y rebuscó en su interior. Sobre la mesa alineó sin orden un pintalabios Russian Red, un móvil, un paquete de chicles de menta abierto, una caja de ibuprofeno y unos cuantos preservativos.

La caja de los profilácticos estaba abierta; Santiago clavó su mirada en ella mientras la mujer rebuscaba algo con agitación… La violencia de sus gestos confirmó que estaba enfadada.

—Zahîr Ahmed —aclaró Eve tras consultar una anotación en una pequeña agenda de color negra—. El hombre que busco se llama Zahîr Ahmed.

—¿Zahîr Ahmed? —reprodujo sin pausa David—. Zahîr no está en Büyükada. (Silencio).

… Acabo de hablar con él, volvía a Estambul en el mismo barco que nos trajo a la isla.

El rostro de la mujer era un poema.

Más allá del distanciamiento que se había instalado entre Eve y Zahîr, mis pensamientos estaban anclados a la mesa sobre la que aún permanecían los *Durex RED Extra Sensibles*. ¿Los habría comprado con la intención de mantener un hipotético encuentro sexual conmigo? ¿Utilizó alguno con Tayyip durante la travesía? ¿Había en Nueva York alguna relación secreta que se volvería a activar en cuanto ella abandonara suelo turco?

Una mujer no llevaría condones en un bolso si no tuviera la intención de usarlos, ninguna sería tan frívola para presumir de sus escarceos sexuales delante de un hombre que se siente atraído por ella… O intentaba llamar mi atención, o trataba de explicarme con un violento lenguaje visual que no tenía ninguna posibilidad. Estaba tan emperrado en resolver el enigma que no me di cuenta de la ausencia de Eve. La cabeza de un enamorado es así de volátil: algo similar a un gigantesco puzle al que le falta una pieza y que por

mucho empeño que pongas en darle su forma definitiva, jamás va a estar completo.

Eve se esfumó por una calle enladrillada sobre la que unos niños jugaban descalzos al fútbol. Sus gritos implorando a Messi acabaron por relegar una vez más el deseo de acercarme a un ser que se consumía como un helado de vainilla por culpa de un sol fustigador, también por un destino caprichoso que se empeñaba una y otra vez en mantenerla alejada de Zahîr.

A Eve no la volví a ver hasta que regresamos al puerto. Supuse que la visita a Büyükada había expirado en el momento en el que David reveló la presencia de Zahîr entre los pasajeros que aguardaban el embarque con destino a Sirkeci en el *Khalkedon*.

—¿Ocurre algo? —abrevió en cuanto vio la silueta descompuesta de mi acompañante—. ¿He dicho algo malo? ¿No le ha gustado la ruta que les había preparado? ¿Decepcionados con la isla?

—No, no, nada de eso —tranquilizó sin apartar su mirada de Eve—. Lo que ocurre es que no era una excursión de placer… Ella confiaba en poder reunirse con una persona.

El rostro de David proyectaba la decepción de una mañana estéril, media jornada llena de zancadillas verbales que se consumía con lentitud en una plaza desde la que se podía ver la maniobra de atraque del *Yeniköy*, el barco que nos debía devolver a Sirkeci. Antes de subir a bordo, el guía me dio los cien euros que pagó Eve por la visita. A pesar de mi insistencia para no recoger el dinero, él terminó metiendo los billetes en el bolsillo derecho de mis vaqueros: no quise forcejear con el viejo.

—Yo no puedo cobrar por un trabajo que no hice —justificó—. El dinero que no se gana con esfuerzo está maldito; eso se deja para los ladrones.

El viaje de vuelta fue tedioso. El ferry galopaba sobre un espejo de sal que amenazaba con fracturarse en millones de trozos por efecto de un viento raso que excitaba a un mar que asaltaba con timidez la proa del *Yeniköy*. Eve continuaba enrocada en su soledad escribiendo SMS con el móvil, David ojeaba un ejemplar del *Habertürk* que algún pasajero dejó olvidado en un banco, ¿yo?…

Volví a flagelarme con los niveles de intimidad que había entre Tayyip y Eve.

La escena era tan delirante como el planteamiento que estaba a punto de madurar en mi encelada cabeza: ¿cómo es posible que alguien con unos dedos tan largos pueda manejar con esa maestría el teclado de un móvil? Las únicas pausas que abría Eve Baxter venían impuestas por las miradas que le dedicaba a una mujer de trazo apretado que cubría su cuerpo con un hiyab. No me hizo falta hablar con ella para especular con la posibilidad de que ya estuviera estructurando una feroz crítica alrededor del ideal de femineidad musulmán, un prototipo de mujer que debe mantener oculto su pelo, que está obligada a dedicar su vida a su esposo, que no cuestiona las leyes… Eve odia esa sumisión.

Los silencios que se enredaron entre nosotros agudizaron mi percepción en torno a la posibilidad de que esta aventura estuviera tocando a su fin. Otra vez mi instinto me delataba que se había rendido.

Eve Baxter estaba acobardada, sometida por una fatalidad caprichosa que le impedía perdonar un escabroso episodio del pasado que reabrí sin maldad. ¿Soy culpable por haber devuelto a su vida una joya que debió desaparecer para siempre el 27 de marzo de 1977? Nunca creí en esos lazos invisibles que conectan a dos personas sin que ellas lo sepan, pero desde que conocí a campanillademanhattan empecé a valorar el hecho de que la humanidad forma parte de una red en la que ocurren colisiones tan extrañas como la que sufrí cuando solo era un internauta necesitado de una compañera virtual, alguien que me ayudara a olvidar de una vez por todas los recuerdos de una boda de fogueo.

Si Rebeca hubiera venido aquella tarde, ahora no estaría en esta situación. Si aquel día no me cuelo en la pista de Los Rodeos, hoy no habría tenido en mi bolsillo derecho el anillo. Si no me enamoro de Eve Baxter, jamás me sentiría amenazado por Tayyip… Ya estaba jugando otra vez al si no, mientras ella seguía ausente manipulando su móvil. Parecía tan entregada a él, que yo decidí coger mi MP3 y poner música. El tema que empezó a sonar era una canción de Los

Secretos[3] que en el pasado escuchaba una y otra vez para autoconvencerme de que mi soledad no era tan perjudicial.

He muerto y he resucitado.
Con mis cenizas un árbol he plantado.
Su fruto ha dado y desde hoy algo ha empezado.
He roto todos mis poemas.
Los de tristezas y los de pena.
Lo he pensado y hoy sin duda vuelvo a tu lado.
Ayúdame y te habré ayudado.
Que hoy he soñado en otra vida.
En otro mundo, pero a tu lado.
Ya no persigo sueños rotos.
Los he cosido con el hilo de tus ojos.
Y te he cantado al son de acordes aún no inventados.
Ayúdame y te habré ayudado.
Que hoy he soñado en otra vida.
En otro mundo, pero a tu lado…

La música aún no se había diluido en mis oídos cuando Eve se plantó justo delante de mis rótulas con un rostro mustio, una mirada rancia que agitó con una afirmación sorprendente.

—Me ha llamado Zahîr —anunció con una voz sesgada.

—¿Zahîr? —miró sorprendido—. ¿Has hablado con Zahîr?

—Sí… He quedado con él en cuanto lleguemos a Sirkeci —desveló cuando ya divisábamos el contorno de la Mezquita Azul—. Quiere que nos veamos en la tienda de Sultanahmet.

La única verdad que me sobrevino entonces estaba vinculada con el niño de la tienda al que Eve le entregó un papel doblado y diez liras. Él provocó el primer contacto entre la hija de Eyre Jordan y Zahîr.

Remontando el Cuerno de Oro a lomos del *Yeniköy* solo fui capaz de enhebrar una idea: ¿Por qué todas las mujeres malas huelen tan bien?

[3] *Pero a tu lado*, canción de Los Secretos creada por Enrique Urquijo en 1995. Se incluyó en el disco *Dos caras distintas* y tiene una duración de 3 minutos y 17 segundos. Su autor se la dedicó a María, su hija recién nacida.

Capítulo 10

«He esperado este momento muchos años,
en su rostro continúa viva su madre».

Zahîr Ahmed

En cuanto abrí la puerta de la tienda fui consciente de que Zahîr me esperaba. El local estaba desierto. Una tranquilidad fingida dominaba una habitación más opaca que el recuerdo, aún templado, de una disputa que desnudó mi ángulo más salvaje. Sí. Aunque me duela reconocerlo, hay una parte de mí que provoca una antipatía deseada. Solo él es capaz de sufrir esta cólera enfermiza que no logro mitigar. Santiago perdona sin luchar mis insultos, mis malas caras, las excusas que me invento para mantener alejada una amistad evaporable de la hoguera en la que siempre acaban ardiendo los sueños de los enamorados: el fuego lo arrasa todo, quema hasta el amor más resistente.

Ni siquiera el niño que nos dio la bienvenida la primera vez que visitamos este negocio ocupaba los escalones de castaño desde los que seguía los acuerdos comerciales que cerraban los mayores. Tampoco encontré al embustero de Zahîr, el tramposo que intentó engañarme con la muerte de su tío.

No sé por qué, pero me sentía vigilada por unos botes de cristal que contenían mermeladas, pistachos, almendras… Estaba segura de que aquellos tabiques vestidos con unas alfombras de seda podían escuchar mi conversación con Santiago, pero lo único que me atreví a reclamar sin demora fue la presencia de la persona que permanecía escondida detrás de unos cortinajes beige.

—¡Salga! —instó Eve—. Le he visto, sus pies lo han delatado. ¡Salga de ahí!

Santiago se quedó petrificado tras del primer grito, clavado y mudo cerca de una puerta que un encapuchado cerró con llave desde la

calle. Cuando la cerradura rodó por segunda vez una voz trató de atenuar mi agonía.

—Tranquilos, les estaba esperando —dijo en español el varón que aún permanecía protegido entre las telas—. No se preocupen, aquí no les va a ocurrir nada malo. ¿Me estaban buscando?

Sin perder de vista los movimientos de los transeúntes que se cruzaban por delante del escaparate me preparé para mantener una cita definitiva, un encuentro con el ser que envenenó la relación de mis padres. Zahîr Ahmed me debía una explicación, una respuesta sincera que me ayudara a liquidar los capítulos más repulsivos de mi vida.

Tres metros, como mucho cuatro, era la distancia que me separaba de un varón de largas proporciones. Un hombre con unas piernas de alambre, de torso estrecho, rostro sufrido y canas brillantes. Un tipo de ojos negros que se tragó su saliva antes de volver a hablar. Durante unos segundos me olvidé de la presencia de Santiago en la tienda. Era como si el destino me hubiera reservado un vis a vis con un extraño que contenía sus frases con una usura desquiciante.

—¿Ha venido? —volvió a hablar—. Tiene la misma mirada que su madre.

Un segundo no deseado se puede convertir en una eterna espera cuando dos personas dudan a la hora de tomar la iniciativa. En el ecuador de esta vergonzosa indecisión no me faltaban motivos para clavar mis dedos de alfiler en el arrugado cuello de Zahîr. Sin embargo, mi rabioso corazón se sintió prisionero de un halo de lucidez que impidió que estrangulara al cerdo que revivió el recuerdo de la mujer que me impulsó a venir hasta aquí. No soy capaz de imaginarme cómo demonios este desgraciado pudo llegar a conquistarla. ¿Qué pudo ver ella en él?

—Llevo años esperando esta visita —aclaró el comerciante.

—¿Usted? —cortó antes de que agotara la frase—. ¿Usted esperaba mi visita desde hace años?

—Entiendo las dudas que tiene sobre mí —se excusó Zahîr—. Sé que no es fácil aclarar lo ocurrido y no la culpo por ello.

—¿Qué es lo que entiende? —contraatacó sin caer en la cuenta de que Santiago seguía en la habitación—. Que mi madre dejara de

querer a mi padre, que ella se encaprichara de usted, que Eyre Jordan se matara en un accidente aéreo en Tenerife… ¿Eso es lo que no comprende?

—Sentí un dolor descarnado al conocer el suceso —justificó—. El señor Dunne me comunicó la noticia, pero no sabía que ella venía a Estambul.

Un gato blanco atraviesa la habitación sobre un meridiano imaginario que el animal traza entre las puntas de mis pies y el dócil cuerpo de Zahîr. El minino amaga con curvar su vientre cuando se detiene delante de mis sandalias, pero un chasquido provocado por un violento roce de mi suela derecha contra el suelo lo espanta con rumbo a la parte inferior de una mesa en la que se exhibían unas prendas bordadas.

—Ja, ja, ja… (Zahîr ríe al ver cómo el gato se oculta bajo los suzanis).

—¿Le parece gracioso? —dijo la hija de Eyre Jordan al oír su carcajada—. ¿Cree que es divertido que no me agraden unos bichos tan asquerosos?

—¿No le gustan los gatos? —valoró con extrañeza —. Pues su madre los adoraba.

—Deje de compararme con ella.

Zahîr Ahmed vuelve a bajar su cabeza con un gesto de canguelo que no me transmitió buenas sensaciones. ¿Qué pudo ver mi madre en este imbécil? ¿Cómo consiguió este indeseable desplazar a mi padre? ¿Cuándo acabaré de revivir un pasado que me impide organizar mi presente?

—¿Usted está convencida de que tuve una aventura sentimental con ella? —dijo elevando su cara—. Una relación que no conocía su padre, ¿no?

—No sé si una relación, pero estoy segura de que mantuvo sexo con ella.

El deseado encuentro con Zahîr no estaba saliendo tal y como yo quería. Frente a mí tenía a un hombre fácil de doblegar, a un individuo banal que no peleaba por su dignidad. Un miserable al que no parecía importarle haber señalado a Tom Baxter como un cornudo, un árabe que convirtió a madre en una codiciada pieza de

su harem: una puta más con la que aliviar sus fantasías sexuales. Eso es, Eyre Jordan solo era una elegante prostituta que se autoexilió en un lujoso piso en la Avenida Lexington.

El sobrino de Zahîr apareció por una puerta lateral con un recipiente lleno de agua. Al pasar a mi lado no mostró ninguna señal de arrepentimiento por la mentira que construyó en torno a la muerte de su tío. La frialdad y el cinismo con la que obvió la pelea que habíamos mantenido la tarde anterior se alteró con una frase corta e impronunciable que convalidó Zahîr con un insonoro movimiento de cabeza.

—Me disculpa —comentó el hombre que desencadenó esta búsqueda—. Tengo que ir a rezar, ¿podemos seguir hablando luego?

Ambos se marcharon a una especie de terraza desde la que se apreciaban las seis puntas de la Mezquita Azul. Allí, bajo un sol que a punto estaba de pintarse de un encarnado intenso, Zahîr Ahmed lavó sus manos, los pies y la cara con una meticulosidad que activó mi enfado: ¿cómo se atreve a dejarme tirada de nuevo?

Durante la oración mi curiosidad se incrementó y, pese a la insistencia de Santiago para que no rebuscara entre los mostradores, no pude evitar fijarme en un aparador que contenía cientos de fotografías. Imágenes, casi todas, captadas en la fachada o en el interior de la tienda de Zahîr. Fotos en blanco y negro, en sepia o en color en las que siempre había turistas y turcos. Escenas en las que todos permanecían sentados sobre unos cojines bebiendo té, instantáneas en las que vendedores y compradores se daban la mano tras cerrar un regateo, posados en los que aparecían extranjeros retratados junto a unos niños que lucían unos vestidos muy llamativos…

En medio de tantos recuerdos de papel mi atención se centró en una foto agrietada y descolorida en la que me pareció distinguir la presencia de Eyre Jordan. Tuve que cargar mi cuerpo sobre las puntas de los pies para ganar unos centímetros de altura, pero sí… La pelirroja que aparecía junto a los dos príncipes era ella. Confirmado. Aquella niña era mi madre.

—¿La ha encontrado? —susurró Zahîr Ahmed mientras me reponía de una inesperada aparición—. Sí, es su madre.

—¿Qué hace esa foto en esta vitrina? —echó en cara—. ¿Quién permitió que la exhibiera como si fuera un trofeo de caza?

—Ella —sentenció sin mostrar síntomas de arrepentimiento—. Fue ella la que me autorizó a colocarla ahí.

Al verla inmortalizada junto a los menores no pude evitar hacerle una pregunta a Zahîr.

—¿Qué hace entre esos príncipes?

—No son príncipes —intercedió Santiago—. Tampoco pequeños sultanes, es el vestido que se luce en la ceremonia de la circuncisión.

Zahîr cede la iniciativa al comprobar que sabe de lo que habla.

A pesar de la ridícula corrección que me hizo Santiago, lo que seguía sin entender era qué hacía ella en medio de esos niños. Entonces, Zahîr abrió la vitrina por uno de los laterales, palpó varias fotografías y cuando colocó las yemas de sus dedos sobre la dichosa imagen se volvió hacia mí tembloroso. Al rozarla no pudo contener que se le humedecieran los ojos, pero no llegó a llorar.

—Este soy yo —ratificó apuntando al niño que estaba situado a la izquierda de Eyre—. El otro es Hifzi, mi hermano gemelo. La foto la tomó su abuelo, el señor Connor, el día de nuestra sünnet.

Mi madre miraba con alegría a un temeroso Zahîr. El otro niño jugueteaba con una faja colorada sin prestar atención al objetivo de la cámara. Por detrás, una dedicatoria con las mismas vocales y consonantes barrigonas que usaba ella.

Para mi querido Zahîr, nunca te olvidaré.

Eyre Jordan — Abril 1967.

Aquel mensaje solo sirvió para confirmar que entre ellos había algo más que una sólida amistad, un romance que oxidó el matrimonio Baxter. ¿Si la niña de la foto tenía unos siete años, nueve como mucho, por qué la fecha del reverso se correspondía con la primavera de 1967, justo once meses antes de que naciera? Imposible. En mí no hay ni una sola molécula que me relacione con él.

Mi melena es intensa como el cobre, la suya está desordenada y ahora es blanca como la nata montada, pero antes fue igual de negra que unos frijoles. Mi cuello es tan largo como el de una jirafa,

el de Zahîr es corto y sólido como una seta amorfa. Mis piernas son largas como dos listones, las de él también. ¡Joder! ¿Y si este desgraciado es mi padre?

—¡Déjeme verla de nuevo! —exigió Eve antes de arrancar de entre sus dedos la foto—. No es posible.

—No se torture más con esa frase —tranquilizó Zahîr—. No es más que el testimonio sincero de una bonita amistad.

—¿Amistad? —prosiguió al ver que no rehusaba entrar en el combate—. ¿Me está diciendo que entre ustedes solo había amistad?

—Hubo un enamoramiento la primera vez que la vi bajo la gran cúpula de Hagia Sophia, me seguí enamorando de ella al ver cómo se iluminaba su cara en la cisterna de Yerebatan y me volví a enamorar en el hipódromo…

Zahîr no dudó en confesar que se sintió atraído por sus ojos al verla paseando por el distrito de Sultanahmet agarrada de la mano izquierda de su padre. Me dijo que una tarde la siguió hasta el Puente de Gálata sin que sus familiares lo supieran. También me contó el mal rato que pasó mi madre cuando el abuelo Connor le compró un helado de chicle en Istiklal Caddesi. Mientras tanto, Santiago asistía impávido a la confesión del primer amorío de un hombre que no pudo frenar que una lágrima resbalara sobre el surco izquierdo de su nariz.

El silencio se apodera de la tienda.

—Su madre nunca le dio motivos para que dudara de ella —reprochó.

—¡Cállese! —ahuyentó al percibir un acercamiento—. No me cuente más historias de amores tiernos. No mienta. Estoy al tanto de las cartas que le escribió a mi madre. Las he leído mil veces y las mismas veces me he convencido del daño que le causó.

—¿Ha leído las cartas?

—En todas hay una invitación a la infidelidad.

—¿En serio cree que ella engañó a su padre conmigo? —le trasladó el hombre de pelo blanco—. ¿Su mente no es tan madura para entender el concepto de amistad?

—¿Me está llamando estúpida? —amenazó—. Es eso, ¿no? ¿Quiere que quede como una jodida desquiciada? Viejo loco, ¿en serio cree

que me puede manipular?

Me sentía estafada por un indeseable que trataba de justificar mi dramática y solitaria vida a partir de una burda amistad. Un fraude tan grande como el que agitan esas mujeres que presumen de lucir lencería fina y, en realidad, usan bragas y sujetadores que han comprado en un local de mala muerte de Chinatown. Esa gente lo copia todo.

En las cartas que escribió Zahîr a mi madre había algo más que amistad. En esa correspondencia de ida y vuelta afloraba un sentimiento de posesión que ella acataba con el mismo sometimiento con el que se movían las mujeres que motivaron mi enfrentamiento con Aydiner. ¿Cómo un ser que parecía dominar con una suficiencia insultante el voraz ritmo de Manhattan había caído en este engaño?

A pesar de esforzarme por buscar una respuesta lógica en aquella fotografía, no era capaz de encontrar un engranaje entre la mujer a la que vi no sabría decir las veces rastreando en su agenda la cita más propicia para lucir uno de los modelos de su exclusiva colección de Manolo Blahnik y el hombre de pies descalzos que justificaba cada uno de sus actos con burdas explicaciones.

—«Sin él, tú serías el hombre de mi vida» —le trasladó a Santiago —. ¿En serio crees que en esta carta solo hay amistad? ¿Tú no te habrás creído el cuento de hadas que nos ha contado? Tanta bondad me repugna. Estos son los peores, los que hacen daño de verdad y luego deciden marcharse. ¡Cobardes!

Al salir a la terraza mi nariz percibió un intenso olor amargo, un hedor que me resultaba familiar y cuya procedencia confirmé en cuanto pude ver a los seis gatos que apuraban los últimos rayos de sol estirados panza arriba sobre un parapeto desde el que se veía sin obstáculos a Hagia Sophia alzándose desafiante frente a la Mezquita Azul.

—¿Ves por qué no me gustan esos animales? —aclaró—. No soporto sus orines. ¿Existe en el mundo un olor más repugnante que este?

Eve Baxter se rasca con ansiedad su antebrazo derecho.

—¿Eres alérgica a los gatos?

—¿Alérgica? —repitió sin reducir la distancia que abrió con ellos—. No, no soy alérgica… Pero no me importaría verlos caer al vacío desde ese muro. Sabes que odio a esos bichos.

Santiago coge entre sus manos la Nikon Coolpix P90, estudia diferentes posiciones para encuadrar la fotografía y dispara.

—¿Quieres que te haga una foto? —sorprendió al intuir el desconsuelo de no aparecer en la instantánea.

—Vale —afirmó Eve con una dosis de satisfacción que no supo disimular.

—No salen las seis torres —alertó justo antes de disparar—. Acércate un poco…

—No son torres —la corrigió—. Son minaretes.

Los labios de Santiago estaban blancos y secos, acartonados por el epílogo de una investigación que había resultado muy básica. De alguna manera me sentía avergonzada por haberlo arrastrado hasta aquí en busca de una respuesta tan infantil, pero aún no estaba lista para reconocer mi error. Sobre todo, porque en mi cabeza todavía escuchaba el eco de su última reprimenda… ¿Es probable que crea que soy una estadounidense a la que la historia le importa un pimiento? Quizás, ese es el motivo por el cual no me perdona que confunda un minarete con una torre.

—¿Un juego de niños? —intervino Santiago—. ¿Ese es el gran enigma de tu vida?

—¿Qué quieres decir? —reaccionó—. Tú también piensas que he vivido en medio de una gran mentira durante tantos años, ¿no?

—¿Una mentira? —superpuso sin grandes esfuerzos—. No, solo valoraba la posibilidad de que una persona pueda vivir engañada durante mucho tiempo, que hay mentiras que crecen sin control hasta adquirir un tamaño desproporcionado y que no son fáciles de destruir porque al final acaban siendo parte de ti.

Por primera vez contemplé a un Santiago contestatario, un ser que se creyó el alegato de Zahîr con el único propósito de castigar la desidia con la que atajaba sus torpes embestidas sentimentales.

Sería una engreída si conectara el cambio de actitud de Santiago con la presencia de Tayyip en la barcaza que tomamos para ir a Bubukeke, pero era evidente que le incomodaba verme a su lado.

Olvidaba su nombre, me perseguía con una mirada obsesiva y vengativa cuando quería estar sola y no paraba de corregirme. Sobre todo, reponía mis errores con frases que revivían las regañinas que me daban las tutoras que tuve en el Lower Midtown durante años. Su presión era igual de incómoda que la vigilancia que sufren las dependientas de los grandes almacenes que son obligadas a utilizar esos humillantes bolsos de plástico transparentes para evitar la tentación de llevarse a casa unas medias que no han pagado.

No sé bien cómo llegué a este razonamiento tan bochornoso, pero percibí entre los dedos de mi mano izquierda el peso inexistente de una de esas bolsas en cuyo interior viajaban los pecados de Eyre Jordan. Ella, que cada 17 de marzo me recordaba la fortaleza de nuestras raíces religiosas con una visita a la catedral de San Patrick, se había enamorado del hombre que me ofreció un sobre que tenía un sello morado del Servicio Postal de los Estados Unidos (USPS) con la imagen de Samuel Gompers.

—Esta es la primera carta que me escribió su madre —mostró orgulloso—. Puede que una lectura aclare sus ideas.

Santiago sale de la habitación mientras Eve Baxter comienza a leer.

Querido amigo:

Es cierto que la lámpara que mis padres compraron durante la visita a Estambul es mágica. En cuanto se ilumina soy capaz de recordar el rostro de curiosidad que pusiste la primera vez que hablamos en la Mezquita de Süleymaniye. Recuerdo la sorpresa que te causó ver a una niña con el pelo rojo. Todavía no he olvidado tus palabras:

—¿Está caliente? —dijiste sin apartar tus ojos de mi melena—. ¿Quema?

La lámpara estuvo muchos años colgada en el despacho de mi madre.

Zahîr, no sé si algún día tendrás la oportunidad de leer esta carta, pero he invertido en ella parte de los 20 dólares que el tío Liam me regaló por mi noveno cumpleaños. Al final convencí a mi padre, supongo que se hartó de escuchar mis súplicas. Fue él quien me

facilitó la dirección del negocio que tu familia tiene muy cerca de la plaza de Sultanahmet.

A mi madre no le agradó la idea de que te escribiera pero, insisto, esto es cosa mía y de mi padre. Ella no sabe nada. Ya han pasado varios meses de aquel viaje, pero todavía soy capaz de identificar en medio del silencio la voz revoltosa con la que me contabas los misterios del Palacio Topkapi, la risa contagiosa con la que me explicabas cómo diferenciar el estragón de la cúrcuma o mis peleas con tu hermano Hifzi.

Antes de continuar con la lectura de la carta no pude evitar rescatar una historieta que el abuelo Connor me repetía de forma cansina sobre los supuestos poderes que tenía una lámpara que hoy continúa recluida en un guardamuebles de Harrison Street. Si por mí fuera, se podía quedar allí de por vida. No deseo iluminar mi vida con algo tan maldito, prefiero quedarme en la penumbra.

Mi madre le había convencido de que aquel objeto era capaz de convertir en realidad sus deseos. ¡Vaya estupidez! ¿Una lámpara que contenía una bombilla de 120 voltios que hacía realidad las peticiones de una niña como si se tratara del cuento de Aladino?

Eve Baxter vuelve a concentrar su mirada en la carta.

¿Recuerdas la tarde en la que mis padres planificaron una excursión a Ortaköy? Sí. Aquel día en el que tú insististe tanto en jugar a orillas del Bósforo… ¿Te acuerdas? Me contaste que para volver a Estambul era necesario escribir el nombre de tu persona favorita en un trozo de papel, doblarlo dos veces antes de arrojarlo al mar y esperar.

Estoy segura de que todo era pura fantasía, que te inventaste esa historia para llamar mi atención, que no era necesario contar hasta cien antes de abrir los ojos para ver si el dichoso papelito permanecía en el agua… Según tú, si desaparecía corriente abajo o acababa en la panza de algún pez, nunca volvería a Estambul.

Lo cierto es que me alegró ver que al volver a mirar el papel seguía allí, que ningún pescado se había atrevido a morderlo o que no había quedado a la deriva hasta desaparecer sin un rumbo fijo. Siempre tuve muy claro que te saltaste algunos números de nuestra

centenaria cuenta, que controlabas entre los huecos de tus dedos que nada malo le ocurriera al papel, que te quedaste con la duda de no saber qué nombre escribí en él…

Zahîr, el nombre que algún día me devolverá a Estambul era Zahîr.

Eve amaga con convertir la carta en una bola deforme, pero logra contener su enfado.

A pesar de reconocer sin dificultades la caligrafía de mi madre, me negaba a aceptar que una niña de nueve años pudiera sellar un pacto tan comprometedor. Zahîr no hizo ni un solo gesto por recuperarla y, tras guardarla en mi bolso sin mostrar ninguna señal de agradecimiento, me dirigí a la puerta principal. Santiago, que aguardaba la conclusión de esta visita retrospectiva sentado en un banco de la terraza, se puso de pie al ver cómo forcejeaba con el cerrojo que me impedía salir a la calle.

Estaba encerrada con el hombre que traicionó a mi madre, con una carta escrita por una menor que padecía los primeros síntomas de un proceso febril de pubertad y un cuarentón que odiaba mi cercanía con Tayyid.

La tarde ya se había cerrado cuando empezamos a recorrer los primeros metros de la avenida en la que se encontraba el hotel. Santiago me abría el paso sin percatarse de que la distancia entre nosotros era cada vez mayor, pero no giró su cabeza ni una sola vez. Al ver la seguridad con la que descendía por una vía que en mi guía se anunciaba como Divan Yolu Cad certifiqué que mi sentido de la orientación tenía la misma utilidad que un 30 de febrero. Y es que, a pesar del esfuerzo que hice por recordar el itinerario cubierto por la mañana, Estambul continuaba siendo un escenario desconocido para mí.

Santiago se despidió con frialdad en cuanto rebasamos la recepción del hotel. No hizo ni una sola indicación al conserje y tampoco me ofreció su compañía durante la cena.

—Buenas noches —escuchó Baxter mientras se introducía a toda velocidad por el hueco de la escalera que le debía conducir a la cuarta planta.

Camino de mi habitación contemplé la opción de telefonear a Tayyid, pero ese deseo quedó descartado en cuanto abrí la puerta. La ropa estaba tirada en el suelo, los cajones amontonados sobre la cama, las maletas destrozadas a cuchillazos, los cuadros descolgados, el frasco de agua de violetas dentro de la papelera del cuarto de baño. Sí. Me habían robado. Mi tercera noche en Estambul había adquirido el rango de un suceso.

Media hora después de descubrir el robo la habitación había sido tomada por siete policías. Uno de ellos, el más fornido, le negó el paso de Santiago mientras sus compañeros rebuscaban sobre el desorden. Al principio me sorprendió la eficacia y el interés de los agentes, pero enseguida aparecieron las dudas. No comprendía por qué la única manera de comunicarme con mi compañero de viaje era a través de SMS, por qué tenía la sensación de que aquellos funcionarios en lugar de buscar pistas se empleaban a fondo en un registro, por qué nadie me preguntó si echaba de menos algo… Aquellos desconocidos iban a tiro hecho; sabían lo que tenían que hacer.

Pi, pi… Suena el móvil de Eve.

tiramisudesvelado2001: ¿Estás bien?

—Señorita, no puede utilizar el móvil —ordenó el policía que dirigía el servicio—. En cuanto nos vayamos podrá comunicarse con quien quiera.

—¿Les queda mucho? —preguntó cuando le iba a mandar un mensaje a Santiago.

—No —respondió el gordinflón sin perder de vista a uno de sus colaboradores—. Estamos a punto de acabar, aunque mañana tendrá que testificar ante mi superior. No está de servicio, pero ya le hemos informado de lo sucedido. El capitán Arda ha asumido el caso. Me ha pedido que le traslade su pesar por la mala imagen que le haya podido causar este lamentable robo.

El jefe de recepción me ofreció la posibilidad de dormir en una suite, pero una perentoria desgana hizo que aceptara la oferta de Santiago. En cuanto recogí unas bragas, un neceser con tres o cuatro cremas, mis calcetines de lana y una blusa que colgaba por

uno de los bordes de la cama escapé del caos en dirección a su habitación.

—Menudo susto —suavizó justo antes de introducir la tarjeta magnética en el mecanismo de la puerta que daba acceso al cuarto de la planta cuatro.

—Sí… —convalidó sin mirarle a la cara—. Era lo único que me faltaba para completar este gran día.

—No te preocupes —atemperó—. Seguro que la policía consigue dar con los ladrones. ¿No has visto el interés con el que trabajaban?

—¿Interés? —volvió a encabronarse—. Lo que vi fue a siete agentes rebuscando entre mis pertenencias.

—¿Rebuscando?

—¿Los has visto coger huellas? ¿Preguntar mi nombre? ¿Interesarse por si echaba de menos alguna de mis pertenencias? —enumeró al tiempo que untaba una crema en sus mofletes.

—Te han dicho que mañana volverán, ¿no? —quiso rebajar loa tensión—. Uno de los agentes comentó que su capitán está informado del tema.

En lugar de pleitear con Santiago sobre las habilidades detectivescas del capitán Arda, la duda que me asaltó al ver la gran cama de matrimonio que dominaba su habitación era saber en qué lado iba a dormir. ¡Menudo plan! Antes de descubrir el robo estaba manejando la opción de invitar a cenar a Tayyid y, en cambio, ahora estoy a punto de compartir sábanas con un pretendiente que no tiene agallas para declararme su amor.

Al salir del cuarto de baño me percaté de que Santiago contemplaba alelado mis piernas. Si no me hubiera confesado su intento fallido de matrimonio con Rebeca habría jurado que era la primera vez que él se enfrentaba cara a cara con una mujer en bragas. ¿Puede que se comprometieran a llegar puros al altar? Estaba incómodo y, sin que sirva de precedente, traté de aliviar su vergüenza recurriendo a una de esas preguntas que se hacen sin demasiada lógica.

—¿Has guardado el anillo? —cambió de tema al tiempo que él miraba por la ventana.

—¿El anillo? —acentuó mientras se palpaba sus genitales con la mano izquierda—. Sí, lo tengo bien protegido.

Aquel corto, aunque comprometido interrogatorio, murió con mi espalda sobre el lado derecho de la cama y con Santiago doblado en un sillón de terciopelo amarillo limón que estaba situado a cuatro metros.

—¿Vas a dormir en el sillón? —preguntó Baxter con el culo apuntando a su cara—. ¿No crees que en esta cama cabemos los dos?

El señor Cruz, el viejo conserje cubano de mi apartamento neoyorquino, cree que los huéspedes, al igual que el pescado, empiezan a dar mal olor al tercer día. Pero, a pesar de las tres noches que ya hemos agotado en el infierno de Estambul, esta es la primera en la que compartimos techo.

—Puto calor —execró a media voz al escuchar por enésima vez una noticia en un canal veinticuatro horas que advertía a los espectadores que "con el aterrizaje del *Atlantis* se pone fin a los viajes en transbordadores espaciales".

No hubo respuesta de su compañero.

—Insisto, ¿no crees que esta cama es lo suficientemente grande para los dos? —retomó antes de girar su cabeza sobre una clavícula y verificar que se había quedado sola…

Capítulo 11

«Un delito en Estambul no es menos delito
que uno que se comete en Manhattan».

Capitán Arda

Al ver la nalga izquierda de Eve iluminada por un apocado rayo de sol que anunciaba el amanecer me acordé de una cita de Renoir que decía algo así como que «el dolor pasa, pero la belleza permanece». Este idílico canon de perfección saltó por los aires en cuanto asomaron sus pies entre las sábanas.

—¿Por qué dormirá con unos calcetines de lana en verano? —ironizó sin pronunciar ni una palabra—. Semidesnuda, con unas bragas que dejaban al descubierto medio culo y unas gruesas y horrendas medias: la secuencia tiene su toque erótico.

No me tuve que poner en pie para confirmar que mi esqueleto ya había sufrido demasiado: cinco horas encajado en este sillón se convirtieron en una tortura a la que puse fin con una ducha fría. Mientras el agua caía a presión sobre mi calva, me cuestioné cuántos hombres habrían perdido la oportunidad de tener sexo con una mujer casi en cueros con la que habían compartido una madrugada en la habitación de un hotel.

—Buenos días —saludó Eve antes de ubicarse delante del espejo del cuarto de baño—. ¿Has dormido bien?

—¿Di… Dime, dimeee? —tartamudeó ocultando sus partes—. ¿Dormir?

—¿Te falta mucho? —le escuchó preguntar camino del dormitorio—. Aunque no lo creas, yo he dormido como los ángeles… Toda esa cama para mí.

Eve tardó casi una hora y cuarto en aparecer en el comedor. Supongo que la demora estaba justificada por el caos que reinaba en la habitación 27. Al verla, me pareció que su capacidad para elegir la ropa y los complementos que lucía estaba mermada por un

robo que ignoró con un par de tostadas que embadurnó a conciencia con una mermelada de frambuesa y un zumo de pomelo.

En cuanto Baxter secó sus labios con una servilleta, el hombre que me había visto desayunar en solitario sentado en una mesa ubicada junto a la puerta que daba acceso a un extenso y oscuro pasillo dejó de ojear un periódico arrugado, se reincorporó y salió a nuestro encuentro.

Un desconocido se planta delante de los turistas.

—¿Señorita Baxter? —interpeló—. Soy el capitán Arda.

—Ah, sí… —contestó—. Ya me habían informado de su visita; ¿quiere tomarme declaración?

—Lamento mucho lo ocurrido —se disculpó un oficial de policía que no iba uniformado—. Siento la imagen que se ha llevado de mi país.

—Olvide las cortesías —abortó Baxter—. ¿Qué quiere saber?

—De acuerdo —aceptó con una mirada atípica—. Trataré de ser breve. ¿Me podría explicar el motivo de su visita a Estambul?

—Es un viaje de placer —abrevió—. He venido con mi novio.

No estaba seguro de que yo fuera el novio, pero al oír la rotundidad con la que contestó me dejé llevar por el entusiasmo de una mujer que volvía a exhibir su vertiente más turbia.

—No le quitaré demasiado tiempo —atemperó el funcionario—. Supongo que no han podido ver toda la ciudad, ¿no?

Eve y Santiago permanecen callados.

—En primer lugar —retomó el interrogatorio—. ¿Ha tenido la oportunidad de comprobar si le han sustraído algo?

—No, la habitación está patas arriba —aclaró la víctima—. He hablado con el jefe de recepción para que el servicio ordene los desperfectos.

—¿Pero no echa en falta nada? —insistió el agente—. ¿Dinero, un móvil, una cámara de vídeo, su documentación, alguna joya, quizás?

—Ya le he dicho que no me ha dado tiempo de comprobar si me falta algo.

—Hay una cosa que no entiendo —revivió—. Si este es un viaje de placer y ha venido a Estambul acompañada por su novio, ¿por qué han contratado dos habitaciones?

—Eso es algo que no le voy a contestar. Su labor es aclarar el incidente, no averiguar con quién me acuesto o no, ¿necesita algo más?

Mi noviazgo con Eve Baxter no duró más de tres minutos, justo el tiempo que tardó el capitán Arda en hacer media docena de preguntas y darle una tarjeta que mi supuesta pareja guardó en su cartera sin revisar la información que venía impresa en ella.

—¿Podemos visitar Hagia Sophia? —propuso la neoyorquina.

—¿Ahora? —quiso confirmar al ver que tomaba la iniciativa—. ¿Quieres ir a Hagia Sophia?

—¿Tú no? —devolvió la paciente del doctor Morris—. Creí que el domingo te habías quedado con las ganas de entrar.

Cinco minutos después, tras impregnar mi cara, la frente y la nuca con una pringosa crema solar, coincidimos en el *hall*. Eve quiso obviar el robo, pero no tardó demasiado en hacerme una referencia al capitán.

—No me fío de él —confesó cuando en el plano horizontal se divisaba la plaza de Sultanahmet.

En lugar de responder y desencadenar una de nuestras habituales riñas, el silencio que creció entre nosotros lo utilicé para hacer una lista con las personas que ya no eran de su confianza. En esa nómina estaban Aydiner, David, Zahîr, su sobrino, el conserje calvo que nos confundió con los señores Mendoza, el capitán Arda, yo… El único al que no encontré fue a Tayyid.

Una joven de rizos claros nos ofreció una visita guiada de cuarenta y cinco minutos por las dependencias más populares de Hagia Sophia, pero Eve rechazó su ayuda sin valorar la posibilidad de abonar los veinte euros que costaba completar el circuito.

—No nos va a contar nada que no aparezca en esta guía —justificó.

Baxter no transmitió ninguna emoción cuando nos situamos debajo de la gran cúpula, solo se limitó a seguir a dos niños que correteaban sobre el mármol agrietado. Aquel juego nos llevó hasta la puerta norte, un lugar en el que se agrupaba una docena de turistas españoles alrededor de una columna de cobre. En medio, cubierto por las anchas espaldas de dos visitantes, David, el anciano de la mandíbula nerviosa que Eve contrató para que nos llevara a

Büyükada, había atrapado la atención de sus oyentes con unas leyendas sobre un tesoro encantado y la trágica historia del sultán Ya Vedud.

—Hay que introducir un dedo en el agujero y pedir un deseo —recomendó a sus oyentes—. Si se humedece, el deseo se hará realidad.

—Estoy harta de tantas mentiras —recriminó Eve después de sacar su dedo tan seco como un esparto del orificio—. ¿Comprendes por qué no me creo el cuento de Zahîr? Espero no volver a pisar nunca más este país… ¡Jodidos tramposos!

Mi estancia en Estambul fluctuaba como esas operaciones bursátiles que casi nadie entiende y cuyos éxitos y fracasos dependen de las decisiones que toman los integrantes de una casta superior. Ni siquiera un griego hubiera conseguido con esta maestría planificar una mañana tan estéril en la bella Hagia Sophia. Eve desmontaba a su antojo un viaje que nos volvió a cruzar con el varón que ofertaba muñecas de cartón a los extranjeros.

A Eve no le hizo gracia ver a Tayyid intimando con una mujer atractiva que acababa de abandonar el museo, pero todo su malestar desapareció con dos o tres carantoñas que el vendedor le murmuró en su oreja izquierda. Tampoco le parecía molestar que, al igual que el sobrino de Zahîr, en ocasiones este la llamara la *amerricana*. ¿Por qué alargar la misma r unas veces removía sus entrañas y otras desataba una risa tonta?

—Quiere que le acompañe a ver sus piezas de artesanía —avisó tras decidir que debían separarse —. No te importa, ¿no?

Eve no esperó mi respuesta y se marchó con Tayyid por un ceñido callejón que estaba cubierto por unos toldos de telas multicolores. La misma mujer que le reprochaba a su madre la facilidad con la que en el pasado había simpatizado con Zahîr se entregaba sin resistencia a un extraño por el que sentía una ojeriza imposible de disimular.

La inesperada huida de Eve engordó mi interés por volver al interior de Hagia Sophia. No había experimentado esta sensación de libertad desde que llegué a Turquía y el hecho de tener que pasar otra vez por taquilla no me hizo cambiar de opinión. Además, la opción de

protegerme de un intenso sol de mediodía en sus pasillos se convirtió en una tentación a la que no estaba dispuesto a renunciar. Frente a mí vi una gran cartulina con una palabra que parecía estar hecha a medida: *Guiri*. ¡Vaya ridículo! Enseguida me di cuenta de que no era el acceso para turistas, sino que en turco entrada se escribe *guiri*.

Santiago se siente abrumado por la riqueza arquitectónica.

Impactado por la grandiosidad de una herencia bizantina que curaba sus heridas entre un enjambre de andamios, no percibí la repentina llegada de David; su voz surgió de la nada cuando me había rendido al arte.

Un pájaro cruza el ecuador del edificio de lado a lado.

—Es impresionante, ¿no? —señaló el vejestorio sin retirar su mirada de un techo que se elevaba unos cincuenta metros por encima del suelo—. ¿Sabía que diez mil personas participaron en una construcción que se alargó durante cinco años, diez meses y diez días?

—Sí que lo es.

—Algunos de esos materiales se robaron en templos de Atenas, Delfos o en el gimnasio de Éfeso —reveló de forma enigmática—. No es bueno que una nación presuma de unos tesoros que no le pertenecen.

Puede que fuera una visión desfigurada, pero mi primer pensamiento giró en torno al anillo, la reliquia que anoche me entregó Eve para que la custodiara.

A David le dolían los posicionamientos autoritarios que han condicionado la historia, pero sus palabras destilaban una pasión inagotable por el oficio que ejercía desde hacía más de seis décadas.

—Si los Reyes Católicos no llegan a tomar aquella decisión, puede que yo hubiera nacido en Toledo, Granada o Córdoba —especuló con las raíces de sus antepasados—. ¿En cualquier caso, existe en el mundo un lugar más hermoso para nacer que no sea Bizancio, Constantinopla o *Istanbul*?

—Sí que lo es —contestó el turista sin sentirse coaccionado por la estelar aparición del Cristo Pantocrátor.

—¿No debe ser demasiado cómodo ver cómo otros se apoderan de algo tan valioso? —reiteró David sin apartar sus ojos del mosaico.

—Y pensar que lleva ahí más de setecientos años —respondió Santiago.

—No me refería al Todopoderoso —apostilló el guía—. Hablaba de Tayyid.

—¿Tayyid?

—Entiendo que no le haga gracia que pase tanto tiempo con él —especuló otra vez con su relación—. Me acabo de cruzar con ellos en la Cisterna. No hace falta que me lo cuente, pero debe sentirse como un griego saqueado por un turco.

David volvió a advertirme de los poderes embaucadores de Tayyid, pero en lugar de alargar la conversación preferí compartir con él un almuerzo casero en un añoso restaurante del barrio de Sulukeke. El menú estaba compuesto por unos pilaf de acelgas, un par de palomas rellenas de bulgur y unas cremas de almendras.

Acompañados por cuatro hombres que jugaban a las cartas, un árabe que apuraba un cigarrillo rubio sin que nadie le diera conversación, un niño que de vez en cuando asomaba su nariz aguileña a través del hueco que daba acceso a los fogones, el cocinero y el camarero que nos sirvió, mi cuerpo se puso en tensión cuando el mesero me encaró de sopetón.

—¿Es usted el señor Mendoza? —demandó sin rodeos.

—Sí.

—Me han ordenado que le entregue esta nota.

El papel, doblado en dos mitades, tenía un mensaje escrito con tinta azul.

Necesito hablar con usted, es urgente. Uno de mis hombres de confianza lo recogerá en el hotel a las seis de esta tarde. Es un asunto importante. Le ruego que acepte mi propuesta.

Capitán Arda

El sorpresivo interés del mando por forzar un encuentro a solas puso fin a la comida con David; también me quedé sin siesta. Al principio creí que algo malo le habría sucedido a Eve, pero el hecho de organizar una cita con varias horas de antelación y una aureola

tan críptica me hizo reflexionar en torno a la posibilidad de que el oficial quería abrir una segunda línea de investigación. La clásica maniobra policial a la que recurren los directores de cine, escritores y periodistas cuando un detective decide separar a dos figuras claves de un caso que aún está por resolver. Igual supuso que yo era mucho más permeable.

Una hora antes del encuentro aún dudaba de la conveniencia del careo, si debía informar del mismo a Eve o si era seguro dejar el anillo en mi habitación.

Santiago medita sobre el robo registrado en la habitación 27.

Contaminado por las frases de Baxter sobre la escasa fiabilidad que le inspiraba el policía, un mal presagio se activó y empecé a buscar posibles escondites para el rubí. Localicé un lugar seguro detrás del lavabo del baño, otro en una de las patas del aparador del dormitorio, uno más entre dos tejas que volaban sobre la ventana que daba a un patio interior, en el reborde metálico de una de las coloridas lámparas del pasillo, adherido a uno de los cuadros que colgaban en una pequeña sala de estar que podían utilizar todos los clientes del hotel…

En la recepción me esperaba un mastodonte de más de cien kilos, con unas enormes entradas que dibujaban una gran M en su frente y una poderosa barriga. Un frondoso bigote, que casi ocultaba su labio superior, y unos carnosos cachetes se fundían con una generosa papada que no permitían distinguir con exactitud el perímetro real de su cuello.

—¿Es usted el señor Santiago Mendoza? —tanteó tras confirmar con el recepcionista mi identidad—. Soy el agente Necdet.

El mostacho ensalivado del subordinado que mandó el capitán Arda a recogerme ocupaba todo el espejo retrovisor interior del Peugeot 304 que conducía un policía que parecía estar al margen de un encargo que me devolvió a los alrededores de Hagia Sophia. Antes de abandonar el coche, Necdet atendió una llamada telefónica y mantuvo un diálogo muy corto con el chófer, quien prosiguió su marcha en cuanto cerré la puerta.

Necdet se abrió paso por la fachada trasera de un solar esquivando unos sacos de arena, una montonera de ladrillos rojizos y listones

que se hundían entre la mala hierba y el fango. Volví a leer la palabra *Guiri*, esta vez ocupando de lado a lado una chapa de color blanco que estaba siendo devorada por el óxido.

—Bienvenido al haman de la ambiciosa Hürrem —descubrió su escolta—. El capitán Arda le está esperando. Disculpe el desorden, pero el edificio se encuentra en obras. Estamos solos.

Un desconocido me dio un trozo de seda antes de reunirme con Arda. Abrumado por la arquitectura de un lugar que generaba un juego de luces y sombras difícil de relatar, mi olfato se emborrachó con una intensa fragancia a olivos, mis oídos se acomodaron al borboteo de las fuentes de mármol y oro y mi piel se humedeció por un vapor poco denso del que emergió la figura del jefe de Necdet.

Arda se encontraba en paños menores. Una tela como la que sostenía entre mis manos cubría su cuerpo entre las caderas y sus rodillas, el resto relucía bajo un resplandor que se filtraba por uno de los boquetes pentagonales que se abrían en una cúpula. Sus bíceps delataban el buen tono físico de un cincuentón que tenía tatuada una leyenda en árabe a la altura del corazón.

—¿No se ha puesto el pestenal? —reaccionó—. Enseguida aviso a un tellak para que esté mucho más cómodo.

Un empleado del haman acompaña a Santiago a una sala contigua: cubre sus partes con el paño sin quitarse el calzoncillo.

—¿Es usted un privilegiado? —dijo cuando regresó el invitado enrollado en la seda.

—¿Yo, un privilegiado? —devolvió por educación—. No entiendo su comentario.

—Estamos en el palacio que ordenó levantar Suleimán el Magnífico a su amada Hürrem. Lleva varios años cerrado por reformas.

La insistencia con la que el capitán Arda y Necdet destacaron la ausencia de visitantes no me intranquilizó, pero sí que resolvió una de mis dudas: la policía había elegido separarme de Eve Baxter.

—Aquí no solo se viene a limpiar el cuerpo —advirtió el investigador —. En estos edificios liberamos nuestras mentes.

Un tellak dejó una bandeja en el suelo.

—¿Le apetece un sherbet? —ofreció—. Es una bebida elaborada con pétalos de flores, todo natural.

—No, prefiero un vaso de agua —reclamó antes de que un chorro helado empezara a caer con lentitud sobre su cabeza.

—¿Conocía la existencia de Hürrem? —insistió con un tono relajado —. Alexandra fue la amante del sultán más poderoso del Imperio Otomano. Su padre era un predicador ucraniano y ella residió en el Palacio Topkapi con más de trescientas concubinas. Sus cabellos pelirrojos y otros encantos le abrieron puertas que conducían al serrallo privado. Esa víbora no descansó hasta que se convirtió en una de las favoritas del sultán.

—Me he perdido —comentó extrañado—. ¿Qué tengo que ver con ella; Hürrem dijo que se llamaba?

—Usted nada, pero puede que su amiga esté ocultando un gran secreto.

La delicadeza con la que un joven enjabonaba mi cabeza me trasladó a un fotograma infantil en el que mi madre lavaba mi cuerpo con una dulzura imposible de conseguir fuera de ese vínculo familiar. Salvando las distancias, y sin saber por qué, mi mente activó la imagen en la que Denys Finch enjuagaba la melena de Karen Blixen en *Memorias de África*. Arda no paraba de hablar, pero el placer que descargaban aquellos dedos sobre mi testa solo me permitían asimilar unas frases. Otras, las menos cotizadas, se escapaban por el desagüe con el agua que había quedado contaminada con mis impurezas.

—Sé que este no es un viaje de placer, que entre usted y la señorita Baxter no existe una relación sentimental y que ahora ella se está divirtiendo con el apuesto Tayyid —encadenó—. Todas son iguales.

—No sé de qué me está hablando —rechazó sin modificar la posición de su cara.

El capitán Arda y Santiago se tumban sobre el mármol caliente.

—Puede que me equivoque facilitándole una información tan reservada, pero prefiero que conozca las razones de este encuentro —acortó—. ¿Le puedo llamar Santiago?

—Sí —contestó—. No hay problema.

—Perdone que sea tan directo, pero ¿ha hablado alguna vez con la señorita Baxter de un anillo? —rastreó—. Un rubí montado sobre una

base de oro y con treinta y cinco caras. ¿Tiene alguna referencia de esa joya?

El capitán Arda seguía tumbado boca arriba y con los brazos en cruz sobre el mármol caliente sin poder ver en mi rostro el efecto que tuvieron sus comentarios respecto a la ausencia de un compromiso con Baxter, lo bien que se lo estaba pasando con Tayyid o la existencia del valioso anillo que encontré en el aeropuerto de Los Rodeos.

—Su amiga acabará cometiendo un error —prosiguió—. Lo único que le propongo es una salida airosa para las dos partes.

—¿Una salida? —instó—. ¿Quiere que traicione a Eve?

—Santiago, nadie ha hablado de una traición —matizó después de girar su cabeza para buscar un contacto visual—. Solo le he pedido si tiene alguna información que me pueda facilitar del anillo; usted es un buen hombre.

—¿Información? —repitió sin ocultar que estaba incómodo—. Pero es que yo no sé nada de ese anillo.

—Voy a ser sincero con usted —reelaboró su embestida—. Santiago me cae bien y no me gustaría estropear su primera visita a Estambul.

—Agradezco la confianza con la que me está hablando, pero no le puedo ayudar. Insisto, no sé nada de ese anillo.

—Yo no soy un policía cualquiera —reveló—. Pertenezco a una unidad especial que vela por la seguridad de nuestros tesoros nacionales.

Justo antes de abandonar los baños, mientras me vestía, empecé a tener en cuenta la posibilidad de que Zahîr no fuera más que un vulgar ladrón que engañó a la madre de Eve con las mismas armas que años después estaba usando Tayyid. Ese convencimiento lo amodorró el capitán Arda en el momento en el que me advirtió que aún no había puesto en peligro ni mi vida ni mi libertad. A continuación, me dio su tarjeta.

—Si cambia de opinión o recupera la memoria me puede localizar en este teléfono —aconsejó—. No complique su existencia por esa mujer.

—Me gustaría ayudarle, pero no sé cómo hacerlo —indicó cuando ya se encontraba en la calle.

Tras asegurarme de que se había montado en el viejo Peugeot que me recogió en el hotel, palpé mi entrepierna y respiré aliviado por haber finalizado la cita con el anillo en mi poder, aunque ya me estaba preparando para sufrir en primera persona un revés de idénticas proporciones al que padeció Eve la tarde anterior. Lo único que me intranquilizaba era no localizar el mejor escondite para proteger la joya.

Santiago revisa la tarjeta escrita en español que le entrega el oficial.

Capitán Arda Ahmed
Unidad Especial de Tesoros Nacionales

Capítulo 12

«Cuando el capitán Arda muerde el cuello de una de sus presas la rendición ya no es posible».

Necdet

En lugar de retornar al hotel para comprobar si mi habitación había sido allanada durante la reveladora visita al haman de Hürrem, me fui a pasear por unas aceras asimétricas que se alineaban junto a la plaza de Sultanahmet. El empecinamiento del capitán Arda para que admitiera la existencia del anillo revoloteaba en mi sesera cuando reconocí la fachada del negocio de Zahîr.

Al principio quise pasar de largo. Sobre todo, porque hacía un buen rato que estaba siendo vigilado por Necdet. ¿Cómo rayos podía creer un ser de esas dimensiones que no me iba a percatar de su presencia? Decidí entrar. Antes de apoyarme en la puerta me volví y saludé con mi mano izquierda. El ballenato no se dio por aludido, aunque al frenar en seco su marcha percibió que había sido descubierto. El sobrino de Zahîr hundió sus ojos en mi pecho al escuchar el embarullado zangoteo producido por uno de esos juegos de campanillas que sirven para atrapar la atención del dependiente que anhela la entrada de un cliente botarate: un sonido que no oí las otras veces que había visitado la tienda. A continuación, se mantuvo hierático, verificó que venía solo y abandonó la habitación azorrado.

Zahîr no demoró su llegada y, a pesar del cansancio reflejado en su escurridiza mirada, no me transmitió ningún síntoma de sorpresa.

—¿Ha venido? —deslizó con voz serena—. No sabía ni cuándo ni el lugar, pero confiaba en poder hablar con usted antes de que dejara Estambul.

Zahîr era consciente de que la visita no iba a mejorar su economía y ordenó el cierre del bazar. Después ordenó a sus empleados que corrieran las cortinas del escaparate y que nos dejaran solos. Las instrucciones las dio en turco y no las entendí, pero fue lo que

sucedió. Antes de quedar enfrentados sobre una alfombra de tonos azufrados me ofreció un té de manzana y unos frutos secos.

—Ella no sabe que ha venido, ¿no?

—No —asintió con la cabeza—. Esto es cosa mía.

—¿Una curiosidad? —interpeló con suavidad—. ¿Siempre es tan temperamental?

—¿Eve? —dudó—. No, hay momentos en los que es mucho peor que lo que usted ha podido comprobar.

—No me trate de usted —corrigió—. ¿Cuál es su nombre?

—Santiago.

—¿Ustedes…? —vaciló el negociante—. ¿Ustedes tienen una relación?

—¿Relación? —repitió—. Bueno, no sé si la hay. Depende del día, la hora o quién haga esa pregunta. Eve es un ser complejo.

—¡Una mujer con carácter! —intuyó a raíz de lo ocurrido en el primer cara a cara—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Conoce la existencia del anillo? —descubrió sin generar más rodeos. ¿Es suyo el rubí?

Por las formas tan esquivas que usó Zahîr para evitar dar una respuesta me di cuenta de que había logrado un pleno, una diana que él acabó por reconocer de manera parcial. La amplitud de sus pupilas y una leve tiritera en sus labios delataron a un hombre que quedó afectado por la noticia.

—¿El anillo? —remarcó antes de recopilar algo más de información —. ¿Aún existe?

—Sí —certificó—. No le quepa ninguna duda de ello.

El viejo se muestra contrariado y abre la puerta de la terraza. Su cara se desfigura, pero mantiene el tipo.

—Creí que esa joya formaba parte de la historia —avanzó el propietario de la tienda—, que había desaparecido para siempre con su fallecimiento.

—Pudo quedar condenada al olvido en el suceso aéreo de Tenerife, pero regresó a este mundo por un pecado venial de adolescencia. ¿Sabía que lo tenía Eyre Jordan?

—Sí, yo se lo regalé —admitió sin demora—. Volvió a estar en su poder en 1967, creo. Un año antes de que naciera Eve. Ella se

acababa de casar con Tom. Eyre jamás ocultó su existencia.

—¿Le dio algo tan valioso a una mujer comprometida?

—Ella me reveló que ese matrimonio lo había pactado con su dios.

A pesar de la crudeza con la que Zahîr empaquetaba sus comentarios, yo no era capaz de entender en qué punto habían coincidido una joven con unas robustas creencias católicas y un árabe que continuaba descolocado por la pregunta que le acababa de formular sobre el anillo.

—¿Lo ha visto? —curioseó Zahîr—. ¿Sabe si ella lo ha traído a Estambul?

Santiago decide entregar la iniciativa a su interlocutor.

—No tengo una respuesta a esa cuestión —frenó su interés—. Lo que sí se es que la policía me ha preguntado por él.

—¿Ha hablado con la policía?

—La habitación de Eve fue asaltada —reveló convencido de que no iba a poner en riesgo el caso—. El investigador que lleva el suceso quiso saber si echaba de menos alguna de sus pertenencias.

—¿Entonces está aquí? —interpretó de manera algo imprecisa Zahîr —. ¿El rubí ha regresado a Turquía?

—Yo no he dicho eso —apostilló el amigo de Eve Baxter—. Dije que la policía ha preguntado por él, no que se encontrará en la ciudad.

—Eso significa que aún no lo han recuperado.

—Me preocupa no saber si estamos en peligro —confesó—. Si por culpa de esa dichosa sortija tendremos problemas con las fuerzas de seguridad.

A pesar de no comprender por qué me dio una tarjeta de presentación escrita en español, el interés del capitán de la Unidad Especial de Tesoros Nacionales por recuperar el rubí era mucho más notorio que el titubeo de Zahîr por registrar un dato relevante sobre su destino, pero estaba claro que ambos conocían la existencia del anillo. Por mucho que me esforzara en hallar una salida a este embrollo siempre acababa llegando a la misma conclusión: Arda buscaba una pieza que había sido robada por Zahîr.

—¿Ha oído hablar de la historia del diamante del cucharero? —retomó la conversación el anfitrión, ya en la azotea de su tienda.

—¿El diamante del cucharero?

No, no sé nada de él… ¿Qué tiene que ver ese diamante con el anillo?

El emprendedor vuelve su cara un cuarto a la izquierda para ver el rostro del tinerfeño, no quiere hablar de más.

Zahîr empezó a divagar sobre una piedra preciosa que fue localizada en el basurero de Egrikapi. Me contó que la persona que la encontró no sabía lo que era, ni su valor en el mercado y que se la intercambió a un joyero por tres cucharas. El artículo pasó de mano en mano hasta que cayó en poder de Mehmet IV, quien descubrió un diamante de ochenta y cuatro quilates después de limpiar con esmero el guijarro hallado en el vertedero.

—Ese rubí es el diamante del cucharero de mi familia —aclaró—. Pero ni apareció en un pudridero de la ciudad, ni es fruto de un robo. La joya perteneció al gran tesoro de Topkapi.

El deseo de conocer cómo había llegado hasta Zahîr un anillo que en el pasado había residido en el Palacio de Topkapi era desmesurado, pero me quedé con la duda de saber qué quiso decir en el momento en el que me reveló que la boda de Eyre Jordan solo fue un pacto con su dios.

Eve, a la que ya me imaginaba en cueros entregada al sátrapa de Tayyid, le hubiera arrancado la cabeza de cuajo antes de que Zahîr me confesara el matrimonio de conveniencia cerrado por sus padres. No es que quiera disculpar sus malas pulgas, pero un comentario tan pernicioso anulaba cualquier maniobra que me pudiera inventar para acudir en su defensa. A pesar del calor que abrasaba mis venas, por una vez me alegré de que ella estuviera con otro. Eso sí, en un cobarde ataque de valentía no me importó aceptar una elucubración pornográfica que Zahîr descompuso, esta vez, con una frase algo más afortunada.

—¿Qué es lo que no ha entendido? —acotó antes de regresar a la habitación—. ¿El hecho de que el rubí estuviera en el pasado en mi poder o la rotundidad con la que hablé de la relación de los padres de Eve?

Zahîr comienza a desatar su memoria mientras acaricia con sus labios la válvula de la shisha que se interpone entre ellos.

—Eve no me va a perdonar —sentenció después de expulsar una ráfaga de humo gris.

Una conspiración nace en cuanto dos personas se confían un secreto, una confidencia como la que Zahîr estaba a punto de revelarme. No me gusta vanagloriarme de mis conquistas pero, creo, que este hombre encontró en mí el lugar ideal para liberarse de una carga que mantenía atada su vida a la madre de Eve Baxter. Me pasó lo mismo con *tinkerbellofmanhattan*.

—¿Sabe el peso real que tiene el silencio? —revivió Zahîr.

—¿El silencio? —devolvió su invitado el enigma—. No, nunca me había planteado esa cuestión. ¿Cuánto pesa el silencio?

—Un secreto es más pesado que una condena sin fecha —abrió un extraño paralelismo—, mucho más que un amor que no se concretó jamás.

Las cavilaciones filosóficas de Zahîr me causaban un efecto parecido al de uno de esos sedantes que alivian un cólico nefrítico, pero no dejaban de ser una sucesión de palabras empastadas con cierta habilidad a las que les faltaba contenido. Su oratoria estaba cubierta por un barniz de falsedad y cinismo que recuerda el discurso de un político, tan imperfecta como los enamorados que exhiben sus cuerpos desnudos por primera vez.

—Dicen que los musulmanes somos machistas, que no sabemos cuidar a nuestras mujeres, que tenemos un gen innato para ser infieles y promiscuos… —enumeró—. Eyre nunca fue un capricho sexual.

Antes de que Zahîr comenzara a contar su verdad recordé un consejo que Eve me escribió cuando nuestras vidas solo estaban unidas por la red: «No confíes nunca en las neoyorquinas que exhiben unos zapatos con suelas rojas, esas mujeres no son de fiar», leí en la pantalla de mi portátil una madrugada en la que estuve tentado de declararle mi amor perpetuo.

—Eyre Jordan era la criatura más hermosa que han contemplado mis ojos —confesó con una voz agrietada por la nostalgia.

Los pies de Zahîr estaban desnudos, endurecidos por unos callos colorados con los que se había cebado la queratina. La visión de esas células muertas compactadas en torno a sus talones agitó la

advertencia que me hizo Eve, pero ni compartía esta alfombra con una neoyorquina, ni aquellos pies le hubieran sido de gran utilidad a Christian Louboutin. Decidí escuchar. Las oraciones de Zahîr eran tan sutiles como las gotas que se deslizan sobre un cristal, elegantes como el planeo del cóndor andino, dubitativas como el perro que teme acercarse a un desconocido por si recibe una patada…

—¿Sabe quién fue Abdülmecid I? —preguntó el hombre descalzo.

A pesar de la pasión que sentía por la historia, no supe responder a una cuestión que Zahîr resolvió sin dilación: «El último sultán que residió en Topkapi», dijo. «El primer inquilino del Palacio de Dolmabahce», matizó.

El tal Abdülmecid I era un iluminado que introdujo cambios en el modelo administrativo del Imperio, en el ejército, en la justicia, en el sistema económico… Un reformista. Fue el sultán que dio forma a la carta de Gulhané, un documento que concedía la igualdad a todos sus súbditos. Abdülmecid I se hizo popular entre los menos poderosos pero, a la vez, sembró celos y venganzas entre los que entendían su visión modernista como el ocaso de más de cuatro siglos de esplendor.

—¿Sabe cómo funciona un harén? —lo puso a prueba tras verificar que Santiago estaba al tanto de episodios relevantes ocurridos en su país.

—¿Conoce la estructura interna de lo *prohibido*? —incidió utilizando el término árabe que sirve para definir a este recinto—. ¿Tiene claro lo que es una kadin, una ikbal, una gedikli o, quizás, ha oído hablar alguna vez de una odalik?

Por eliminación supuse que se refería a los diferentes niveles en el que se ordenaban las mujeres que residían en el harén, pero no quise interrumpir su narración y permanecí callado. Zahîr interpretó mi silencio como una invitación para desmembrar un organigrama similar al de una colonia de abejas. De alguna manera, él disfrutaba de mi incultura.

—Faride, mi abuela, llegó a ser una ikbal en Topkapi —descifró con una frase corta, pero temblorosa.

El rostro de Zahîr se desfiguraba entre los pliegues de un humo afrutado que buscaba completar su huida a través de una claraboya

que conectaba aquella estancia con la azotea. En medio de una bruma que me impedía ver el movimiento de sus labios, sin tener que recurrir a la escopolamina, al etanol o al temazepam, tuve la sensación de que mi oponente estaba a merced del suero de la verdad.

—En el harén no ocurría nada sin el consentimiento de la valide sultán —recuperó la narración—. Todo tenía que estar fiscalizado por la madre del sultán.

Tras comparar a la progenitora de Abdülmecid I con la Reina Madre de los británicos, Zahîr comenzó a hablar de las odalik, que eran las sirvientas de palacio. Más tarde centró su explicación en las gedikli, otras criadas que se ubicaban en un escalafón superior. El harén estaba habitado por una docena de estas mujeres y conformaban un grupo que recibía un trato especial. Las ikbal o gozde, por fin, tenían la condición de favoritas y otros asuntos personales con el sultán, pero su poder siempre estuvo limitado por las kadin o haseki sultán, las esposas que le proporcionaban hijos al monarca.

—¿Me sigue? —cuestionó al ver las arrugas que se marcaron en la frente de Santiago en distintas fases de su explicación—. Mi abuela Faride se quedó a un solo paso de un matrimonio real.

Zahîr me reveló que el sultán Abdülmecid I estaba atrapado por su belleza, que sus encantos caucásicos no consiguieron progresar en palacio porque el cupo real estaba cubierto con cuatro esposas, que su amor y sentido de la propiedad se quebró en cuanto supo que esta no le era fiel… El pecado de su abuela fue enamorarse del hijo mayor de un valeroso jenízaro que había servido a las órdenes de Mahmud II, el padre de Abdülmecid I, durante la revuelta griega de 1821.

—Entiendo que pueda creer que lo que estoy relatando podría estar en los cuentos de *Las mil y una noches* —interrumpió su testimonio —. Que la historia de Faride le suene a las vivencias de la hermosa Scheherezade, pero esto es mucho más complicado y usted no tiene tiempo para oír una tragedia tan larga que está infestada de conspiraciones y traiciones.

—No se preocupe —confirmó cuando él ya estaba atraído por su palabrería—. Siga, continúe. ¿Qué ocurrió con Faride?

—Su final no fue tan funesto como el de las mujeres de Ibrahim el Loco.

—¿Ibrahim el Loco? —replicó descolocado—. Ahora sí que me he perdido…

—El sultán Ibrahim I, conocido por sus súbditos como Ibrahim el Loco.

Cuenta la leyenda que ordenó lanzar al Bósforo en sacos atados con sogas y vivas a las doscientas cincuenta mujeres que formaban parte de su harén.

El ensañamiento que le atribuyen a Ibrahim el Loco me causó una grima que Zahîr espantó con una fábula algo más divertida que protagonizó uno de los hijos de Suleiman el Magnífico. Selim el Borracho, me dijo que se llamaba.

—Selim II, su nombre real, murió en el Palacio Topkapi por ahogamiento —expuso sin emitir ni un solo síntoma de pena—. Se atragantó tras beber demasiado champán…

—En todas las familias existe una oveja descarriada —comentó el amigo de Baxter sin darse cuenta del eco de su voz.

—¿Qué? —intercaló el turco—. ¿Decía algo?

—No, nada —contestó sin quitarse de la cabeza a aquel gran vividor.

—Selim el Borracho solo vivía para sus orgías y actos de libertinaje —puntualizó el nieto de Faride.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con su abuela?

—La bella e impetuosa Faride nunca llegó a instalarse en el Palacio de Dolmabahçe —aclaró—. Ella y su amante se fugaron aprovechando un corto y sencillo traslado desde Topkapi. Fueron perseguidos durante años, pero el único cadáver que le entregaron a Abdülmecid I fue el de Atil Kutman, el joven que le arrebató al sultán su tesoro más preciado.

Antes de que Atil Kutman fuera descuartizado y se convirtiera en alimento de los perros de palacio, los soldados de Abdülcemid I rastrearon la pista de los enamorados en la playa de Kusadasi, las poblaciones de Lidia, Frigia, Galatia y Licaonia fueron escrutadas varias veces sin éxito y sus marineros rebasaron el Golfo de Antalya hasta desembarcar en el Cabo Bagase, en el extremo opuesto de la

costa de Siria, después de agotar meses en la mar. Faride había sido devorada por las entrañas de una tierra que el propio sultán recorrió a caballo hasta las fronteras de Georgia y Armenia. En Irán algunos testigos aseguraron haber visto a los novios en unas ruinas de Persépolis, pero Atil Kutman fue capturado en las montañas de Gurpinar.

Las descripciones de Zahîr eran lentas como las tortugas que iluminaban las noches en los jardines de Topkapi con unos velones incrustados en sus mohosos caparazones, pero había captado mi atención.

Zahîr continúa relatando el agónico final de Atil Kutman.

Los mercenarios de Addülcemid I torturaron durante 33 días al hombre que se ganó la fidelidad de Faride. Vaciaron sus ojos, amputaron sus pies, también sus manos, cortaron su lengua, arrancaron su corazón… Nadie habría padecido tanto sufrimiento por amor. Todos hubieran revelado el lugar exacto donde se escondía su amada, pero Atil guardó silencio. Los perros devoraron su secreto, reducido a carne picada, con avidez.

La supuesta lealtad de Atil Kutman hacia Faride tenía los ingredientes deseados para dar forma al guion de uno de esos seriales de sobremesa, pero no podía dejar escapar la oportunidad de averiguar cómo acabó el rubí en poder de Eyre Jordan.

—¿Qué le hizo pensar que ese matrimonio era de conveniencia? —giró la conversación al ver que el romance entre Faride y Atil Kutman estaba en un punto muerto.

—Eyre me puso al día de la evolución de la enfermedad que afectaba a Tom, de lo contaminado que había regresado de Vietnam, del pacto cerrado por sus familias para unir todavía más una relación que brotó cuando ellos solo tenían quince años.

—¿Pero la madre de Eve le llegó a confesar que no estaba enamorada de él? —insistió al detectar que Zahîr ya había derribado varios muros para dejar escapar unas vivencias que pertenecían a su intimidad—. ¿Ella le habló de un enlace materializado por compasión?

—¿Compasión? —farfulló—. Nunca estuve seguro al cien por cien de que fuera un acto de caridad, más bien creo que ella era

consciente de la caducidad de un matrimonio que había roto la promesa que se hicieron dos niños durante un atardecer en Ortaköy.

Zahîr tenía el fondo de sus ojos cuajados cuando me juró que nunca presionó a Eyre Jordan, que aguardó su vuelta a Estambul sufriendo en soledad el escarnio popular de una familia que puso en duda su virilidad, que no esperaba que la mujer de su vida le devolviera el anillo que siendo un niño le dio como prueba del amor hacia un ser por el que sentía una atracción similar a la que profesaba Atil Kutman por su abuela.

Aquel hombre me contó que no perdió la esperanza hasta que la madre de Eve Baxter le reveló los planes de boda. Zahîr no vio una traición en la decisión de Eyre, pero jamás consiguió sobreponerse a un desengaño tan brusco. Quiso cicatrizar la herida con un matrimonio sin pasión con Aytaç, pero ni siquiera los nacimientos de Ece, Hatice y la adorable Sila ayudaron a olvidar a la niña pelirroja que una tarde de verano entró en esta misma tienda. Su drama en vida era estar rodeado de cuatro mujeres y no poseer a la que más quería.

—El día que me devolvió el anillo supe que la había perdido —manifestó cuando la oscuridad se había apoderado de la ciudad—. Dicen que dos almas heridas hacen lo imposible por encontrarse… A mí me tocó esperar.

—¿Devolver? —buscó algo más de información al percibir que me había perdido algo.

—Sí, Eyre aceptó el anillo la misma tarde en la que nos juramos amistad, puede que un proyecto de amor eterno, en el embarcadero de Ortaköy.

A pesar del descontrol que transmitían las narraciones de Zahîr, lo que no fui capaz de comprender era por qué encontré el anillo en la pista de Los Rodeos si Eyre se lo había dado a su pretendiente el día que le anunció su matrimonio con Tom Baxter.

—Hay algo que no le cuadra, ¿no?

—No entiendo por qué tenía ella el anillo —replicó justo antes de ser silenciado.

—Si Eyre Jordan había venido a Estambul a entregármelo —completó—. ¿Es eso lo que no se explica?

Santiago guarda silencio y decide cambiar su *modus operandi*.

—El anillo lo tengo yo —confesó sin oposición.

—¿Lo tiene? —aquella frase desdibujó su rostro—. ¿Entonces sí que está en la ciudad?

—Si no se quedó entonces fue para proteger a mi familia —aseguró Zahîr al tiempo que realizaba una extraña confesión—. Esa joya ha ocasionado días de dolor a los míos; días de avaricias, celos y muertes. Yo me aseguré de que el rubí volviera a estar en poder de Eyre. A ella no le agradaron los medios que usé para conseguirlo, pero nadie lo hubiera buscado en Nueva York… El anillo de Faride estaba seguro allí.

Capítulo 13

«Arda es algo más que un oficial de policía,
él mataría por recuperar el anillo».

Zahîr Ahmed

Desde mi posición pude ver cómo el agente Necdet incrustaba sus mofletes contra el escaparate de la tienda de Zahîr para asegurarse de que continuaba dentro. El turco también notó su falta de pericia, pero se limitó a preguntarme si era consciente de que me vigilaban.

—¿Hace mucho que le sigue Necdet?

—¿Necdet, lo conoce?

—No hay ni un solo comerciante de esta ciudad que no conozca a Necdet —aseveró—, todos comentan sus torpezas. Es un hombre leal, sumiso como un camello viejo, pero una calamidad a la hora de ser discreto.

—¿Leal? —reprodujo aprovechando este ataque de sinceridad.

—Necdet no le dará problemas —afirmó con rotundidad—. Él solo cumple órdenes, pero el capitán Arda es otra historia. ¿Ya ha mantenido alguna conversación con él?

—¿Arda? —repreguntó sin fingir que no era la primera vez que oía ese nombre.

—No necesito su confesión, pero recuerde lo que le voy a decir: le será de mucha utilidad durante su estancia en Estambul —aconsejó —. Arda es algo más que un oficial de policía.

A pesar de sentirme acorralado por un sentimiento de culpabilidad que estalló en el momento en el que decidí forzar este encuentro, Zahîr trató de rebajar mi ansiedad acentuando la conveniencia de que Eve Baxter no conociera la existencia de esta reunión.

—Arda buscará el enfrentamiento con ella —alertó—. Él está convencido de que tiene el anillo. Lleva años soñando con ese rubí. No va a parar hasta recuperarlo…

—El anillo, otra vez el anillo —volvió a aparecer la joya.— Si eso es lo que tanto desea, ¿por qué no lo intentó recuperar en el aeropuerto?

—Eso hubiera sido un error de bulto, una temeridad, una imprudencia imperdonable…

—Si todo se reduce a un ordinario operativo policial —añadió para intentar desactivar el misterio—, ¿cómo explica que todavía no nos hayan llevado a una comisaría?

—Ustedes, bueno Eve, hasta ahora no ha cometido ningún delito —despejó sus dudas—. ¿Ya ha olvidado la recomendación que le acabo de dar?

—¿Qué recomendación?

—Santiago, le he dicho que el capitán Arda es algo más que un policía. No me interesa lo que haya podido hablar con él, si es que lo ha hecho, pero protejan el anillo. Él mataría por recobrar esa joya.

Antes de la medianoche, Zahîr reclamó a uno de sus empleados y le pidió que oscureciera la habitación principal. Desde la terraza aún era visible la rebosante silueta de Necdet. Recorría el portal de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, como el león que espera calmoso que su amilanada víctima descienda del árbol que la protege. Sin alas para volar, en algún instante su presa tendría que regresar al suelo.

El agente acerca su rostro al escaparate para intentar ver qué ocurre en el interior.

—Comprendo su desconfianza, pero hay una información que no le puedo facilitar —avanzó Zahîr—. No es que no me fíe de usted, sino que es algo que solo debo contarle a Eve.

—Entiendo.

—Santiago, si ella acepta que usted esté delante cuando esa conversación se produzca, no tengo inconveniente en revelar la verdad de mi relación con Eyre —anticipó.

—¿Está seguro de que ella querrá oírla? —intercaló—. ¿No le bastó el desprecio que le transmitió en el primer encuentro?

—Yo no he dicho que vaya a ser fácil, pero confío en usted.

—¿En mí? —contestó sin saber cuál era la misión que le había asignado—. Yo no tengo tanta influencia sobre Eve. No estoy seguro

de que le pueda ser de mucha utilidad.

Puede que los fines que perseguían Arda y Zahîr fueran tan dispares como el día y la noche, pero ambos me habían insinuado que el camino que debía seguir era el de entregar a la mujer que ahora mismo se divertía con Tayyid. Ambos deseaban que me transformara en un Judas Iscariote, que comprometiera la vaga amistad que podía conservar con Eve Baxter por una sortija que durante muchos años solo vi como una inofensiva reliquia.

—¿Está dispuesto a ayudarme? —tomó la iniciativa.

—¿Ayudar? —trató de averiguar—. No sé qué es lo que quiere de mí; ¿qué tipo de ayuda le puedo proporcionar yo?

—Eve está en peligro —expuso sin ofrecer grandes detalles—. Una gran amenaza la persigue, pero Arda no actuará hasta que el anillo esté en su poder.

—Si lo mejor para Eve es que ese condenado rubí no aparezca, lo ideal es hacerlo desaparecer para siempre, ¿no? —valoró sin analizar con frialdad las cuestiones almibaradas tratadas a lo largo de este careo clandestino.

—Entonces, ¿está aquí? —intentó reconfirmar el empresario con una astucia que Santiago no vio venir—. ¿El anillo ha regresado a Estambul? Si es así, y no quiero conocer más detalles por ahora, Arda no va a permitir que se liberen tan fácil de él. Antes los mata y arroja sus cuerpos al Bósforo. No serían los primeros.

Mientras Zahîr daba las últimas caladas a la shisha que trazaba un meridiano imaginario sobre el kilim, yo trataba de descubrir en qué punto este viaje se había convertido en una cacería.

—Solo le estoy pidiendo su modesta mediación para forzar un encuentro casual con Eve —solicitó el dueño de una tienda que permanecía iluminada por las indómitas llamas de tres velones—. Sé que la idea no le agrada, pero no lo vea como una traición. Piense que es la última oportunidad que tendrán para abandonar este país con vida.

—¿Pero cómo voy a convencer a Eve? —retomó a raíz de la petición tan rocambolesca que le trasladó Zahîr.

—Deberá fiarse del arte del engaño —adiestró—. Amigo mío, el engaño es lo único que puede resolver este conflicto.

—¿El arte del engaño?

—Confíe en mi experiencia —tranquilizó—. Seré tan delicado que ella no podrá sospechar de la existencia del amaño.

Tras comprobar que Necdet seguía rondando la tienda, Zahîr llamó a una mujer, rodó el aparador en el que Eve encontró la fotografía de su madre y apareció una puerta de media altura. Luego me pidió que entrara en el hueco y ordenó a Arrej que me guiara hasta una salida segura.

Areej aclaraba nuestros pasos con un farol que crujía cada vez que una de sus piezas metálicas rozaba una pared de roca, unos muros deformes que olían a musgo. En algunos tramos, incluso, mis pies se hundían en un lodo a medio cuajar que me hicieron perder la verticalidad un par de veces. No llegué a caer, aunque en uno de los resbalones apreté la clavícula de mi guía para evitar que mi culo terminara dentro de uno de los charcos. Areej premió mi atrevimiento con una sonrisa conventual que se reflejó en los ojos. Un burka fucsia cubría casi todo su rostro, pero su mirada era joven. Cuando me empezó a faltar el aire llegamos a una reja roñosa que abrió con una llave que protegía en su puño derecho. Antes de dejar que la adelantara me dio un consejo.

—En cuanto salga, gire a la izquierda, camine unos cincuenta metros por el jardín y entre en la acera —murmuró—. El hotel en el que se aloja está a cinco minutos en sentido descendente.

La docilidad con la que la mujer cumplió el encargo no suavizó la percepción de peligro que me contagió el hecho de conocer que el policía que me esperaba en el *hall* estaba dispuesto a asesinarme.

—Buenas noches —deseó el capitán desde un sofá situado en un ángulo que le permitía vigilar los movimientos de los clientes que usaban los ascensores—. Creo que ha decidido el bando en el que quiere estar. ¡Estoy decepcionado!

Arda aguardó sentado mi reacción, iluminó la punta naranja de un cigarrillo y me recordó con *rintintín* que Necdet continuaba esperando que abandonara la tienda que le ordenó vigilar.

—¿Cómo es posible que mi compañero no me haya informado del final de su reunión con Zahîr? —ahondó—. ¿Me oculta algo?

El policía escribe un mensaje telefónico mientras espera mi respuesta impasivo; no da la sensación de estar nervioso.

El oficial no aprovechó mi silencio para arrinconarme con una batería de preguntas en torno al anillo, se limitó a recordarme el nombre de Tayyid para disparar mi tensión arterial.

—Ella se ha ido con él, ¿no? —afirmó sin reparar en mis sentimientos.

—¿Quién es ella?

—Santiago, no disimule —recomendó antes de que Necdet se presentara jadeando en la recepción—. Tayyid le ha robado a esa mujer, no deje que también se apodere del anillo.

—¿Tayyid? —requirió—. ¿Y qué tiene que ver él en todo esto?

—Por ahora nada, pero no es la primera vez que ese degenerado tira de sus encantos para aprovecharse de una extranjera —puso en antecedentes—. Ellas creen que es amor, pero solo es sexo. En cuanto se acuesta con ellas, adiós.

El jefe da una larga calada y busca mis pies con su mirada.

—El barro que tiene en sus zapatos lo delata —acortó con una insoportable aureola de superioridad—. Veo que ya conoce el Estambul que no suelen visitar los turistas.

Abducido por el aciago presagio del capitán Arda, sopesé la posibilidad de someterme a sus peticiones, pero una fuerza inmaterial que prensaba mi tórax insistía en el hecho de que esa era la apuesta equivocada: Zahîr, sin recurrir a grandes alharacas, me inspiraba algo más de confianza.

Lo cierto es que el comerciante me había advertido de que el oficial iba a intentar cortar el hilo que me unía a Eve, una relación (o lo que fuera) que, de nuevo, compartía espacio con Tayyid. Su estrategia giraba en torno a un desengaño que Baxter acentuaba cada vez que decidía huir con él. Arda se sentía poderoso fomentando un ataque de cuernos irreal. Estoy seguro de que el investigador desconocía mi pasado. Él no podía tener noticias de mi fallido matrimonio con Rebeca, pero las sensaciones eran idénticas a las que experimenté el día en el que me plantaron en el altar de la iglesia de Santo Domingo de Guzmán. Sí. En mi cabeza retumbaron los insultos con los que la tía Carmela celebró mi condición de novio abandonado.

«Putón, lagarta, cabrona, putón, lagarta, cabrona, putón…».

—No espere a la *amerricana* —recomendó sin que le preguntara—. Tiene la noche ocupada, no creo que vaya a cenar con usted.

—¿Ocupada? —se atrevió a buscar más datos con miedo a oír su provocadora respuesta.

—Está en su habitación con Tayyid —hurgó en la herida—. ¡Mala suerte!

La consumación del peor pronóstico posible no me quitó el hambre, pero necesitaba respirar aire fresco. El capitán Arda no hizo nada por impedir mi marcha. Era consciente de que su táctica de demolición comenzaba a dar los resultados deseados. El hotel compartía uno de sus muros de carga con un pequeño local que olía a comida braseada. Desde la entrada se podía apreciar sin obstáculos la distribución de una habitación con unas dimensiones menguantes: tres mesas, una pequeña barra y unos fogones en los que permanecía atrapado un cocinero sudoroso.

—*Good night* —saludó el camarero tras aplastar una colilla con una de sus suelas.

—Buenas noches —contestó con el deseo de que este hablara español.

—¿Español? —celebró con alivio—. Bienvenido, ¿va a cenar?

—Sí —sonrió—. ¿Qué me recomienda?

—De primero le puedo ofrecer una sopa de yogur a la menta o un caldo de bodas.

(Santiago mueve sus labios sin hablar, pero dibuja una mueca de felicidad).

—Como segundo le aconsejaría un Kokeba de pescado o pollo a la cascasiana.

—¿Caldo de bodas? —remachó—. ¿Me puede traer un kebab, un döner kebab de ternera, no ahorre en picante, y unas papas fritas? Perdón, unas patatas fritas.

Arda no lanzó otra ofensiva hasta que se aseguró de que había cenado. Él fue quien me trajo un té de manzana que yo no había pedido. El camarero no apartó su mirada del televisor para impedir la intromisión del capitán. Al contrario, en cuanto vio que el policía

ocupaba la silla que enfrentaba nuestras narices, abandonó el local junto con el cocinero.

—¿Me permite? —vaciló cuando ya estaba acomodado.

Él interpretó mi silencio como una señal de bienvenida, pero en realidad no deseaba fraccionar mi decepción. Arda movía en círculos su infusión mientras organizaba las preguntas.

—Necdet está bastante enfadado con usted —ratificó—. Ya le he dicho que no tenga en cuenta lo ocurrido en la tienda de Zahîr. No entiende cómo no le vio salir de la tienda.

—¿Enfadado?

—No, no, no, noooo… —cortó por lo sano—. Deje de disimular. ¡Basta!

—Capitán, insisto, no le puedo ayudar —resumió para evitar caer en uno de sus enmarañados interrogatorios.

—Aún no le he vuelto a preguntar por él, pero ya que lo menciona le voy a proponer un trato —ofertó sin tomar atajos—. Si en las próximas cuarenta y ocho horas no me entrega el rubí, su vida estará en peligro, ¿lo ha entendido?

Odio que me den un ultimátum. Nunca he entendido el placer que sienten las personas que retuercen sus pensamientos como si fueran cerdos en una piara, pero valoro la sinceridad con la que actúan los tipos como Arda. Ese matarife reconfirmó su obsesión por la joya antes de desaparecer con Necdet por un jardín que el pequeño restaurante compartía con el hotel y que tenía una salida a la calle por su fachada trasera.

—Recuerde —cinceló con precisión cuando solo escuchaba su voz —. Tiene cuarenta y ocho horas.

De camino a mi habitación imaginé un revuelo parecido al que encontró Eve en la suya la noche anterior a la primera entrevista con el capitán. Estaba convencido de que el desorden iba a ser mayúsculo, pero sabía que el anillo aún estaba seguro. Antes de introducir la tarjeta magnética palpé mi vaquero para comprobar que continuaba allí. Sí. El rubí estaba en uno de esos pequeños bolsillos interiores de mi calzoncillo. Y es que cuando te roban una bicicleta a los trece años aprendes algún que otro truco para no facilitar las cosas a esos malparidos. Estoy seguro de que ellos saben de la

existencia de estos escondites, pero con las prisas de un robo no todos los ladronzuelos se molestan en buscar entre los huevos de sus víctimas.

Al abrir la puerta todo estaba en orden, la habitación olía a fresas y en la mesa de noche estaba el sobre que aún no le había entregado a Eve.

Al correr las cortinas pude ver el Peugeot 304 en el que Necdet me condujo a los baños de Hürrem. Sus ruedas izquierdas ocupaban casi toda la acera y en su interior había dos personas. No había visto antes a aquellos policías. Arda decidió vigilar de cerca mis pasos durante la cuenta atrás.

Volvieron a sonar las primeras estrofas de la oración y, seducido por aquel ritmo piadoso, dudé a la hora de priorizar mi siguiente movimiento: ¿Darle la documentación a Eve Baxter o entregar el anillo al capitán Arda?

Haiia ala ssalat.

Haiia ala ifalah.

Haiia ala ifalah…

Tumbado sobre la cama traté de evaluar cuál de las traiciones sería menos dolorosa. Por un momento sentí que me adormilaba, pero el tímido roce de un papel que se coló en la habitación por debajo de la puerta desterró una somnolencia que se transformó en vigilia.

Lo siento, no quería hacerte daño.

Eve

Mi estómago se encogió al leer una nota que emanaba un arrepentimiento artificial, rugió como la molleja de un muerto de hambre o el ventrículo de uno de esos opositores a pretendiente que justifican su desespero con un baile de mariposas en la barriga. Ni una cosa ni la otra. El döner kebah de ternera que acababa de digerir sació mi apetito y el interés por Eve Baxter ya casi se había diluido. Dicen que el enamoramiento dura lo que tarda en desaparecer el deseo, la atracción y el apego. Tayyid acabó con mis pocas reservas de ilusión en cuanto asaltó su cama.

Durante unos minutos aceleré el desmonte de una aventura fallida entre tiramisudesvelado2001 y campanillademanhattan, de un fracaso amoroso entre un periodista bobalicón y una reportera gráfica que impulsaba su vida con un insólito código ético. Eve tenía libertad para decidir cuándo y con quién podía quedarse en bragas, pero me dolía tanta desatención… ¿Les he dicho que periodistas y fotógrafos no se llevan bien?

La desidia con la que respondía a mis insinuaciones merecía el engaño en el que me propuso colaborar Zahîr, pero también era un motivo de peso a la hora de valorar los dos días de margen concedidos por el capitán Arda para que le entregara el anillo. Lo más sencillo era hacer el equipaje, bajar a recepción y coger un taxi con destino al aeropuerto. Eve podría resolver este problema sola, y si no, siempre tendría la opción de recurrir a las habilidades de su inseparable Tayyid.

La posibilidad de acabar maniatado en un saco lastrado con plomo en las profundidades del Bósforo comprimió mi tráquea. Si Ibrahim el Loco no tuvo compasión cuando hizo desaparecer en esas mismas aguas a todo su harén, qué no sería capaz de hacer Arda por recuperar este endiablado rubí. En la mesa de noche aguardaban mi decisión el anillo, el sobre que debía entregar a Eve y la tarjeta en la que estaba el móvil del capitán.

Santiago apaga la luz y se tumba sobre la cama.

Un reflejo involuntario propició el primer descarte. Aceptar la realidad de que ella podía estar ahora mismo retorciendo su desnudez sobre Tayyid me convenció de que revelar a Eve el contenido del paquete ya no era una de mis prioridades. Mientras teorizaba absorto con la f grabada en el interior de la joya exhumaba fragmentos de mi última conversación con Zahîr. Su advertencia sobre los intereses extrapoliciales de Arda era real.

Ya casi me había adormecido cuando sentí un golpe seco en mis testículos. Di un grito, pegué un salto por el borde derecho de la cama y comencé a lanzar puñetazos al aire sin tener claro dónde estaba el agresor.

Al encender la luz solo pude ver a un gato asustadizo que se había colado en la habitación por la ventana del baño. El animal tenía

anudado al cuello un estuche de fieltro dorado en el que se podía leer: *Welcome to Istanbul*.

Eve Baxter no hubiera permitido que el gato restregara su barriga contra mis piernas, pero mientras sentía la presión de su vientre sobre mi tibia izquierda se me ocurrió algo. El felino se dejó acariciar hasta que sus patas apuntaron al techo. Luego, cuando cerró los ojos de placer, palpé la textura de la bolsa hasta encontrar un broche a presión. La funda era real. Había localizado el escondite perfecto para el rubí. ¿Qué investigador me iba a considerar tan estúpido como para dejar a merced de una mascota algo tan valioso?

Por mucho que rebuscaran entre mis cosas, nadie podría imaginarse que el anillo podía estar en poder de un ser tan egoísta. No importa las caricias que le regales a un gato, al final él siempre te va a dejar tirado. En cierto modo, eso es lo que Eve estaba haciendo conmigo. La misma ruindad que cometió Rebeca. Debería ser yo quien odiara a los gatos, ¿no?

En cuanto metí la joya en el estuche se acabó el juego. El minino dio un brinco de la cama y huyó en dirección al baño. Mantuve la calma hasta que oí rebotar el marco de madera de la ventana contra los azulejos. No había rastro de él. Acababa de ser robado por un gato. No sé si estaba más intranquilo por el ataque de nervios que descargaría Eve sobre mí cuando se enterara de esta pérdida, o por haber dejado escapar de una forma tan burda la pieza clave del trato que me propuso el capitán Arda.

Nunca quise conjugar mi amor por Eve de forma imperativa. Tampoco me apetecía volver a participar en un juego que ella había convertido en un desquite, una venganza cuya onda expansiva logró destruir mis reservas de oxitocinas. Una parte de mí agradecía su desdén, otra se aferraba a una ilusión que estaba a punto de emigrar lejos de ella. Sabía que en cuanto entregara su cuerpo a Tayyid mi derrota sería inevitable. Nadie es capaz de resistir esas embestidas de indolencia sin sufrir. Aunque suene ridículo, todo el mundo sabe que una flor no dura dos primaveras.

No tenía tiempo para la poesía.

Mi cabeza estaba vencida por el cansancio y dormir era un placer que no me podía permitir. Tenía que recuperar el anillo. Al apoyar la punta de mi pie izquierdo sobre la cornisa sentí que el cemento era inestable. En la quietud de esta madrugada circense escuché cómo un trozo de escombro impactaba sobre un cristal. Volver atrás era el camino más corto, pero el gato estaba al alcance de mi mano. El animal no opuso resistencia, pero al comprobar que el estuche de su cuello estaba vacío me quedé igual de pálido que la luna llena que iluminaba mis pasos sobre un tejado en el que coincidí con otros cinco gatitos. Aislado y preso del vértigo, un mareo nubló mi visión hasta paralizar mi sangre: la noche se prometía larga cuando escuché un grito esperanzador.

—No se mueva —sonó desde la calle—. No traté de escapar.

Los bomberos tardaron seis minutos en llegar y desplegar una escalera en cuya base me esperaba el capitán Arda, quien tras mantener una rápida y convincente charla con el jefe del operativo de rescate me recibió con un rostro que desprendía asombro.

—¡Santiago! —dijo sin levantar su mirada del parte de emergencias —. ¿No es un poco tarde para dar un paseo?

Arda no estaba seguro si debía interpretar el contenido del informe que guardó en el bolsillo de su chaqueta como un intento de evasión o una tentativa de suicidio. En sus ojos estaba grabada la rabia contenida del maestro que es traicionado por su alumno preferido, pero también percibí el alivio del que acaba de superar una situación límite: hasta que tuviera en su poder el anillo no podía prescindir de nosotros.

—No van a denunciarlo —desveló camino de la recepción—. Tampoco le cargarán en su tarjeta de crédito los gastos ocasionados por el rescate.

—Gracias.

—No me dé las gracias —suavizó—. Se lo dije en el haman de Hürrem: Santiago, estoy convencido de que usted es un buen hombre.

El capitán se despide con frialdad y subraya que estaba en periodo de descuento; debía entregarle el rubí en menos de cuarenta y cinco horas.

Los clientes que fueron testigos del rescate cuchicheaban en un piano—bar en el que la única melodía que sonaba era la de los cubos de hielo golpeando el cristal de los vasos de tubo de los desvelados huéspedes. Uno de ellos se acercó y apretó con compasión mi codo derecho. Me contó que residía en Galicia, que se encontraba en Estambul celebrando sus bodas de plata y que ninguna mujer era merecedora de un delirio nocturno tan arriesgado. Eso sí, lo hizo mientras su esposa estaba en el servicio.

—Vaya a dormir y no piense en ella —aconsejó con el mismo apego de dos borrachos que intercambian sus miserias sentimentales—. Le invitaría a una copa, pero mi señora está a punto de regresar. Vaya a dormir, mañana se sentirá mejor.

¿Tan evidente era mi descalabro emocional que hasta un desconocido se atrevió a escarbar en mi vida? ¿Qué valor podía tener la opinión de un ser acobardado por un matrimonio rutinario? ¿Por qué no me provocó ninguna sorpresa que entre tantos mirones no hubiera aparecido Eve?

Al encender la luz de la habitación esperaba encontrar al gato espatarrado sobre las sábanas, pero lo único que alcancé a ver fue la fría disculpa que Eve Baxter introdujo por debajo de la puerta y el sobre que había viajado conmigo desde Tenerife. El anillo era la prueba infalible de que Eyre vivió la catástrofe aérea del 27 de marzo de 1977 en directo, pero su hija seguía dudando sobre las causas que envolvieron su muerte.

Antes de encontrarnos por primera vez en Barajas, Eve cebó mi curiosidad con unas maquinaciones que se habían refugiado en su cabeza para negar la endeblez de una lista de víctimas en la que figuraba Eyre Jordan. Sus restos no fueron identificados al cien por cien por los forenses y los abuelos de Eve nunca aceptaron que esos huesos acabaran en el panteón familiar. Solo la remota posibilidad de intuir que las exequias que se correspondían con la etiqueta E.J. (Lexington Avenue 77 / 4p A — Nueva York) no tuvieran ningún parentesco con el inesperado dolor que había sumido a los Connor incrementaba su sensación de lejanía. Eve no me reveló las razones de su incredulidad, pero hasta que no tuvo en su poder el rubí todo era igual de difuso que la primera ecografía de una embarazada: los

latidos de un corazón que anuncian una vida que está por materializarse, pero poco más.

El contenido del sobre podría tener un efecto curativo, ser el antibiótico con el que sanar una larga infección. Eve se resistía a aceptar que la joya que me había sustraído un gato era la explicación que buscaba desde hacía más de tres décadas. Ahora que la reliquia paseaba por los resbaladizos tejados de Estambul, la documentación que aún no le había entregado a Baxter era la única huella real de la funesta visita de Eyre Jordan a Tenerife.

Capítulo 14

«Putón, lagarta, cabrona…».

La tía Carmela

En cuanto percibí la presión del pene de Tayyid en mis nalgas di un giro que me dejó desnuda boca arriba en el lado izquierdo de la cama y a él doblado sobre la alfombra.

—¡Maldito cabrón! —insultó sin ser consciente de la herida que le causó a su socio de sábanas impactar de lleno contra la mesa de noche—. Te advertí que por detrás no, te dije que por detrás no. ¡Imbécil!

Tayyid tenía la cabeza abierta. La hemoglobina brotó a discreción, pero en lugar de enloquecer mantuvo la serenidad con su miembro medio erecto y una sonrisa chulesca que incrementó mi cabreo.

—¿No has entendido nada? —incidió al tiempo que él se lamía una mancha de sangre incrustada en la palma de su mano derecha—. Cerdo; ¿te parece poco, no has tenido suficiente sexo?

El joven permanece en silencio mientras Eve Baxter entra en el baño.

A través del espejo vi cómo Tayyid huía descamisado de la habitación que había tomado durante la madrugada. La única despedida que escuché fue un frío portazo que revivió el momento en el que Collins desapareció para siempre ante la amenaza de convertirse en padre a los catorce años: el 99% de las relaciones primerizas acaban mal. Un retraso dejó al descubierto la cobardía del proyecto de hombre que me desvirgó.

Con muchísimas menos atenciones de las que me ha regalado Santiago en los últimos tres años y medio, aquel aprovechado consiguió que una niña acumulara unas preocupaciones impropias de su edad. A los ocho años vi morir a mi padre, a los nueve me dieron la noticia del accidente aéreo de Los Rodeos, a los once mi abuela, Anne McKoy, agotó el dolor que secuestró su vida el día que

le entregaron el certificado de fallecimiento de Eyre Jordan y, por si fuera poco, a los trece enterramos al abuelo Connor. Arrasada por un puñado de desgracias, mi tutela se la repartieron las monjas del Lower Midtown y George Dunne. Las primeras cargaron con buena parte de esa responsabilidad a cambio de una generosa recompensa económica.

Mis otros abuelos, los paternos, eligieron convivir lejos de mí antes de que el servicial Dunne tanteara la posibilidad de meter a una preadolescente en sus vidas. Desconozco si esa decisión la tomaron por la sospecha de que su nuera no había sido fiel a su hijo o por el simple hecho de no tener que cargar con las complejidades que envuelven el día a día de una niña que nunca supo ocultar su rebeldía. Collins rentabilizó al máximo mi fragilidad para ampliar su nómina de conquistas. Dicen que las chicas maduramos antes, pero yo no fui la primera recompensa sexual de aquel salido. Aunque cometí la ingenuidad de preguntarle si hubo otra, su no me resultó igual de evasivo que las empalagosas frases de Tayyid: en sus labios no había sinceridad. Ni a la hora de hablar, ni cuando me besaba.

Por mucho que me molestaran los excesos carnales de Tayyid, no tenía la sensación de haber engañado a Santiago. Al menos en el plano amoroso. Aunque mi rechazo se lo había declarado a través de la nota que introduje por debajo de la puerta de su habitación, con anterioridad él sabía que entre los dos no había espacio para una relación que no fuera de amistad. Sé que en varias ocasiones lo he confundido, que la historia que anoche habitó en mi cama despierta unos celos que no acaba de aceptar, que tiene miedo de repetir los errores que acumuló con Rebeca… No quiero ser el próximo objetivo de la tía Carmela. Hace tiempo que decidí que no me expondría a su afilada lengua. No tengo la necesidad de ser fustigada con sus insultos. Yo no voy a cargar gratis con su «putón, lagarta, cabrona…».Ya no tengo edad para aguantar ese tipo de escarnios.

Santiago no sería feliz conmigo. Podría enamorarme de su buen corazón, de su sentido de lealtad, de la pasión con la que recuerda la historia, de su capacidad para controlar a un ser que relativiza su existencia a partir de un desgobierno que abraza la locura o de su atractiva alopecia. Está claro que no es Jason Statham, pero

tampoco es Shrek. Ya he perdido la cuenta de las veces que le dije que se merecía algo mejor que Rebeca; no recuerdo haberle aconsejado que yo era la opción equivocada.

Unir mis sentimientos a los de Santiago podría crear una calamidad de la misma magnitud que la que sufrí cuando decidí perdonar a James.

Un hombre no se gana el corazón de una mujer si ella no quiere. James se olvidó de mí cuando Cynthia emergió entre nosotros. Ahí perecieron todos los secretos que armamos en el cuarto de juguetes del apartamento de Lexington Avenue, las sonrisas contagiosas que brotaban los días que mi padre nos llevaba a merendar al *Candy Shop*, las dudas que tenía sobre el amor que me transmitía mi madre. James se marchó cuando el mundo comenzó a derrumbarse sobre mí. Entre tantos lamentos y misas de difuntos corrí el riesgo de acabar atada al padre, al hijo y al espíritu santo, pero a pesar de mis reiteradas visitas a San Patricio, una cosa sí que tenía clara: en mi interior no habitaba una vocación religiosa.

Eve pone en cuarentena hace muchos años todo lo que aprendió con las religiosas de Lower Midtown.

En la vida casi nada es lo que parece. Esa es una lección que me enseñó mi padre en marzo de 1975. Su último *Saint Patrick's Day* nos volvió a convocar en las inmediaciones de la *44th Street*. Dunne empujaba la silla de ruedas y a su lado, por supuesto, mi madre. Igual de elegante, digna y distante que siempre. Avanzamos en dirección a la 5ª Avenida en busca de un local en el que degustar unas pintas. Me sentía una princesa sentada en los indolentes muslos de un ser con fecha de caducidad, una niña abrumada por un gentío que mostraba orgulloso el *Irish Shamrock* (trébol de tres hojas) y presumía de su eterna fidelidad al color verde.

«Eve, nunca olvides tus raíces; la tierra tira…», me repetía al oído de vez en cuando.

Un politono desconocido rasga un recuerdo que solía terminar en unos bancos de madera de una taberna irlandesa ubicada en los alrededores de la *American Irish Historical Society*. La llamada se cortó segundos antes de que pudiera localizar el móvil de Tayyid tirado debajo de la cama. El hecho de tener que volver a cruzarme

con aquel gusano no desalojó de mi cabeza la imagen difuminada de un Tom Baxter risueño que había manchado sus labios con una espuma tostada que lo dejó al borde de la borrachera.

«¿Qué más da que San Patricio en realidad sea Maewyn?» —especulaba cuando el mayor se ponía a tono sin apartar su mirada de Dunne—. «¿A quién le puede importar ahora que ese señor no fuera irlandés, sino un miserable escocés?»

A su manera, mi padre trataba de explicar que al final vivimos envueltos de mentiras que asumimos como verdades porque nadie tiene agallas de cambiar la historia. La mía con Tayyid había alcanzado un punto muerto que se diluiría para siempre en cuanto le devolviera el móvil. Al principio barajé dejarlo en recepción, pero un empleado me negó esa opción argumentando que la dirección del hotel no permite ese tipo de custodias por razones de seguridad. Sin quererlo, había organizado la agenda de la mañana.

En cuanto desayune iré a la tienda de muñecas de cartón para cortar el último vínculo que me une con ese degenerado.

Mi sentido de la orientación es algo caótico, pero de los anteriores paseos con Santiago aprendí que calle arriba llegaría a la plaza de Sultanahmet. Allí, con un poco de suerte, me cruzaría con el mentiroso de Tayyid. Las probabilidades de que estuviera cortejando a otra mujer eran altas. Supe lo que quería de mí desde el principio, pero esta vez fui yo la que eligió estar con él: puse un buen polvo por delante del amor eterno. Tenía derecho a disfrutar de una noche joven de sexo y Santiago no entraba en mis planes.

James tampoco lo estaba hasta que volvió en la primavera de 2000. Debí suponer que nuestro reencuentro en el cementerio de Woodlawn no era un buen presagio, pero en su mirada aún residía la inocencia del chico del que me enamoré en el instituto, el mismo al que perdí la pista el día que formalizó su matrícula en el *Massachusetts Institute of Technology*, el amigo que te decepciona tras haberle confiado secretos de hermanos… Una conocida común traficaba con nuestros logros y desgracias para que la amistad perdida nunca llegara a convertirse en ignorancia perpetua. Se había posicionado como un ingeniero codiciado, sabía que los años que pasó en una empresa de Silicon Valley le permitieron volver a

Manhattan, que estaba igual de solo que yo… Chyntia era historia. Los años lo habían desgastado, pero aún conservaba su bonita sonrisa. Algo se movió en mi interior cuando escuché de nuevo su voz: «¿Eve, eres tú?»

Los cementerios están inundados de recuerdos: entramos y salimos en ellos con una mochila repleta de anécdotas, frases, imágenes que nos unen a un muerto… James O'Dogherty emergió por la espalda. Mi mirada había traspasado el mármol en el que estaban grabados los nombres de Connor Jordan y Anne McKoy. Si ella hubiera terminado en este panteón familiar hoy no estaría aquí, pero los abuelos nunca aceptaron los restos que nos devolvieron de Tenerife. Los padres de papá tampoco quisieron que ella acabara en Virginia, cerca del Cementerio Nacional de Arlington. Dunne, de nuevo, tomó el mando para que la lápida de Eyre Jordan (1948-1977) luciera debajo de un cerezo de Green Wood.

¡Dunne, siempre Dunne!

James estaba al tanto de cada una de las amputaciones familiares que había sufrido, pero no sentí su presencia en los funerales de San Patrick. Los irlandeses son propensos a cerrar negocios en las iglesias. Durante la homilía buscan el contacto con sus miradas para pactar el inicio de una relación entre sus hijos, la permuta de alguna propiedad o sacar pecho por su valiosa contribución a los orígenes de Nueva York: supongo que un honor igual de profundo podrían tener holandeses e italianos.

O'Dogherty se coló una vez más en mi vida en las vísperas de *Saint Patrick's Day* de hace 11 años. Nos volvimos a cruzar en el camposanto del Bronx; la sangre irlandesa se espesa cuando surgen las supersticiones.

Un lo siento fue suficiente para romper años de incomunicación. Si no lo conociera, una disculpa tan miserable habría sido estéril, pero esa frase en los labios de James tenía un valor extraordinario. Su soberbia no era tan destructiva y refinada como la mía, aunque el tiempo había equiparado nuestros temperamentos. No quería recuperar lo que no vivimos juntos, pero tampoco necesitábamos el periodo de rodaje que existe en el inicio de una relación. Nada de

meriendas en el *Elieen's Special CheeseCake*, cenas intimidatorias en el *Lincoln Square Steak* o salidas culturales al *Gershwin Theater*.

Suena el móvil de Tayyid.

En la pantalla no apareció ni un solo número, pero antes de que la luz se hiciera menos intensa pude leer *Turkcell*. La llamada no alteró mis planes, pero sí dejó en espera los momentos más intensos de mi reencuentro con James: tener sexo con un amigo es una sensación tan placentera como ir a buscar una tableta de chocolate a la nevera cuando tu cuerpo te pide un capricho prohibido. Lo de Tayyid fue distinto. En su mirada se distinguía a un canalla que atrapó mi curiosidad en Hagia Sophia. Los tres sabíamos que su estrambótica presentación iba a acabar en desenfreno: Santiago no estaba en condiciones de competir con un crío envalentonado que me propuso una experiencia salvaje. Es un golfo, pero algunas mujeres preferimos a los malos.

James O'Dogherty falleció en los ataques del 11 de septiembre de 2001. Su despacho estaba en la trigésima séptima planta de la Torre Sur del *World Trade Center*, la que a las 09:02 horas recibió el impacto del vuelo 175 de United Airlines. Los terroristas quebraron los últimos cinco meses y medio de una amistad que anudamos sin reproches por segunda vez.

El móvil de Tayyid volvió a vibrar, pero esta vez no hice nada por atender la llamada. James también intentó hablar conmigo antes de que la Torre Sur quedara reducida a una pila de escombros, pero a las 09:52 horas del 11—S seguía en la cama ajena a la atroz realidad que estaba castigando al distrito financiero.

Antes del primer café me pareció escuchar el quejido de las sirenas de los camiones de bomberos que se abrían paso por las arterias próximas a Lexington Avenue, pero no fui consciente del horror hasta que vi cómo televisaban la caída de la Torre Norte. En cuanto encendí el móvil, saltaron las alarmas de las llamadas perdidas y el aviso del mensaje de voz de James.

«Eve, no creo que salga vivo de esta» —logró decir con un tono secuestrado por la muerte—. «Me voy con la alegría de haber recuperado a la amiga, a la aliada de mis primeras ilusiones, a la mujer que nunca olvidé…»

Sus palabras seguían encadenadas a mi existencia a través de un teléfono que tembló a traición.

Mmmmm, mmmm, mmmm… Eve, esta vez sí, miró la pantalla.

«Buenos días, señorita Baxter, soy el capitán Arda. Necesito hablar lo antes posible con usted…»

El SMS estaba impregnado de una urgencia que ignoré al distinguir el local al que me llevó Tayyid para ofrecerme las dichosas muñecas de cartón. Las voces de una conversación que se estaba produciendo en una zona que no estaba expuesta al público cesaron en cuanto el encargado se percató de que no estaban solos.

—*Merhaba* —saludó antes de agradecer mi visita en inglés—. *Welcome to my shop*.

El color del pelo, la palidez de mi piel y, sobre todo, el cuello de avestruz que había untado con un protector solar factor 50 delataban mi condición de guiri. El comerciante se sintió liberado en cuanto escuchó mi respuesta.

—No es una visita de negocios —despejó sin rodeos—. ¿Ha visto a Tayyid?

—¿Tayyid?

La conversación circulaba por los mismos niveles de idiotez que rodearon mi primer encuentro con el sobrino de Zahîr cuando, de repente, apareció el capitán Arda: él era una de las personas que hablaban en la trastienda.

—¡Señorita Baxter! —exclamó—. No esperaba encontrarme con usted tan pronto. ¿Ha visto mi mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Olvídelo —anuló cualquier atisbo de confrontación—. Lo importante es que usted está aquí.

Por el grado de curiosidad con el que celebró mi presencia entendí que nada de lo que estaba ocurriendo era casual, pero tampoco tenía motivos para salir huyendo. Arda estaba secundado por un tipo de proporciones gigantescas que parecía ajeno a una conversación de perfil austero que el capitán retomó cuando se aseguró de que su aliado cubría la salida principal.

—¿Buscaba a Tayyid? —restableció con una aparente normalidad mientras hacía unos extraños equilibrios con un cigarro recién

encendido—. ¿Ha tenido una buena noche?

—Eso es algo que no le compete.

—Tal vez sí —modificó la intensidad de sus frases—. ¿Tayyid estaba vivo la última vez que lo vio?

—¿Vivo?

—Pasaron la noche juntos, ¿no?

En el pómulo izquierdo de Tayyid aún estaba marcado el golpe que se dio en la mesa. La zona había adquirido una tonalidad amoratada, pero no había dudas. La fotografía del fiambre que me enseñó el capitán Arda se correspondía con el joven que metí en mi cama. Lo que no me cuadraba era la precisión con la que reveló lo que sucedió en ella. La noticia, aunque inesperada, no provocó un colapso emocional. Lo único que me molestaba era tener que justificar una madrugada de placer con un desconocido para alejar cualquier sospecha que pudiera tener sobre mi participación en el suceso.

—Aunque le cueste creerlo, no soy una asesina.

Arda da otra calada a un cigarrillo.

—Lo sé —certificó—. Sé que en su cama solo se juntó la curiosidad, la lujuria, el deseo… ¿Quizás, el vicio? Los occidentales son muy viciosos.

—¿Me va a interrogar? —modificó el ritmo de la conversación—. ¿Soy sospechosa de algo?

—De nada que tenga que ver con la muerte de Tayyid.

—Entonces no hay nada más que hablar.

—Le aconsejo que no lo haga —dijo sin apartar la mirada de la puerta—. Esto lo podemos solucionar almorzando aquí al lado o con una visita a la comisaría de la avenida Divan Yolu: ¿usted decide?

El restaurante que eligió no era nada del otro jueves, pero mientras un camarero oteaba la asignación de una mesa él realizó una puntualización en la que no encontré ni rastro del policía.

—No es recomendable abandonar Estambul sin comer en el *Havuzlu*.

En un intento por rebajar la tensión que se había creado en aquel espacio abovedado, el capitán curioseó por mis preferencias gastronómicas, pero el silencio quebró su paciencia.

—Esto no es un interrogatorio —advirtió con su rostro cubierto por una carta plastificada—. Tampoco un almuerzo de enamorados.

Arda chascarrea un par de dedos de su mano derecha para avisar a un empleado.

Mi ausencia de empatía provocó que él tomara la iniciativa a la hora de hacer el pedido. Eso sí, antes de ordenar la comanda preguntó si me fiaba de su buen gusto, volvió a chequear la oferta del *Havuzlu Restaurant* y dio unas órdenes algo vacilantes.

—Le apetece unas hojas de parra en aceite de oliva, caviar de berenjenas o unos mejillones en salsa de pilaki —encadenó como posibles entrantes.

—Mejillones no… Cualquiera de las otras alternativas, pero marisco no.

Nunca había experimentado la sensación de degustar un puré de habas en medio de una conversación en la que había un muerto sobre la mesa, una presión que aumentó cuando el capitán comenzó a describir el violento final de Tayyid. Su tenedor removió la salmuera de las hojas de parra que se llevó a su boca sin detener su relato: le pegaron dos tiros, uno a la altura del estómago y otro en el corazón, luego voltearon el cuerpo hasta que se desangró y lo pasaron a cuchillo. Lo abrieron en canal tomando como referencia los orificios de balas. Su narración provocó una punzada en mi cabeza y aparté diez centímetros mi plato al interior de la mesa.

—¿No le gusta el caviar de berenjenas?

—Lo que no me agradan son los *snacks* que ha elegido de complemento —recriminó—, ¿son necesarios tantos detalles?

—Esa carnicería no tiene su firma.

—Me puede aclarar entonces qué pinto en esta historia.

—Fueron los rusos —concretó sin dudarlo y cubriendo su boca con una mano—. Una sangría de ese calado es obra de los rusos. Esos cerdos comunistas buscaban algo. ¿Droga, un microchip o una joya? A uno no lo rajan desde la garganta a la barriga sin motivos. Hace falta una razón muy poderosa para ejecutar esa bestialidad.

El rostro de Eve Baxter se desfigura con el relato, pero permanece muda.

Arda apuró un trozo de canela en rama del pollo con pimientos al estilo de Izmir antes de lanzar el ataque definitivo. Estambul era un avispero en el que revoloteaban mafias albanesas, rumanas y gentuza de la antigua Unión Soviética. La ciudad siempre fue un enclave estratégico en las guerras que no se citan en los telediarios. El eterno conflicto con los kurdos soterraba otros negocios turbios asociados con el movimiento clandestino de divisas, el tráfico de diamantes o la compra de sanguijuelas por parte de la industria farmacéutica.

—Sé que este no es un viaje de placer —apremió—. Tampoco creo que necesite un trasplante de pelo. ¿Sabía que nos hemos convertido en un destino puntero en tratamientos para personas alopécicas?

—¿Trasplantes de pelo?

—Usted no lo necesita, aunque a su amigo no le vendría nada mal —metió a Santiago en la conversación—. Los resultados son magníficos.

—Él no tiene nada que ver con la planificación de este viaje.

—Iré al grano —Arda se cansó de tantos rodeos—. Usted tiene algo que forma parte de nuestro pasado y mi obligación es recuperarlo. En cuanto esté en mi poder podrá regresar a Nueva York o seguir disfrutando con total seguridad de los placeres de Turquía. Este es un país amable.

No era la primera vez que el capitán me trasladaba su interés por recuperar el anillo, aunque antes no había sido tan directo. A pesar de no citar al rubí, había dado un paso más allá del testimonio que obtuvo al día siguiente de que saquearan mi habitación. Mis conocimientos en materia policial no eran amplios, pero aquel hombre me acababa de proponer un trato: la joya a cambio de protección.

—Este es un destino peligroso cuando no se eligen buenas compañías —amenazó—. Usted ya no es una desconocida para los rusos.

—No entiendo qué demonios quieren los rusos de mí —cuestioné sin evitar el contacto visual.

—Quieren el anillo —resolvió al darse cuenta de que ella era más receptiva—. Yo también lo quiero…

El investigador vuelve a poner sus dedos sobre las fotografías más escabrosas del cadáver de Tayyid y aguarda una respuesta que no llega por el sonido de un móvil.

—¿No va a atender la llamada?

—No es mi teléfono —corrigió sin dejar de rebuscar en mi bolso—. Es el de Tayyid. Vine a la tienda para devolvérselo. Esta mañana lo encontré debajo de la cama. Lleva horas dándome la lata.

El oficial coge el iPhone que Eve había dejado en el centro de la mesa, revisa sus dos caras y hace un gesto a su silencioso ayudante.

—Perdone que no les haya presentado —un tipo orondo se interpone entre los dos y agarra el móvil—. Necdet, se llama Necdet: sargento Necdet.

Los policías intercambian información en turco.

Aquel monstruo no hizo nada por ganarse mi confianza, emitió un gruñido que asocié con un saludo e introdujo el terminal en una bolsa de plástico transparente. No usó guantes. Si el objeto no era recuperar huellas, ¿a qué estaba jugando el capitán Arda? Por primera vez me sentí sobrepasada por los acontecimientos.

—Es probable que hayan activado el geolocalizador —despejó mis dudas el agente de mayor rango—. Los rusos no dejan nada al azar, cuando fijan su objetivo van hasta el final. No descansan hasta que logran lo que quieren.

—¿Pero qué tenía que ver Tayyid con los rusos? —buscó una respuesta la neoyorquina con miedo a obtener la que imaginaba.

—Tayyid era uno de sus mejores conseguidores —resumió—. Es probable que pactara la entrega del anillo a cambio de una sabrosa comisión. En esta vida todo tiene un precio y estamos hablando de mucho dinero. Algo así no se hace por una ración de morcillo de ternera con pistachos.

El hecho de no negar la existencia del objeto que Santiago encontró en Los Rodeos apuntaló la confianza de Arda. Sus averiguaciones avanzaban con la misma celeridad con la que la tarde nos sorprendió en la terraza del *Nevizade Sokak*. Necdet ya no escuchaba la conversación y la sobremesa se alargó en una calle

bulliciosa y estrecha en la que hordas de camareros realizaban malabarismos con unas bandejas escoradas con rondas de raki. El alcohol y la ausencia de alimentos en el estómago estiró un encuentro que estaba en el punto exacto que quería el capitán. Poco a poco, marcaba los pasos que estaban por venir.

Arda consulta un SMS y mira con una sonrisa a su invitada.

—Usted no mató a Tayyid, pero estoy seguro de que un juez no pasaría por alto el hecho de que su sangre estuviera regada por su habitación —volvió a demostrar su posición de fuerza.

—¿La ha registrado? —recriminó—. ¿Quién lo autorizó?

—En este país las cosas funcionan de otra manera —justificó saboreando el dulzor con el que había enjuagado su encía—. Siempre hay una señora de la limpieza, un operario de mantenimiento o un conserje dispuesto a aceptar una generosa propina por mirar hacia otro lado.

—Eso es corrupción.

—O lo hacíamos nosotros o iban los rusos; veo que no ha entendido nada.

Por primera vez en muchos años me sentí una marioneta, percibí que mi vida estaba en poder de un extraño. Arda sabía cómo mantener a raya mis miedos, aunque tampoco quería mostrar debilidades. La brutal visión de un final parecido al de Tayyid inyectó un escalofrío en mis venas. Ese no era el plan. Vine a Estambul para desenmascarar a un mentiroso y sin hacer nada estoy marcada por la muerte. No creo que el capitán sea un hombre justo, pero manejaba un código que rozaba de lleno la ilegalidad y su machismo le permitía alcanzar sus objetivos.

—¿Sabe cuánto vale el anillo de Faride? —sacudió la curiosidad de la hija de Eyre.

—No es un dato que me interese demasiado.

—Pues debería —quiso provocar su curiosidad—. Quizás le ayude a calibrar la gravedad de este asunto: esa joya en el mercado negro puede costar más de cuarenta millones de euros.

Arda me informó que Sotheby's había colocado hace poco un diamante color *sangre pichón* por treinta millones y medio de dólares. Antes, Cartier se hizo con él por poco más de la mitad del

dinero que se pagó en la subasta. Me advirtió que la pieza había que enfriarla porque carece de certificado de propiedad, un inconveniente menor que podría solventar la alta cúpula de la Unidad Especial de Tesoros Nacionales.

Era la primera vez que alguien unía el nombre de una mujer al rubí. La f que estaba grabada en el anillo que custodiaba Santiago se correspondía con Faride. Las frases de Arda perdieron fuerza después de cuantificar el precio de la joya, pero todavía le quedaba un comodín que puso sobre la mesa en cuanto intuyó que la reunión se desvanecía.

—Le doy veinticuatro horas para que me entregue el anillo —exigió sin perder de vista la cuenta que un hombre de mediana edad trajo en un cofre forrado de estaño—. Esto es cosa mía, igual mañana le toca invitar a usted.

—¿Y si no lo tengo? —respondió—. Yo en ningún momento he reconocido su existencia.

—Señorita Baxter, mire con disimulo en dirección a la mesa que sobresale por encima de su clavícula derecha —detalló—. Rusos. Nos siguen desde hace más de dos horas. El gordo odia a muerte a los *amerricanos*.

Eve cubre su cara con las dos manos y comienza a derrumbarse.

—Espero que valore la proposición que le acabo de hacer —deseó con una sorna inevitable—. Si lo hace, garantizo su seguridad y la de su compañero durante su estancia en Estambul. ¿Quiere que la lleve al hotel?

Arda intuyó una negativa impresa en mi cara y no movió un músculo, se quedó fumando mientras yo caminaba hacia un destino indefinido: estaba muerta en vida.

Los silencios andrógenos del capitán Arda, las fotografías del cadáver de Tayyid y estar en el punto de mira de los rusos habían exprimido un día en el que Santiago decidió quitarse del medio. Confusa por un callejero que repetía sus esquinas como uno de esos *hits* que bombardean las emisoras de radio para justificar un acuerdo comercial con una discográfica, oír el roce metálico de los raíles del tranvía se convirtió en una pista definitiva para escapar de

aquel laberinto. Sin saber cómo, identifiqué la posición del hotel a unos doscientos metros calle abajo.

Los muros que alcé en los primeros enfados con tiramisudesvelado2001 se interponían de nuevo entre nosotros. Ni llamadas, ni SMS, ni una nota en la recepción del hotel… Santiago se evaporó en plena crisis. La muerte de James en los ataques terroristas del 11-S nunca formó parte de nuestras conversaciones y no creía que desclasificar esa información fuera una gran decisión. Sobre todo, ahora que había completado mi macabro *Irish Shamrock*: Tom Baxter, James O'Dogherty y Tayyid. Sin quererlo, opositaba como aprendiz de una viuda negra: algo pálida, pero igual de letal.

Si hasta en el matrimonio hay secretos que las partes deciden llevarse a la tumba, ¿qué ganaba yo contándole a Santiago el trágico final que tuvieron dos hombres con los que había compartido algo más que un juego de sábanas? Él debe quedar al margen de este gafe sentimental o sexual.

A diez metros de los escalones que conducían a las habitaciones ubicadas en el entresuelo me crucé con el empleado del hotel que durante el *check-in* se dirigió a mí como la señora Mendoza. En un primer momento evitó el contacto visual, pero en un intento por reconciliarse con una clienta a la que había incomodado se interesó por la salud de mi compañero de viaje.

—Buenas tardes, señorita Baxter —saludó con la amabilidad que se le exige a un empleado de este perfil—. ¿Cómo está el señor Mendoza?

—Bien —devolvió sin aportar más datos que alargara el encuentro.

La extranjera se muestra inquieta, pero no hace preguntas.

—La mente humana debe estar muy agitada cuando la única salida es el suicidio —prosiguió con un sentimiento de lástima impostado—. La vida no es fácil y hay que tomarse las cosas de otra manera.

—¿Suicidio? —indagó con la esperanza de que se tratara de un error—. No sé de qué me está hablando.

Baxter siente que sus pies se ablandaban.

—¿Suicidio o llamada de atención? —amplió el conserje—. Pocos son los que se suben de madrugada a un tejado a contemplar la

luna. Bomberos, militares, policías, sanitarios… Todo el mundo habla de lo ocurrido.

Santiago había dado un paso al costado: trató de quitarse del medio.

(Cuatro pisos más arriba).

Miauuu, miauuu, miauuu.

Unos maullidos espantaron las últimas secuencias de un día aburrido. Solo salí de la habitación para ir a desayunar. ¡Maldita sea! No pude soportar el circo que se montó en el comedor: todos hablaban del loco que anoche se subió al tejado, del español afectado por una relación amorosa en ruinas que trató de quitarse la vida saltando al vacío desde la cornisa del hotel. Avergonzado por semejante error, derrotado tras ver cómo Eve Baxter se refugiaba entre las mentiras de Tayyid, opté por aplacar esta tormenta de cuchicheos recluido entre estas cuatro paredes.

En pleno descuento, no tenía ganas de cruzarme con Arda en el ascensor, en el restaurante o junto a la gran cristalera del recibidor. El capitán es como el cuñado charlatán que no deja de exagerar sus frases con tal de acaparar la atención, un vendehúmos que no estaba dispuesto a parar hasta que no tuviera en sus manos el rubí.

Un ser igual de monstruoso que los soldados que envió Abdülmecid a cazar al valeroso Atil Kutman.

Nunca he sido un tipo duro, pero las peripecias que me contó Zahîr sobre el joven jenízaro que se adueñó del corazón de su abuela activaron un extraño sentimiento de aventura en mí. Sin saber cómo, le había perdido el miedo al capitán Arda: estaba preparado para engañar a Eve.

Capítulo 15

«En todos los cementerios hay
muertos sin rostros que nadie reclama».

Rufino, sepulturero del camposanto
de San Juan de La Laguna

Miauuu, miauuu, miauuu…

Al entrar al baño encontré tres gatos: uno blanco y dos negros. Los últimos eran idénticos al que elegí como cómplice para que custodiara el rubí. Antes de que pudiera cerrar el ventanuco, el felino de pelaje claro huyó. Los otros observaron mansos un operativo que interrumpieron unos nudillos golpeando la puerta. Ya tenía a uno de los animales sujeto y no atendí la llamada, pero la madera volvió a retumbar.

Toc, toc, toc…

La funda estaba vacía y aplacé el segundo registro: Eve creyó ver a un resucitado.

En su rostro estaba impreso el susto, quizás un miedo superficial que no llegó a la histeria. Ella generó una distancia de seguridad entre nosotros, pero entre una de sus escasas frases se le escapó un insípido «¿Cómo estás?». Los gatos que tenía acorralados aprovecharon este titubeo y se piraron por el pasillo: uno de ellos se coló entre las piernas de Baxter, el otro se arrojó contra una de sus rodillas y dio una voltereta en el aire antes de impactar con su lomo contra la pared. Estos no vuelven ni locos.

—¿Qué hacían esos bichos en la habitación? —censuró—. Estoy harta de esos animales, los veo por todas partes. ¡Putos gatos!

—Se han colado a través de la ventana del cuarto de baño y no me molestan.

Baxter no mencionó la nota, pero en su mirada reconocí una insulsa culpabilidad. Su lástima alcanzó el estrato más elevado cuando hizo referencia a un intento de suicidio que no negué para

evitar tener que dar explicaciones del anillo. Me sentía arrinconado. Si reclamaba el rubí la situación sería crítica, pero no hubo bronca… A veces un giro inexplicable impide que un problema evolucione a la categoría de catástrofe.

—Santiago, debes mantener oculto el anillo —suplicó sin dar síntomas de flojera—. Ni siquiera yo debo saber dónde está, ¿de acuerdo?

Ninguno sentía la necesidad de alargar más el encuentro y Eve se alejó en dirección al ascensor con paso firme. Antes de dar un giro a la izquierda y quedarse delante del elevador destapó una despedida lapidaria.

—Tayyid ha muerto —escuchó cuando estaba fuera de plano.

La ligereza con la que trató un tema tan grave relegó la pérdida de la joya a una anécdota. Al menos yo respiraba. En aquellas tres palabras encontré la misma naturalidad con la que Rufino hablaba de los inquilinos del cementerio de San Juan, el halo de superficialidad que exhibió Eve Baxter cuando decidió contarme que los padres de Eyre Jordan desconfiaron desde el minuto cero de los restos que los investigadores reseñaron en San Cristóbal de La Laguna los últimos días del mes de marzo de 1977.

La inmunidad con la que Eve trataba a los difuntos esparcía la precisión inmisericorde de un francotirador, pero no me sentí aliviado al recibir la noticia de la muerte de Tayyid. Mi relación con Baxter se desfiguraba. Recuperar el anillo y entregar el sobre eran los dos capítulos finales de una conexión fallida. Lo que no sabía todavía era el orden en el que se iban a precipitar los acontecimientos. A veinticuatro horas de que se cumpliera el requerimiento del capitán Arda todo seguía en el aire.

Dos días le concedió el gobierno español a los agentes del FBI que llegaron a Tenerife el 28 de marzo de 1977 en un jet privado desde Nueva York. Nadie confirmó la presencia de los norteamericanos en Los Rodeos, pero todos los que pisotearon aquel escenario apocalíptico sabían que los señores silenciosos de trajes caros que recogían pruebas entre los restos quemados de los aviones, ya casi apagados y una montonera de cadáveres, eran funcionarios del Departamento de Justicia. Se movían sin acatar las órdenes de los

peritos de las aseguradoras, como si con ellos no fuera la cosa. El gabinete de Jimmy Carter, que el 20 de enero de ese año se había convertido en el trigésimo noveno presidente de los Estados Unidos, dio luz verde a un operativo secreto que investigó la vía terrorista. La diplomacia española cedió a las exigencias de la embajada americana en Madrid: el atentado era su primera hipótesis, si no la única.

Sus servicios de inteligencia llevaban años analizando informes asociados con el Movimiento para la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (Mpaiac) y ahora tenían la excusa perfecta para actuar. Carter no se conformó con emitir un mensaje enlatado de condolencias a las víctimas similar al que remitió la reina Juliana de los Países Bajos. El FBI centró sus investigaciones en Antonio Cubillo, por aquel entonces exiliado en suelo argelino. Un complot necesita fijar la atención inicial sobre un tipo raro como Lee Harvey Oswald[4].

España gestionaba con cautela el legado franquista cuando sobrevino el caos, sus cuerpos de seguridad obedecían órdenes de un *staff* que maduró por la voluntad de un dictador y en plena Guerra Fría entre EE. UU. y Rusia había que guardar las apariencias: los estadounidenses hicieron lo que tenían que hacer en un tiempo récord y los rusos, que mantenían una fluida relación con la cúpula del Mpaiac, conocían su presencia en La Laguna. No hubo detenidos, pero sí un cruce de cables confidenciales con el que las partes negaron una evidencia: durante 48 horas Tenerife atrapó el interés de la CIA, el KGB, la Casa Blanca, el Kremlin, los Marines, el ejército ruso… En medio de aquella crisis diplomática se cerró un dramático inventario. Nada de pruebas de ADN. Las identificaciones se hicieron tomando las huellas dactilares: eran otros tiempos.

Los embalsamamientos se completaron antes del 30 de marzo. El esfuerzo para recomponer cuerpos calcinados y mutilados fue titánico. Los Rodeos era el único aeródromo de la isla —las obras del Reina Sofía de Granadilla se aceleraron después de la colisión— y aparecieron las urgencias.

Si el rubí que recuperé en 1983 en Tenerife Norte era de Eyre Jordan, solo podían existir dos posibilidades que justificaran las dudas de los abuelos maternos de Eve Baxter: o no lo llevaba puesto en el instante del impacto o el accidente amputó la mano en la que relucía el anillo de Faride. Una cosa es segura: la joya estaba en La Laguna el 27 de marzo de 1977.

Los médicos embalsamaron quinientos sesenta y tres cuerpos, inyectaron dosis de formol y zinc en unos restos abrasados que transformaron el hangar en un purgatorio. Una docena de fallecidos no pudieron ser reconocidos durante su estancia en Tenerife. Esa y otra información que podía despejar al cien por cien las incertidumbres de Eve Baxter formaban parte de los documentos que custodiaba en el sobre que descansaba en la mesa de noche. También se adjuntaban unos artículos de prensa en los que el líder socialista Felipe González denunciaba el apoyo ruso al Mpaiac. Nunca la convencí de que una trama terrorista no estuviera detrás del accidente de los *jumbos*, pero lo incuestionable es que nadie tuvo que comparecer ante la justicia para responder por las quinientas ochenta y tres víctimas mortales y los sesenta y un supervivientes.

El pago de millonarias indemnizaciones y una investigación centrada en una cadena de errores humanos se ligaron con los daños colaterales de la explosión reivindicada por el Mpaiac en Gando; un caso cerrado que tres décadas y media después sigue generando numerosas incógnitas. Muchas de esas preguntas sin respuestas permanecían ancladas a la cabeza de Eve.

El capitán Arda reaparece por medio de un SMS para ratificar la breve necrológica del joven con rostro de comadreja.

«¿Ya conoce el trágico final que ha tenido Tayyid?», escribió el oficial.

Un pellizco estomacal confirmó un apetito que demoré hasta que la luz se transformó en oscuridad. Durante unos minutos planifiqué una minuciosa vía de escape en dirección al restaurante que tenía un acceso desde uno de los patios del hotel, un plan B para evitar atravesar el *hall* y quedar expuesto a las afiladas lenguas de los clientes: me he pasado casi toda la vida huyendo de problemas que yo no desencadené.

Todo hubiera salido perfecto de no haber coincidido espalda contra espalda con Arda cuando había tomado asiento. Aquel hombre era insaciable, lo más parecido a un Colombo[5] turco. Nunca se rinde, jamás se va del todo.

Una mosca cojonera que no renunciaba a recuperar la joya sí o sí: un tipo duro de pelar y, por ahora, insobornable.

El policía me recibió con sorpresa, aunque en el fondo estoy seguro de que esperaba este encuentro.

—En este oficio uno nunca sabe dónde y cuándo cenará —trató de crear un ambiente de normalidad—. A veces, ni siquiera hay tiempo.

Arda pidió permiso para cambiar de mesa y se colocó frente a mí. Su plato estaba vacío, pero no se resistió a rebañar una salsa de azafrán con una torta de pan pita. Luego, empleó dos servilletas para limpiar su boca y me susurró un consejo: «Yo pediría cordero estofado con membrillo».

Al turco se le hacía la boca agua cuando se regocijaba con la gastronomía local.

Al no detectar a Necdet creí que estaba fuera de servicio, pero un policía nunca descansa. Antes de que llegara al té me mostró una foto de Tayyid.

Su piel se había aclarado hasta alcanzar una apariencia cadavérica y en la mejilla izquierda era visible un traumatismo que iba perdiendo intensidad a medida que ampliaba su perímetro: de morado a malva hasta ocupar un radio de unos dos centímetros y medio. Arda estaba a la defensiva. Sus comentarios habían dejado de reclamar curiosidad y aguardaba un desliz, un paso en falso que le asegurara la victoria. La rigidez de su rostro era un síntoma de control y su confianza creció cuando le pregunté cómo había ocurrido lo de Tayyid.

Se hace el silencio durante unos segundos.

—Eso es algo que tendrá que aclarar su amiga —reveló mientras apuraba un cigarrillo—. ¿Ve la herida del pómulo?

—Sí.

—Se la hizo en su habitación —sostuvo con contundencia—. Algo ocurrió entre ellos… Se les fue de las manos, hay pasiones que

matan.

Eve le había declarado la guerra a su madre antes del accidente mortal, la autosuficiencia con la que manejaba su adiós provocaba que la mayoría de los mortales solo conocieran su versión más repulsiva y el poco aprecio que le tenía a la vida le llevaba a tomar decisiones suicidas… Pero una cosa es acumular errores hasta bordear mi desprecio y otra bien distinta es compartir una aventura a ciegas con una asesina: ella no lo mató.

Arda saboreaba mi falta de información y añadió más presión sin tener que mencionar la joya. Su último pensamiento fue categórico: «Vuelva a su habitación y descanse… Ahhh, y no intenten abandonar Estambul sin comunicármelo, no llegarían demasiado lejos», recalcó en plural.

Un picor que ascendía desde las plantas de mis pies y una leve sacudida ocular ratificaron un estado de nerviosismo que me hizo desobedecer la primera recomendación. Permanecer durante más de doce horas encerrado había alterado mi respiración y volver a un cuartucho no era el mejor remedio. Caminé durante unos diez minutos en dirección contraria a Sultanahmet, hacia el costado donde crecía la ciudad menos monumental. Un camarero me alertó de que algunos barrios próximos a la Muralla de Teodosio no son seguros después de las diez de la noche. Varias de esas prohibiciones formaban parte del distrito de Laleli y estaban bajo el control de los rusos. Mi intención no era entrar en esa ratonera, pero cuando intenté deshacer mis pasos no había remedio: varios hoteles de estética decadente de dos y tres estrellas se alineaban en los márgenes de una calle desguarnecida. Una planimetría ni demasiado larga ni laberíntica que moría junto a una playa: las trampas y la delincuencia olían a salitre.

Los luminosos que anunciaban el restaurante *London* y la discoteca *Zúrich* eran un reclamo para los turistas que buscan placeres nocturnos.

Las madrugadas en Laleli se movían con el reglamento que imponían los dueños de los vehículos de lujo que se detenían junto a las aceras más cercanas a los pubs. El tulipán, así se traducía en español el nombre de un distrito por el que desfilaban camarillas de

rusos con prendas ajustadas que marcaban su musculatura. Pechos anchos, brazos como mortadelas, puños grandes… Esa era la generalidad en una escenografía cicatera en la que las piezas se movían en base a los intereses de los mafiosos que controlaban la venta de drogas y sexo. La mayoría de las veces lograbas un dos por uno a un precio asequible.

O los españoles tenemos fama de putañeros o la chica caucásica con la que me crucé sobre un paso de peatones tenía unos poderes adivinatorios tan afinados como los de una pitonisa que se cuela entre los sonámbulos anuncios de teletienda.

—Hola guapo, ¿buscas compañía? —ofertó con un acento seductor.

—¿Compañía?

—¿Quieres follar? —recuperó sin evasivas—. Cincuenta euros por media hora… La tarifa se dobla si quieres un completo, no beso a los clientes en la boca, ni hago otomanos. ¿Vienes o no?

Otras dos mujeres pugnaban por obtener el sí del conductor de un Audi TT rojo que se interpuso en uno de mis puntos de fuga. La misma joven que me acababa de ofrecer alquilar su cuerpo gritó hasta asegurarse de que le escuchaban decir en español que en «Laleli los maricones no son bien recibidos». Así etiquetaba a sus posibles clientes.

El sonido simétrico de una máquina de coser marcaba la frontera entre la parte más tenebrosa del barrio y una callejuela en la que se alineaban oficios que no tendrían futuro en otras ciudades. En una vieja zapatería de seis metros cuadrados un señor descalzo me miraba impasivo mientras reparaba unas sandalias. Fijó sus ojos en mí y en las empitonadas tetas de una muchacha que aparentaba ser más mujer de lo que era. Su sonrisa era una invitación a pagar cien liras turcas por los servicios.

—Dasha odia que la rechacen —aclaró una chica de 1,75 metros, castaña, pechos grandes y unas piernas igual de largas que las de Eve—. No se le está dando nada bien la noche y la ha tomado contigo.

—No te preocupes.

—¿Puedo ayudarte? —retomó una joven que no tenía más de veinte años y a la que rodeaban cuatro gatos—. ¿Ellos no vienen

conmigo?

—Ya —respondió al detectar un punto de ironía—. ¿No son un extra?

—Son una buena compañía —agradeció antes de agacharse para coger unos arenques del interior de un cartucho de papel que había escondido en un jardín—. Con diez liras de pescado los tengo pegados a mi culo toda la noche. Son insaciables.

Un ruso atlético vocifera al otro lado de la vía. La puta oculta el paquete detrás de una farola sin luz y responde con un alegato que tenía la misma textura de un insulto. No se achanta, pero recupera un andar insinuante y pone un par de metros de distancia entre nosotros.

La riña se alarga durante unos segundos mientras en el Bósforo se escucha la bocina de un buque.

—Chulo de mierda —murmuró en español—. ¿Te parece poco lo que te llevas por controlar con quién me meto a la cama? ¡Hijo de Satanás!

—¿Se pelean por los arenques? —se interesó Santiago cuando volvió el silencio.

—No, me preguntaba si te habías decidido —aclaró ella sin entender el contenido de su pregunta—. Dice que no soy una dependienta de unos grandes almacenes, que aquí el cliente paga o se va. ¡Maldito cabrón!

—No…, los gatos. ¿Se pelean por los arenques? —insistió el amigo de Baxter.

—Sí, ni siquiera hace falta que estén frescos —disimuló tocando su pecho con la mano derecha y levantando uno de sus tacones dorados del suelo—. Los que están en descomposición son baratos y su olor es mucho más penetrante. Se vuelven locos…

Aquel diálogo sin sentido me convenció de que era el mejor consejo que me había dado una mujer en mucho tiempo: tenía que comprar unos apestosos arenques para recuperar el anillo.

Intentar adquirir una docena de peces casi podridos en Laleli al borde de la medianoche debía ser una misión tan arriesgada como presentarse en Islamabad (Pakistán) armado hasta los dientes y

gritando. «Hola, soy un Marine de los Estados Unidos y he venido a matar a Osama Bin Laden».

Sonó la última llamada a la oración del día.

Haiia ala ssalat

Haiia ala ifalah

Haiia ala ifalah…

Los alaridos de Dasha aún retumbaban en mi cabeza cuando me crucé con Aydiner. Sus apariciones empezaban a ser milagrosas. Eve, seguro, que las vincularía con alguna conspiración pero no estaba en disposición de negar su auxilio. Esta vez fui yo quien llamó su atención. Sus ojos explotaron al verme y percibí la presión de una de sus manos en mi brazo izquierdo y un ligero empujón al dejar atrás el último semáforo en Laleli.

—¿No le han dicho que este es un barrio peligroso? —alertó—. Los rusos no dan una segunda oportunidad.

¡Está loco, solo en Laleli, y de noche!

La respiración de Aydiner era espesa y discontinua. El silencio capturó las últimas zancadas que dimos calle arriba hasta ubicarnos en una meseta que me devolvió la panorámica de una ciudad fascinante: el Cuerno de Oro se contorneaba encendido por una brillantina nocturna. Estambul dormía. Desde las alturas recuperé una cita de Orhan Pamuk que sostenía que «la vida no puede ser tan mala cuando, al menos, uno siempre puede ir a dar un paseo por el Bósforo». La mía dependía de un anillo que ahora estaba en poder de un gato negro.

—Necesito comprar unos arenques —casi suplicó—. No hace falta que están recién cogidos.

—¿Arenques? —remarcó su aliado—. ¿Fue a Laleli a comprar arenques?

Aydiner recibió mi petición con una carcajada, consultó la hora y enumeró media docena de encargos que se pueden realizar durante la madrugada en Laleli. Conseguir drogas, buscar sexo, comprar armas, planificar una protesta contra el presidente Sezer, adoctrinarse en la sharia, tráfico de obras de arte… Entre todas las

cosas malas que podían suceder no estaba comprar una bolsa de pescado maloliente. «Santiago, está loco, ¿arenques en Laleli?».

—Le conseguiré esos arenques —se comprometió a las puertas del hotel—, pero ahora vaya a descansar y no tiente más su suerte.

Aydiner no se despidió sin preguntarme por los problemas gástricos de Eve. Habló de los ardores intestinales que provocan las primeras comidas en Estambul y de las continuas visitas al baño. «El picante hay que combatirlo siempre con una buena hidratación… Agua, si es posible, no raki», añadió invocando una sonrisa. También se interesó por si al final hubo o no travesía a Büyükada, si conseguimos dar con Zahîr.

—Es un hombre bueno —exaltó—. Zahîr es un hombre del Islam.

El monólogo se inclinó hacia un plano en el que pude distinguir el legado maldito de la relación prohibida entre Faride y Atil Kutman. Zahîr Ahmed era el engranaje principal de una familia quebrada por la ambición. Él sufrió más que nadie una guerra que se llevó por delante a su hermano.

La voz de Aydiner adquirió una misteriosa gravedad en el instante en el que se refirió a Zahîr como un ser que estaba muerto en vida.

—Todo el mundo sabe que al que querían asesinar era a él y no a Hifzi —desveló tapando su boca con la mano derecha.

Santiago asimila la noticia sin cambiar el gesto de su cara.

—Hifzi enfadó a enemigos muy poderosos y nunca quiso vivir del negocio familiar —prosiguió—. Se metió en líos, pero, créame, al que se querían cargar era a Zahîr: a Hifzi lo convirtieron en carne picada para perros.

Vaciaron las cuencas de sus ojos, le cortaron la lengua, arrancaron de raíz el corazón, amputaron sus manos… El relato de la macabra autopsia que recuperó Aydiner creó un nudo en mi garganta. Sentía la ausencia de aire en el pecho, un sudor frío y una revoltura en la barriga. Por tercera vez insistió en el hecho de que el que debía de morir era Zahîr y no Hifzi.

—Los periódicos publicaron en las páginas de sucesos que había sido un ajuste de cuentas, que todo se precipitó a partir de una remesa de sülüks extraviada —detalló—. La gente habla por hablar,

pero en ese linaje hay algo que atrae a las desgracias desde el pasado siglo. Esa familia está maldita; son nuestros Kennedy.

—¿Sülüks? —interrumpió Santiago.

—Perdón, sanguijuelas —rectificó sin abortar su explicación—. Hay menos de las que exige el mercado y su precio se dispara en la ilegalidad.

Es posible comprarlas en el Bazar de las Especias en pequeñas cantidades para usarlas como remedios caseros. Turquía vende cada año más de seis toneladas a laboratorios alemanes y franceses. Vivas o congeladas, los farmacéuticos extraen las propiedades anticoagulantes y anestésicas de su saliva para fabricar productos caros que se comercializan en el sector de la cirugía plástica.

—¿No estará traficando con arenques? —especuló Aydiner al despedirse.

Entré en la habitación con el deseo de ser recibido por un maullido, pero el sosiego presidía un orden que había sido alterado durante mi ausencia. La imagen no era demasiado diferente al escenario que abandoné durante la visita a Laleli, pero algunos detalles evidenciaban un registro. El sobre no estaba en la mesa de noche y una de mis maletas subió de golpe una de las baldas del armario. No eché en falta nada, pero ahora la documentación que debía entregar a Eve Baxter descansaba en una silla. ¿Necdet? La observación que hizo Zahîr en relación a su torpeza convirtió al ayudante del capitán Arda en el único sospechoso de aquella chapuza.

El CD-ROM con las imágenes de los 583 fallecidos en Los Rodeos seguía en el sobre. El dossier fotográfico me lo proporcionó un exfuncionario de la Delegación del Gobierno con motivo del 25 aniversario de un suceso que movilizó a más de tres centenares de periodistas de todo el mundo. En cada fichero había una fotografía personal que las aerolíneas reclamaron a los servicios policiales o familiares, otra que realizaron los investigadores para certificar la identificación y las pertenencias que se recuperaron en Tenerife Norte. En el archivo de Eyre Jordan (Nueva York, 1948) solo había una foto. Un retrato sonriente de tres cuartos en el que reconocí a Eve. ¡Joder, era una fotocopia de su madre! En la casilla reservada a

los objetos recuperados, ni rastro del anillo, pero sí una pulsera con tres nazar bancugu casi desintegrados por el fuego.

El miedo a sentir miedo es la peor amenaza a la que se puede enfrentar el ser humano. Nos hace inseguros y la verdad pierde peso por omisión o por querer construir una realidad paralela. Aunque no lo confesara y su madre estuviera muerta desde marzo de 1977, Eve solía teñir las sesiones nocturnas entre tiramisudesvelado2001 y campañillademanthattan con hipótesis que ella desordenaba a su antojo. «Y si no hubiera subido nunca a ese avión, y si su muerte fue un montaje para alejar a la CIA y a los militares, y si aceptó vivir con una identidad falsa el resto de sus días…». (A los humanos nos gusta jugar al y si…).

La crueldad con la que Baxter armaba preguntas y respuestas solo se sostenía de un hilo invisible que conectaba las dudas de sus abuelos con los cadáveres calcinados y desmembrados, muchos de ellos irreconocibles, que se recuperaron entre toneladas de escombros. Ella deseaba que esos recuerdos se borraran como el agua que se cuela en la esfera de un reloj que dejas hundido toda la noche en un tazón de arroz con el único propósito de que al amanecer las humedades hayan desaparecido.

A mí también me gustaría despertar mañana sin sentir el aliento de Arda en el cuello, lejos de Eve Baxter y con el gato que se marchó con el anillo durmiendo a mis pies.

Por si fuera poco, la imagen de un Tayyid exánime sobre una mesa de mármol blanco me mantenía en vela en contra de mi voluntad.

Hasta hoy no había aceptado que Baxter podía ser una de esas personas tóxicas que se atan a tu vida sin saber por qué, un parásito que sobrevive ajeno a los sentimientos del ser que ha colonizado. Cuando me abandonó Rebeca recurrí a esos manuales de autoayuda. Los puntos en común con Eve no eran casuales. Las dos tenían unos niveles de egocentrismo altos, sus visiones están empapadas de pesimismo, en muchas ocasiones se posicionan como víctimas, no tienen conciencia de sí mismas, son envidiosas e infelices y no se alegran por los éxitos de los demás.

La suma de esos comportamientos puede generar una reacción en cadena incontrolada, un cataclismo como el que se dio en Los

Rodeos en marzo de 1977.

La lista de malas casualidades que provocaron el choque de los B-747 en San Cristóbal de La Laguna convivía en un informe que formaba parte de la documentación que volví a revisar para combatir el insomnio. El aeropuerto de Gando sin operaciones por una amenaza de bomba, una climatología adversa en Los Rodeos, la existencia de demasiados aviones en Tenerife Norte, las luces de la pista apagadas, interferencias en las comunicaciones, errores a la hora de cumplir las órdenes y, por si fuera poco, la falta de experiencia siempre es la consecuencia de una suma de decisiones equivocadas: ¿Debía negociar con Arda?

La fotografía de un joven médico culminando el último embalsamamiento en el hangar de Los Rodeos se coló en mi cabeza cuando extraje del sobre una entrevista en la que se relataba el silencio con el que se seccionaban los cuerpos de arriba abajo. A continuación se vaciaban —sacando el cerebro y las vísceras— y limpiaban con sulfato de zinc en polvo. Los últimos pasos se completaban introduciendo un algodón impregnado con una solución de cloruro de zinc y envolviéndolos en vendas para ser repatriados.

Una frase pronunciada por el sanitario se convirtió en la pista definitiva para abrir una búsqueda: «A los restos que no pudieron ser identificados se les dio otra salida».

Rufino fue el primero que citó de una forma imprecisa a unos muertos sin rostros que habían sido enterrados en el cementerio de San Juan, pero la versión del guardián que vigilaba mis pasos y los de Tomás cada vez que visitábamos el antiguo camposanto de La Laguna ganó credibilidad a raíz de unas excavaciones autorizadas por un juez en las que se seguía la pista de unos desaparecidos de la Guerra Civil: Franco, siempre Franco…

En unas celdas separadas por un muro de adobe, a un metro y medio de profundidad y unos cinco metros de largo, aparecieron unas bolsas llenas de huesos de las víctimas. La decisión de ocultarlos nunca se hizo pública. Las autoridades optaron por no molestar a los familiares de los difuntos con cuestiones que no tenían una fácil resolución. No había que ser un experto para descartar una larga lista de errores en las labores de identificación.

[4] Lee Harvey Oswald, exmarine de los Estados Unidos, fue detenido como sospechoso de asesinar al presidente John F. Kennedy el 22 de noviembre de 1963 en Dallas. Dos días después falleció tras recibir varios disparos cuando era trasladado para declarar ante el juez.

[5] *Colombo*, serie policial y de misterio, en clave de comedia, protagonizada por el actor Peter Falk que alcanzó una gran popularidad televisiva entre 1971 y 1978. El teniente Colombo era muy insistente a la hora de cercar a sus sospechosos.

Capítulo 16

«¿Santiago, aún no te has dado cuenta
de que no quiero tener nada contigo?».

Eve Baxter

Eve Baxter es como el junco que el viento somete a su antojo pero jamás logra doblegar. Se balancea desordenada de lado a lado sin medir sus acciones: ahora sí, después no.

Llevaba más de diez minutos con los ojos abiertos como platos y la mirada clavada en una minúscula araña que se descolgaba de un hilo imperceptible sobre mi calva. Estaba prisionero de una reflexión cervantina que argumentaba que «el amor es invisible; entra y sale por donde quiere sin que nadie pida cuentas de sus hechos».

Por mucho que me calentara el desprecio con el que me trató Tayyid, no era capaz de asimilar que la mujer que me había metido en esta ratonera fuera una homicida. En pleno descuento del viaje a Estambul mi prioridad era reorganizar la maleta por si tenía que salir a toda pastilla de aquí. La advertencia del capitán Arda no me dejaba pensar con claridad y tampoco había motivos para alargar mucho más esta farsa.

Toc, toc, toc… Golpean la puerta.

Al abrir encontré al conserje que tanto había enrabietado a mi compañera de viaje.

—Buenos días, señor Mendoza —saludó con una educación inmaculada—. Le han dejado este paquete en recepción. ¡Buen provecho!

Las tres gotas de sangraza que cayeron sobre el parqué desvelaron el contenido de un obsequio que venía envuelto en unos periódicos. Aydiner había resuelto mi encargo. Estos arenques eran los más apestosos del mundo. Olían a perros muertos, pero si atraían al gato que me robó el anillo daría por buena una pestilencia que acoté en el cuarto de baño.

Santiago enjabona de forma compulsiva sus manos.

Dos arcadas voltearon mi estómago al ver el grado de putrefacción que había en el interior de un cartucho que abandoné al lado de la bañera después de abrir el ventanuco. A continuación entorné la puerta y bajé al comedor con ese repulsivo olor metido entre ceja y ceja. Al pasar por delante de la nevera de las bebidas me acordé de un par de remedios caseros de la tía Carmela para espantar las náuseas: té de canela o una infusión de jengibre tibia.

No me costó demasiado esfuerzo distinguir la presencia de Arda y Necdet en una mesa que estaba reservada al personal de cocina. No tenía mantel ni flores y su ubicación la disimulaba un obsoleto biombo que permitía a los comensales tener una visión de todo el salón sin ser vistos. El capitán se limitó a mostrarme la esfera de su reloj en cuanto tuvo la certeza de que había sido descubierto. Tenía quince horas para resolver mi futuro, algo más de medio día para recuperar el rubí y vender mi amistad con Eve Baxter. ¿Truco o trato?

Mmmm, mmmm, mmmm… El móvil de Santiago vibra: había llegado un SMS.

Eve: ¿Desayunamos?

La pregunta de Baxter agitó un fragmento de la última conversación que mantuve con Zahîr en la que este me proponía engañar a Eve. Demasiados calderos al fuego. Arda se regodeaba con mi nerviosismo. Con las pulsaciones a mil no era capaz de controlar los movimientos más básicos. No sé cómo, pero la jarra del café acabó tiñendo de marrón un tapete de color blanco. Enseguida vino una camarera a retirarlo todo. Parecía un lelo sosteniendo por encima de mis hombros el sobre que le iba a dar a Eve. El aguachirri solo humedeció el envoltorio por el lado contrario al que tenía el adhesivo. Necdet le susurró algo en el oído derecho a su superior, pero no dejó de incrustar un generoso trozo de bazlama en la yema de un huevo frito antes de abrir su enorme boca. Enseguida llegó lo que asocié con la reprimenda de Arda. El sargento agarró una servilleta con desdén y, sin transmitir vergüenza, limpió los restos de una salpicadura amarilla que había quedado atrapada en su frondoso

bigote. Andaba tan metido en aquel sainete que no advertí la sorpresa que estaba a punto de recibir por mi retaguardia.

—Buenos días, ¿es usted? —escuchó Santiago con unos matices extranjeros—. No sabía que estaba alojado en este hotel. Es modesto, pero muy céntrico.

Al girarme me encontré con una mujer elegante y seductora al cincuenta por ciento. No sabría explicar qué porcentaje terminaría ganando aquella aparición, tampoco quién era la joven. ¿Por qué insistió en presentarse?

—¿No se acuerda de mí? —repitió sin pedir permiso para sentarse en la silla que cruzó sus miradas—. Soy Katia.

—¿Katia?

—Sí, estuvimos hablando anoche en Lalely —aclaró acercando la boca recién pintada a su oreja derecha para evitar ser escuchada—. Estaba a su lado cuando Dasha la tomó con usted… No soporta que un cliente la deje de lado. ¡Es celosísima!

La chica con la que compartía mesa era la puta que engolosinaba a los gatos con arenques, la misma que me aconsejó que Lalely no es un barrio seguro para los turistas. Al menos para los que entran y salen sin consumir sexo. No hizo falta que la invitara a un café, ella parecía tenerlo todo bajo control. Café, zumo de naranja, tostadas con mermelada de ciruela roja… Eso fue lo que eligió de menú. Durante unos segundos se limitó a untar la confitura sin finuras. De hecho, rebañó de un lengüetazo una mancha colorada que quedó aislada entre el pulgar y el índice de su mano derecha sin dejar de lado un erotismo desenfrenado: «soy buena de boca», dijo.

—¿Estás ocupado? —interrumpió Eve sin apartar sus ojos la chica.

Katia no dejó de comer mientras ella escaneaba su cuerpo de arriba abajo. Un incómodo silencio se instaló entre los tres. Nadie quería modificar un sigilo que solo se alteraba cuando los dientes de mi acompañante de mesa trituraban el pan tostado recubierto de confitura roja.

—Hola cariño, soy Katia —tomó la iniciativa la rusa.

—No me gusta que me llamen cariño —reaccionó Baxter—. Y tampoco me interesa saber cómo se conocieron.

—¿Siempre eres tan maleducada? —lanzó un dardo la muchacha de Lalely—. ¿O solo cuando no has tenido una buena noche?

—No he tenido una mala noche.

—Te aseguro que los tres lo habríamos pasado mejor —vaticinó colocando sus dedos sobre la mano derecha de Eve—. No estás nada mal, me gustan las pelirrojas: son mujeres con carácter… Les habría hecho un buen precio.

La americana no quiso alargar más una guerra de gatas que se agotó en el instante en el que Katia abrió su bolso, metió dos envases de mermelada y otros dos de mantequilla y se despidió con un «chao, cariño».

—No te la vas a tirar —susurró cuando ya estaba de pie—. Conozco bien a este tipo de mujeres, no sueñes con ella porque no te la vas a tirar. Es una estrecha.

Katia pica el ojo derecho a Santiago.

En cuanto me recuperé de un espectáculo digno de *Pretty Woman* opté por volver a la habitación, pero en lugar de tomar el ascensor atravesé el *hall* con el deseo de reencontrarme con Eve Baxter. ¡Bingo! La hija de Eyre Jordan permanecía sentada delante de una cristalera que atraía hacia el interior los movimientos de centenares de desconocidos.

—Hola

Eve Baxter no contesta.

—¿Estás bien? —insistió él sin ocupar uno de los sillones libres.

—¿Tú qué crees? —rompió el silencio—. Me importa una mierda que hayas pagado por estar con una puta, ¿pero qué pinto yo en esa ecuación?

—No me la he tirado.

—Insisto, no me interesa lo que hayas hecho con esa ramera.

—¿Estás celosa?

—Eres un engreído —enfureció—. Llevas años tratando de tener algo conmigo y aún no te has dado cuenta de que no es posible.

Aquella sentencia me dejó mudo, agaché la cabeza y le entregué el sobre manchado con café. Había empezado a tomar decisiones.

Capítulo 17

«Treinta años después no puedo asegurar que no se cometieran errores en la identificación de los cadáveres».

Doctor Rojas, testigo del accidente de Los Rodeos

Una gota de café se quedó atrapada debajo de una de mis uñas al intentar abrir el sobre que me dio Santiago, otras dos cayeron al vacío hasta estrellarse contra mi vaquero de color blanco. ¡Mierda!

Eve hace un intento por reincorporarse, pero al ver el matasellos de uno de los folios recoloca el culo en el tresillo y aborta una fuga al servicio.

Las manchas del pantalón y mi curiosidad crecían en paralelo mientras reordenaba los informes. Cada grapa marcaba el principio y el fin de uno de los *dossiers*. Había cuatro separatas del accidente: trece páginas con las conclusiones del Tribunal de Aviación Civil de Holanda, otras dieciséis con la conversación íntegra que mantuvieron los pilotos de los jumbos con la torre de control segundos antes del impacto, una petición judicial para la apertura de un nicho del cementerio de San Juan, en San Cristóbal de La Laguna, que contenía huesos sin identificar y el espeluznante testimonio de un alumno de Medicina que aquella tarde se presentó voluntario para colaborar con el embalaje de los cadáveres agolpados en el hangar.

No sabía por dónde empezar. Si debía respetar el orden cronológico de los hechos o agarrarme a una pista clarificadora que encontré en unas frases del doctor Rojas: «Hicimos lo que pudimos, no había tiempo para pruebas de ADN y nos fiamos de la lógica… Tiramos de intuición».

Al fondo de la fotografía aparecía un furgón, en primer plano varias hileras de ataúdes y en el medio un sanitario con unas gruesas gafas de pasta embalsamando el cuerpo de un pasajero que había muerto horas después del siniestro en la Unidad de Vigilancia Intensiva (UVI) del Hospital General de Tenerife. Otro hombre miraba con las

manos anudadas sobre sus nalgas una escena parecida a *La lección de anatomía* de Rembrandt. Es cierto que en el cuadro pintado por el neerlandés había más mirones, pero en ambos casos en la mesa yacía un varón de rasgos caucásicos envuelto en una sábana. En un pósit amarillo melón había una aclaración con la letra de Santiago: la foto fue publicada en el *The New York Times*.

El asustadizo estudiante de Medicina hablaba de los tres días que estuvo encerrado en aquella nave, de cómo tuvieron que desencajar los dientes de los difuntos con un martillo y un cincel antes de fotografiarlos y enviar las imágenes por fax a Estados Unidos y a Holanda para su verificación, de los seis litros de una disolución de zinc y formol que le inyectaban a cada uno de los cadáveres hasta transformarlos en globos y conservarlos mientras las embajadas sellaban las repatriaciones, de la docena de turistas que no fueron identificados, de un silencio enloquecedor que se quebraba a traición con el chasquido de los huesos carbonizados que caían desgajados sobre las bandejas metálicas vencidos por la gravedad… ¡Newton, otra vez, la jodida ley de la gravedad!

Por primera vez creí en las interrogantes sobre los restos que llegaron a Manhattan desde Los Rodeos y la negativa de mis abuelos para que ella descansara en el panteón familiar. Las mismas dudas a las que Connor Jordan y Anne McKay se aferraron para dar sepultura a mi madre debajo de un cerezo de Green Wood (Woodlawn) removieron mi interior al leer una reflexión dubitativa del doctor Rojas: «Muchas de las identificaciones no fueron concluyentes al cien por cien; estaban los cuerpos pero a la mayoría les faltaba algo… Treinta años después no puedo descartar algunos errores, declaró en la entrevista fechada en marzo de 2007».

Otra fotografía en la que aparecían hasta once militares del Regimiento de Artillería 93 trasladando los restos del accidente en carretillas confirmó las urgencias por limpiar el escenario de la mayor catástrofe comercial de la aviación civil. Las órdenes eran desalojar la pista en el menor tiempo posible, comentaba en la misma edición un cabo de reemplazo que en marzo de 1977 realizaba el servicio militar en el acuartelamiento de Los Rodeos. Cada vez que se encontraba algo parecido a un fémur, una mano o

un pie se metía en un saco y nadie pedía explicaciones, añadió en un despiece que acompañaba el relato del novel doctor Rojas.

La autorización judicial para realizar pruebas forenses a los huesos que no fueron reconocidos avivó mi idea de que Eyre Jordan seguía en Tenerife.

Santiago, que siempre había tratado con cautela el trágico desenlace que sufrió mi madre en Canarias, acababa de abrir una gigantesca puerta en el tiempo que añadía aún más confusión a un viaje caótico que se estiraba una y otra vez sin ofrecer una puta respuesta. Entre tantos papeles di con una fotocopia en la que se distinguía el sello de la embajada de Estados Unidos en Madrid. El cable estaba dirigido al gobernador civil de Tenerife y su contenido me dejó helada. El pésame por la catástrofe no se alargaba más de tres renglones y medio, pero lo más llamativo estaba al comienzo del segundo párrafo.

Ruego confirme con la mayor brevedad posible el estado de Eyre Jordan McKay, pasajera del vuelo PAA 1736 que el día de ayer sufrió un lamentable accidente en el aeropuerto de Tenerife Norte.

En medio de una crisis humanitaria tan desmesurada, ¿por qué su salud era más importante que las otras 643 personas que se vieron involucradas en el accidente de Los Rodeos? La ausencia del documento con el que el gobierno civil saldaba la petición de Estados Unidos generó algunas sospechas de que sus datos aparecieran en el listado de los 61 supervivientes, todos ocupantes del vuelo de Pan Am, que nunca hasta el día de hoy estuve tentada de revisar: ella murió en Tenerife.

Entre las páginas 6 y 9 del informe de conclusiones del Tribunal de Aviación Civil de Holanda aparecía la relación de fallecidos y supervivientes en Los Rodeos. Subrayado en fucsia encontré el nombre de Eyre Jordan McKay, la identidad que recuperó mi madre tras la muerte de mi padre, escoltada por un asterisco sin ninguna aclaración. Estaba incluido en el apartado de los muertos, pero me llamó la atención que en el de los vivos solo hubiera 57 identificaciones completas, un par de huecos en blanco y otras dos

filiaciones que me resultaban familiares: E.B.J. y M.J.E.; ¿Eyre Baxter Jordan y McKay Jordan Eyre?

Eyre Jordan McKay.

Eve se queda pasmada contemplando el nombre de su madre antes de agarrar los papeles que replicaban la conversación que se produjo entre la torre de control y las cabinas de los dos aviones siniestrados.

La CIA tenía que estar detrás de tanta opacidad, son expertos en construir escenarios inexistentes y el de Los Rodeos lo tenía todo para convertirse en uno de esos casos cerrados que apestan a engaño. «Esos hijos de puta ni olvidan ni perdonan, siempre vuelven después de sufrir un revés», escuché en multitud de conversaciones de cafeterías tras los atentados del 11-S.

Capítulo 18

«Allí está… Mírenlo. ¡Maldición, Dios.
Ese hijo de puta está viniendo!».

Victor Grubbs, capitán del Pan Am
segundos antes de la colisión

Empecé a leer con desgana la conversación que mantuvieron las tripulaciones con la torre de control de Los Rodeos antes del accidente. Sabía de su existencia desde hace años, pero nunca me atreví a indagar mucho más.

*16:58:14 — **Radio KLM** — Aproximación de KLM cuatro ocho cero cinco en tierra en Tenerife.*

*16:58:21 — **Torre de control** — KLM cuatro ocho cero cinco, Roger (recibido).*

*16:58:25 — **Radio KLM** — Requerimos backtrack en la 12 para despegue en la Pista 30.*

(Backtrack se refiere a utilizar la misma pista para carretear y —tras un giro de 180º— para el despegue. La Pista 12 y la Pista 30, en realidad, son la misma pista principal, solo que en sentidos opuestos: la 12 en sentido suroeste y la 30 en sentido noroeste).

*16:58:30 — **Torre de control** — Bien, cuatro ocho cero cinco… Carretee hasta el punto de espera de la Pista 30. Carretee en la pista y salga por la tercera pista a su izquierda.*

(En diferentes fases de las conversaciones se escuchan ruidos de fondo que ensucian las indicaciones).

*16:58:47 — **Radio KLM** — Roger, (entrando) en la pista en este momento y en la primera (pista) salimos de la pista nuevamente hacia el comienzo de la Pista 30.*

*16:58:55 — **Torre de control** — Bien. KLM ocho cero… Corrección, cuatro ocho cero cinco… Carretee recto por la pista y haga backtrack.*

*16:59:04 — **Radio KLM** — Roger, hacer un backtrack.*

*16:59:15 — **Torre de control** — Cuatro ocho cero cinco, Roger.*

*16:59:28 — **Radio KLM** — Aproximación, ¿quiere que giremos a la izquierda en Charlie 1, salida Charlie 1?*

(Con Charlie 1 se refiere a la primera salida lateral, de las cuatro que atraviesan la pista principal del aeropuerto de Los Rodeos).

*16:59:32 – **Torre de control** – Negativo, negativo, carretee derecho hasta el final de la pista y haga un* backtrack*.*

*16:59:39 – **Radio KLM** – Bien, señor.*

*17:01:57 – **Radio Pan Am** – Tenerife, el Clipper uno siete tres seis.*

*17:02:01 – **Torre de control** – Clipper uno siete tres seis. Tenerife.*

*17:02:03 – **Radio Pan Am** – Se nos instruyó contactarlo a usted y también rodar por la pista. ¿Es eso correcto?*

*17:02:08 – **Torre de control** – Afirmativo, carretee por la pista y salga por la pista tercera, tercera a su izquierda (conversación de fondo en la torre).*

*17:02:16 – **Radio Pan Am** – Tercera a la izquierda, bien.*

*17:02:18 – **George Warns, mecánico de vuelo de Pan Am** – Tercera, dijo.*

*17:02:18 – **NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am** – Tres.*

*17:02:20 – **Torre de control** – Tercera a tu izquierda.*

*17:02:21 – **Victor Grubbs, capitán de Pan Am** – Creo que dijo primera.*

*17:02:26 – **Robert Bragg, copiloto de Pan Am** – Le preguntaré nuevamente.*

*17:02:26 – **NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am** – (No se alcanza a comprender).*

*17:02:32 – **Robert Bragg, copiloto de Pan Am** – Giro a la izquierda.*

(En ese momento el KLM se dirigía por la pista principal hasta el final del recorrido y el Pan Am había recibido instrucciones de carretear detrás, en el mismo sentido, para salir por la tercera pista. Detrás aguardaban otros aviones para entrar en la pista 12, con otro

avión esperando en la salida 1 y otro más en la 2, mientras que en las salidas 3 y 4 estaban despejadas).

Gráfico de la página 46.

*17:02:33 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – No creo que ahora tengan la mínima (visibilidad) para el despegue en ningún momento.*

*17:02:39 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – ¿Qué sucedió realmente hoy allí?*

*17:02:41 – **NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am, posiblemente sea un empleado de la aerolínea** – Pusieron una bomba en la terminal, señor, justo donde están los mostradores de check-in.*

*17:02:46 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – Bueno, les preguntamos entonces si podemos esperar y… supongo que tienes la palabra, aterrizamos aquí.*

*17:02:46 – **NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am** – (No se alcanza a comprender).*

*17:02:49 – **Torre de control** – KLM cuatro ocho cero cinco, ¿cuántas salidas pasó?*

*17:02:55 – **Radio KLM** – Creo que acabamos de pasar Charlie 4 ahora.*

*17:02:59 – **Torre de control** – Bien… Al final de la pista haga uno ochenta (giro de 180 grados) y repórtese listo para la autorización ATC (autorización de controlador aéreo) // (se escucha una conversación de fondo en la torre de control).*

*17:03:09 – **Bragg, copiloto de Pan Am** – El primero es un giro a 90 grados.*

*17:03:11 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – Sí, bien.*

*17:03:12 – **Bragg, copiloto de Pan Am** – Debe ser la tercera… Le preguntaré de nuevo.*

*17:03:14 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – Bien.*

*17:03:16 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – Probablemente podríamos entrar, es… ah…*

*17:03:19 – **Bragg, copiloto de Pan Am** – Debes hacer un giro de noventa grados.*

*17:03:21 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – Sí, un…*

(La confusión sigue creciendo entre las tripulaciones).

(El primer oficial lleva un mapa de la pista y se refiere a la salida número 3, que se encuentra a 45 grados de la pista principal, luego de las dos primeras salidas a 90 grados. Sin embargo, la salida 3 no está a 45 grados con respecto al avión de Pan Am sino a 135 grados, mientras que la salida siguiente —la número 4— sí está a 45 grados en relación con la dirección de la aeronave).

17:03:29 – ***Radio Pan Am*** *– ¿Podría confirmar que el Clipper uno siete tres seis, gira a la izquierda en la tercera intersección?* (La palabra tercera es reproducida con un asterisco).*

17:03:35 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Uno, dos.*

17:03:36 – ***Torre de control*** *– La tercera, señor, uno, dos, tres, tercera, la tercera.*

17:03:38 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Uno, dos (cuatro).*

(En la cabina de Pan Am hay dos personas que no estaban cuando el avión aterrizó en Tenerife Norte a las 14:15 horas).

17:03:39 – ***Radio Pan Am*** *– Muy bien, gracias.*

17:03:40 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Eso es lo que necesitamos, la tercera.*

17:03:42 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– (En español) Uno, dos, tres.*

17:03:44 – ***Grubbs, piloto de Pan Am*** *– (En español) Uno, dos, tres.*

17:03:44 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– (En español) Tres, sí.*

17:03:46 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Correcto.*

17:03:47 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– Lo haremos aún.*

17:03:47 – ***Torre de control*** *– Es (sic) siete uno tres seis, reporte al dejar la pista.*

17:03:49 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– ¿Flat de las alas?*

17:03:50 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Diez, indica diez, las luces principales del borde son verdes.*

17:03:54 – ***NN, persona no identificada en la cabina del Pan Am*** *– Entendido.*

(Frase subrayada con un fluorescente amarillo).

17:03:55 – ***Radio Pan Am*** *– Clipper uno siete tres seis.*

17:03:56 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– ¿Amortiguador de guiñada a instrumento?*

17:03:58 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Bob, tendremos una izquierda.*

17:03:59 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Tengo una izquierda.*

17:04:00 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– ¿Lo tenías?*

17:04:00 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Y necesito una derecha.*

17:04:02 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Te daré un poco.*

17:04:03 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Pon un poco de alerón en esto.*

17:04:05 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Bien, aquí hay una izquierda y te daré una derecha justo aquí.*

17:04:09 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Bien, giro a la derecha, guiñada derecha e izquierda.*

17:04:11 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Comprobar guiñada izquierda.*

17:04:12 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Bien, aquí están los timones.*

17:04:13 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Aquí están dos izquierda, centro, dos derecha centro.*

17:04:17 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Comprobar.*

17:04:19 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Controles.*

17:04:19 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– ¡No he visto ninguno todavía!*

17:04:20 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Yo tampoco.*

17:04:21 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Están libres, los indicadores están comprobados.*

17:04:24 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Allí hay uno.*

17:04:25 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Allí hay uno.*

17:24:26 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Ese es el de 90 grados.*

17:24:28 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Bien.*

(El capitán Grubbs alcanza a ver entre la niebla la primera salida, Charlie 1, y continúa camino a la pista de salida número 3).

17:04:34 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– ¿Peso y balance finales?*

17:04:34 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– (No se alcanza a comprender).*

17:04:37 – ***Lectura de las cajas negras*** *– (Se escucha un sonido similar al de un estabilizador de compresión).*

17:04:37 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Íbamos a poner eso en cuatro y medio.*

17:04:39 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– Tenemos cuatro y medio y pasamos cinco treinta y cuatro (sonido del estabilizador de compensación).*

17:04:44 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Cuatro y medio sobre la derecha.*

17:04:46 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Comprobar el recorrido del ingeniero.*

17:04:48 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– La comprobación del recorrido está completa.*

17:04:50 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– ¿Instrucciones de despegue y salida?*

17:04:52 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Bueno, va a ser estándar. Vamos a ir directamente allí hasta que lleguemos a 3500 pies, entonces vamos a hacer esa inversión y volver a 14.*

17:04:58 – ***Torre de control*** *– …ocho siete cero cinco y Clipper uno siete… tres seis, para su información, el* centreline lighting* (sistema de luces de eje de pista) está fuera de servicio (la información de la torre es legible aunque ligeramente quebrada).*

17:05:06 – ***Radio KLM*** *– Copie eso.*

17:05:07 – ***Radio Pan Am*** *– Clipper uno seis tres seis.*

17:05:09 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Tenemos marcas de línea central (solamente) (aunque pudo decir no tenemos). Cuentan lo mismo que… Necesitamos ochocientos metros si no tienen esa línea central. Leí eso en la parte posterior (de esto) hace un momento.*

17:05:22 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Esa es la 2 (se refiere a la pista de salida, Charlie 2).*

17:05:23 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– Sí, esa de allí es 45 (grados).*

17:05:25 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Sí.*

17:05:26 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Esa, es esta de aquí.*

17:05:27 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– (sí) lo sé.*

17:05:28 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– Bien.*

17:05:29 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– La siguiente es casi un 45, uh, sí.*

17:05:30 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Pero sale…*

17:05:32 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Sí, sale… Adelante, creo que va a dejarnos en (la) pista.*

17:05:35 – ***Warns, mecánico de vuelo de Pan Am*** *– Sí, solo un poco, sí.*

17:05:39 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Bien, seguro.*

17:05:40 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– Tal vez él, tal vez él cuenta estos tres («Lo puede decir; tal vez él cuenta que son tres»).*

17:05:40 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Uh.*

17:05:44 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Me gusta este.*

(El KLM se encuentra en el extremo suroeste de la pista principal apuntando directamente hacia el Pan Am —a poco más de mil metros de distancia uno de otro— que busca ingresar en una de las salidas transversales en la escasa visibilidad. En el Pan Am parecen no tener en claro qué salida tomar —si la 3 o la 4— y finalmente el capitán decide por Charlie 4, lo que lleva al avión a continuar algunos metros más en la pista principal. Tal y como se registra a continuación, tres segundos antes el copiloto de KLM le advertía al capitán que todavía no tenían autorización de la torre para el despegue justo después de que la caja negra registrase un aumento de gases que habitualmente preceden al despegue).

17:05:41 – ***Klaas Meurs, copiloto de KLM*** *– Espere un minuto, no tenemos autorización ATC.*

*17:05:42 – **Jacob Veldhuyzen van Zanten, capitán de KLM** – No, ya sé eso, adelante pregunta.*

*17:05:44 – **Radio KLM** – El KLM cuatro ocho cero cinco, está listo para despegue… y estamos esperando por nuestra autorización ATC.*

*17:05:53 – **Torre de control** – KLM ocho siete (sic) cero cinco,… Están autorizados al ascenso Papa Beacon y mantener nivel de vuelo nueve, cero, girar a la derecha después del despegue proceder con rumbo cero cuatro cero hasta interceptar el radial tres dos cinco de Las Palmas VOR.*

*17:06:09 – **Radio KLM** – Ah Roger, señor, estamos habilitados al nivel de vuelo Papa Beacon nueve cero, girar a la derecha cero cuatro cero hasta interceptar el tres dos cinco y ahora estamos (en despegue).*

(En realidad, la torre autoriza de esta manera a tomar determinada ruta tras el despegue, pero no para despegar —take-off clearance—. Y la respuesta del KLM —«We're gonna take off»— no está dentro del lenguaje estándar de la aviación).

*17:06:11 – **Lecturas de las cajas negras** – (los frenos del KLM son liberados).*

*17:06:13 – **Jacob Veldhuyzen van Zanten, capitán de KLM** – (en holandés) Nos vamos.*

*17:06:14 – **Lecturas de las cajas negras** – (sonidos de motores que comienzan a acelerar).*

—Señorita Baxter —escuchó con claridad—. ¿Quiere un té, desea unos buñuelos, le puedo ofrecer un trozo de pastel de calabaza?

Al girar la cabeza ve al conserje que tantas veces confundió su estado civil.

—Los buñuelos son muy cremosos —aconsejó con ternura—. Están hechos con agua de rosas y esencia de azahar.

—No, no me apetece en estos momentos —respondió ella con media sonrisa—. ¿Cómo se llama?

—Cemil, me llamo Cemil.

—Gracias —devolvió apartando la mirada del informe—. ¿Qué significa?

—Bondad, Cemil es bondad.

*17:06:18 – **Torre de control** – Bien.*

(La respuesta de la torre (okay) tampoco es del lenguaje estándar. Según las notas de la investigación oficial, el controlador habría supuesto que desde el KLM anunciaban que estaban en posición de despegue («we're now at take-off position») cuando solamente dijo «ahora estamos en despegue» («we're now at take-off»). Un instante después (a las 17:06:19) se desata un problema crucial: la torre y el Pan Am hablan por radio simultáneamente, lo que hace que en la cabina del KLM se escuche un sonido estridente por casi cuatro segundos. Por ese motivo, las siguientes comunicaciones probablemente no fueran escuchadas en el KLM).

17:06:20 – ***Torre de control*** *– Espere por el despegue… lo llamaré.*

17:06:20 – ***Radio Pan Am*** *– Y todavía estamos carreteando por la pista, el Clipper uno siete tres seis.*

17:06:21 – ***Grubbs, capitán del Pan Am*** *– No, uh.*

(Los siguientes mensajes fueron perfectamente audibles para el KLM —que ya estaba en procedimiento de despegue—, con lo que advierten que el Pan Am continuaba en pista).

17:06:25 – ***Torre de control*** *– Papa Alpha uno siete tres seis, reporte pista despejada.*

17:06:26 – ***Radio Pan Am*** *– Bien, reportaremos cuando hayamos despejados.*

17:06:31 – ***Torre de control*** *– Gracias.*

17:06:32 – ***Willem Schreuder, mecánico de vuelo de KLM*** *– (en holandés) ¿No está despejado, entonces?*

17:06:34 – ***Jacob Veldhuyzen van Zanten, capitán de KLM*** *– (en holandés) ¿Qué has dicho?*

17:06:34 – ***NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am*** *– Sí.*

17:06:34 – ***Willem Schreuder mecánico de vuelo de KLM*** *– (en holandés) ¿No ha despejado, ese Pan American?*

17:06:35 – ***Jacob Veldhuyzen van Zanten, capitán de KLM*** *– (en holandés) Oh, sí.*

17:06:38 – ***Grubbs, capitán de Pan Am*** *– Allí está… mírenlo. ¡Maldición, dios, ese hijo de puta está viniendo!*

17:06:40 – ***Bragg, copiloto de Pan Am*** *– ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!*

*17:06:43 – **Lectura de las cajas negras** – (el avión de KLM levanta la nariz).*
*17:06:44 – **NN, persona no identificada en la cabina de Pan Am** – (exclamaciones).*
*17:06:46 – **Lectura de las cajas negras** – (el avión de KLM intenta girar a la derecha, 0,46 segundos más tarde a la izquierda y 1,54 segundos antes del impacto a la derecha).*
*17:06:47 – **Grubbs, capitán de Pan Am** – (exclamaciones).*
*17:06:49 – **Lectura de las cajas negras** – (impacto).*

Final de la grabación…

Los papeles cayeron al suelo envueltos en un sentimiento de vacío que era nuevo para mí. La indefensión dejó inertes las plantas de mis pies. ¿Qué difícil es encontrar un culpable entre tanto desorden? Santiago me advirtió alguna vez que el dinero llama al dinero, pero esa misma voracidad es aplicable a la mala suerte… Es imposible reunir tantos desajustes en un espacio temporal tan pequeño.

Cemil volvió a interesarse por mi estado, pero esta vez traía un papel en su mano derecha.

—Señorita Baxter —rompió su aislamiento—. Acaban de dejar esta nota en recepción.

—¿Para mí? —estiró la mano temerosa—. Gracias, Cemil.

En veinte minutos la recogerán en el hotel.

No tema, el chófer está al tanto de todo.

Es importante que venga, está en peligro.

Confíe en mí…

Aydiner

Capítulo 19

«Señorita Baxter no quiero dispararle,
recuerde que voy armada».

Arrej

No hay nada más difícil que intentar quitarte unos vaqueros que no son de tu talla. Por mucho que metas barriga, comprimas los muslos y retuerzas las rodillas, liberarte de ellos es un suplicio. ¿Compensa tantos sudores lucir un buen culo? La gota de café se había aclarado, pero una mancha beige sobre blanco es indisimulable. Cubrir de sal la salpicadura era un remedio casero que no podía aplicar, tampoco arrojar un generoso chorro de lejía o agua oxigenada sobre la salpicadura.

Baxter se tira sobre el lado izquierdo de la cama en busca del teléfono.

—Recepción*, good morning* —respondió en inglés una voz masculina justo antes de cambiar de idioma—. Perdón, señorita Baxter.

—¿Cemil?

—Sí, señorita Baxter, soy Cemil —ratificó—. ¿Qué necesita?

—¿Tienen servicio de lavandería?

—El hotel no, pero contamos con una tintorería externa bastante eficiente y barata —informó por si era de su utilidad—. ¿Desea algún encargo?

—Sí, ¿sería posible que me limpiaran unos pantalones? —Eve Baxter abre una pausa—. No es urgente, pero no quiero perderlos para siempre.

—Sin problema, enseguida envío a alguien a su habitación.

En tanga y con la duda de acudir o no a la cita propuesta por Aydiner, estiré mi mano izquierda en busca del móvil, palpé a ciegas y los papeles que me había entregado Santiago cayeron sobre la alfombra.

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura…

Mensaje que escucha Eve al telefonear a Santiago.

Al alongarme para buscar los folios que estaban regados junto a la mesa de noche, volví a ver una frase subrayada («Estas dos personas estaban en la cabina del Pan Am en Tenerife Norte y no venían de Estados Unidos») que, esta vez sí, captó mi atención.

Uno era el delegado en el sur de Europa y el norte de África de Pan Am y el otro un mecánico de la aerolínea estadounidense; dos empleados que aguardaban el aterrizaje del Boeing 747-121 [N736PA] en Gando antes de que estallara el explosivo. El primero fue el único superviviente español de la colisión registrada a las 17:06:50 en Los Rodeos. Ocupaba el asiento que estaba detrás del capitán Victor Grubbs. «Cuando abrí los ojos el techo había desaparecido y parte del suelo también», declaró en una entrevista al ver colgado boca abajo al mecánico sobre la hierba mientras no cesaban los gritos: «¡Saltad, saltad!». Entre los dos sacaron a varios supervivientes del *Jumbo* cuando el fuego estaba desatado.

Si esas personas no iban en el vuelo en tránsito desde Estados Unidos a Gran Canaria y se encontraban en Gando cuando empezaron a desviar aviones a Tenerife Norte, ¿qué demonios hacían en la cabina del avión en el que murió mi madre?

Anotación de Santiago con un bolígrafo de tinta azul:

«Aguardaban en Gando el aterrizaje de un vuelo de Nueva York con 16 tripulantes y 378 pasajeros, la mayoría cruceristas que se iban a embarcar en el *Golden Odyssey* para iniciar una larga travesía por el Mediterráneo. El punto de partida era el puerto grancanario…».

Eve aparta su mirada del papel y reconfirma en silencio que Eyre Jordan iba a reunirse con Zahîr en Estambul.

Por primera vez en muchos años intenté ponerme en su lugar, por primera vez desde marzo de 1977 quise entender el magnetismo que atraía a Eyre a una ciudad que, no sé por qué extraña razón, ya no me resultaba tan arisca. Continuaba enfadada por el hecho de que una y otra vez saliera de casa a toda prisa con excusas tontas, pero empecé a valorar la opción de que Zahîr fuera tan importante en su vida como lo fue James para mí… Establecer una culpa entre su muerte y la visita a Estambul solo era el principio del fin de una

dolorosa autocondena: necesitaba perdonarme y perdonar. Sentí que algo se ablandaba en mi pecho.

El doctor Morris estaría orgulloso de mí por aproximarme a una idea tan rocambolesca, anonadado por la voluntad de amnistiar a Zahîr. ¿De verdad estaba calibrando perdonar a ese sinvergüenza?

Un chorro de agua helada cayó sobre mi cuello cuando aún repensaba la propuesta de Aydiner, me sentía tan ausente que casi no escuché los golpes que dieron en la puerta.

Tock, tock, tock…

Eve Baxter cree que es el empleado que viene a recoger sus vaqueros y permanece dentro de la bañera.

No hay nada más placentero que purificar un puñado de preocupaciones debajo de una cascada de agua fría, desalojar de tu cabeza inquietudes que otros meten en ella y tú machacas hasta convertirlas en un polvo fino, casi invisible, que te arrebata las ganas de comer y roba horas de sueño… Una de esas tribulaciones estaba asociada con la nota de Aydiner.

—Señorita Baxter.

Eve aparta su cabeza de la ducha.

—¿Quién es usted? —requirió al comprobar que una mujer se había colado en el cuarto de baño—. ¿Qué hace aquí?

—No se preocupe —tranquilizó la desconocida—. He venido a buscarla.

A pesar del sobresalto que supuso situarme *face-to-face* con aquella extraña, no hice nada por intentar cubrir mis tetas, tampoco escondí mi pubis. Fue ella quien se sonrojó y bajó su mirada avergonzada.

—¿A buscarme? —trató de averiguar cuando todavía tenía jabón en la entrepierna.

—No haga preguntas que no sé responder —advirtió una joven que lucía un hiyab color calabaza—. Me han pedido que venga a por usted, su vida está en peligro. Confíe en mí, nos vamos.

—Estoy harta de tantas tonterías —se atrincheró—. O me da una buena razón que justifique su petición o de aquí no me muevo…

La mujer saca una pequeña pistola plateada y la encañona.

—Ahora va a salir de la ducha, séquese y elija ropa cómoda —encadenó antes de ofrecerle una toalla—. Me han ordenado que la saque de esta habitación y no me iré sola.

Eve Baxter comienza a secarse el pelo fuera de la bañera.

Nunca barajé desarmar a una mujer de voz serena que confió en mi voluntad de seguirla sin ofrecer resistencia. Esa seguridad fue la que me permitió secarme mientras ella realizaba una llamada en la habitación contigua. Supongo que las nulas posibilidades de colar mi estilizado cuerpo por el ventanuco del baño rebajaron sus niveles de vigilancia.

En cuanto emparejé el último botón de mi blusa, recibí unas órdenes muy escuetas de Arrej, así dijo que se llamaba la mercenaria que esperaba un gesto cómplice para ponernos en marcha.

—Salimos de la habitación, cruzamos el *hall* y caminamos en dirección al patio del restaurante —resumió sin titubeos—. No salude a nadie, no haga ningún gesto… Señorita Baxter, no quiero dispararle, recuerde que voy armada. No me obligue a hacer algo que no deseo. Nos vigilan.

—¿Quién nos vigila?

—Actúe con naturalidad —puso en antecedentes—. Usted solo debe caminar a mi lado hasta llegar al coche. Ni un paso por delante, ni uno por detrás. Quédese a mi lado y no le pasará nada.

No era necesario ser Philip Marlowe[6] para darme cuenta de que estaba a punto de ser secuestrada, en manos de un ser diminuto pero autoritario. Justo cuando crucé por delante de los ascensores apareció Cemil. El recepcionista percutió varias preguntas sobre los vaqueros, pero solo encontró indiferencia y un incómodo silencio.

—¡Señorita Baxter! —insistió—. ¿Se encuentra bien? He enviado a un empleado a su habitación, pero dice que no le abren la puerta. ¿Ocurre algo, aún quiere que le llevemos los pantalones a la lavandería?

Cemil se quedó más tranquilo cuando le dije que los vaqueros estaban en el cuarto de baño y que podía mandar a alguien a por

ellos. No sé si era lo que esperaba oír, pero no hubo más preguntas antes de entrar obligada a un *taksi*.

¿Quién en su sano juicio podía planificar el traslado de un rehén en un taxi? Solo se necesita que un testigo memorice una licencia o un modelo de coche para desmontar a los malos. Mejor el número que el fabricante automovilístico porque no recuerdo ver taxis tan feos en mi vida. Dacia, se podía leer en su parte trasera.

—Le dije que no hablara con nadie —recriminó la joven—. ¿Todavía no ha entendido que esto no es un juego?

—Preguntó por mis vaqueros —justificó la americana, algo incómoda—. Creí que si lo enviaba a por ellos se iría sin más.

Callejeamos durante diez minutos por lugares imposibles de recordar. Por mucho que me empeñara en tomar alguna referencia visual, lo único que se grababa en mi cerebro eran los rostros enflaquecidos de los hombres que agachaban sus cabezas para ver quién ocupaba el asiento trasero. Solo hombres. Las vías estaban tomadas de lado a lado por desdentados y barbudos que no dejaban de dar voces. El caos desapareció cuando los callejones quedaron atrás y avanzamos en paralelo por una larga avenida ubicada en uno de los bordes del Cuerno de Oro.

Sabía que estaba cerca del Bósforo por las cansinas lecciones de historia que improvisaba Santiago entre foto y foto. No sé bien el lugar en el que lo contó, pero sí que este estuario parte a la ciudad en dos y que en sus ensangrentadas orillas habían muerto miles y miles de griegos, romanos, bizantinos y otomanos. No sé si a esa interminable carnicería se añadiría en breve una vecina de Lexington Avenue, pero, además de las dudas que generaba ocupar este taxi acompañada por una secuestradora, me enfurecía desconocer la respuesta a una pregunta que no dejaba de machacarme: «¿Dónde coño está Santiago?».

Arrej atendió una llamada en turco que no duró más de 15 segundos antes de ofrecerme un pasamontañas de color oscuro y pedirme que conservara la calma.

—Casi hemos llegado —el chófer introdujo el *taksi* en un garaje—. No diga nada y póngaselo.

—¿De qué va todo esto?

—No haga más preguntas —repitió la muchacha—. Enseguida entenderá lo que está ocurriendo.

El motor del coche aún estaba en marcha cuando escuché con nitidez una voz masculina mucho más imperativa: «Tráela».

Arrej me susurró una frase en el oído izquierdo que no logré descodificar. Solo en la última parte de su comentario me pareció entender algo así como «tranquila, aquí no te van a matar». No creo que diera más de una docena de pasos antes de colocar mi trasero sobre una silla. Un leve meneo hacia la derecha confirmó que una de las patas estaba coja. Allí aguardé el instante en el que me retiraron la capucha.

—Bienvenida, señorita Baxter… Siento mucho que haya pasado por esto, pero tenía que asegurar nuestro encuentro.

—¿Aydiner?

—¿Sorprendida? —preguntó el varón que los había agasajado durante el primer almuerzo en Estambul.

—No, siempre creí que tanta amabilidad era algo ficticio: ¡Falso!

—Evite sacar conclusiones precipitadas, no soy yo quien ha pedido que la trajeran aquí —quiso disculparse—. Entiendo su enfado, pero esto no es lo que parece.

—No sé lo que parece —evitó pedir justificaciones—. No tengo ni una sola duda de que esto es un secuestro.

A veces, no sabría explicar por qué, estamos en el lugar equivocado.

Sin saber cómo, reviví una tarde de diván con el doctor Morris en la que discutimos sobre el destino. Él insistía en la teoría de que las cosas no suceden por casualidad, sino porque hacemos algo para que se den: «La casualidad no existe, nada ocurre por casualidad», defendía una y otra vez el psicoanalista con una voz grave y nada dubitativa. Aquel día agotó casi toda la consulta reforzando la tesis de que «no existe la casualidad, ni las coincidencias. Los seres humanos caminamos en busca de personas que nos esperan siempre».

La hija de Tom y Eyre recupera un fragmento de los documentos que le dio Santiago.

Los dos empleados de Pan Am que se colaron en la cabina del Jumbo que se estrelló en Tenerife, por ejemplo, volaron hasta allí en una conexión insular desde Gando en las primeras horas de la tarde del 27 de mayo de 1977, una vez volvió la normalidad al aeropuerto de Gran Canaria, para supervisar las operaciones de mantenimiento de la aeronave en La Laguna y regresar a casa con los cruceristas de *Golden Odyssey*. Ninguno estaba en Los Rodeos por casualidad, pero quién puede poner en duda que a punto estuvieron de morir por una mala casualidad. Uno se marchó para siempre de este mundo. Estas cosas pasan. No es la primera vez que cuatro fallecidos se convierten en media docena por arte de magia. Santiago había tratado de justificar antes que la muerte de mi madre fue un hecho azaroso. Él nunca creyó en un posible ataque terrorista como los que se dieron en el distrito financiero el 11 de septiembre.

Si los nombres de los dos hombres que estaban en la cabina del *Jumbo* americano no figuraban en la lista oficial de pasajeros, ¿quién puede convencerme de que otras personas no subieron al avión con el propósito de cometer un acto terrorista? Sé que un pensamiento tan perverso está condicionado por los atentados de Nueva York en los que falleció James, pero tenía derecho a pensar que ella se había convertido en una mujer incómoda para la cúpula del Pentágono.

Haiia ala ssalat.

Haiia ala ifalah.

Haiia ala ifalah.

Allahu Akbaru.

Allahu Akbar…

Otra vez esos gritos. Aquella sinfonía me sacaba de quicio, hervía tanto mis pensamientos que no sentí los pasos del hombre que avanzaba por mi espalda.

—Hola, Eve —oyó con claridad justo cuando la rebasó por su izquierda—. Siento que nos volvamos a reencontrar en estas circunstancias.

—¿Tú?

(Baxter parece desencajada, hundida por una aparición que no esperaba).

---

[6] Philip Marlowe, detective privado ficticio creado por Raymond Chandler en tramas novelescas como *El sueño eterno* y *El largo adiós*. Humphrey Bogart interpretó a Marlowe en *El sueño eterno*, traducida en España como *Al borde del abismo*, película dirigida por Howard Hawks en 1946. En esta producción de cine negro compartió reparto con Lauren Bacall.

Capítulo 20

«Capitán Arda le espero en el hotel, hay
un cadáver en la habitación de Santiago».

Necdet

La mirada del capitán Arda siguió mis pasos hasta el ascensor. Sentí su presión en el cogote mientras veía su gélido semblante incrustado en el espejo. Cuando las puertas se cerraron seguía repochado aguardando noticias, apoltronado en el sofá en el que había mantenido la última conversación con Eve. Esta vez no hizo nada para ser visto, pero cuando tus acciones se acompasan con los gestos de un ser de las proporciones de Necdet es imposible pasar desapercibido. En la última hora y media había subido hasta seis veces a la habitación en busca del gato que me robó el rubí. Nada, ni un alma. Todo estaba en calma. Solo percibí un agrio olor a orina que delataba las visitas pasajeras de los felinos, una prueba de vida de que en algún momento aquel ratero peludo volvería a espatarrarse sobre la colcha.

La ausencia de noticias de Eve no alteró mis planes: estaba de cacería. Arda podía pensar que mis idas y vueltas por el vestíbulo, en ocasiones ampliadas con un paseo a la manzana, estaban relacionadas con una rendición inminente, pero en mi cabeza solo estaba el deseo de agarrar al dichoso minino. Ahí fue cuando me acordé de una frase de Hitchcock que apuntaba «que todos nos volvemos un poco locos a veces». Yo, si aún no había alcanzado ese puntito de demencia, caminaba de puntillas bordeando el delirio hacía un buen rato. Hay que ser igual de simple que un sacacorchos para cometer un error de esas proporciones, me torturaba en silencio sin caer en la cuenta de que el oficial y sus hombres no eran los únicos que me vigilaban.

—Hola —saludó la prostituta que alimentaba a los gatos con arenques—. ¿Estás solo, dónde ha ido la gatita pelirroja, te ha

dejado solito…?

—-¡Hoo… holaaa! —respondió sin disimular que había olvidado su nombre.

—Katia, mi nombre es Katia, ¿quieres que te alegre el día?

Sucumbir a los encantos de una puta cuando sabes que tienes menos de doce horas de vida por delante es un buen plan para llevarte a la tumba. Si hasta los presos que aguardan su final en el corredor de la muerte le conceden un último deseo, por qué no iba a sobrepasar una línea que me llevaba a lo desconocido. Tener que recurrir a una mujer amedrentada por delincuentes para tener sexo no me hacía sentir más hombre, cómo mucho, agitaba una curiosidad que Katia se empeñaba en agrandar exhibiendo sus tetas debajo de mi barbilla. ¡Son enormes!

—Sé lo que necesitas, no te vas a arrepentir.

Santiago permanece en silencio al tiempo que la rusa aprieta su abdomen contra su cintura.

—¿Vamos? —apremió.

—¿Adónde?

—Te lo tengo que explicar todo… Tú pagas y yo hago el resto.

—¿Ahora?

—No, si quieres vamos primero a visitar Hagia Sophia y luego follamos.

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes? —cuestionó la furcia—. ¿Quieres o no quieres?

—Yo no he venido a Estambul a esto.

—¿Y a qué has venido? —revivió sin dejar morir la conversación—. ¿Has venido a ponerte pelo?

—Ja, ja, ja… —Santiago se lo tomó con humor—. Es la segunda vez que me recomiendan un trasplante. De acuerdo, enseguida vuelvo.

No sé en qué momento me dejé engatusar por aquella buscona, pero antes de emprender la huida hacia el mostrador de recepción recibí una última instrucción.

—¿Dónde vas? —se interesó la chica al ver la dirección que tomaba —. En el hotel no nos dejan trabajar, ¿no irás a pedir permiso?

—Iba, ibaaa… —tartamudeó sin darse cuenta de que Arda ya no estaba en el sofá—. Iba a preguntar una cosa.

—Date prisa, el taxímetro está en marcha —Katia comienza a reír.

—¿Taxímetro?

—Nada, nadaaaa… Vete, pregunta y vuelve pronto: son cien liras.

Sin saber por qué, al oír la tarifa palpé dos veces mi bolsillo derecho para comprobar que llevaba la cartera encima. Sí. La billetera estaba, pero el móvil no. Antes de recoger mis pasos con rumbo al ascensor escuché mi nombre.

—¿Señor Mendoza? —reclamó un trabajador que era un clon de Freddie Mercury.

—Sí —giró su cuerpo—. Hola.

—¿Le ha ocurrido algo a la señorita Baxter?

—¿A Eve? —contestó sin comprender bien a qué venía ahora esa pregunta.

—Sí, a la señorita Eve Baxter.

—No lo sé, ¿qué ha sucedido?

—Hace unos minutos abandonó el hotel con un gesto de preocupación y acompañada por una mujer… Me pareció que se comportaba de una manera extraña.

«*The phone you're calling is turned off or out of range…*».

Ese fue el único mensaje que recibí al marcar el móvil de Eve Baxter: su teléfono estaba apagado o sin cobertura. Me sentía fuera de sitio, sobrepasado por los enigmáticos comentarios del conserje, y no me di cuenta de la presencia de unos invitados.

Miauuuu, miauuuu, miauuuu…

Cuando levanté la vista encontré tres gatos. Dos negros, uno de ellos lamiendo una de sus pezuñas delanteras, y otro atigrado que no llamó mi atención. ¿El de la derecha o el de la izquierda?

La estrategia a seguir era saltar por encima de ellos, cerrar el ventanuco del cuarto de baño para evitar otra fuga y proceder al registro. Parece sencillo, pero cuando uno se enfrenta a una especie tan ágil los reflejos no sobran. A mi favor tenía que daba la sensación de que los tres se habían puesto morados a arenques y, por lo tanto, su capacidad de reacción podía verse mermada por unas barrigas que estaban a punto de reventar.

Misi, misii, misiii, misiiii…

El cliente adopta una posición de ataque, da un salto hacia delante y se cuela en el baño.

Ninguno se inmutó ante mis habilidades gatunas. Es más, uno de ellos metió su cabeza debajo de su panza, puede que con la clara intención de no ser testigo de un espectáculo tan bochornoso. El otro adoptó una posición de u invertida y abrió su boca como una diminuta pantera negra. En mi primer acercamiento me raspó la mano izquierda con sus afiladas garras. La advertencia no abortó el intento de palpar el estuche que tenía anudado al cuello. Casi lo tenía entre mis dedos cuando le lanzó contra mi cara como una garrapata. Sus uñas tuvieron el mismo efecto que unos alfileres anclados a mi rostro y una mordida en la ceja derecha provocó una generosa hemorragia.

No sé cómo, pero a pesar del chorro de sangre que cubría la mitad de uno de mis cachetes, pude inmovilizar el gato. ¡Bingo, el anillo estaba en la funda!

Santiago se deja caer sobre la cama vencido por la emoción, suelta unas cuantas carcajadas y eleva su mirada al techo con la intención de buscar la f en el interior del rubí.

Solo cuando me quedé delante de la luna del lavabo confirmé que la herida era grave. La toalla con la que presionaba la ceja se había teñido de rojo: la brecha era importante y necesitaba puntos. Uno de los sesenta mil pensamientos que los seres humanos procesamos al día se amarró a la idea de bajar a recepción y entregar la joya al capitán, otro a la oportunidad perdida de tener sexo con Katia. Incluso, llegué a imaginar la mustia mirada de Eve en cuanto le dijera que el anillo se lo había dado al policía. Antes de tomar una decisión me presenté en el *hall* para intentar sanar el corte.

—¡Por Alá, qué le ha ocurrido! —se le escapó al trabajador al ver el paño colorado—. ¿Necesita ayuda?

—Me he peleado con un gato.

—¿Un gato? —retomó sin perder la compostura—. Más bien parece que le haya atacado un tigre de Bengala. Eso tiene mala pinta.

—¿Hay un médico en el hotel, un botiquín, una farmacia cerca de aquí…?

—Esa herida solo se la pueden curar en un hospital —supuso segundos antes de recibir un pequeño sobre cerrado y el mandato del cliente herido de entregárselo en mano a la señorita Baxter—. Hay uno a diez minutos en coche.

—¿Diez minutos?

—En ambulancia cinco, ¿quiere que avise a emergencias? —se interesó al ver el corte.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…».

Santiago cuenta en silencio con la mente mientras presiona una venda contra su ceja derecha.

Recuerdo haber leído que un bostezo dura seis segundos, que el ser humano puede llegar a bostezar unas quince veces al día y que esa acción incontrolada de la boca se produce cuando estás aburrido o cansado. Algo más duró el traslado en ambulancia que me trajo a esta clínica. No fueron los diez minutos en coche que calculó el conserje, pero tampoco cinco. Ser turista en Estambul evita los hospitales de mala muerte y, a cambio, los hoteles ofertan a sus clientes consultas más lujosas en las que poder arreglar este tipo de eventualidades. Yo lo único que tenía que hacer era entregar el pasaporte y las claves del paquete turístico que contrató Eve. Ahí estaba el problema. Ese era un dato que, por ahora, no podía aportar a la administrativa que volvió a dirigirse a mí.

—Señor Mendoza, ¿ha podo conseguir el código? —demandó una administrativa en una de sus incontables idas y vueltas de despacho en despacho.

—No —certificó el accidentado encogiendo sus hombros tras fracasar una llamada que le hizo a Baxter desde el teléfono fijo que estaba sobre la mesa de la secretaría.

Santiago se había dejado olvidado el móvil en la habitación del hotel.

—Si no hay código, no hay puntos —aclaró una enfermera con problemas de sobrepeso.

Delante de mi nariz, con un español igual de perfecto al que me enseñaron en Los Salesianos, apareció un gran cartel que promocionaba el centro del doctor Galip Çelik.

Más de 20 años de experiencia.
Garantizamos el 95% de nuestras técnicas.
Alta disponibilidad para financiar los tratamientos.

Una hora y media después de entrar en la sala de urgencias vino a verme una doctora. Me dijo que todo estaba resuelto y que en cuanto quedara libre un *box* iban a coserme la herida. Las ganas de escapar de allí no avivaron mi curiosidad sobre los factores que habían desatascado la admisión. Eso quedó resuelto mientras una auxiliar con cara de sapo me daba un último punto. Ocho. Parece mentira que un boquete tan insignificante pudiera requerir tantas atenciones. La aguja que amenazaba mi ojo derecho era imperceptible si lo comparaba con su enorme cara de torta y tez blanca, ojos saltones verdosos, sin cuello y con una frente casi interminable. ¿Cómo es posible que un adefesio de más de cien kilos trate a diario con pacientes que ansían solucionar sus alopecias?

—Lo han dejado como nuevo —escuchó Santiago cuando la cortina aún estaba corrida—. ¿Se atreve con un trasplante capilar?

La voz que sugirió un cambio tan radical de imagen era reconocible.

—¿Capitán Arda, es usted?

—El mismo para servirle con todo lo que necesite —respondió con un aire pizpireto—. Veo que no deja de meterse en problemas, ¿Santiago, qué ha sido esta vez?

—Un gato, me ha atacado un gato.

—¿Un gato le ha hecho ese destrozo?

—No lo vi venir.

—¿Seguro que era un gato? —alargó sin miedo al ver que la conversación fluía.

En cuanto intenté ponerme de pie el mundo se me vino encima. Arda me sostuvo y evitó que acabara esparramado en el suelo; aprovechó mi debilidad para ganar terreno.

—¿Ha traído el anillo?

Arda saboreaba su victoria, era consciente de que mi tiempo se había esfumado y que el premio estaba más cerca de lo que

pensaba. Puede, incluso, que creyera que sobre la marcha iba a meter una de mis manos en un bolsillo para entregarle el rubí.

—¿Ha traído el anillo? —repitió con un tono menos amable.

Santiago baja la cabeza y sopesa su respuesta.

—No, no lo he traído —decepcionó—. No lo tengo, no sé dónde está el anillo…

El policía pellizca su bigote, abre una pausa interminable y certifica que me había quedado sin tiempo. No hizo ni una sola referencia a las consecuencias que iba a tener cerrarme en banda, pero la sensación de disgusto era indisimulable. Antes de hablar mece su pelo de forma compulsiva, se levanta como si tuviera un resorte en sus posaderas y mira a través de una ventana desde la que se podía apreciar sin dificultades al menos la mitad de un largo puente que colgaba sobre el Bósforo.

—¿Sabe lo que es un crimen de honor?

—¿Un crimen de honor?

—Sí, un crimen de honor.

El capitán y Santiago cruzan preguntas y respuestas.

Arda tuvo que elevar la voz para escuchar sus explicaciones, pero oí sin dificultades que un crimen de honor es un asesinato que ejecutan uno o varios miembros de una familia, que el móvil es el desprestigio que la víctima haya podido ocasionar a los suyos y que a menudo los sicarios son niños adiestrados para endurecer sus corazones.

—Hace unos años participé en un asesinato por honor —confesó—. Cuando era niño ayudé a matar a una mujer: la tía Esra, la madre del primo Zahîr. Sabe quién es, ¿no?

Lo primero que se me vino a la cabeza al escuchar su testimonio fue una advertencia que me hizo horas antes Zahîr en su tienda: «Arda es algo más que un policía». Sin margen para negociar me dejé llevar por el ataque de sinceridad que estaba sufriendo el investigador hasta apreciar el fondo del callejón sin salida en el que me había metido: el oficial y el mercader querían lo mismo; primos hermanos competían por la joya.

—Zahîr es un buen hombre, pero nunca entendió que el anillo no le pertenece —dijo sin apartar la vista de una gran barcaza que

avanzaba en sentido ascendente por delante de la Mezquita de Ortaköy—. Tampoco comprendió que un tesoro tan valioso no podía estar en manos de una infiel.

La deslealtad a la que hacía referencia el alto mando la asocié con Eve Baxter, no con Eyre Jordan.

Él tenía claro que yo solo era un afectado más en una colisión por alcance provocada por mi relación con la hija del mayor Tom Baxter, pero era feliz poniendo al límite mi paciencia, apretando mis pelotas hasta arrinconarme.

—¿Me puedo fiar de usted?

—¿En qué sentido?

—Santiago, ¿si usted tuviera el anillo ahora mismo en su poder me lo diría?

El turista guarda silencio y el turco clava sus ojos en su barriga, estaba convencido de que la espera estaba a punto de acabar.

—¿Entraría en una sala de rayos X para poder verificar que no se lo ha tragado?

—¿Ahora?

—Sí, en esta clínica —acotó al percibir que estaba cerca de algo—. Piense que los rusos no le darían una oportunidad tan favorable: ellos lo abrirían en canal, rebuscarían entre sus vísceras y lo acabarían tirando al fondo del mar… Los peces se lo comen todo.

Solo la certeza de que en las radiografías no iba a aparecer nada extraño me permitió aceptar su ofrecimiento. Tenía que ganar tiempo, hacer creer al capitán que no buscaba en el lugar equivocado. Miró una y otra vez las placas debajo de un potente chorro de luz blanca, pero no encontró ni una sola evidencia para que un asalariado de la clínica me diera una escupidera antes de enviarme a un cuarto alejado de miradas indiscretas. Luego, sin saber por qué, retomó el trágico final de Esra.

No me di por enterado del amor clandestino entre Faride y el apuesto Atil Kutman, de la venganza del sultán Abdülmecid I, de cómo la tierra se tragó para siempre la belleza de la abuela de Zahîr. Arda habló sin parar de las campañas organizadas para encontrar a los amantes y de la resistencia del joven jenízaro para no desvelar nunca el paradero de su compañera. Dios no le había dado el don de

la palabra a Arda para contar leyendas pero, a pesar de la tosquedad con la que armaba el relato, llegué a la conclusión de que el rubí volvió a la familia cuando Faride no formaba parte de este mundo. Algunos testimonios apuntan que durante años vivió como una ermitaña en una construcción subterránea sobre la que ha crecido el barrio bohemio de Çukurcuma y otros insinuaron que el escondite estaba en el Monte Tendürek, una especie de volcán próximo a la frontera con Irán. Nadie vio nunca el anillo, pero casi todos señalaban a Esra como la guardiana del gran secreto, la hija menor de Faride, la madre de Zahîr, la tía del capitán Arda.

—La matamos a pedradas —resumió el servidor de la ley—. Yo mismo acerté a darle un golpe definitivo en la cabeza que dejó al descubierto una parte de su cráneo.

Por primera vez sentí que el capitán era un tipo sin escrúpulos, un lobo que dejaba al descubierto su crueldad cuando iba en manada. Sus ojos se encendieron de rabia en el momento en el que se refirió al primo Zahîr.

—El muy cobarde dejó que la mataran, no movió un músculo por evitar el linchamiento.

Arda se recreaba con los jirones de carne que desfiguraron el rostro de Esra, con las risas y muestras de júbilo de Hifzi, el hermano gemelo de Zahîr, cuando su madre se desvaneció hacia delante como una peonza que está a punto de perder su movimiento giroscópico. Me contó los temblores que florecieron en la mano derecha del amigo de Eyre Jordan en el instante en el que su abuelo, padre de la mujer sacrificada, le entregó un adoquín que cayó inerte sobre la arena cuando la mirada compasiva de la condenada le atravesó el alma. Zahîr huyó sin volver su mirada atrás, sin querer grabar en su mente el último gesto de Esra: los mártires son tan necesarios como los héroes.

Arda recibe una llamada y corta el relato del crimen de honor.

Al ver el semblante del oficial de la Unidad Especial de Tesoros Nacionales me di cuenta de que yo estaba presente en una conversación a la que él solo entregaba monosílabos y unos movimientos afirmativos con su cabeza, imposibles de detectar por la persona a la que acababa de colgar…

—¿Sabe quién era? —le trasladó tras verificar la hora.

—No.

—Necdet, era el sargento Necdet —aclaró—. ¿Santiago, usted tiene algo que contarme?

—Yo, ¿contarle?

—Sí, ha ocurrido algo que deba saber —insistió al ver que estaba enrocado.

—No sé de qué me habla.

—Era Necdet —repitió con un halo de misterio—. Han localizado el cadáver de una mujer en su habitación.

Capítulo 21

«¿Eve, ha venido a Estambul para conocer
la verdad o para cerrar una venganza?».

ZAHÎR AHMED

Los irritantes graznidos de una gaviota y el silbido de una sirena ratificaron que este cuchitril estaba próximo a una demarcación portuaria. Mis ojos quedaron presos de una acromatopsia postiza que acentuaba aún más el cabello plateado de Zahîr. Todo se inundó de tonalidades blancas, grises y negras. Mi ceguera se esfumó en el instante en el que el mercader de Sultanahmet ordenó correr una cortina y quedó expuesto a cinco metros del punto en el que me habían sentado los secuestradores. Sí. A pesar de los intentos que lideró Arrej por hacerme creer que no me habían raptado, él permanecía congelado frente a mí en contra de mi voluntad.

Aunque era consciente de que sus explicaciones iban a ser estériles, Zahîr se esforzó por disculpar las formas utilizadas para provocar este reencuentro. Insistió mucho en la idea de que aquí estaba segura y, sobre todo, dejó claro que su propósito no tenía nada que ver con los amaños de los rusos. Me contó que los hijos de la antigua Unión Soviética sí que estaban por la labor de quitarme del medio. Ese epitafio lo remarcó varias veces hasta doblegarme con el mensaje de que si algo así lo hubieran planificado ellos ya estaría muerta. No, si todavía le tengo que dar las gracias a este cabrón.

El silencio fue absoluto en cuanto terminé mi alegato. Zahîr no intercaló ni una sola palabra entre mis frases. Aguardó estático la conclusión de mi ofensiva para asegurarse que su primera oración fuera demoledora: dura como el mármol, corta como una exhalación.

—¿Quién tiene el anillo? —rastreó sin dar más rodeos—. Necesito saber quién tiene el anillo.

—¿Qué anillo?

—Eve, ¿la puedo llamar Eve? —sopesó fijando la mirada en sus labios—. Esto ha dejado de ser un pasatiempo, no puedo asegurar sus vidas si no sé quién tiene el rubí.

Me empezaban a cansar las advertencias de que alguien quisiera matarme, que este viaje al pasado fuera un punto y final y, más que nada, que hubiera arrastrado a Santiago a un destino sin retorno. Pobre diablo. Tengo la impresión de que Rebeca fue una de esas asignaturas pendientes que te torturan de por vida y que tratas de olvidar colocando un apósito sobre una herida imposible de sanar. Por cierto, ¿dónde demonios estará?

Arrej le quitó el móvil a Eve segundos antes de abandonar juntas la habitación 27.

—No quiero su compasión.

—Se equivoca si piensa que le estoy reclamando piedad —clarificó el viejo amigo de Eyre Jordan—. Tengo la certeza de que no ha entendido nada. ¡Abra los ojos!

—¿Qué es lo que no he entendido?

—Que está más cerca de morir de lo que usted cree —volvió a intimidarla—. Me puede resolver una duda: ¿Eve, ha venido a Estambul para conocer la verdad o para cerrar una venganza? No pretendo ser su camarada, solo quiero que regrese a casa con vida.

Un desconocido aparece por la derecha de Zahîr y le susurra algo inaudible al oído.

—¿De quién me tendría que vengar? —cuestionó en cuanto vio que el empleado se alejaba del jefe.

—No tengo una respuesta a esa pregunta —matizó en medio de una conversación algo más serena—. Podría intentar resolver otras dudas, pero algo tan complejo se escapa de mis conocimientos. (Silencio). ¿De mí, quizá?

—¿De usted? —cortó con un desaire diáfano—. No sea tan pretencioso.

—¿Eve, sabe dónde está Santiago?

Una vez quedó claro que Zahîr y yo no íbamos a construir ninguna amistad pactamos, sin pronunciar ni una sola palabra, no agredirnos con gilipolleces que no iban a cambiar la imagen que teníamos el

uno del otro: él seguiría creyendo que soy el resultado de una niña malcriada y poco agradecida; yo volvería a ratificar que él es un desgraciado que destruyó los cimientos de mi familia sin medir las consecuencias de sus actos.

—La policía está registrando la habitación de Santiago —soltó con naturalidad—. Al parecer han encontrado un cadáver pero, de momento, no le puedo precisar mucho más.

Eve Baxter pide telefonear a Santiago; Zahîr niega con la cabeza.

Por primera vez desde que aterricé en este país tuve miedo, pánico a que se cumplieran los peores pronósticos. Algo en mi interior me gritaba que no volvería a ver a Santiago.

¡Maldito anillo!

—Necesito saber si Santiago está bien.

—Aún no le puedo dar esa información, pero tengo a varios conocidos que me contarán lo que está ocurriendo en el hotel —quiso tranquilizarla—. ¿Quién tiene el anillo?

—Él, lo tiene él.

Las puertas del manicomio se abrieron de par en par en cuanto Zahîr me dijo que los restos que habían encontrado sobre la cama de Santiago eran de una mujer. No supo decirme de quién se trataba, pero no tuve que realizar un gran esfuerzo de imaginación para convencerme de que los rusos habían errado el tiro y que la difunta podría haber sido yo. Arrej fue reclamada, asintió con la cabeza tras recibir las indicaciones que le dio su amo y replicó las órdenes con un formato de confidencia.

—No se asuste, vamos a ir a otro sitio —alertó—. Aquí no estamos seguros.

Dicen que los neoyorquinos tenemos una capacidad de resiliencia a prueba de bombas, que siempre vemos el lado positivo de las cosas, que sabemos levantarnos cuando nos doblan las rodillas… Todas esas lecciones baratas de autoayuda se las dejo para el doctor Morris, yo soy incapaz de entender que Zahîr me dijera hace cinco minutos que este era un espacio blindado y, en cambio, ahora sea Arrej la que mete prisas para abandonar semejante tugurio. Tengo la sensación de que el efecto dominó era imparable.

—No haga preguntas y sígame —aleccionó la chica del velo—. No tenemos tiempo.

La joven evitó una posible fuga colocando a una mujer justo detrás de mí. Las tres caminamos por un pasadizo estrecho que olía a tierra mojada: estaba enterrada en vida, atrapada entre unos muros que en ocasiones dificultaban la marcha con la aparición de unos ángulos casi imposibles de derrotar. Tenía lodo fresco entre los dedos de los pies y mi frecuencia cardiaca hacía tiempo que había saltado por los aires. Que la muerte te pise los talones inyecta en tu cuerpo una sensación extraña. Sientes que la sangre se espesa, que arrastras la cabeza y que llevas el corazón en la garganta. Una resaca de pánico en la que todo se resume a partir del verbo huir: escapar a toda costa. Correr hacia ninguna parte hasta la extenuación, sin hacer preguntas y sin saber quién es el enemigo. Poner cara a un oponente es uno de los ejercicios más complejos que existen. Nunca te fíes de las personas que celebran tu llegada con abrazos y afilan sus lenguas cuando no estás, de los traidores que adornan tus encuentros con palabras bonitas y sonrisas fingidas. Por eso, la mejor táctica es no aguantar ni una sola tontería y que me vean como una puta estirada. Si me ha ido bien tantos años, ¿por qué voy a desprenderme ahora de ella?

Cuando regresó la luz natural encontré una zona ajardinada, con una apariencia idéntica a la de un interminable cementerio y el Cuerno de Oro a mis pies.

—Hemos llegado —celebró la guía—. Estamos en Pierre Loti.

Estambul se abría en canal con una panorámica sobrecogedora: una visión gloriosa. No descarto estar presa de una reacción psicológica, aturdida por una explosión de sentimientos hacia las personas que me habían traído a rastras hasta una balconada desde la que se apreciaba la silueta de Zahîr. Lo llaman Síndrome de Estocolmo, pero yo más bien me sentía acojonada y aplastada por una realidad desorbitada. Las migajas de serenidad que me quedaban sobrevivieron gracias a una mirada cómplice de Arrej.

—Todo saldrá bien —dijo en un tenue acercamiento—. Aquí estamos seguras.

—Otra vez con lo mismo —farfulló—. Estoy harta de tanta seguridad.

La extranjera reclama un cigarrillo, temblorosa aguarda que le proporcionen lumbre y da un par de caladas agónicas sin apartar sus ojos de Zahîr.

—¿A quién esperamos?

—No lo sé —contestó su vigilante—. Yo solo cumplo órdenes.

—¿Órdenes? —repitió—. ¡Joder con las putas órdenes!

Que los demás te vean como un ser indeseable evita los cortejos ñoños y amputa de raíz cualquier tipo de acercamiento; pocas son las personas que se atreven a recibir una patada en el trasero por intentar quedar bien con alguien que tiene como leitmotiv la regla de mejor sola que mal acompañada. Zahîr, por fin, requirió mi presencia antes de que la histeria me subyugara. Sin que yo lo pidiera acabé sentada sobre una alfombra rosada, a dos metros de una tetera de zinc abollada y una amplia variedad de delicias turcas.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —tomó la iniciativa.

—Si le digo que no seguirá hablando, ¿no? —calibró Eve Baxter—. Adelante.

—¿Qué sabe sobre la muerte de su madre? —se propuso averiguar —. ¿Conoce la verdad?

Eve opta por guardar silencio y baja la mirada.

—¿No va a responder? —recondujo—. Los niños callan cuando se sienten amenazados, dolidos, enrabietados…

La americana ni se inmuta, parece enfurecida.

—Hablaremos cuando usted quiera —postergó—. No pretendo empeorar las cosas.

Zahîr entendió que era imposible abrir cualquier tipo de comunicación hasta que yo me desprendiera del cabreo que había enrojecido los lóbulos de mis orejas. Mi cuello estaba tan rígido como las lápidas de mármol que se multiplicaban por todas partes. Abajo, en el agua, un extraño surco llamó mi atención: se hizo más intenso en cuanto traspasó los límites del Puente de Gálata y siguió avanzando hacia nuestra posición. El remolino era difícil de ocultar cuando él volvió a hablar.

—¿Lo ha visto?

—¿El qué?

—La estela del submarino que está remontando el Bósforo por su margen derecho.

Ambos habíamos fijado nuestras miradas en el mismo punto y esa coincidencia fue la excusa que usó Zahîr para forzar un acercamiento. Sin que yo le preguntara mencionó la estratégica salida al Mediterráneo que tenían los rusos a través de Estambul, las tardes que agotó cuando era un niño controlando la aparición de esas estrías, a los extranjeros que se reunían en una diminuta tetería, próxima al Bazar de las Especias, para analizar los movimientos de los soviéticos. No hizo falta que profundizara mucho más para hacerme comprender que todo aquello era un juego de espías.

—¿Alguna vez escuchó que Turquía fue el enfermo de Europa?

Aquellas frases aniquilaron los recuerdos de una infancia hueca y embargaron durante unos minutos mis reproches hacia el amor turco de Eyre Jordan. Zahîr hizo una referencia a los primeros síntomas de fragilidad y decadencia del Imperio Otomano. Todo empezó a resquebrajarse a finales del siglo XVII con la pérdida de sus territorios en Hungría. En un suspiro los turcos pasaron de creer que podían pasearse por la Viena imperial a perderlo todo. Nunca he sido una amante de la historia, pero permanecí en silencio hasta que mi secuestrador llegó a la parte en la que su país se convirtió en el tullido de Europa, una etiqueta traumática que, según él, habían sufrido en sus propias carnes España, Francia, Gran Bretaña o Portugal… También citó a Alemania.

—Igual de importante es saber ganar como intentar defender, si es necesario con tu propia vida, lo que un día fue tuyo —acortó Zahîr al percibir que la conversación se iba por un terreno pantanoso.

La facilidad con la que enhebraba sus frases hizo que, de nuevo, me estuviera hablando de ella. De lo buena que era mi madre, del amor que sentía Eyre Jordan por mí, de la lealtad que tuvo hasta el final hacia mi padre… Aquella oda a la perfección no encajaba con la imagen que tenía de ella, pero, por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar y decidí escuchar. Zahîr volvió a recurrir a la niña que atrapó su curiosidad entre Hagia Sophia y la Mezquita de Sultán

Ahmed mientras él reclutaba turistas, del inofensivo y transparente diálogo entre dos menores, de la maravillosa sonrisa de una irlandesa que se cruzó en su camino cuando la mente aún no había proyectado los planes de vida de dos personas antagónicas. El día y la noche coquetearon entre las callejuelas de Estambul con el único propósito de hacer realidad un sueño: «Solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos», interpeló Zahîr.

—¿Conoce la historia de *El Principito*?

—¿*El Principito*? —replicó la fotógrafa con un halo facial que desprendía extrañeza.

—Sí, la novela de Antoine de Saint—Exupéry.

—¿Qué tiene que ver el diálogo entre el principito y el zorro con todo esto? —quiso saber cuando él hizo referencia al secreto que el animal revela al niño.

—Veo que tu madre hizo su trabajo —sonrió—. Eyre era una amante de *El Principito*; ella fue quien me enseñó su belleza en el embarcadero de Ortaköy.

Eve Baxter parece domesticada por la belleza que desprende el Cuerno de Oro.

Zahîr me pidió, por favor, que lo escuchara con la mente de un niño, que era algo que estaba en su interior desde hace años y que había llegado el momento de liberar un gran secreto.

«El mundo es un poco peor cuando perdemos la imaginación», lamentó antes de adentrarse a contar la historia del anillo que nos ha puesto al borde de la muerte.

A la hora del almuerzo el comerciante de Sultanahmet recordó a una hermosa mujer que conquistó el corazón de un sultán. Residía en el Palacio de Topkapi, era una de las más bellas del harén y el malik[7], cuya identidad no logré retener, perdió la cabeza por ella. Durante meses la cubrió con placeres, privilegios y joyas con el único fin de convertirla en su esposa, pero Faride, así dijo que se llamaba, estaba enamorada hasta las trancas de un apuesto joven. La abuela de Zahîr, la legítima propietaria de la joya que ahora está en poder de Santiago, solo vivía para estar al lado de Atil Kutman, el hijo de un valiente jenízaro[8] que sirvió al padre del sultán Abdülmecid —

rescató Eve después de que el colega de su madre moliera su nombre media docena de veces—, el amante con el que huyó de la corte aprovechando un traslado estival al Palacio de Dolmabahçe.

Zahîr no adornó demasiado la historia de amor de su abuela con Atil Kutman, pero exaltó su unión indestructible. La relación superó una persecución mortal más allá de las interminables fronteras turcas y las mil perrerías que le infligieron al novio durante un largo periodo de torturas. «Nadie hubiera resistido tanto dolor, pero él jamás reveló el lugar en el que permanecía resguardada Faride», remarcó mientras me daba la espalda. Tampoco desveló dónde estaba el rubí, ahora tan deseado por el capitán Arda.

Eve Baxter estaba tan imbuida en el relato de los enamorados que no se percató de que unos sirvientes trajeron la comida.

Del oficial que se hizo cargo del robo ocurrido en mi habitación me dijo que no era un policía sin más, que había dedicado buena parte de su vida a seguir el rastro de una joya que causó dolor y muerte en su familia y, sobre todo, que su primo no pararía hasta recuperarla. «Los delincuentes con placa son los más difíciles de capturar», alertó.

—Lo sabía —murmuró la americana—. Ese hijo de puta no me daba buena espina.

—¿Decía algo? —reclamó Zahîr, sin dar a entender que lo había escuchado.

—No, nada.

—Me he tomado la libertad de pedir el almuerzo —explicó—. Aquí tiene unos mantis, una especie de dumplings rellenos de carne especiada de cordero o ternera. Eso de ahí es un mercimek köftesi de pescado guisado que se acompaña de unas albóndigas o hamburguesas de vegetales. Más allá —señaló el interior de un plato con adornos de color rosado— también le puedo ofrecer un iman bayidil, cuya base principal son unas berenjenas asadas, que se cocinan con cebolla, ajos, tomates y aceite de oliva. Esto es una sopa de lentejas rojas y bulgur típica de la ciudad de Giziantep y, por último, aquí tiene un gölezme, unos crepes que se pueden rellenar de queso fresco y espinacas. No había ni un solo rastro de marisco,

aquel cabrón había estudiado mis alergias, mis miedos, mis lagunas emocionales…

Sería una hipócrita si no reconociera que todo tenía un olor y una pinta exquisita, pero en mi cabeza se encasquilló la idea de que a una persona secuestrada solo le ofrecen pan y agua. Aquellos manjares, y aún faltaban los postres, eran dignos de un ilustre invitado.

—¿Agua? —ofertó Zahîr—. ¿Le apetece una cerveza, una copa de vino o una ronda de *Yeni Raquí*, nuestra *leche de león*?

Eve se queda pensativa reordenando el listado de las bebidas ofertadas.

—Creía que aquí estaba prohibido beber alcohol.

—Y lo está —aclaró el vejestorio—. Ese placer solo está reservado a los extranjeros y los infieles.

—Una cerveza —pidió con naturalidad—. ¡Quiero una cerveza!

Si Zahîr creía que estaba a punto de asegurarse una victoria a cambio de una jodida birra estaba equivocado, pero no me importó ceder la iniciativa. Esta vez, se centró en los años en los que Faride permaneció oculta cerca de este lugar; enterrada a treinta metros de profundidad. Su guarida era un laberinto indescifrable. «Solo veía el sol algunos atardeceres, siempre acompañada por el hombre con el que reordenó su vida», acertó a contarme sobre una convivencia, más afectiva que pasional, de la que nació su madre.

El turco observa por encima de su hombro cómo Eve Baxter introduce sus dedos en el plato del iman bayidil y se los lleva a su boca igual que una niña traviesa.

Reconocer que las berenjenas estaban divinas de la muerte no figuraba en mi hoja de ruta antes de que Zahîr dictara sentencia.

—Mi pecado no fue enamorarme de Eyre —se liberó—. Mi error fue empeñarme en que ella tuviera el rubí, que la joya saliera de Estambul y entregarle su custodia.

Odio que mi vida se convierta en una perpetua apertura y cierre de puertas y ventanas, que a medida que un problema se desinfla otro conflicto empieza a madurar. Al doctor Morris le gusta triturarme con la idea de que «huir de mis problemas era una carrera que nunca iba a ganar». Ese loquero sí que sabe sacarme de mis casillas.

Nunca creí que tumbarse en un diván tuviera los mismos efectos que la máquina de la verdad. La sensación de desamparo que sentía cada vez que abandonaba su consulta derrumbada, con los ojos cuajados, era la misma que percibía ahora con la confesión de Zahîr.

—¿Ella murió por culpa del anillo? —pidió respuestas Baxter.

—No la mató, pero el hecho de que haya regresado a Estambul ha reabierto una guerra que estaba dormida —resolvió sin dar más pistas—. Los malos han despertado.

Esra, la hija menor de Faride y madre de Zahîr, fue asesinada por sus familiares ante las sospechas de que esta mantuviera oculto el rubí. Él tenía ocho años cuando fue testigo de aquella atrocidad. De carrerilla nombró a Adalet, la mayor de las cuatro, a Augul, la madre del capitán Arda, y a Ayla. «Tiene gracia que Adalet, cuyo significado es justicia, fuera la más sanguinaria a la hora de arrojar las piedras, pero creía ser la heredera de un anillo que entonces estaba en mi poder», confesó un varón sobrepasado.

Por muchas explicaciones que me diera, no entendía cómo un niño había permitido que mataran a su madre por conservar un secreto. Él lo justificó a partir de un juramento que hizo a su abuela, un compromiso que sabía que le podía costar la vida.

—Faride puso su vida por delante de las de sus tres hijas —exculpó Zahîr Ahmed.

—¿Pero si sus propias hermanas participaron en el asesinato de Esra?

—Sí, lo hicieron —admitió con su cabeza—. Ellas la mataron, pero el anillo no cayó en manos de sus esposos. De nada hubiera servido tanta lucha y sufrimiento si al final lo perdemos.

Zahîr solo tenía seis años la primera vez que vio a su abuela. Desconocía la existencia de Faride y de la historia de amor y dolor que la unió a Atil Kutman. No sabía que era vigilado por una extraña mientras seguía las estelas de los submarinos desde Pierre Loti. Nunca cayó en la cuenta de que la anciana que analizaba sus movimientos de tarde en tarde podía ser uno de los suyos, pero a medida que los encuentros se hicieron más frecuentes las conversaciones adquirieron un tono familiar. «Me preguntaba cosas que yo solo había oído en casa, pero tardó en confesar la verdad»,

avanzó hasta llegar al día del sünnet. La madre de Adalet, Augul, Ayla y Esra aprovechó la fecha de su circuncisión para que el enigma no muriera con ella. Zahîr estaba atrapado por las historias de Nasreddin Hodja[9] que le leía Faride. Esa atracción hizo que después de la celebración, la tarde en la que tomaron la foto principesca en compañía de su hermano Hifzi que descubrí en la vitrina de la tienda de Sultanahmet, él acudiera al cementerio para presumir de una adolescencia recién estrenada.

—Aún no sé por qué me eligió, pero Faride quiso resucitar la historia del anillo.

Eve se relame un dedo tras probar el pescado guisado y las hamburguesas vegetales y pide otra cerveza.

—Creí que entregando el rubí a su madre estaba protegiendo a mi familia.

—¡Menuda protección, vaya lince! —censuró la invitada—. La envió al matadero.

Antes de que la tarde empezara a teñirse de naranja, los sirvientes reaparecieron con unas bandejas repletas de postres: la sobremesa iba para largo.

—Han traído Güllaç —aclaró Zahîr sobre un dulce que llamó comida con rosas—. Eso de ahí es una tulumba, ahí tiene nuestro pastel de calabazas y un pudin de Noé, y aquello es un kazandibi y un sütlac; el más popular entre los sultanes.

Haiia ala ssalat.

Haiia ala ifalah.

Haiia ala ifalah.

Allahu Akbaru.

Allahu Akbar…

Sola, en medio de la nada y envuelta por los sonidos de la oración, mi mente retrocedió a la niñez. Se marchó hasta una noche lluviosa en Manhattan en la que mi madre abrió por primera vez las páginas de *El Principito*. Entonces aún no se divisaba rastro alguno de una enemistad enconada. Todavía me gustaba recolocar mi cabeza sobre sus pechos y mirar entre sus brazos las ilustraciones y el dulce

movimiento de sus labios. Aquella Eve Baxter estaba lejos de ser raptada por una adolescencia rebelde. «Nunca juzgues a los demás por las apariencias, sino por sus actos y sus sentimientos; la perseverancia es primordial para alcanzar los sueños y superar los obstáculos; lo material no da la felicidad, sino el amor, la amistad y la lealtad», sacudió mi interior de manera inesperada al recuperar el eco de su voz. El doctor Morris estaba convencido de que esos susurros acabarían apareciendo por sorpresa; él más que nadie sabe que tenía que dejar que el alma me hablara, pero no estaba claro si esto era a lo que se refería.

—¿Eve? —resonó a su espalda—. ¿Eve, te encuentras bien?

Al girar, sus ojos estaban enrojecidos, empequeñecidos por la emoción.

—Sí —acortó ella—. Estoy bien.

—Debemos esperar —aleccionó Zahîr—. En cuanto caiga la tarde iremos a un lugar que va a aclarar sus ideas. Disfrute esta puesta de sol, dicen que es una de las más hermosas.

Un intenso gusto a vainilla rebosó mi paladar al probar una cucharada de uno de los postres que habían dejado sobre la alfombra. Arrej reforzó aquella explosión de sabores puntualizando que lo que estaba comiendo se llamaba kazandibi y que se elaboraba con almidón, azúcar, harina de arroz, mantequilla, leche y, por supuesto, vainilla. Tanta amabilidad empezaba a ser empalagosa, pero menos amarga que los trozos de granada que mastiqué al degustar el güllaç.

—¿Esto va a durar mucho más? —se interesó Eve Baxter casi al mismo tiempo que uno de los asistentes recolocaba las delicias turcas sobre el tapete.

—No lo sé, el señor Zahîr decide.

No tener noticias de Santiago me intranquilizaba, pero también sentía que había perdido algo. Que ya no era su centro de atención y, sobre todo, que la nota que confirmaba mi aventura con Tayyid nos había separado para siempre. Intentar fabricar una amistad con alguien que quiere algo más que eso y has rechazado es una misión imposible, pero no puedo negar que a todas las mujeres nos gusta sentirnos deseadas. El problema de esta relación es que, en lugar de

decirnos «te amo», lo apostamos todo a frases como «si quieres hablar, estoy aquí». No hay error posible. Santiago sabía desde el principio que lo nuestro no iba a acabar bien; siento mucho que se haya creado unas falsas ilusiones, pero las cosas estaban claras desde el minuto cero. Me intranquilizaba que lo nuestro muriera con la frialdad con la que nos despedimos en el *hall* cuando discutimos por la inesperada intromisión de una mujer de la calle entre tiramisudesvelado2001 y tinkerbellofmanhattan.

—Santiago está bien —confirmó por sorpresa Zahîr—. Uno de mis contactos lo acaba de ver hablando con el capitán Arda en la recepción del hotel. ¡Sigue vivo!

Arrej me entregó un telar oscuro, pidió que me cubriera la cabeza con él y empezamos a caminar. Descendimos despacio hasta un muelle en el que nos esperaba Zahîr en una lancha. Nos embarcamos, el motor rugió y atravesamos el Bósforo.

Al pasar por delante del Palacio de Topkapi, Zahîr elevó su mano izquierda para marcar la primera residencia de su abuela. De repente me vinieron a la cabeza unos fotogramas en los que aparecían Peter Ustinov y Maximilian Schell planificando el robo de la daga de un sultán en Topkapi. El turco volvió a repetir el gesto, esta vez con su brazo derecho, cuando pasamos cerca de Dolmabahçe, el palacete imperial al que nunca llegaron los jóvenes enamorados. Entre esos dos puntos, uno en la orilla europea y el otro en el extremo asiático, se perdió la pista del anillo de Faride.

El motor empezó a perder potencia a medida que nos acercábamos al borde izquierdo, a un pequeño embarcadero que Arrej llamó Ortaköy; el lugar donde mi madre le leyó *El Principito* a Zahîr, el mismo enclave en el que dos niños juraron volver a verse para hacer realidad una promesa [pág. 146]. El doctor Morris repetía como el ajo una y otra vez la importancia de estar fuerte en la fase final de un problema, que un nudo gordiano[10] se resuelve desde la serenidad.

Un desconocido me ofreció su mano derecha para descender de la lancha, caminamos cincuenta metros, entramos a un jardín y nos

detuvimos delante de un pequeño monumento. Zahîr iluminó con una linterna una inscripción de cobre sobre un fondo negro.

Eyre Jordan, December 1977.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó temblorosa.

—Sí es la tumba de tu madre. Al mediodía te pregunté si sabías dónde había muerto su madre.

—Ella murió en Tenerife —acertó a decir con un tapón en su garganta Eve—. Me dijeron que murió en el accidente de Los Rodeos.

Baxter era un reflejo de la confusión, un ser atropellado por una verdad demasiado grande para ser asimilada como si no hubiera ocurrido nada: un puñal de hielo acababa de atravesar su alma.

---

[7] Malik, «rey» en árabe.

[8] Jenízaro, soldado de élite de la infantería que protegía al sultán.

[9] Nasreddin Hodja, personaje ficticio del mundo musulmán que protagoniza cuentos humorísticos y anécdotas satíricas.

[10] Nudo gordiano, mito de la cultura griega que se remonta a los tiempos de Alejandro Magno. La leyenda apunta que el rey Gordias ató un nudo a su carro que nadie podía deshacer. Se decía que quien lo lograra se convertiría en rey de Asia. El poderoso Magno no perdió el tiempo intentando averiguar cómo resolver el enigma y cortó por lo sano: rompió el nudo con su espalda.

Capítulo 22

«Santiago, los rusos no perdonan».

Capitán Arda

El cadáver que estaba sobre la cama no era el de Eve Baxter. No tuve que entrar en la habitación para confirmar que aquellas no eran sus piernas. Eran más pálidas y, además, la fallecida tenía unas tetas enormes. Sobresalían entre unas sábanas ensangrentadas en medio de una carnicería. Las tripas salpicaban el parqué y el tufo era inaguantable. La mujer lucía un corte a la altura del cuello que había desgajado su cabeza hacia atrás. Por esa razón no pude reconocerla.

—Es Katia, la puta del barrio de Lalely —alzó su voz el capitán Arda —. La joven con la que desayunaba antes de que llegara la señorita Baxter. Por cierto, ¿sabe dónde está?

—¿Katia?

—No se haga el nuevo —restó importancia—. Usted no ha cometido ningún delito. Sé que aún no había pagado para tirársela, pero no consigo comprender qué hace sobre ese colchón.

Santiago mira la escena del crimen y se palpa un bolsillo derecho de sus bermudas.

O los criminólogos habían terminado su tarea o no entendía qué hacía una empleada de la limpieza escurriendo la sangre regada en el suelo con una fregona. El agua era de un intenso tono marrón, casi chocolate, y entre los flecos absorbentes colgaban algunas de las tripas de Katia. Arda hizo un gesto para autorizar el levantamiento del cuerpo y dio unas instrucciones a la gobernanta.

—He pedido que lo realojen en otro dormitorio —descifró con una amabilidad desquiciante—. Usted lo único que tiene que hacer es entregarme el anillo y seguir disfrutando de sus vacaciones en Estambul. Esta es una gran ciudad.

—Ya le he dicho unas cuantas veces que no lo tengo —repitió el periodista con una cadencia que destilaba enfado.

—¿Sabe dónde está la *amerricana*?

—No.

—Vaya, estamos en ese momento de no sé, no respondo —ironizó el policía.

—No he podido hablar con ella desde que me despedí en el salón.

—Le voy a ser franco —serenó su comportamiento—. Mis hombres le han perdido la pista en el barrio de Eyüp, cerca del mirador de Pierre Loti: se la tragó la tierra.

—¿Nos siguen?

—Por supuesto, no pensará que iba a ser tan sencillo —ratificó sin titubeos el primo de Zahîr—. No sabemos dónde está su amiga.

Cuando los camilleros pasaron por delante de mí con el cadáver descubierto, una arcada ascendió desde mi estómago de forma instantánea. Arda se aseguró de que no apartara la vista de aquella chiquilla y quebró el silencio con un chascarrillo.

—Pobre muchacha, la han hecho picadillo —sentenció aprovechando una parada de los dos empleados para reclamar el ascensor—. Abierta en canal, igual que Tayyid.

—¿No la bajarán así? —se interesó sobre el recorrido que iba a realizar la difunta hasta llegar a la fachada del hotel—. Hay muchos clientes.

—No se preocupe por ella, ahora la cubren con una manta —tranquilizó el integrante de la Unidad de Tesoros Nacionales—. Solo quería que viera lo que le va a ocurrir en las próximas horas si no aparece el rubí. Los rusos no perdonan.

—¿Han sido los rusos?

—Sí, su firma es reconocible.

El capitán Arda se ausentó con el pretexto de acudir a la jefatura a cerrar el informe por el asesinato de Katia, pero recelaba de él. Antes de que me ratificara que estábamos bajo vigilancia, había visto al barrigudo Necdet siguiendo mis huellas.

Un trabajador del hotel se puso en contacto conmigo para disculparse por no tener otra habitación libre hasta dentro de tres horas, pero a cambio me entregó un vale de intercambio por una consumición gratis en el piano—bar. La barra estaba ocupada por

españoles, uno de ellos el señor que me confundió con un suicida, cuyas voces retumbaban por todo el salón.

—¡Amigo!

—¿Amigo, se encuentra mejor? —insistió el desconocido con el que Santiago Mendoza se cruzó en el vestíbulo la noche en la que los bomberos lo bajaron del tejado.

—¡Hooo, hola!

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—¿En la cara? —titubeó—. Nada, un accidente doméstico. Algo sin importancia.

El español bromea con la hinchazón que presenta su compatriota en la ceja derecha tras una eterna visita a la clínica del doctor Galip Çelik.

—Tómese algo con nosotros —levantó una mano señalando en círculo a los otros—. Las mujeres están de compras.

Me dijo que era natural de Villapene, una pequeña aldea de Lugo que recibía un montón de turistas anuales con el único propósito de inmortalizar una fotografía junto a un cartel de bienvenida, que sus mujeres estaban quemando las tarjetas de crédito en una mañana de tiendas y que en unas horas iban a tomar un vuelo a Kayseri para disfrutar de un precioso amanecer en globo en la Capadocia. Demasiada información para lo poco que pregunté. Ramón era canteiro y, por la naturalidad con la que presumía de sus placeres, diría que no le iba nada mal. . Heredó de su padre el negocio de la piedra y todos los veranos programaba unas vacaciones en un destino con unas buenas ruinas.

—Ya hemos viajado a Egipto, Grecia, Túnez, Marruecos, Jordania… —enumeró—. Este año tocó Turquía, aunque antes mantuve un duro pulso con mi esposa por los vestigios de Chichen Itzá o Angkor War. ¿Dónde demonios estará eso?

Que Ramón no supiera ubicar los templos de Angkor War en Camboya me provocó una risa muda. Hacía tiempo que no ocurría. De una manera pausada y natural me confirmó quién mandaba en su relación, que las cervezas que se había tomado en la última media hora le supieron a gloria y que al final las cosas siempre las termina arreglando su mujer.

—Es una máquina —elogió—. En menos de cuarenta y ocho horas ha comprado tres lámparas, seis cajas de baklava de nueces, un juego de té fabricado con una aleación de zinc, tres kilos de delicias turcas, varios manteles y un kilim de dos por tres metros. ¡Una máquina!

Santiago recuerda que tiene que subir a la habitación a recoger el móvil.

—Menos mal que la compra nos la envían a casa —respiró aliviado —. Ellos se encargan de todo: esto es como ir al supermercado.

Tenía claro que estaba en medio de un monólogo inútil, pero qué difícil es escapar de las garras de un charlatán. Hablan, hablan y hablan hasta que tu cara se desfigura y solo deseas encontrar una rendija por la que poder huir. Un pesado es un ser agotador que consume tu energía de manera sibilina. Sabe que es muy cansino, pero no suele soltarte hasta que has amagado más de media docena de veces con irte. Mi oportunidad llegó cuando reclamó otra pinta y unos pulpos con algo de aliño.

Si intentaba fugarme en dirección al ascensor iba a quedar expuesto demasiado rato a su campo de visión, pero tenía que volver a mi antigua habitación a recuperar el móvil. La otra opción, mucho más directa, era seguir incomunicado y caminar unos veinte metros hasta los cuatro escalones de la entrada principal. Ahí había menos riesgo de caer, otra vez, en sus redes: lo que más necesitaba era una buena bocanada de aire fresco.

Justo antes de pisar los adoquines escuché pronunciar mi nombre. La primera vez no me volví por si acaso era Ramón, pero a la segunda o a la tercera sí.

—Señor Mendoza, señor Mendoza… —percutió la misma voz—. Acaban de dejar esto a su nombre en recepción.

El amigo de Eve Baxter duda porque cree que no se pueden entregar objetos a los clientes a través de los recepcionistas.

—¿Pensé que no tenían autorizada la recogida de paquetes? — indagó.

—No podemos, pero está recién llegado —restó importancia el conserje—. Vi que aún estaba en la puerta y no quería que perdieran el viaje; lo trajo aquel joven…

Al darse la vuelta para señalar al repartidor no había nadie.

La caja era estrecha y alargada y en la parte delantera había un plástico que dejaba ver su contenido: dos rosas de color negro y una pequeña nota. El labio del empleado que se parecía al excantante de Queen tiritó al sacar las flores.

—¿Dos rosas negras?

«*Allahuma inna nasta'eenuka wa nastaghfiruka*».

(«Oh, Dios, te pedimos ayuda y te pedimos perdón»).

—¿Qué sucede?

—¡Rosas negras! —exclamó aterrorizado—. Es un mal augurio, se cultivan en la aldea de Halfeti. Son una invocación a la muerte. Dicen que cuando alguien recibe una no hay nada que hacer y aquí hay dos. No hay antídoto…

«*Allahuma inna nasta'eenuka wa nastaghfiruka».*

Las rosas no me atemorizaron mucho más que las imágenes de los cuerpos sin vida y descuartizados de Tayyid y Katia. Pensar que yo podía ser el siguiente solo agrandó mis ganas de salir a la calle: necesitaba aire.

—¿Quién ha dejado las flores? —reclamó con la serenidad que se puede tener en estos casos—. ¿Sabría reconocerlo?

—No lo había visto en mi vida —se quitó de encima el asalariado del hotel.

—¿No sé…? —lo miró con asombro—. ¿Era turco, ruso, chino?

—Turco no era —descartó—. Tampoco chino.

—¿Ruso, podría ser ruso?

—¿Ruso? —dudó el recadero—. Sí, tenía un acento de un país del Este. Sí, podría ser ruso, checo, húngaro…

Estás muerto.

Que un desconocido controle el tiempo que te queda de vida es algo que no había experimentado antes. Supongo que es una sensación similar a la de un oncólogo que anuncia una prórroga a un enfermo terminal de cáncer, que es algo que tampoco conozco en primera persona, pero que sí he visto cómo consumía la existencia de algún que otro amigo. Sin ir más lejos, un tumor se llevó por delante al padre de Eve.

Santiago deja abandonadas las rosas en un muro.

Mientras caminaba calle arriba repasé unas secuencias de *Asesinato en el Orient Express*. Nunca imaginé estar en el centro de una escenografía similar a la que construyó Agatha Christie en una de sus novelas fetiche. Aunque suene raro, ya acumulaba más asesinatos en las setenta y dos horas que llevaba en Estambul que los que tuvo que resolver el detective Hércules Poirot en las páginas del libro.

Me encanta escuchar los sonidos de la ciudad. Intuir los pasos de las personas que se mueven a mi espalda, sobresaltarme con el chirrido de los frenos de una guagua[11], envolverme en un bullicio de voces… Estambul se deja ver y escuchar. Vayas donde vayas encuentras alguna foto que atrapa tu mirada o un ruido que acaricia tus oídos. Casi sin darme cuenta me metí en unos callejones ceñidos que desembocaban en el Gran Bazar. El estruendo iba en aumento a medida que superaba las tiendas que ofertaban alfombras, bolsos, especias, dulces, productos artesanales, piezas de orfebrería, *souvenirs*… Es imposible no caer en la tentación.

—Iyi günler —saludó un desconocido.

Santiago pone cara de extrañado.

—Ahhh, buenas tardes —intentó de nuevo la bienvenida el mercader—. ¿Español?

—Sí.

—¿De dónde es?

—De Canarias.

—¡Canarias, mi niño! —jugueteó el turco—. ¿De Las Palmas o Tenerife?

—Tenerife.

—Tenerife, buen equipo —el empresario cambió de táctica y empezó a hablar de fútbol—. Jorge Valdano, Jupp Heynckes, Artur Jorge… Buenos, muy buenos. UEFA, casi ganan, casi ganan… Buenos, muy buenos. ¡Felipe Miñambres, buen jugador!

(El CD Tenerife fue semifinalista de la Copa de la UEFA en 1997).

Kaan, así se presentó el vendedor, no tardó en desplegar su jugada maestra. Antes de que me diera cuenta, el *rey de reyes* (me contó que ese era el significado de su nombre) me estaba ofreciendo unas

lámparas. Eran preciosas, pero mi cabeza no estaba para ir de compras: la nota [*Estás muerto*] me dejó helado.

—Doscientos euros cada una —dio el primer precio Kaan.

—No —cortó un regateo que solo acababa de empezar.

—Trescientos euros por las dos —repitió alargando su sonrisa—. Las dos por trescientos euros.

—No, no las quiero.

—Ni 'pa' usted ni 'pa' mí —rebajó—. Ciento setenta y cinco por las dos.

Santiago ríe y el dependiente le ofrece su mano derecha para cerrar el trato.

Sin saber cómo se me vino a la cabeza un comentario que hizo Ramón, *El gallego*, minutos antes cuando intenté cambiar el vale en el piano—bar. Nunca pensé que aquella conversación pudiera llegar a nada, pero tenía que intentarlo.

—¿Hacen envíos a otros países? —solicitó.

—Claro que sí —confirmó—. No problema, nosotros enviamos todo a casa… No problema.

Confíe en nuestro trabajo…

Kaan celebró mi vena inversora ordenando que me sirvieran té y, por supuesto, unas delicias. Mientras él atendía a otros clientes, di varias vueltas a la tienda para analizar todas las posibilidades. Cogí una caja de castañas confitadas de kafkas, un par de botes de encurtidos, una caja metálica de delicias turcas con pistachos, una cafetera de cobre y media docena de nazar (ojos turcos). Varias postales y unas colecciones de sello.

—¿Kaan, me puede dejar un bolígrafo?

Al abandonar el Gran Bazar me sentía liberado, mastiqué con gusto los últimos trozos de un bizcocho de arándanos que se quedaron entre mis muelas y caminé en dirección a Hagia Sophia. No había llegado a las puertas de la antigua iglesia de Santa Sofía cuando escuché la voz de David. El viejo se disponía a iniciar una visita al Palacio Sumergido. La Cisterna Basílica o Yerebatan Sarayi era una de las paradas obligatorias que tenía subrayada en mi itinerario y no dejé que el grupo se fuera sin mí. Antes, aboné el precio de la

entrada y contemplé un atardecer entrelazado con la llamada de la oración.

Haiia ala ssalat.
Haiia ala ifalah.
Haiia ala ifalah.
Allahu Akbaru.
Allahu Akbar…

David estaba en su salsa. Aleccionaba a sus invitados con anécdotas sobre la mayor cisterna de las sesenta que se construyeron bajo la ciudad de Estambul. El muy bribón buscaba un contacto visual cada vez que acababa una frase relacionada con una obra de ingeniería levantada durante el reinado del emperador Justiniano I, sobre su importancia para proveer de agua en abundancia al Gran Palacio de Constantinopla y otros edificios como el Capitolio y el Palacio de Topkapi. El conductor de la ruta nos reveló que tenía el tamaño de una catedral de 143 por 63 metros, el equivalente, dijo, a unos 9.800 metros cuadrados de superficie.

—En sus mejores días tuvo una capacidad para 80.000 metros cúbicos de agua —calculó—. Aunque otros dicen que podía almacenar hasta 100.000. Lo que sí es verdad es que aquí se grabaron varias escenas de la película *Desde Rusia con amor*.

Nada más oír esa referencia cinematográfica, retrocedí hasta el instante en el que el capitán Arda me advirtió de mi trágico final y de la eficacia de los sicarios a los que le habían asignado el encargo: «Santiago, los rusos no perdonan».

Que Sean Connery hubiera dado vida a James Bond en este subterráneo no calmó mis nervios. Al revés, empecé a sospechar de todas las personas que escuchaban anonadadas las historietas del guía. La vida es así de caprichosa. En la película enviaron al agente 007 a Estambul para que ayudara a Tatiana Románova, una empleada del consulado soviético, a que desertara y yo, en cambio, había venido hasta aquí para auxiliar a una neoyorquina a reconstruir su vida. El más raro de todos era un tipo flaco y rubio

que medía casi 1,90 que parecía estar algo distraído, pero esa opción pasó a mejor vida en cuanto abrió su boca.

—*Cucha*, qué bien se lo montaban los turcos aquí abajo —rompió el silencio con un marcado acento andaluz—. *Quillo*, aquí no pasaban *caló*; da grima volver a la calle.

Entre todos no encontré ni un solo rastro de Necdet, pero tampoco descarto que hubiera aprendido a mantener las distancias para ver sin ser visto.

El silencio solo lo alteraba el sonido de las gotas que brotaban por todas partes.

—¿Sabían que en solo dos años varias cuadrillas de limpieza sacaron 50.000 toneladas de barro de los cimientos que tienen justo debajo estas pasarelas metálicas? —reveló David mientras el grupo de excursionistas se descomponía en varios trozos.

Al pasar al lado del pilar con la segunda cabeza de Medusa, sentí una sensación extraña. Intenté recuperar los metros de desventaja que se abrieron con las personas que seguían los pasos del guía de raíces judías, pero un extraño me lo impidió.

—Le estoy apuntando con un arma —intimidó—. Camine recto, no diga nada y saldrá vivo de aquí. No haga ningún movimiento extraño o disparo.

---

[11] Guagua, vehículo a motor que presta un servicio urbano o interurbano en una línea fija. Son los autobuses de Canarias.

Capítulo 23

«Allah belani versin».
(«Que Alá te dé problemas»).

Capitán Arda

«*Allah belani versin*».
(«Que Alá te dé problemas»).

Hijos de puta, no hay nada más humillante que perder contra el Fenerbahçe.

Estaba tan enrabietado con el gol que acababa de recibir el Galatasaray que no me di cuenta de que tenía a Necdet a mi espalda desde hacía un buen rato. Una de las primeras lecciones que le enseñé a este lerdo cuando lo recluté es que no debía interrumpirme mientras veía un partido de fútbol, más aún, si se trataba del clásico de entre todos los clásicos. Menos mal que hoy no fui al Infierno de Estambul. Puto amistoso de verano.

—¡Bastardooos!, ¿otro? —se alteró el oficial cuando en la pantalla del televisor se rotuló el 0-2—. ¿qué demonios quieres?

—Señor, no sé dónde está el turista español —transmitió coartado —. Lo perdí cerca del Gran Bazar.

—¿Santiago? —replicó—. ¿Has perdido a Santiago?

—Sí, no hay rastro de él. —El silencio se apodera de la habitación —. No sé cómo ha ocurrido, pero lo he perdido.

—Estarías comiendo o durmiendo en el coche —humilló—. Es la segunda vez que pasa, ¿recuerdas que te dio esquinazo en la tienda de Zahîr?

—Lo siento —se disculpó el suboficial casi al mismo tiempo que el equipo del barrio de Gálata encajaba el tercero—. No sé lo que ha podido pasar, lo siento de verdad.

El policía tira el mando a distancia contra la pared y se rompe en varios pedazos.

Para que un mal jefe pueda sobrevivir necesita tener un tonto a su lado. Alguien igual de vago que él, pero que lo mantenga al día de los chismes. No importa que sean mentiras, un mal jefe no tiene ética. Solo persigue subsistir a sus propias miserias y su principal virtud es que otros trabajen para él. A mí no me ha ido mal: soy el capitán Arda.

No siento lástima al ver a un tipo tan grande hecho un ovillo y avergonzado tras cometer un error. Esto es la selva. Los débiles pueden ser mejor que tú, pero si logras someterlos el éxito está en camino. Necdet no era el único que sabía que actuábamos al margen de la ley. Los otros dos eran un par de desgraciados. Este asunto es personal. Tenía que recuperar el anillo de Faride y no importaban los muertos que se quedaran en el camino. Lo de ser un alto cargo en la Unidad Especial de Tesoros Nacionales en esta ocasión era algo más intimidatorio que real. No voy a negar que en tantos años he visto de todo. Cobrar por mirar para otro lado, borracheras en horas de trabajo, excesos con prostitutas, policías untados hasta las cejas que dejaban el camino libre a traficantes de armas, animales, joyas, drogas… Un tiburón no sigue con vida solo paseando su afilado cuerpo por encima de la cabeza de sus víctimas, de vez en cuando debe dar una buena mordida.

—Recapitulemos —analizó Arda—. ¿A esta hora de la noche no tenemos ni idea dónde demonios están el español y la *amerricana*?

—Eso es —admitió temeroso su ayudante—. Capitán, hemos perdido a los extranjeros. Es como si se los hubiera tragado la tierra; no hay rastro de ellos.

—No digas tonterías —quiso aliviar el jefe—. En algún lugar tienen que estar, ¿podrían haberse reunido en un punto secreto de esta ciudad?

—No lo sé —simplificó Necdet—. Yo creí que usted seguía los pasos de la mujer.

—¿Insinúas algo?

—No, no, nada —el gordinflón se acojonó.

—Esto no es una operación oficial, pero sigo siendo tu superior.

Arda saca su móvil, comienza a escribir un SMS y aborta el envío.

—¿Sabemos algo de Zahîr? —recuperó el interrogatorio—. ¿Se han reunido con él, han ido a Ortaköy?

Necdet no tuvo que pronunciar ni una sola sílaba para certificar que estábamos ciegos. En medio día perdimos las dos vías para llegar hasta el rubí: las secuencias de la catástrofe se superponían en el subsuelo en el barrio de Eyüp y el Gran Bazar. El Estambul que no se ve es mucho más enmarañado que el que mostramos a los turistas y encontrar una pista con un equipo formado por este inútil y un par de jóvenes policías, aspirantes a corruptos y sin demasiadas manchas en sus expedientes, no es una tarea sencilla. Ahí los rusos son mejores. Ellos dominan el caos como nadie.

—Necdet, no he llegado hasta aquí para servir la joya en bandeja a esos cabrones —dejó claro—. Perdón, no hemos llegado hasta aquí…

—Entiendo, capitán, no hace falta desencadenar una guerra entre el singular y el plural —admitió con un leve balanceo de su cabeza de manera sumisa—. Daremos con ellos, se lo juro.

«*Siktir git*»

(«Vete a la mierda»).

—No me jures nada, búscalos —ordenó—. Llévate a Galip y a Murat.

Dime algo en cuanto des con ellos; no regreses sin noticias. ¡Encuéntralos!

Arda vuelve a agarrar el móvil. Esta vez con más decisión y enfurecido, aguarda tres tonos y habla en español.

—Tus protegidos se han perdido —avisó con una mirada encolerizada—. Si no los mato yo, lo harán los rusos.

El capitán no obtiene respuesta al otro lado de la línea.

—¿Dónde está el anillo, dónde está el puto rubí? —demandó.

«Kizlarini ve karini sikecegim».

(«Me follaré a tus hijas y a tu esposa»).

Capítulo 24

«¿Qué haces? Suelta la
pistola… ¿Te has vuelto loco?».

Zahîr Admed

Zahîr me retiró la mirada después de que le contara que siempre dijeron que ella murió en Los Rodeos. Avergonzado, esperó afásico a que este brote de rabia se emulsionara sin apartar sus ojos de la chapa de bronce en la que estaba esculpido su nombre.

Eyre Jordan, december, 1977.

Una sola persona y dos tumbas, una sola identidad y dos lápidas: una bajo un gigantesco cerezo en Green Wood y otra en la orilla asiática del Bósforo.

—Esto debe ser una puta broma, ¿no? —resquebrajó a traición la quietud de la noche—. Una puta broma, ¿nooooo…?

—No lo es, Eve.

—¿Está enterrada aquí? —miró con desdén sin poder evitar que su mente secuestrara un fotograma de la mañana en la que se reencontró con James—. Ella sigue en Nueva York, yo he visto su tumba. Está en el cementerio de Woodlawn.

—Está aquí, tu madre está aquí.

A Eve le falta el aire en el pecho y da unos pasos embarullados en dirección al embarcadero.

—Entiendo que esto te supere —tuteó el tratante de Sultanahmet.

—¿Qué es lo que comprende? —opuso la norteamericana—. ¿Qué durante más de treinta años creyera que murió en la colisión de los *jumbos*? ¿Qué no sepa quién coño está sepultada en Nueva York? ¿Qué mi vida se haya construido mentira sobre mentira?…

—En realidad, ella sí que murió en la catástrofe aérea de Tenerife.

—Zahîr, por favor, deje ya los acertijos —rogó sin llegar a suplicar —. ¿Dónde murió mi madre?

El turco intenta agarrar el antebrazo de Eve, pero esta se escabulle con repulsión.

—Falleció aquí, en esta casa —volvió a repetir con una voz fisurada por la emoción—. Se fue casi nueve meses después de la colisión de los aviones en Canarias.

Aunque el enfado y el engaño compartan un espacio habitado por la decepción, yo me sentía más estafada que enojada. Asimilar lo ocurrido requería su tiempo y Zahîr optó por dar un paso a un costado para hablar solo cuando fuera necesario. El muy cabrón sabía que iba a pedirle explicaciones y su mutismo me volvía loca. Mi cabeza era un volcán a punto de erupcionar. Él conocía que mis urgencias jugaban a su favor y esperó agazapado su momento sin exponerse, sin añadir ni un átomo más de dramatismo a una escenografía esclavizada por el suspense.

—¿Mi madre murió en Estambul?

—Sí, justo ahí —señaló—. Se fue observando desde una silla de ruedas cómo el atardecer se vencía sobre los muros de Hagia Sophia.

—¿Entiende que crea que todo esto no es más que un puñetero fraude?

—Comprendo que te sientas atropellada por una verdad desconocida.

—¿Atropellada? —desbarató un posible compadreo—. Más que arrollada, estoy desconcertada.

—Eyre Jordan permaneció más de medio año hospitalizada en Tenerife, cada día era una tortura y suplicó morir en Ortaköy —encadenó fijando sus ojos en el Puente de los Mártires del 15 de julio.

—¿Quiso venir a morir a Estambul? —redobló la pelirroja—. Y los que nos quedamos en casa que nos jodan, ¿no?

—Eve, no se engañe —aportó el nieto de Faride, esta vez sin agachar la cabeza—. Sé que su relación era mala, casi inexistente. Me lo contó en varias ocasiones.

—Que no nos habláramos con la complicidad que debe existir entre una madre e hija no significa que lo que hizo estuviera bien —reprendió—. Me dejó tirada.

El doctor Morris estaba convencido de que el odio que sentía por ella no había surgido de la nada, que el hecho de que hubiera muerto me impedía practicar el perdón cara a cara, que en las profundidades de mi mente había un conflicto larvado que iba a empezar a desenmarañar en este viaje… Desconozco si mi terapeuta conoce la noticia que me acaba de dar Zahîr. El cree que venir hasta aquí me sanará, pero el alivio aún era un espejismo: la sensación de morir ahogada iba en aumento.

Eve Baxter comienza a hiperventilar al percibir que el aire es insuficiente.

—¿Se encuentra bien? —trató de auxiliarla al ver que estaba pálida y a punto de desmayarse—. ¿Quiere un vaso de agua?

Zahîr ordena traer una jarra de agua fresca sin esperar su respuesta.

—¿Agua? —ironizó—. Esto no lo arregla ni una caja de Bubweirser.

—Ja, ja, ja… —Sonrió al apreciar por primera vez un atisbo de risa en la cara de Eve. Fue una mueca de hilaridad furtiva y efímera, pero una risa.

—¿Le hace mucha gracia?

—No me hace gracia nada, solo he revivido en su rostro la felicidad de su madre.

—¿Qué sabrá usted de su felicidad? —volvió a ponerse a la defensiva—. Ya veo, quiere que sienta que usted conocía mejor que yo a Eyre Jordan, ¿no?

—Sé que su felicidad era descansar aquí —justificó—. Solo sé que ella pidió que la dejaran reposar en paz en Ortaköy.

—¿A quién? —se reactivó la fotógrafa—. ¿A quién ordenó semejante barbaridad?

—Al señor George Dunne —reveló sin aportar demasiados datos—. Se lo pidió al señor Dunne.

Nunca me vi en la tesitura de tener que meter a George en el bando de los traidores. Jamás cubrió las carencias afectivas de mi padre, él se limitó a cumplir con su papel de chico de los recados al pie de la letra. Si hubiera tenido el móvil a mi alcance no me habría contenido. ¡Hipócrita! Los irlandeses todo lo arreglan con un apretón

de manos y unas cuantas pintas. Ni besos, ni abrazos. ¡Pandilla de hipócritas!

—¿Dunne estaba al tanto de todo?

—El señor Dunne vino con ella a Estambul a finales de septiembre de 1977 —dio algún detalle más.

—Déjese de tantas formalidades, por dioooooos —pidió por favor que no reprodujera como un loro el señor Dunne por aquí, el señor Dunne por allá.

El rostro de Eve enrojece a medida que el turco amplía la voluntad de Eyre Jordan.

Zahîr agarró mis manos, moldeó el tono de su voz a la baja y tentó mi indulgencia sin tener que pronunciar ni una sola palabra. Sus ojos estaban humedecidos, pero logró contener el llanto. En cuanto confirmó que no oponía resistencia para zafarme enumeró el parte médico de la paciente *324 — cama 2* que regresó por tercera vez a Estambul. Le faltaban las piernas, no había ni un solo rastro del brazo izquierdo, tenía incontables quemaduras de tercer grado en diferentes zonas de su cuerpo… Era un cadáver viviente.

—Nadie con un poco de dignidad se hubiera dejado ver en sus mismas circunstancias —disculpó el hermano de Hifzi Ahmed.

Eve permanece callada.

Me sentía como una de esas yeguas salvajes que no paran de soltar coces mientras un vaquero trata de inmovilizarla. Cueste lo que cueste, al final aflora la mansedumbre.

En cuanto Zahîr percibió que me había domesticado giró mi mano derecha hasta dejar el puño apuntando hacia arriba, desdobló mis dedos y depositó con parsimonia el anillo de Claddagh de mi madre en la palma. Sí. Era el de ella. Detrás del corazón estaba grabado el pacto sellado por mis padres.

Tom & Eyre, may1967.

No era tan valioso como el rubí que custodiaba Santiago, pero los irlandeses creen mucho en este tipo de boberías. Aunque pueda parecer que me estoy ablandando, no me he movido ni un milímetro de la base que ocupa la Eve Baxter antipática que todos conocen. Sigo siendo el ser antisocial que no comulga con esas mierdas de leyendas que envuelven a objetos como este anillo. Los más

antiguos del lugar apuntan que un aventurero de Galway, una ciudad de la costa oeste de Irlanda, decidió emigrar a las Indias Orientales con la misión de hacer fortuna y la esperanza de retornar algún día para casarse con su amada. Richard Joyce fue capturado en plena travesía y vendido como esclavo a un orfebre de Argelia. En las crónicas de la época se da por sabido que en las costas africanas aprendió el oficio de la platería.

El irlandés fue liberado catorce años después con la mediación del rey Guillermo III. A pesar de que el afamado joyero musulmán le ofreció la mitad de su fortuna por ser el esposo de su hija, Joyce retornó a Galway y cumplió la promesa de sellar un matrimonio con su novia.

¡Menuda gilipollez, eso no se le ocurre ni a los mejores guionistas de Disney!

Let love and friendship reign.

(*Que reine la amistad y el amor*).

El lema del anillo transmite amor, amistad, compromiso, fidelidad, lealtad...

Al ver las manos que rodean a un corazón en el anillo de Claddagh no pude evitar imaginarme a mi madre mutilada y consumida por el fuego. Nada que ver con el ser presumido que le gustaba marcar sus labios con un carmín rojo escarlata, dejar al aire sus largas piernas y levitar sobre unos zapatos de Salvatore Ferragamo, Manolo Blahnik o Christian Louboutin. Aún recuerdo la cara de desconfianza que puso Sharah, la vecina del sexto G del apartamento de Lexington Avenue, el día que me *requeteconfirmó* que tenía un 39 largo y, a cambio, recibió como herencia la zapatera de mi madre.

¡Un 39 largo, menuda idiotez… Esas pezuñas no caben en un 39!

Eve recuerda cómo Sharah Walls saborea su presa antes de lanzarse sobre ella.

Nadie tiene un 39 largo, como mucho, alguna vez escuché lo de un 39 y medio, ¿pero un treinta y nueve largo? No me quiero ni imaginar los ejercicios de constricción plantar que tuvo que realizar aquella pobre mujer para meter sus juanetes en las joyas que más apreciaba Eyre Jordan. Me importa un pimiento si sangró o no, mi único objetivo era desalojar de mi hogar todo lo que me recordara a

ella: bolsos, complementos, vestidos, vaqueros, botas, chaquetones… No me quedé ni con un mísero fular.

Un 39 largo largo, ¿qué coño es un 39 largo?

Baxter no podía eliminar de su cabeza lo que eran capaces de hacer algunas mujeres por obtener a un botín tan suculento.

No deja de ser irónico que viniera a Estambul en busca de respuestas sobre el rubí que Santiago recuperó en el campo de vuelo de Tenerife Norte y en unas horas regrese a Manhattan con un anillo cuya existencia se había disipado con el paso de los años. Por cierto, ¿dónde se habrá metido Santiago?

Ring, ring, ring. Suena el móvil de Zahîr.

Zahîr atiende la llamada sin abrir un diálogo con la persona que tenía al otro lado de la línea. La preocupación se marca de manera natural en su frente, pero cuelga sin decir ni *mu*.

—Era el capitán Arda —desveló—. Quería saber dónde están la americana y el español; parecía muy enfadado.

—Arda, la pieza que faltaba en este disparate —calcó Baxter con cierta sorna—. ¡Menudo sinvergüenza!

—Dice que si no los mata él, lo harán los rusos —resumió el hombre que devolvió a su heredera el anillo de Claddagh—. Que lo aconsejable tal y como se están poniendo las cosas es que le entreguemos el rubí.

—¿Ha dicho algo de Santiago?

—No sabe dónde está, conozco su desesperación cuando las cosas no van bien —aportó antes de hacer una broma—. Está muy cabreado, pero no sé si todo es culpa del anillo. El Galatasaray va perdiendo cero a tres con el Fenerbahçe. ¡Eso duele!

—¿El Galatasaray?

—Fútbol, Arda es aficionado del Galatasaray desde que era un crío.

—¿Pero le ha dicho algo más?

—Mejor no se lo cuento.

—¿Por qué no me lo cuenta, si estamos en peligro debería saberlo?

—Ha escupido una de las muchas atrocidades que suelta por su envenenada boca, casi siempre cuando se siente acorralado.

Kizlarini ve karini sikecegim.

(*Me follaré a tus hijas y a tu esposa*).

Hay silencios que son mucho más dolorosos que la peor de las mentiras, secuencias que cuando menos te lo esperas sacuden la calma para descodificar un secreto y transformarlo en una verdad doliente. Que Dunne se callara asuntos oscuros de Eyre Jordan no me sorprende, pero que no haya tenido los huevos de ser él quien aclarara este enigma habla bastante mal de su maldito código de honor. ¡Hipócrita irlandés!

—¿Puedo hablar con Dunne?

—No —despejó por la vía rápida Zahîr—. El señor Dunne, perdón, George Dunne está al tanto de lo que está pasando.

—¿Él sabe que esta conversación se está produciendo? —insistió la compañera de viaje de Santiago—. Sí, Dunne conoce que ahora mismo estamos hablando… ¿Por qué no lo puedo llamar por teléfono?

—Geolocalizadores —advirtió—. Pueden rastrear nuestra posición.

—Me estoy poniendo de los nervioooooos.

Eve Baxter da la espalda a Zahîr mientras él reclama de inmediato la presencia de Arrej.

El eco de la llamada a la oración, esta vez más difuso que los anteriores, provocó que me acercara a uno de los extremos del pequeño embarcadero. Oír el balanceo de las olas sobre los cimientos del muelle generó en mi interior una extraña serenidad. Algunos fotogramas de mi niñez empezaron a caer en tromba. En todos aparecíamos los dos: ella y yo, Eyre e Eve… Un día peinando mi melena rojiza, otra tarde repasando álgebra, una mañana despidiéndonos con un beso en la reja principal del colegio de monjas de Lower Midtown, una merienda acompañada por un par de ardillas en Central Park… ¿En qué momento saltó por los aires todo, en qué instante dejé de ser una joven con un potencial cristiano para convertirme en una atea?

Ir a contracorriente es la opción más repetida cuando distingues un atisbo de antipatía. La buena relación que tenía con mi padre hizo el resto. Sobre todo, cuando empecé a ser consciente de que su adiós estaba cerca. Ella, en cambio, seguía a lo suyo. Volcada como un zombi en los capítulos finales de *La muerte que vino del cielo*. Estaba tan abducida por acabar la jodida novela que no vio venir su

muerte, tampoco supo reaccionar para frenar nuestro distanciamiento.

—Es bonita, ¿no? —La pilló por sorpresa Zahîr.

—¿Qué?

—Estambul, ¿le gusta?

—Sí que lo es —sorprendió Baxter—. No sé si volveré algún día, pero sí que lo es.

Antes de que Zahîr empezara a celebrar que algo podía estar cambiando apareció Arrej con una caja de cartón, la depositó sobre una mesa y se retiró con sumisión.

—El contenido de la caja es suyo —despejó el misterio.

—¿Mío?

—Sí, fue el último encargo que me hizo su madre —da un paso atrás—. Yo me comprometí a entregársela.

Al intentar tocar la caja sentí una conexión invisible, un afán irrefrenable por encontrar las respuestas definitivas. Dentro había un ejemplar de *La muerte que vino del cielo*, un envoltorio que llevaba escrito mi nombre, varias cintas de casete, unos *walkman* y una carpeta del Banco Ziraat.

La extranjera coge el sobre, palpa su contenido y rompe uno de sus extremos sin demasiados remilgos.

Su caligrafía había perdido gracia y redondez, pero la forma con la que cerraba las *a* confirmó que era su letra. Supongo que el hecho de que le faltara el brazo izquierdo había trastocado su pulso. Sí, la carta la escribió ella. La grafía no era lo único que había cambiado en relación a la que me había entregado Zahîr en su tienda. El tono era distinto, más indulgente y natural: era una Eyre Jordan arrepentida.

Querida Eve, ha llegado el día. No puedo imaginar el dolor que te he causado durante tantos años. Entiendo tu enfado y sé que merezco tu desprecio, pero explicar las complejidades de la vida a una niña nunca se me dio bien...

Ella percibe que su garganta empieza a empequeñecer, pero sigue leyendo.

…Sé que esta situación no es la más justa, pero si has elegido abrir la carta antes de escuchar las cintas entenderás que había un porqué. No supe ejercer el papel de madre. Dicen que un bebé viene sin manual de instrucciones y que el aprendizaje está en el día a día. Siento haberte restado tanto tiempo; siento vergüenza por negarte mi compañía cuando más la necesitaba...

Zahîr sujeta a Eve Baxter en cuanto observa que sus piernas se desmoronan.

…Has tenido al mejor padre posible. Tom hizo su papel y el mío. Su muerte provocó que te enfadaras con el mundo y yo no estuve a tu lado para rescatarte. Que una madre no sepa cómo ayudar a su hija es el sentimiento más cruel que he experimentado nunca. Mi egoísmo nos distanció y no busco tu perdón con este puñado de palabras. Tampoco quise que me dieras tu compasión tras el accidente de Tenerife. Entre la primera o y la m se aprecia un borrón causado por una lágrima*. Si yo no supe cuidar de ti cuando eras una niña, tú no podías hacerte cargo de una lisiada por el resto de mis días. Daría mil veces mi vida a cambio de corregir todos los errores que cometí en la vida que no tuvimos; la misma en la que no supe vivir a tu lado… Fui una mala madre*.

Me di cuenta de que su confesión era sincera al sumar las veces que había repetido vida en tan pocos renglones. Un error de ese calado no lo comete alguien que tiene como oficio la escritura.

…No supe entender que me necesitabas. La soledad es una enfermedad que te mata a cámara lenta. Cada mañana te levantas con las ganas de no ver el próximo amanecer, pero cuando abres los ojos y aparece la claridad solo quieres estar sola. Supongo que estarás preguntando por qué elegí Estambul para morir… Hubiera deseado descansar para siempre en Tenerife, pero los días que estuve en el hospital fueron un infierno. No quería regresar a casa; no quería que nadie viera los restos de Eyre Jordan. Y menos tú. No quería que nadie me tuviera pena, no quería que nadie me cuidara, no quería que nadie hipotecara su vida por la mía… Y menos tú. No sé cómo estará ordenada tu vida el día que leas esta carta, solo

espero que en el caso de que hayas experimentado la sensación de ser madre no cometas los mismos errores… Sé que no lo harás. En Estambul encontré al amigo que nunca se va de tu vida, a esa persona que está a tu lado en los buenos y en los malos momentos: ¡Zahîr es un buen hombre!

Lo conocí cuando era una niña y sabía que estaba enamorado de mí… Las mujeres, a veces, solemos elegir estar al lado del más guapo, el más rico, el más listo y no al lado del más leal. ¡Zahîr es un buen hombre!

En las cintas vas a encontrar muchas respuestas. He tratado de justificar cada una de las decepciones que te provoqué y no sé si lo he conseguido, pero lo he intentado. Para una mujer tan terca como yo este ejercicio de sinceridad se ha convertido en la prueba más complicada a la que me he enfrentado jamás. De niña le prometí a Zahîr que algún día volvería a Ortaköy… Aquí estoy, dispuesta para morir en el lugar más maravilloso del mundo. No me culpes por lo que voy a hacer, hazlo por lo que no hice.

No había que tener un doctorado en la Universidad de Columbia para entender que Eyre Jordan escribía de su suicidio. Que su última voluntad era quedar en paz con una niña que, treinta años después, vería las cosas desde otra perspectiva.

—¿Se quitó la vida? —buscó desorientada con la certeza de que la respuesta iba a ser afirmativa.

—No pude hacer nada —certificó apenado—. La hallaron flotando un atardecer en el Bósforo… [se le hace un nudo en la garganta]. Cuando la sacaron del agua aún le quedaba un pequeño hilo de vida, pero ella quería morir. Se sentía una carga.

Encontrar a un amigo en la vida es una de las tareas más complejas que existen. A veces lo logras cuando aún desconoces por dónde te va a llevar la vida. El mío, mi gran amigo lo encontré una tarde mientras descansaba muy cerca de Hagia Sophia. Nunca confundió amistad con infidelidad; nunca se entrometió entre tu padre y yo...

Eve buscó un contacto visual con un Zahîr, que ahora le daba la espalda.

No quiero tu perdón, quiero que no cometas los mismos errores que cometí yo. Que seas una buena madre. La neoyorquina dibuja una ligera mueca, mitad de felicidad y mitad de ironía*. «Que sepas cuidar una buena amistad, que no salgas corriendo en la dirección contraria cuando alguien te necesita, que no dejes de amar a los que más te quieren… Tampoco culpes de mis errores a George, él solo cumplió mi deseo. Te quiero, mamá. Diciembre, 1977*.

Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía querida por ella, era la primera vez en mucho tiempo que alguien me daba un buen consejo, era la primera vez en mucho tiempo que necesitaba tener cerca a Santiago… Tengo que hablar con él.

El paso de los años hizo que el ejemplar de *La muerte que vino del cielo* perdiera el olor a nuevo de los libros que aún no han sido leídos, pero no me equivoco si digo que este aún era virgen: no había ni un solo rastro de actividad lectora salvo la dedicatoria en español que su autora hizo en las primeras hojas. Sus disculpas no llegaron envueltas en mi lenguaje materno; se blindó con la lengua que me enseñaron las monjas.

Para Eve Baxter,
la niña que no supe
cuidar, pero que me
supo regalar unas
cuantas sonrisas.
Mamá.

En las páginas centrales encontré una nota que aclaraba que era la primera copia que se imprimió, las condiciones que se pactaron antes de su publicación (*algunas están ampliadas en las cintas o se las puedes preguntar a George, él te contará la verdad*) y la estrategia que usó la editorial para fingir mi muerte*. Me dijeron que las ventas aumentarían… Mira la documentación del Banco Ziraat; hay algo para ti*

Entre los documentos encontré la solicitud de apertura de una cuenta con dos titulares (*Eyre Jordan y Eve Baxter*), un contrato de

derechos de autor sellado con la editorial y un listado de los beneficiarios por las normas jurídicas que protegen a los creadores.

Eve Baxter Jordan
Asociación de Veteranos
Colegio Lower Midtown
Universidad de Columbia

A medida que descifraba cómo fueron los últimos días de Eyre Jordan el rostro de Zahîr se descongelaba: los temblorosos pellejos de carne que colgaban de su cara anunciaban que lo peor ya había pasado. Esta vez no hizo nada por invadir un espacio que ya no le pertenecía. Por muy bien que hubiera ejecutado su tarea, esto era algo entre las dos, él no pintaba nada en esta historia.

—¿No sé si darle las gracias o pedirle perdón? —dudó Eve.

—¿Pedirme perdón?

—Sí, disculparme por haber visto cosas donde no las hubo —añadió sin estar convencida del todo de lo que decía.

—Verla pidiendo perdón era algo que no entraba en mis planes —alzó su mirada sorprendido—. Sé lo mucho que le cuesta reconocer sus errores. Su madre me puso al tanto…

—Si ella le advirtió mejor me ahorro reclamar una absolución —agradeció mientras veía cómo Aydiner entraba por un extremo del jardín—. Gracias por cumplir su deseo.

—Lo hice por ella, su madre merecía esta oportunidad.

—Sé que todo esto es por ella —remarcó—. Una de sus habilidades era que los hombres que tenía a su lado la contentaran: mi padre, George Dunne, usted…

—Vuelve a equivocarse.

—¿Podemos dejar este conflicto familiar para otro momento? —hizo saltar por los aires Aydiner apuntando a Zahîr con una Makárov.

—¡Qué haces; suelta la pistola…! ¿Te has vuelto loco? —recriminó el primo de Arda.

—Solo reclamo mi parte del tesoro.

Odio tener la razón cuando las cosas no van bien, pero le advertí a Santiago que había algo en este hijo de perra que no me gustaba.

Tanta amabilidad la primera vez que nos vimos en Estambul, los encuentros casuales, las miradas que nos cruzábamos. Aydiner y yo nos reconocimos desde el principio: las personas con malas intenciones tenemos un sexto sentido para detectar una falsa amabilidad, las mentiras y hasta una traición. Somos como el aceite y el vinagre, no se mezclan.

El hombre armado se acerca a Eve, coloca el cañón de la pistola debajo de su barbilla y exige el gran premio.

—Sabes lo que busco, ¿no? —pidió el varón que les dio de almorzar el primer mediodía en la ciudad, el mismo que la emborrachó con las incontables rondas de *leche de león*.

—Que te follen, buscas que te follen —solucionó sin demora—. ¡Maldito cabrón!

—Me gustan las mujeres con carácter —reaccionó apretando su carótida con la mano derecha.

Zahír intenta interponerse entre los dos sin éxito.

—Ehhh, ehhhhh, ehhhhhh —aconsejó girando el armamento hacia su frente—. No me obligues a matarte.

—Te has dejado convencer por él —recriminó el viejo—. ¿Sabes que Arda no negocia?

—¿Arda? —vaciló—. Yo no trabajo para un tramposo como el capitán.

Pussgggg.

(Suena un disparo).

Capítulo 25

«Atil Kutman, Atiiiil Kutmaaaan, Atil Kutman…».

Santiago

Dicen que cuando ves venir a la muerte duele menos, que lo pasan peor las personas que no esperan que te vayas antes de tiempo. Los reiterados mensajes del capitán Arda y las rosas negras me habían prevenido sobre este desenlace pero, por mucho que lo intentara, uno no se organiza para morir con la misma facilidad con la que te cambias unos calcetines sudados. Ver las fotografías de los cuerpos despedazados de Tayyid y Katia fue un *spoiler* del final que me esperaba. No sentía pánico por la conclusión; estaba acojonado por el dolor previo antes de llegar a la nada.

«Atil Kutman».

Gritar el nombre del amante sacrificado de Faride no alivió el tormento, pero mi mente no estaba aquí cuando comenzaron a arrancarme las uñas de la mano derecha. Un mareo interior me dejó a las puertas del desmayo, pero aún oía sus voces.

—¿Dónde está el anillo? —requirió el ruso que golpeó con un martillo la dorsal izquierda de Santiago.

«Atiiil Kutmaaan».

—Es mucho más valiente de lo que aparenta —elogió uno de los matarifes.

—Sálvate y entréganos el rubí —aconsejó otro extranjero que seguía los efectos del martirio desde la oscuridad—. Estas heridas aún se pueden curar, no seas imbécil.

—Es inútil, no va a cantar —apostó el más sanguinario de los verdugos.

Santiago siente un corte seco entre el pulgar y el anular de la mano izquierda y queda medio inconsciente.

—Esto solo acaba de empezar —avisó uno de los carniceros—. No lo mates aún, este cabrón juega con nosotros. ¡Lo vamos a pasar

bien!

Mi cabeza se inundó de recuerdos deslavazados, de imágenes que viajaban desbocadas a la velocidad de la luz de lado a lado. Aparecieron a traición las palizas de mi padre, los abrazos de mi madre, el instante en el que me robaron la bici, el momento en el que ella me volvió a comprar una Derbi Rabasa azul, las reprimendas de Rufino en el cementerio de San Juan, las tardes en las que íbamos a robar proyectiles en el campo de tiro de los artilleros, los canguelos de mi amigo Tomás cada vez que planificábamos una misión, la cara asustadiza que puso el día que encontré el anillo en Los Rodeos…

«No entres Santiago, no entres… No ves que nos van a coger…».

Santiago escucha la voz de Tomás, en pleno delirio, antes de desenterrar el rubí.

«Atil Kutman, Atiiiil Kutmaaaan, Atil Kutman…».

—¿Qué dice? —pidió explicaciones el bárbaro más alto—. ¿Quién es Atil Kutman?

—¿Sabemos quién demonios es Atil Kutman? —se interesó el jefe.

La cabeza del español se vence hacia delante, casi inerte.

—¿Alguien ha escuchado alguna vez ese nombre? —volvió a insistir el mandamás elevando su voz—. No podemos matarlo sin saber quién es Atil Kutman.

Mis pies descalzos estaban metidos en un charco de sangre y, en medio de esta locura, sentí el filo de un cuchillo sobre el esternón. Era una sensación cálida y fría a la vez. Algo insoportable. Casi me ahogo con la saliva que inundaba mi garganta, pero al toser unas babas se quedaron colgando de la boca. Ya solo veía difuminado el brillo de los objetos metálicos con los que perforaron mi lengua, rasgaron mis pómulos, arrancaron mis dientes, cortaron mis orejas… La habitación olía a plasma; también a orines.

«Atiiiil Kutmaaaan».

El desvarío era de tal magnitud que, incluso, llegué a imaginar que Rebeca me daba el sí en la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán. Falsa alarma. De inmediato retumbó la voz inquisidora de la tía Carmela reclamando justicia divina.

«Putón, lagarta, cabrona…».

Sentía que unos dedos removían de arriba a abajo mis vísceras, un sufrimiento igual de intenso que tener una piedra en el riñón. Menos agudo que el clavo que introdujeron en mi rodilla izquierda de dos golpes, pero un dolor inhumano.

«Atiiiiil Kutmaaaaan».

—¿Qué hacen? —recriminó una de las personas que estaban en la habitación—. ¡Hijos de perra, lo van a matar!

—¿Ya han averiguado quién es Atil Kutman? —intentó saber otro desconocido.

—No, nada —aclaró el joven que sostenía un martillo en su mano izquierda—. Solo repite Atil Kutman, Atil Kutman, Atil Kutman… No sale de ahí, está en *bucle*.

—Ordené que lo mantuvieran con vida; lo necesitamos vivo.

Se hace el silencio, un reposo roto por el tiriteo de un Santiago ya casi yerto.

—Si lo matamos habrá que ir a por la chica —justificó el líder.

—No hay problemas —reaccionaron a la vez dos de los rusos—. Iremos a por ella.

—Sí que hay un problema —mermó la euforia el patrón—. No sé dónde está, ¿alguno de ustedes sabe dónde demonios está la *amerricana*?

Todos callaron y agacharon sus miradas al oír la enésima invocación a Lucifer.

—¿Sabemos si está con Arda; alguien la ha visto reunirse con Zahîr?

Eve Baxter también se coló en este delirio. Su identidad virtual ocupaba todo el ancho de la pantalla de un ordenador con unos gruesos caracteres blancos sobre un fondo de color negro.

tinkerbellofmanhattan.

El olor a sangraza se mitigó en cuanto recuperé el aroma a violetas de su perfume, el sabor anisado que se quedó impregnado en mis labios por el beso que me dio en plena resaca tras las incontables rondas de *leche de león* en casa de Aydiner, el nauseabundo olor a arenques podridos que usé como reclamo para recuperar el anillo…

Santiago dibuja una sonrisa en su cara.

—Este desgraciado se está riendo de nosotros —encabronó, otra vez, al ruso del mazo antes de recibir un golpe desgarrador en una rodilla.

«Atiiiiil Kutmaaaaan».

En unos segundos rescaté que le encantan las tostadas con mermelada de mandarinas y las tartas de limón, la emanación a tinta fresca que envuelve a una imprenta, su rechazo a los gatos, al marisco y a las historias románticas, su incapacidad para creer en el amor a primera vista… Estaba avisado. ¿Cómo pude enamorarme si ella me dijo que no creía en las historias que acaban con el soniquete de y fueron felices y comieron perdices?

Santiago vuelve a reír, esta vez de una manera menos visible.

—¡Maldito cabrón! —subió el tono el jefe—. No entiendo cómo demonios puede seguir vivo.

—Sí, es un maldito cabrón —propagó el mayor adulador de los rusos que participaban en el desmembramiento.

Las imágenes de Eve Baxter se fueron apagando con morosidad, sin poder hacer nada para retener su sonrisa nerviosa la primera vez que nos cruzamos en la T4 de Barajas, el sofocante efecto que causó ver su nalga iluminada desafiando mi mirada la noche que tuvimos que compartir habitación por el robo que se perpetró en la 27, el rictus serio y distante con el que me confesó que se había cepillado a Tayyid.

«Todos son iguales… Tú también me quieres follar, ¿no?».

Santiago distingue la voz retorcida de Eve, camino del hotel, después de disfrutar de una velada generosa de alcohol.

Todo acabó con un primer plano de Eve Baxter, un retrato melancólico dominado por su larga melena pelirroja, tez blanquecina, ojos verdes y un cuello interminable. ¡Qué mal le sienta que la comparen con un avestruz; qué poco le gusta que la mire con la misma intensidad con la que un aficionado al arte contempla el cuadro de *La Virgen del cuello largo* que pintó Il Parmigianino!

«Eve, te quiero».

Así de escueto fue el último pensamiento; el mudo deseo final de Santiago.

Las palabras que no se dicen en vida no existen tras la muerte.

Capítulo 26

«Me han hablado mucho de ti,
¿tú eres la "amerricana"?».

Gerasim, jefe de la mafia rusa

La bala reventó la cabeza de Aydiner con la misma facilidad con la que una flecha atraviesa una sandía remadura. Aquel desgraciado cayó desplomado a los pies de Zahîr sin confesar para quién trabajaba. Arrej lo dejó seco con un tiro.

Pussgggg.

Sus dedos aún se movían cuando recibió otro disparo a la altura del corazón.

El aplomo que reflejaban los ojos de la joven no eran los de una persona que mata por primera vez. Arrej se puso en cuclillas para buscar el pulso en el cuello y certificó su partida con una complicidad visual casi intangible. Zahîr lamentó su precipitación a la hora de solucionar la crisis, pero entendió que no todo el mundo tiene el pulso frío para aguantar presiones extremas. A continuación le ordenó que buscara una solución para sacar el cadáver del jardín. Aunque fuera de noche, los restos estaban expuestos a los navegantes que cruzaban el Bósforo pegados al borde asiático.

—¿Qué coño ha pasado? —gritó enloquecida Eve—. Esto es una puta locura.

La americana entra en pánico y su cuerpo no para de temblar.

—Una rata… —sintetizó Zahîr—. ¿Hemos matado a una rata?

—¿Hemos matado? —se desmarcó la hija de Eyre Jordan—. Yo no he hecho nada.

—Hay una rata menos en la ciudad.

Zahîr confesó que hacía tiempo que no se fiaba de él, que el Aydiner que conoció no tenía nada que ver con el cuerpo agujereado que yacía enguruñado a la espera de que vinieran a recogerlo, que en Estambul, como en el resto del mundo, los sueños se compran…

Me descompuso ver a un ser humano tratado como un montón de basura; también la dejadez con la que zanjaron el asunto.

Arrej regresó con una carretilla herrumbrosa, Zahîr ayudó a depositar al fiambre en el plantón[12] y, con las piernas colgando por la parte delantera y la cabeza plegada sobre la clavícula izquierda, la asesina se marchó con la rueda casi desinflada y dejando la huella sonora de un ruido desagradable.

Iiiiggggg, iiiigggg, iiiigggg…

En el piso quedó una rodada húmeda de color rojo que perdía intensidad a medida que se alejaba del punto en el que fue abatido Aydiner.

Por muy mal que me cayera ese hijo de puta, ser testigo de un desenlace tan crudo me generó náuseas e impotencia.

Los malos nos reconocemos sin tener que abrir la boca y en más de una ocasión le advertí a Santiago que su mirada era oscura, que no se fiara de él, que tuviera mucho cuidado con ese cabrón… Lo que no sabía entonces es que esto iba a expirar con un baño de sangre.

Tayyid, la mujer que encontraron sin vida en la habitación de Santiago y ahora Aydiner. Si tuviera una funeraria me habría ganado unos cuantos dólares en este viaje. Rondar la muerte es una sensación extraña. Todo empieza con esta frase: «¿Me podía haber tocado a mí?». En cuanto notas que el final está cerca, un mal presagio se ancla a tu cerebro y no hay nada que hacer; comienzas a caer en barrena y no te salva nadie.

El chirrido de los frenos de unos coches que irrumpieron con violencia por la parte delantera de la mansión, un incontable número de portazos y unos disparos zarandearon mis niveles de adrenalina. En segundos quedamos a la voluntad de unos mercenarios que iban armados hasta los dientes.

—Buenas noches, Zahîr —saludó un calvo—. La carnicería aún no ha acabado.

Que Arrej no acompañara a estos desconocidos justificó las detonaciones. Otro ataúd venía en camino. La lista de bajas empezaba a ser digna de una película de Quentin Tarantino. ¡Menuda sangría!

—Gerasim —reconoció el familiar del capitán Arda, parecía que contaba con su llegada.

Por la forma en la que se colocaron alrededor del alopécico que saludó a Zahîr me quedó claro quién era el jefe. Medía unos ciento ochenta y cinco centímetros, estaba algo desnutrido y las zonas de su piel que llevaba al descubierto estaban llenas de tatuajes: seis lágrimas negras en la parte derecha de su cuello, otras cinco en la izquierda, un cráneo con unos huesos cruzados en la nuca, una serpiente y unas cuantas medallas. Aquella piltrafa era un bote de tinta con patas. Los mongolos que se alinearon junto a él también presumían de sus grabados pero, al igual que ocurre en el ejército, estaba claro quién era el general.

—¿Tú eres la *amerricana*? —se propuso averiguar el patriarca tras abandonar el círculo para acercarse hasta la posición de la mujer—. Eve, ¿no? Me han hablado mucho de ti.

—Ella no tiene nada que ver en todo esto —interrumpió Zahîr.

—Yo diría que sí —reaccionó el delincuente antes de dar un puñetazo en la barriga del viejo.

Uuggggsss

—Zahîr, Zahîr, Zahîr… —alargó Gerasim—. Te he dicho un millón de veces que no incomodes a los rusos.

—No me das miedo —retó—. Soy mayor, pero no temo a las cucarachas rojas como tú. ¡Jodido comunista!

El amigo de Eyre Jordan escupe sobre sus botas.

Zahîr se comportaba de manera suicida. Estaba captando la rabia del ruso hacia él para intentar mantenerme al margen. No sé cuánto tiempo podría aguantar su estrategia. Sabía que tarde o temprano vendrían a por mí. El capitán Arda me advirtió que estos no perdonan cuando huelen el dinero, son peores que los judíos.

—Zahîr, Zahîr, Zahîr… —musicalizó el malhechor de mayor jerarquía —. Esto no funciona así: tú me das el anillo y aquí paz y en el cielo gloria. Supongo que tu cielo es el mismo que el mío, ¿no?

—Tú jamás vas a conocer el cielo —sentenció—. Arderás en el infierno.

—Uy, qué miedo me das.

—Deberías tenerlo.

Uno de los esbirros del flaco ríe y se ofrece para darle un buen puñetazo.

—¡Quieto! —ordenó su superior.

Gerasim sacó pecho por haber contado con los servicios de un soldado de la talla de Aydiner, él fue quien nos delató. También mencionó que no le había costado demasiado esfuerzo arrebatárselo a Arda y que, al igual que ocurrió con Tayyid, no lamentaba su muerte. En su inventario tampoco olvidó a Hifzi Ahmed, al que se llevó por delante tras extraviar un valioso cargamento de sanguijuelas. El hermano de Zahîr intentó comprar un indulto revelando la deslumbrante historia del anillo a los rusos, pero en cuanto tuvieron la información, *caput*.

Eve se asquea al conocer que el vendedor de muñecas de cartón era uno de ellos.

—Intenté convencer a Arrej, pero esa zorra te idolatraba —lamentó antes de confirmar que estaba muerta—. Esa puta sí que era leal, ¿fue ella la que mató a Aydiner?

En este carrusel de delincuentes solo faltaba el capitán Arda, una ausencia que se coló en la conversación por inercia.

—¿Esperamos a Arda? —calibró Zahîr.

—¿Arda?

—Sí, a tu jefe —insistió en un claro intento por alargar el diálogo—. Él es el que ha planificado todo esto, ¿no? Demasiado bien le ha salido para lo torpe que es. Ser policía no implica tener un excedente de materia gris.

El cabecilla de la banda de mafiosos suelta varias carcajadas.

—El capitán no vendrá —confirmó Gerasim—. Está liado con los de asuntos internos.

El ruso explicó cómo se había quitado al oficial del medio de una manera muy burda, pero efectiva. Sus hombres le pusieron dos kilos de cocaína en el maletero del coche mientras él se lamía las heridas de la goleada al Galatasaray, dieron un chivatazo y algo más a un alto mando de la unidad de narcóticos y unos policías lo interceptaron en las inmediaciones de la plaza de Taksim cuando rastreaba nuestro paradero.

—Van a estar entretenidos con ese corrupto unas cuantas horas —ironizó sin dejar de mirar la cicatriz que Baxter tiene sobre la ceja izquierda.

—¿Duele?

—¡Qué te jodan!

—Uuyy, uuuyyy, uuuuuyyyyy. ¿Qué tenemos aquí? —jugueteó el malote—. La típica *amerricana* que cree estar por encima del resto del mundo. ¡Menuda zorrita!

Eve Baxter también escupe a Gerasim.

Cuando te has convertido en un experto jodiendo la vida a los demás llega la revancha. No es que me alegrara que el capitán Arda estuviera entretenido explicando que la droga no era suya pero, seguro, que más de una vez planificó una encerrona similar para lograr una recompensa. ¡Maldito cabrón!

Cada vez que me pongo nerviosa no paro de decir tacos y otras barbaridades. El doctor Morris me contó, una de las pocas veces que hablaba, que las personas narcisistas suelen tener cierta facilidad a la hora de insultar; que lo hacen de manera consciente para denigrar, humillar, ridiculizar a alguien. ¡Mierda!, ¿qué hago yo contabilizando agravios sonoros en medio de una situación tan delicada, ¡joder, me cago en la leche!

Zahîr intenta atraer la atención de Gerasim en cuanto se da cuenta de que este tiene a la chica a su merced.

—Te he dicho que no molestes a los rusos —amenazó, esta vez sin golpear su cuerpo.

—¿Ya le has contado a la *amerricana* que trabajas para su Gobierno? —reveló el único criminal que tenía permiso para hablar.

Eve clava una mirada de furor en el turco.

—Creo que aún no lo sabe —intuyó el gánster—. ¿No se lo has dicho?

Gerasim reveló que Zahîr era algo más que el propietario de un comercio cercano a Sultanahmet, que su relación con los servicios secretos americanos era excelente, que aprendió a trabajar para ellos cuando de niño vigilaba a los submarinos soviéticos que se adentraban en el estrecho del Bósforo, que muchos de sus informes

habían sido útiles para resolver conflictos diplomáticos en Oriente Próximo.

—Es un agente secreto —dejó al descubierto el bárbaro—. Este cabrón es todo un patriota.

Gerasim era una máquina de airear mierda. En unos minutos no dejó títere con cabeza y, lo peor de todo, es que siempre tenía más. Algo con lo que alimentar mi enfado, algo con lo que buscar un enfrentamiento directo con Zahîr.

—Esto es como una partida de ajedrez —comparó sin apartar sus ojos marrones del cuello de Baxter—. El juego no acaba hasta que no cae la reina.

El ruso se comprometió a dejarme ir si le entregaba el anillo. No dijo nada de la suerte que le aguardaba a Zahîr, pero me da igual si termina con dos tiros en la sien. Su prioridad era salir de allí con el rubí. Insistió varias veces en que no era nada personal, pero que la joya se volvía a casa con él sí o sí.

—No tengo ni puta idea de lo que me habla —corrigió la neoyorquina.

—¡Eve, déjalo! —interrumpió Zahîr—. Lo sabe.

—Veo que empezamos a entendernos —agradeció Gerasim.

—Díselo —volvió a hablar el cómplice de Eyre Jordan—. Dale lo que quiere y sálvate.

Baxter lo mira con incredulidad, no sabe de lo que habla. Está fuera de juego.

Desconozco en qué momento le confesé que tenía el anillo de su abuela, la razón por la que me estaba echando a los leones y el jueguecito que se traía entre manos.

—No tengo el anillo —aclaró por enésima vez con firmeza la estadounidense—. *No-tengo-el-anillo.*

—Otra vez noooooo; noooo, otra vez noooooo —gritó furioso el hombre que puso la trampa al oficial Arda—.

Su amigo Santiago no paró de repetir una y otra vez «Atil Kutman, Atil Kutmaaaan, Atil Kutman» antes de que lo descuartizáramos.

—¿Santiago ha muerto? —enfureció Eve.

No sé si estar tanto tiempo entre tramposos me había inmunizado, pero no sentí nada especial cuando Gerasim metió el cadáver de

Santiago en esta conversación. Puede que me estuviera acostumbrando a respirar entre mentirosos: ¿dónde demonios se habrá metido?

—Jefe, se lo dije —entró en la conversación sin permiso uno de los cuatro rusos, el más bajito, que blindaban al líder—. No le cree.

—Ese cabrón nos llevó al límite —tomó el mando de las operaciones el más poderoso.

Eve empezaba a dudar al detectar un atisbo de verdad en su voz.

Gerasim insistía una y otra vez en la fortaleza con la que Santiago aceptó su muerte. Si no fuera porque estoy convencida de que un ser tan asqueroso no tiene sentimientos, diría que en algún recoveco de su perverso cerebro habitaba cierto culto hacia él. En un puñado de segundos relató las amputaciones de sus dedos, los martillazos que recibió en rodillas, codos y muñecas, los incontables cortes abiertos en el esternón, muslos y cara, el olor a mierda que percibieron cuando buscaron el anillo entre sus vísceras. El relato era tan verosímil que le pedí que se callara. ¡Basta!

Su crueldad no tenía fronteras y, por si no lo tenía claro, pidió a uno de sus compinches que me entregara un sobre manchado de sangre.

—¿No lo abre? —invitó tras verificar que la extranjera estaba bloqueada.

—¿Es necesario? —contestó aterrorizada.

—Señorita, si no lo hace usted lo haré yo —anuló cualquier tipo de duda—. Vamos, abra el puto sobre, ya.

Cinco fotografías del cuerpo sin vida de Santiago ratificaron que esto no era una broma.

El dolor había deformado su cara, pero en ella quedaba la esencia de un hombre bueno. Entre los cardenales y la sangrasa pude reconocer su mansedumbre, su lealtad, su amor incondicional…

—Hijo de putaaaaaaa —se lanza contra el pecho de Gerasim, pero uno de sus guardaespaldas repele el ataque y la arroja contra el suelo—. Lo has matado.

—Atil Kutman, ¿quién demonios es Atil Kutman? —repreguntó tirando hacia arriba su melena rojiza para que le mantuviera la mirada.

La norteamericana vomita sobre sus botas de piel de caimán.

—¡Zorra! —soltó con violencia su cabellera—. No, otra vez no… Esta noche me estoy llevando todos los escupitajos.

—¿Si te digo dónde está Atil Kutman la dejarás libre? —interrumpió Zahîr convencido de que su hermano gemelo no había mencionado nunca al amante de su abuela Faride.

—¿No estarás jugando conmigo? —sujetó por la yugular al anciano.

Al levantar la mirada aprecié unos puntos rojos incrustados en las cabezas de los rusos.

Pisfff, pisfff, pisfff, psifff, pisfff.

Los cinco cayeron redondos al suelo en milésimas de segundos. En la cara de Zahîr quedaron las salpicaduras de la sangre de Gerasim y de entre los arbustos salieron media docena de francotiradores. El jefe del comando pronunció mi nombre cuando me preguntó si estaba bien, pero no pude reconocerlo porque tenía cubierta la cabeza con un pasamontañas. Tres miembros del grupo de asalto se hicieron cargo de Zahîr y otros tres de mí. Nos metieron en dos coches y la última imagen que tengo de esta pesadilla fue su pose compasiva detrás de un cristal: mitad de pena, mitad de culpa.

---

[12] Plantón, parte de la carretilla en la que se transporta la carga; también se le conoce como caja de carga.

Capítulo 27

«Conozco a los agentes del CNI como si
los hubiera parido, son unos 'quedabién'».

George Dunne

El hombre con el que comparto el asiento trasero de este coche es Cemil, el recepcionista que me confundió con la señora Mendoza durante el *check-in* en el hotel. Cemil, o cómo diablos quiera que se llame, no dejaba de repetir que estaba a salvo, que no tenía autorización para hablar de lo sucedido y que en unos minutos estaríamos en casa: un cabo del Cuerpo de Marines de Estados Unidos comprobó la documentación en la barrera que daba acceso a la embajada. Casi me deja ciega al iluminar a quemarropa mi cara con una linterna y se despidió revelando la graduación de mi acompañante.

—Mayor, bienvenido a casa —saludó con energía.

Este fue el único vehículo que entró en el subterráneo. De hecho, durante el trayecto miré varias veces por la luna trasera para comprobar si el jeep en el que viajaba Zahîr nos seguía. Antes de bajar, Cemil se interesó por mi estado de ánimo y, en cuanto obtuvo una respuesta favorable, golpeó el cristal con sus nudillos y ordenó a un soldado que abriera la puerta desde fuera.

—Sígame. —Solicitó el hombre que se ofreció a llevar mis vaqueros a una tintorería, el mismo que encontró en ellos la nota de auxilio tras ser secuestrada por Arrej.

Por los pasillos coincidimos con media docena de militares curiosos y, por fin, llegamos a un pequeño despacho. Allí me esperaba la doctora Harris. Eso era lo que ponía en su placa identificativa: teniente médico Isabella Harris. Sin que le dijera nada, pegó varias ventosas a mi cuerpo y reprogramó una máquina. Sus gafas se clavaron en unas gráficas antes de dar su primer veredicto.

—La frecuencia cardiaca está algo inestable, pero no es grave —diagnosticó en voz alta para que su ayudante tomara nota.

—¿Solo está algo inestable? —ironizó Eve—. ¡Qué buena noticia! Solo algo inestable…

Tras explorar el fondo de mis ojos, sentir el tacto metálico de un otoscopio en los oídos, ser sometida a una auscultación pulmonar y medir mis reflejos con un par de golpecitos en las rótulas, la enfermera Rodrigues me ofreció un chándal gris, ropa interior, agua de violetas y unos artículos de aseo personal por si deseaba darme una ducha.

Baxter revive el dramatismo comprimido en las fotos que le mostró Gerasim.

La sensación de culpa iba creciendo a medida que empecé a asimilar que Santiago se había ido para siempre. La sanitaria me dio una tila y un par de comprimidos de color azul. Insistió en que me los tomara, que necesitaba serenarme porque la noche iba a ser larga. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Hiciera lo que hiciera siempre acababa llegando al mismo punto, a un estrecho pasadizo de mi memoria en el que aparecía la imagen borrosa de tiramisudesvelado2001. Sonriente, dubitativo, enfadado, reconciliador, distante, detallista, solitario, celoso… Todas las versiones que conocí de él en los últimos cuatro años y medio hacían cola para despedirse. No hay peor error que no saber identificar dónde está la oportunidad de tu vida. Es cierto que a veces cuesta ver el momento adecuado para tomar una decisión que puede anudarse a ti el resto de tus días, pero no reaccionar ante un gesto tan diáfano es una condena que tendré que soportar en solitario. No hay mejor receta para demoler tu autoconfianza que acumular unas cuantas decepciones y varios embustes. Mi capacidad para automachacarme amenazaba con reaparecer en cualquier momento. Esta vez le iba a plantar batalla, esta vez no iba a perder.

«Soy fuerte, no vas a poder conmigo; soy fuerte, no vas a poder conmigo…».

Eve trata de envalentonarse para sacar adelante la emergencia.

Me sentía vigilada por un gigantesco cuadro con una panorámica aérea de la Academia Militar de West Point. De pequeña solía ir con

mi padre hasta el condado de Orange a montar a caballo. Conocía la base mejor que mi apartamento de Lexington Avenue.

Toc, toc, toc.

Cuando se abrió la puerta apareció un sargento mayor sosteniendo una bandeja con dos campanas metálicas. Debajo de una, la más grande, había una hamburguesa con bacon y salsa Jack Daniel's. A su lado unas patatas fritas y una ensalada César. La otra ocultaba un pancake con frambuesa como los que me preparaba Thomas en el *Candy Shop*, en el Upper East Side, un buen trozo de tarta de limón y un par de tostadas con mermelada de mandarina. Nada que no me gustara. En aquel menú de supervivencia vi la mano de Tom Baxter. Mi estómago permanecía cerrado, no tenía ganas de cenar. Lo que sí hice fue tumbarme en un sofá cama y cubrirme con una manta de lana hasta el cuello: estaba muerta de frío.

Eve despierta desorientada horas después, no sabe si era de día o de noche.

Abrí los ojos al escuchar algo parecido a unas canicas que rodaban por el falso techo. Un fontanero me contó mientras desatascaba un fregadero que a ese sonido lo llaman el pulso de Zhukowski, o algo parecido, y que se desata cuando las tuberías se mueven para absorber la presión generada por el paso del agua. En cuanto me recompuse lo vi junto a la puerta, sentado con el pie derecho cruzado por encima de la rodilla izquierda. Ojeaba con frialdad las páginas interiores del *The New York Times* y solo habló cuando se aseguró de que estaba despierta.

—Eve.

—¡Maldito cabrón!

—Tranquilízate, estás a salvo —rebajó Dunne—. Tenemos tiempo de sobra para hablar. No te precipites.

—George, ¿qué has hecho?

¿Por qué dejaste que pasara?

El hombre de raíces irlandesas evita un contacto más estrecho con Baxter: sabe que está muy enfadada.

La bandeja no era la misma que había traído el sargento mayor. Ahora tenía tarta de mandarinas, unas tostadas de pan integral con mermelada de frambuesa y café… Mucho café.

—¿Por dónde empiezo? —ofertó la mano derecha de Eyre Jordan.

—Tú sabrás —devolvió su protegida—. Eres un hijo de puta.

—Entiendo.

Lo primero que comentó George Dunne es que Santiago estaba muerto, que aún no habían encontrado el cadáver y que informaron del incidente al cónsul español. También me advirtió que en Madrid no estaban por la labor de destapar una crisis internacional, que este marrón nos lo teníamos que comer solos y que ellos esperarían a la reacción de los medios de comunicación turcos. «Si no hay noticia, aquí no ha pasado nada», fue la respuesta que le dio Fermín Alcoy, un alto cargo del consulado, cuando un portavoz de los servicios secretos norteamericanos le planteó la opción de negociar una acción conjunta.

Dunne confesó que si la cosa se ponía fea tirarían de la típica nota de prensa en la que se informa de la inesperada muerte de un ciudadano español en extrañas circunstancias. Incluso, llegó a sopesar que estudiarían la posibilidad de vincular a Santiago con una red mundial de traficantes, pero que antes de moldear una conspiración iban a realizar unas cuantas averiguaciones sobre él para encajar bien todas las piezas. «Un traje a medida», lo llamó.

—Veo que esto continúa siendo un juego de mentirosos —reprochó.

—¿Y qué quieres que haga?

—Cualquier cosa menos convertir a Santiago en un puto narcotraficante.

—No es nuestro problema —quiso saldar de una vez por todas.

George Dunne me contó que conocía a los agentes del CNI como si los hubiera parido. Admitió sin que le presionara que había trabajado con espías del Centro Nacional de Inteligencia en Venezuela, Marruecos, Cuba y, al menos una vez, en las Islas Canarias.

—Son unos *quedabién* —criticó aportando datos de una antigua operación encubierta en Tenerife—. Necesitábamos conocer mejor el organigrama interno del Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario. Nos tocaron mucho los cojones con el accidente de Los Rodeos y fuimos a por ellos. No quedó más remedio que infiltrarnos…

—¿Fuimos a por ellos? —truncó la pelirroja—. ¿Eres un agente secreto?

—Llevo más de cuarenta años en la CIA —admitió sin un atisbo de culpabilidad—. Servicios de contraespionaje en el cono sur, compartí con tu padre varios encargos en Argentina, Bolivia, Chile…

—¿Y ella? —pulsó con gran temor por si aparecía un atisbo de respuesta afirmativa.

—¿Tu madre? —guardó silencio unos segundos—. Ella, no. La intentaron captar tras la vuelta de Tom de Vietnam, pero rechazó todas sus propuestas. Aguantó la presión. ¡Supo resistir!

—¿Captar? —reformuló—. Yo creía que era una mosca cojonera por las informaciones que iba a desvelar en su libro, ¿quién cambió su contenido?

Dunne reconoció que durante semanas negoció las reglas para la publicación de *La muerte que vino del cielo*. Varios senadores republicanos amenazaron con poner en marcha un gran ventilador para cubrir de mierda al presidente Carter aprovechando algunos contenidos de la novela que más tarde eliminamos. El accidente de Los Rodeos fue la mejor excusa para dejar en paz a tu madre, también al jefe supremo.

—Jimmy Carter era un recién llegado —justificó—. Había que protegerle.

Toc, toc, toc.

El suboficial que había traído la cena pidió permiso para entrar en la habitación. Esta vez lucía el uniforme de oficina, no la típica vestimenta de camuflaje y, además, en lugar de una bandeja de comida cargaba con la caja que Arrej dejó sobre una mesa del jardín de Ortaköy antes de que los rusos la acribillaran.

George Dunne retira la tapa, rebusca entre su contenido y coge el libro con su mano izquierda.

—Es una edición especial.

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Es la primera copia de la novela, ¿no?

—No —sorprendió el agente secreto—. Es el único libro donde se cuenta toda la verdad, el borrador impreso. Le dimos la misma

apariencia para que nadie sospechara. Solo en este ejemplar aparecen los datos que convirtieron a tu madre en un peligro para la seguridad nacional. Me hizo prometer mil veces que este privilegio sería tuyo, que no importaba el tiempo que tardara en entregártelo: tú debías ser la primera.

Dunne no paraba de dar datos y más datos sin esperar nada a cambio. Desclasificó los pormenores de la operación *El Principito* con la misma naturalidad con la que he coqueteado con la muerte en las últimas setenta y dos horas. Habló del pacto con los altos cargos de la CIA para meter a Eyre Jordan en el listado de fallecidos del accidente aéreo de Tenerife, de la pantomima que hicieron en el cementerio de Woodlawn, de las noticias falsas sobre su fallecimiento publicadas en los medios de comunicación afines a la editorial… Su misión era traerla con vida a Ortaköy y desaparecer para siempre.

—Cumplí mi promesa —quiso desmarcarse—. Le juré que no te diría nada.

Dunne puso como ejemplo el principio de la propiedad conmutativa para aclarar que el final de Eyre Jordan estaba escrito desde la tarde del 27 de marzo de 1977. La gravedad de las lesiones y su deseo de no mostrarse como un monstruo hizo que «el orden de los factores no alterara el producto», recalcó una vez se conoció lo que había sucedido en La Laguna.

—¿Y Zahîr? —indagó Eve Baxter—. ¿Qué pinta él en todo esto Zahîr?

—Era el mejor amigo de tu madre —descifró sin reclamar su lugar en el círculo de amistades de Eyre—. Sé que estuve a su lado mucho tiempo, pero Zahîr es el amigo invisible que siempre está. Cuando le conté sus planes no dudó en ayudar a la niña que un día le robó el corazón. Dicen que el primer amor, aunque ninguna de las partes reconozca su existencia, nunca se olvida. Es un amor eterno.

—¿También es un soplón? —pidió ampliar sus conocimientos sobre el comerciante de Sultanahmet—. ¿Colabora para el Tío Sam?

Tom y Zahîr se conocieron durante un viaje de mis padres a Estambul. Los dos conectaron desde el principio. George no tenía noticias de ninguna pugna entre las partes a cuenta de la belleza de

Eyre Jordan. No competían por su amor, luchaban por su amistad. Tom desde el matrimonio y Zahîr a partir de la tierna memoria de un niño encandilado por un ser hermoso. Baxter y Ahmed coincidían casi todas las tardes en el Bósforo. Un día en los bajos del puente de Gálata, al siguiente en el Palacio de Dolmabahçe o Pierre Loti y, por supuesto, en Ortaköy. Se pasaban horas hablando de historia, gastronomía e incluso de las labores de seguimiento que hacían los niños a los robustos sumergibles soviéticos. Antes de que pudiera negarse, el musulmán había sido reclutado como informador de los americanos en esta franja del mundo.

Dunne elogia los trascendentales servicios prestados a la administración estadounidense antes de dictar sentencia: «Los malos ganan cuando los hombres buenos dejan de actuar», exaltó.

—Muy original —ironizó—. ¿La frase es tuya o forma parte de la herencia de mi madre? (Eve recuerda que no era la primera vez que la escuchaba).

—¿Qué?

—Que si se te ocurrió a ti solito o aparece en los manuales para hacerte espía —criticó.

Dunne no hace caso y deja que el diálogo se apacigüe.

A Zahîr jamás le contaron que el anillo lo dejaron olvidado a propósito en Los Rodeos. En los planes de Dunne no entraba que el rubí fuera a reaparecer de la manera que lo hizo. Entre los distintos escenarios que barajó ninguno tenía como protagonista a un mocoso de trece años que acabaría chateando con *tinkerbellof manhattan*. Cada vez que recuerdo los orígenes de ese *nick* rememoro lo ridícula que fui al elegirlo.

—La primera vez que hablaste de él me costó creerte —admitió—. Empecé a hacerlo cuando planificabas este viaje.

—¿No pudiste pararlo?

—Lo intenté, me ofrecí a venir contigo —alegó el confidente de Jordan—. ¿Recuerdas que intenté sustituirle sin éxito?

Toc, toc, toc…

Cemil entra y le habla al oído a Dunne.

El mayor me preguntó si había podido descansar antes de abandonar la habitación. A George no le costó ningún esfuerzo

descubrir el contenido de la información que le acababa de suministrar el alto mando: necesitaba reconciliarse.

—Nos han dicho que hay movimiento en Laleli.

—¿Laleli? —quiso saber más.

—Es un barrio convulso que está bajo control de las mafias rusas —resumió—. Los españoles dicen que allí no entran ni locos, que no tienen medios para actuar. La misma historia de siempre. ¡Están cagados!

—Habrá que ir a por él, ¿no? —planteó—. Sé que está muerto, pero no lo vamos a dejar tirado como a un perro atropellado en medio de una carretera, ¿no?

A Dunne no le sentó bien que le recriminara que dejaran solo a Santiago, que lo abandonaran a su suerte cuando todo estalló, que lo excluyeran de la operación *El Principito*… Le molestaba que una mujer le diera órdenes.

—No entiendo que pasaran de él —le echó en cara—. ¡Estaba conmigo, joder!

—Santiago no era un ciudadano americano.

—Ahórrate esas chorradas —reprendió—. Esta no iba a ser la primera vez que la CIA se salta uno de sus estúpidos protocolos.

—Le seguimos por si ocurría un imprevisto —aclaró Dunne—. El día que desapareció tú ibas por un lado y él por otro; le perdimos la pista en el Gran Bazar. Lo siento, no pudimos hacer más… Se nos fue de las manos, la prioridad eras tú… Él solo era un daño colateral.

—¿No pudimos hacer más? La CIA siempre puede hacer más.

Eve Baxter se pone de pie y camina en dirección a la mesa en la que estaba la bandeja.

Augsssssssss.

—¡Mierda, está frío! —arroja el contenido de la taza a una papelera —. ¿Alguien me puede traer un puto café? Si está caliente, mejor.

Con tanto agente secreto a mi alrededor no me resistí a preguntarle si me quedaba alguna pieza por descubrir. ¿David?, el guía octogenario que Cemil me recomendó para la visita a Bubukeke tenía unas cuantas papeletas, pero no me contó ni una sola palabra de él.

Por mucho que lo intentara, Eve Jordan siempre decía Bubukeke en lugar de Büjükada.

—No te voy a dar esa información —abortó—. No puedo facilitarte unos datos tan comprometedores. Lo entiendes, ¿no?

Aunque siempre he tratado de mantener una distancia prudencial con los melodramas de Meryl Streep, hay algo en medio de este caos que me hermana con la protagonista de *Los puentes de Madison*, una línea invisible que ahora mismo me impide distinguir qué porcentaje de este dolor es real y qué tanto por ciento ficción. No voy a caer en el error de poner por las nubes a Santiago después de muerto. Me quedo con su ingenuidad, con la nobleza de un ser capaz de pedir perdón aunque supiera que él no había hecho nada malo, con la humildad del que prefiere caminar un paso por detrás para no molestar… Meryl, sin que sirva de precedente, te voy a decir una cosa: las dos nos hemos quedado solas en la escena final.

Eve rebusca en la caja la carta de despedida de su madre y se fija en una frase.

No supe vivir a tu lado.

¡Qué difícil es decir te quiero a los que más amas, qué sencillo es llegar a odiar a los más débiles! Durante años me convencí de que la amnistía no era posible. Sobrevivir a una gran mentira no es una tarea liviana, pero las heridas abiertas no se curan con sal. Solo el tiempo puede saturar esas cicatrices emocionales.

La vuelta de la enfermera Rodrigues, esta vez sin tocar a la puerta, coincidió con una fase de abatimiento que me dejó postrada en el sofá. Dos cápsulas con una mitad verde y otra blanca y medio vaso de agua me situaron al filo de la modorra. Después de la tercera cabezada cerré los ojos; estaba agotada, vencida por una realidad apabullante.

Baxter duerme con la ayuda de un par de Prozac 20.

—Eve, Eveee, Eve… —zarandeó a la americana Dunne—. Lo han encontrado.

Cuando reaccioné vi a George de pie junto a Zahîr, estaba ansioso por contarme algo. Su euforia era desmedida; destilaba una felicidad injustificada.

La CIA tenía un plan para recuperar el cadáver de Santiago y desde el primer segundo me advirtió que yo estaba al margen. Ellos decidieron en contra de mi voluntad que a la mañana siguiente tomaría un vuelo con destino a Madrid y, a continuación, una conexión a Nueva York. Volvieron a inyectarme el canguelo en las venas con la cantinela de que aún estaba en peligro: «Estambul no es una ciudad segura para ti».

—En Laleli hay mucha tensión —alertó—. Saben que han matado a Gerasim y a su guardia pretoriana, hay rumores de que estamos dando protección a la americana.

—Yo no salgo de este país sin Santiago —se atrincheró, ajena a la escasa validez que tenían sus palabras.

—Aquí no decides tú —aclaró su ángel de la guarda—. Zahîr se ha ofrecido a liderar la misión: ¡Tú, te vuelves a casa!

—Nos la estamos jugando —advirtió—. La maniobra es muy compleja, pero puede salir bien. Si nos descubren diremos que nosotros no estábamos allí.

—Como siempre, la CIA nunca está donde está —solventó con un sarcasmo indisimulable.

—Te voy a pedir un último favor —cambió el tono de su voz George —. Me gustaría que te despidieras de él.

—¿De Zahîr? —miró al turco—. ¿Es necesario?

—No es necesario, es justo.

—¿Esto forma parte de la operación *El Principito*?

—Eve, piensa en cada uno de los sacrificios que hizo por ella.

El informador de los yanquis se siente incómodo y amaga con abandonar la habitación.

Zahîr frenó su marcha en seco cuando me escuchó su nombre. A continuación, le pedí a George que nos dejara solos. No me intimidó la posibilidad de que hubiera micrófonos, tampoco la opción de que Dunne nos estuviera viendo detrás del cuadro de West Point. Eso no evitó que me quedara frente a él y tirara del marco para ver si se despegaba de la pared: no se movió. Estaba clavado a ella; seguro que hay alguien vigilando detrás.

Eve Baxter busca el contacto visual y empieza su alegato final.

¿Se imagina lo difícil que es para una niña de tres, cuatro o cinco años que su madre nunca esté en casa? ¿Sabe lo duro que es ver que las madres de tus compañeras siempre aparezcan a la salida del colegio? ¿Puede entender la angustia que genera escuchar que tus padres no te quieren? ¿Es capaz de comprender el vacío que madura a tu alrededor cuando te quedas sola antes de cumplir los nueve? ¿Podría perdonar a alguien que fingió su muerte?

El quedó paralizado hasta que se dio cuenta de que la graduación de mis preguntas perdía intensidad. No siguió ningún esquema a la hora de responder, solo construyó un par de frases exculpatorias alrededor de mis padres: «Ella se casó con él sabiendo que su enfermedad era terminal, los dos fueron conscientes de que llegaban a un matrimonio moldeado por sus padres y no lo rompieron porque se querían», enumeró antes dar el golpe definitivo «Eyre se negó a reformular nuestra relación tras quedar mutilada en Los Rodeos…». No era la primera vez que oía esas disculpas, pero ahora tenían un sonido diferente.

—Eve, tu madre te quería —trató de despejar cualquier duda—. No la culpes por protegerte. Entiendo que pienses que fue egoísta contigo, pero todas las madres son capaces de comportarse de una manera suicida con tal de no ver sufrir a una hija.

—¿Tuvo algo con ella?

—Amistad, solo tuve una bonita amistad: algo eterno; sigue vivo aunque ella no esté. ¡Amistad!

Zahîr lamentó el violento final de mi compañero de viaje, pero antes de marcharse recordó un gesto de valentía que no pasé por alto. Resumió en media docena de frases la relación que mantuvo su abuela con el apuesto Atil Kutman. La puso como ejemplo para explicar que la complicidad que creció entre ellos no era diferente a la que tuvo él con mi madre o a la que yo no supe cuidar con Santiago.

—Santiago era un buen hombre —exaltó—. Su mirada era pura.

Eve no reacciona ante la rotunda afirmación de uno de los peones más leales de la Agencia Central de Inteligencia en Oriente Próximo.

—¿Le puedo hacer una pregunta personal? —pidió permiso el familiar del capitán Arda.

—Sí.

—¿Ustedes tenían una relación?

Baxter guarda silencio.

El amigo de Eyre Jordan sabía que las probabilidades de que no le contestara eran altas y cambió el rumbo de la conversación. Volvió a la escena anterior al asalto que se produjo en Ortaköy para recordar el cabreo que se cogió Gerasim cuando descubrió que nadie sabía quién coño era Atil Kutman.

—¿Sabe por qué lo hizo?

—¿El qué?

—¿Sabe por qué les dio el nombre de Atil Kutman?

La mujer vuelve a quedarse muda.

—Para protegerla —dignificó—. Cuidaba de usted.

Toc, toc, toc… Otra vez golpean.

Cemil asoma su calva con una puerta medio abierta, entrecruza unas miradas y le da un mensaje en español a Zahîr. "Tenemos que irnos".

—¿Ya?

—En Laleli ahora las cosas están más tranquilas —advirtió—. Es el momento de entrar. ¡Nos vamos!

—¿Los españoles qué han dicho? —aceptó sin rechistar—. ¿Nos van a cubrir?

—No quieren pringarse, pero hemos activado un plan B.

—¿Un plan B? —contestó incrédulo—. Siempre hay un plan B.

Zahîr pidió un segundo para despedirse, tocó mi cara con su mano derecha y solicitó permiso para darme un abrazo.

Eve no supo cómo reaccionar, ni a la caricia ni a la petición de un abrazo.

—¿Puedo? —insistió.

—Puede.

En aquel gesto se fundió el deseo de Eyre Jordan para que no repitiese sus errores, la lealtad de Zahîr con mi madre, el aroma a agua de violetas que me mantenía unida a mi padre, la amistad incondicional que me regaló Santiago…

—Siento el dolor que te hayan podido crear tantos silencios —disculpó Zahîr.

—Gracias, gracias por cuidar de ella —se abrió, por fin, Eve Baxter —.

—Siento el dolor causado por mis reiterados errores de cálculo… ¡Gracias!

Horas después Dunne confirmó que el operativo para repatriar los restos de Santiago iba por buen camino, pero no me dio más detalles. Lo que sí hizo fue informarme de mi inminente traslado al aeropuerto y que Cemil se venía conmigo.

—¿Cemil?

—Sí, Cemil —impuso—. Irá contigo, esto aún no ha acabado. Mientras sigas en Estambul tu seguridad es cosa nuestra. El riesgo continúa siendo muy alto.

—¿Ahora me vas a poner otra niñera? —ironizó—. Podías haber hecho algo más con Santiago, ¿no?

—Ya te he dicho varias veces que Santiago no era nuestro problema.

Este nuevo pico de tensión se diluyó cuando George me avisó de que Cemil había recogido mis pertenencias en el hotel, también las de Santiago. Eso sí, su equipaje se quedaba en Estambul porque lo necesitaban para cerrar la operación *El Principito*. Entre ellas no apareció su móvil: se lo habían robado.

Treinta minutos después en los exteriores del aeropuerto de Atatürk.

El mayor pidió que me quedara en el 4x4 mientras él sacaba los billetes y facturaba. No se marchó sin preguntar si quería ventanilla o pasillo y, sin esperarlo, me dio un sobre que Santiago había dejado a mi nombre en recepción antes de morir. (Poco o nada importaba que en consigna no se pudieran hacer este tipo de encargos, él supervisó que me llegara). Sabía que era el momento exacto. Las manos de Cemil apretaron las mías y me dio un consejo.

—Lea la nota, entenderá mejor las cosas.

Mientras se alejaba vi reflejado mi rostro en el cristal. No pude abrirlo. Una lágrima se deslizó sobre mi pómulo izquierdo al recordar que el hombre que recogió de una manera cómica mi maleta en la cinta de equipajes hace unos días había fallecido. ¡Santiago!

Eve intenta sin éxito abrir el sobre en varias ocasiones: es un manojo de nervios.

No ha salido como yo quería, pero tienes mi amistad por el resto de tu vida… Si quieres en cuanto regreses al hotel podemos ir a tomar algo. Gracias por darme la oportunidad de conocer Estambul; sin ti no habría sido posible…
No hay nada que perdonar: no te sientas culpable.
La vida es así de caprichosa.

Santiago

Cemil volvió diez minutos después, miró a la derecha y a la izquierda antes de abrir la puerta, preguntó cómo estaba y me recomendó que cubriera mi cabeza con un pañuelo.

—Señorita Baxter —escuchó a traición—. ¿Se marcha de Estambul?

La aparición espectral del capitán Arda incrementó mis niveles de ansiedad antes de volar a Madrid. No contaba con esta sorpresa y, mucho menos, después de que el jefe de los criminales rusos nos confesara que iba a estar entretenido declarando con los agentes de asuntos internos.

—Señorita Baxter, ¿ha visto un fantasma? —jugueteó el oficial—. Comprendo que le parezca extraño verme aquí, pero incluso en Turquía existe la posibilidad de eludir la cárcel pagando una fianza antes de que se celebre el juicio.

—Ojalá se pudra en ella —deseó con toda la rabia del mundo.

—Siento mucho la muerte de Santiago, era un buen hombre —se recreó el todavía jefe de la Unidad de Tesoros Nacional—. Ya le advertí del peligro de los rusos.

—¡Hijo de perra!

—¿Va a alguna parte? —machacó—. Antes de subirse a ese avión le voy a pedir un último favor: se va a venir a una oficina de fronteras para revisar sus pertenencias.

Cemil interpone su brazo derecho entre los dos convencido de que Arda está expedientado y ha sido retirado del servicio, pero en

cuanto le informan que hay otro oficial al mando accede sin poner ni una sola traba.

Arda se recreaba viendo la intensidad de los agentes de inspección rebuscando entre mis bragas, analizando a contraluz las radiografías, vaciaron en unas bandejas el contenido de unos botes de crema… Su cara adquirió un tono más mustio a medida que acumulaban fracasos.

—¿Pueden acelerar el registro? —demandó el mayor Cemil—. Ya han reclamado a los pasajeros de nuestro vuelo.

—¿Dónde está el anillo? —preguntó por última vez el capitán Arda.

—¡Qué te jodan!

Tal y como me advirtió el doctor Morris, este viaje me ayudaría a curar algunas heridas del pasado, pero no todas. El miedo a volar seguía dentro de mí, también mi fobia a los gatos. El inesperado encuentro con el Arda provocó que me olvidara de tomar la dosis de Pentothal. Cemil apoyó con dulzura su mano derecha sobre mi muslo izquierdo cuando nos sentamos en las butacas del Airbus A320 que estaba a punto de despegar.

—Tranquila —recomendó con un gesto de complicidad.

—¿Cómo sabes que tengo pánico a volar?

—La CIA lo sabe todo —bromeó—. Me advirtió el señor George Dunne.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —rompió el silencio la mujer.

—Por supuesto, ¿qué quiere saber?

—¿Sabía que no era la señora Mendoza?

—Sí.

—¡Cabrón! —Eve ríe, esta vez de manera natural—. ¿Ha leído la nota?

—También.

—¡Cabrón…!

—Dos veces en medio minuto —ironizó—. Esto promete.

Solo pensar que volvía a estar suspendida en el aire me causó una angustia que traté de desterrar recurriendo al ejemplar de *La muerte que vino del cielo* que había sido censurado.

Algo huele mal en las cloacas de la Casa Blanca

cuando la primera decisión del presidente Carter, nada más tomar posesión, fue cumplir su promesa electoral a través de un Decreto de Ley que ratificaba la amnistía incondicional para los insumisos de la guerra del Vietnam...

Esta declaración de intenciones y un extracto de su discurso inicial («Hemos aprendido que más no es necesariamente mejor, que incluso nuestra gran nación tiene sus límites reconocidos, y que no podemos contestar todas las preguntas ni resolver todos los problemas») confirmaba sus peores presagios: el escándalo estaba asegurado.

A medida que fueron cayendo las páginas, mejor entendía los miedos de mi madre a la hora de contar una historia que destruyó la vida de millones de estadounidenses; los que fueron a la guerra y los que se quedaron en casa.

Eve Baxter duerme vencida por el cansancio.

Las risas estridentes de un grupo de españoles con diademas que promocionan la clínica del doctor Galip Çelik ponen fin a mi descaso. Me sentía una reina en medio de un jardín botánico de alopécicos. Cemil me leyó la mente antes de soltar una frase ocurrente: «Todos los calvos se han enamorado de Estambul».

—Señores pasajeros, dentro de veinte minutos vamos a tomar tierra en el aeropuerto internacional de Madrid-Barajas, donde la temperatura actual es de veintidós grados centígrados —informó un sobrecargo—. Por favor, comprueben que sus cinturones de seguridad están bien abrochados, sus asientos en posición vertical y las mesas plegadas… ¡Bienvenidos a Madrid!

A continuación, la misma voz nos indicó que la hora local era las 15:33 y, además, que los pasajeros con un código compartido en tránsito a Nueva York fueran a un mostrador de American Airlines nada más llegar a la T4 para recibir más información.

Eve y Cemil buscan los datos de su vuelo a Estados Unidos en un panel.

Es imposible medir la cantidad de sueños que se concentran en esas pantallas, los hilos incorpóreos que unen las vidas de millones de pasajeros. El mundo no es tan grande.

Camino de la puerta H37 vi el rostro de Santiago en un televisor. Un canal 24 horas informaba del trágico asesinato de un periodista español en Estambul, un profesional con un amplio recorrido en conflictos bélicos internacionales que, según la locutora, participaba en una peligrosa investigación asociada a una red de tráfico de armas en el Kurdistán. «La embajada española en Turquía ha indicado que ya se están haciendo las gestiones oportunas para repatriar su cuerpo a Tenerife, isla de la que era natural». Cemil me regaló una mirada encubridora, en sus ojos vi que la máquina del engaño había vuelto a funcionar.

Una hora cuarenta y cinco minutos después, en pleno vuelo a Nueva York...

Un remolino hizo temblar el avión. La compuerta situada sobre mi cabeza se abrió y una azafata se apresuró a cerrarla. Cemil dormía como un niño. Durante unos segundos me quedé contemplando el efecto de unos rayos de sol sobre su cara. Los botones superiores de su camisa estaban sin emparejar y antes de que despertara pude ver un curioso tatuaje sobre su corazón…

—¿Hemos llegado? —preguntó el mayor.

—No.

Cemil volvió a cerrar los ojos y recolocó su cabeza.

Un calambrazo contrajo mi corazón sin avisar, un corrientazo que asocié al hecho de que días antes el que ocupaba el asiento de al lado en mi segundo vuelo era Santiago. Él me enseñó que la amistad consiste en pensar primero en la otra persona. Imagino que esa misma fue la sensación que experimentó ella cuando Zahîr se cruzó en su vida.

«La vida es una gran mentira en la que suelen salir victoriosas las personas que mejor sobreviven entre ellas, no las que más embustes cuentan».

EVE BAXTER JORDAN

¿Dónde está el anillo?

«Casi todos los neoyorquinos nos hemos sentido alguna vez observados por Jeff».

Eve Baxter Jordan

La fatiga emocional de un viaje cruel y pasar las últimas ocho horas encajada en el asiento 7B de un Airbus A380 no impidieron reconocer las primeras formas nocturnas del *skyline.* La ciudad que nunca duerme me dio la bienvenida con la agitación habitual. Veinte minutos después, en cuanto Cemil se aseguró de que estábamos solos me dijo que pasaría la noche en el *The Willyam By Sonder*, comprobé que casi nada había cambiado en casa. La única diferencia que hallé con respecto a cómo la dejé tenía que ver con el sobre de medio formato que estaba en la mesa del salón. Lo vi al correr las cortinas de la cristalera que dan al edificio Chrysler. Dentro había fotografías de mi niñez. En casi todas aparecía sola, con la tristeza incrustada en mi cara y sin el calor de una familia.

Cemil pregunta si se encuentra bien y anuncia su marcha al hotel.

Una foto con Pattycake, la gorila del zoo de Central Park; otra con unas huellas de chocolate bordeando mi boca después de una dulce visita a *Hershey*; una imagen horizontal del disfraz que me cosió Marieta para la obra de teatro de fin de curso de 1977 del Colegio Lowe Midtown; un retrato en blanco y negro mirando a través de una ventana de la residencia familiar de Lexington Avenue y hasta un amargo posado en el Winter Garden Theatre de Times Square antes de una función de *Cats*…

—¡Gatos, aggsssss, odio a esos animales! Les tengo manía mucho antes de ver ese maldito musical, pero a quién coño se le ocurre hacer un espectáculo protagonizado por unos bichos tan asquerosos. No hay que ser un lince para ver que un *show* donde los actores principales son animales está condenado al fracaso…

Detrás de la última imagen había una pequeña nota sujeta con un clip que aclaraba la existencia de este *book* fotográfico.

Son tuyas, estas 39 fotos te pertenecen.
En ellas están las 39 semanas que tu
madre permaneció con vida tras el
accidente de Los Rodeos… Zahîr
las guardó hasta hace unos días
como el más grande de todos los tesoros.
George Dunne

Ring, ring, ring.

Suena el timbre del apartamento de Eve.

Andrew, el conserje del turno de noche que asumió el puesto del señor Cruz en cuanto lo jubilaron, se disculpó por no haberme entregado nada más verme un paquete que un repartidor de FedEx trajo a última hora de la tarde.

—Lo siento mucho, señorita Baxter —lamentó el descuido—. Esto estaba en su casillero…

La hija de Tom y Eyre se descompone al ver el remitente.

Santiago Mendoza

La dirección del lugar desde donde se realizó el envío estaba en turco, pero no la nota interior que encontré junto a una caja de castañas confitadas de Kafkas, otra de delicias con pistachos, una cafetera de cobre, unos botes de embutidos curtidos… Al principio tuve la tentación de llamar por teléfono a Cemil para informarle de lo que estaba pasando [él se ofreció a regresar si me encontraba mal o percibía alguna situación de peligro], pero si tanto me molestó que Dunne me pusiera una protección no deseada, ahora no iba a ser yo la que llorara como una mojigata implorando su presencia. Este imprevisto lo podía gestionar sola.

Mira dentro de los botes de embutidos

Entre el lote de productos gastronómicos apareció el MP3 al que recurría Santiago cada vez que entre nosotros se abría una crisis. Aún tenía pilas cuando llegué a la galería de música en la que encontré una canción titulada *Aunque tú no lo sepas*[13].

Aunque tú no lo sepas
me he inventado tu nombre,
me drogué con promesas
y he dormido en los coches.
Aunque tú no lo entiendas,
nunca escribo el remite en el sobre
por no dejar mis huellas.

En el primer envase que abrí no había nada extraño. Era una especie de salchicha de pollo seca que estaba condimentada y con una etiqueta en la que se podía leer algo así como sukuc. El otro, algo más viscoso, emitió un extraño brillo cuando lo puse debajo de la Tiffany del recibidor. No percibí que era una sortija hasta que retiré una grasa que usan como relleno para ampliar las propiedades de conservación de los alimentos. En cuanto el agua limpió el objeto vi que el anillo de Faride había regresado a Nueva York.

Eve Baxter revive los episodios más angustiosos del viaje a Estambul.

Ring, ring, ring.

Vuelve a sonar el timbre.

Andrew sostenía una bolsa de papel reciclado con el pedido que hice al *Candy Shop* nada más aterrizar, comprobé que por una vez el repartidor no había extraviado un encargo y, tras despedirme del portero, me fui a la cocina a por una cucharilla. Lo que más me apetecía ahora era observar las luces de la ciudad degustando un tiramisú.

El chocolate en polvo estalló en mi boca con el primer bocado y, a continuación, le di la vuelta a la cuchara y apuré las últimas partículas con la punta de mi lengua. Fue un momento orgásmico. Aunque los científicos hayan dejado claro que una buena noche de sexo no se puede sustituir por una tableta de Cadbury, esto casi rozó la felicidad.

Mmmm, mmmm, mmmm… El móvil de Eve vibra y recibe un SMS.

tiramisudesvelado2001: Veo que has vuelto a casa, sé que tienes el anillo…

Eve se aleja de la cristalera.

Casi todos los neoyorquinos nos hemos sentido alguna vez observados por Jeff[14] desde el enorme ventanal de su apartamento del Greenwich Village.

---

[13] *Aunque tú no lo sepas*, es el título de un poema de Luis García Montero, que sirvió de inspiración para una canción de Quique González, un relato de Almudena Grandes, una película de Juan Vicente Córdoba y un documental de Charlie Arzaiz y Alberto Ortega. El fragmento pertenece al libro *Habitaciones separadas* (1994) de Luis García Montero.

[14] L. B. *Jeff* Jefferies, papel interpretado por James Stewart en *La ventana indiscreta*, película dirigida por Alfred Hitchcock en 1954. En el reparto también estaban Grace Kelly, Wendell Corey, Raymond Burr y Thelma Ritter.

¿Dónde está Santiago?

«Solo soy una vieja amiga».

Rebeca

Terminal de carga del aeropuerto de Los Rodeos, tres días después

Un empleado de Iberia busca al chófer del coche funerario que viene a recoger un ataúd, solicita su firma para verificar que la entrega se ha completado con éxito y pregunta si alguien se hará cargo del muerto. Mientras él comprueba que el certificado de defunción está correcto, agarra con su mano derecha una maleta sin dueño y con la otra recoge el DNI que le entrega una mujer. Ella y un hombre de mediana edad algo timorato, de unas proporciones muy reducidas, esperan los restos de Santiago Mendoza Expósito. Los dos aguantan la respiración sin apartar la mirada de la caja hasta que el jefe de operaciones de la aerolínea pronuncia un nombre.

—¿Rebeca? Siento mucho lo ocurrido —resolvió por una simple formalidad—. ¿Es usted familiar del difunto?

La mujer guarda silencio sin apartar sus ojos de Tomás.

—No, soy una amiga —aclaró—. Una vieja amiga.

—Este certificado lo tiene que llevar al Juzgado de La Laguna —explicó—. Hasta que no se formalicen todos los trámites con la embajada española en Estambul no lo pueden enterrar. Ahora se lo llevan al Instituto de Medicina Legal.

—De acuerdo —aceptó sin hacer más preguntas—. Muchas gracias.

Tomás acaricia la caja con ternura, aprieta uno de sus puños con un coraje desconocido y pronuncia una frase cuyo contenido solo entiende él.

—Te lo dije —lanzó al vacío enfadado—. Santiago, te dije que no entraras.

El testimonio

«Robert Bragg, copiloto del Pan Am
accidentado en Los Rodeos».

Periódico *El Día* - 14 de agosto de 2004

El capitán Robert Bragg conoció Tenerife el mismo día que le tocó vivir el recuerdo más amargo en sus treinta y cinco años de profesión. Era miembro de la tripulación del Boeing 747 de Pan Am que a las 17 horas 06 minutos y 50 segundos del 27 de marzo de 1977 fue embestido —en Los Rodeos— por una aeronave de las mismas características de KLM en un suceso que se cobró la vida de 583 personas, la mayor catástrofe aérea que se recuerda. Nacido en Mobile, Alabama, Bragg comenzó a volar durante su estancia en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Luego, abandonó los aviones de combate por la aviación comercial: «Alguien quiso que yo volviera a nacer en Tenerife», señaló en la línea de salida de una entrevista que coincide con su tercera visita a la isla.

«Alguien quiso que yo volviera
A nacer en Tenerife»

—¿Qué imágenes guarda en su memoria de lo ocurrido aquel día?

—Fue una experiencia por la que ningún piloto querría pasar. Un instante trágico que a partir de entonces tengo presente cada uno de los días de mi vida.

—¿Esos recuerdos se convirtieron alguna vez en una tortura?

—A veces trato de no pensar en ello, pero es complicado. Cuando veo un Boeing, por ejemplo, pienso qué es lo que podía haber hecho para evitar aquella tragedia, pero no veo nada. Lo único que sé es que las prisas no son una buena compañía. Y menos cuando uno se sube a un avión.

—¿Cuál es su análisis del suceso que se produjo en Los Rodeos el 27 de marzo de 1977?

—El comandante de KLM tenía demasiadas prisas y no pensó lo que iba a pasar. Había de por medio un límite de horas de trabajo y él quería volar pronto a Las Palmas para finalizar su horario.

«La primera vez que me dijeron que debía volar
a Canarias tuve que usar un mapa para buscarlas»

—¿Todo aquello solo se explica por un error humano?

—No fue ni la torre de control, ni una persona del aeropuerto. El culpable fue alguien que tenía mucha prisa. Respecto a si se debió a un error humano, mientras un avión esté en manos de un piloto humano esa opción está viva.

—Aquella fue la primera vez que visitó Tenerife, ¿no?

—Yo tenía que ir a Las Palmas y no a Tenerife. Era un vuelo chárter de Pan Am y antes de aquel día nunca había estado por aquí. La primera vez que me dijeron que debía volar a Canarias tuve que usar un mapa para buscarlas.

—Luego, ¿usted regresó a Tenerife en el año 1997?

—Sí, pero no como piloto. Vine como turista y quise volver a Los Rodeos. Subimos hasta La Laguna para visitar el lugar del accidente y tuve un montón de sensaciones raras. Todo estaba muy cambiado y solo recordaba a grandes rasgos la posición en la que habían quedado los aviones —el punto exacto del impacto se fijó en las coordenadas 289 28’ 30” latitud Norte / 162 19’ 30” longitud Oeste —, el resto del aeropuerto no tenía nada que ver con la imagen que me llevé el día del accidente. Quise volver a Tenerife después de lo sucedido, pero seguí volando y mi trabajo no me lo permitió.

—¿Cuánto tiempo le costó superar aquel percance?

—Solo tres meses, justo el tiempo que tuve que llevar la escayola. Si no hubiera sido por ella habría volado antes, pero tardé unos noventa días en volver a entrar en la cabina de un avión. Hablé con los jefes de Pan Am y me dijeron que volviera cuando yo quisiera. Un día llamé, me asignaron un piloto y un ingeniero y me volví a subir en un Boeing 747 sin pasajeros. Estuvimos más de cuatro horas volando y completando maniobras de despegues y aterrizajes.

A partir de entonces trabajé hasta que me llegó el momento de la jubilación. Siempre que volaba iba muy tranquilo, pero después de lo que pasó en el aeropuerto en Los Rodeos, cuando tenía que volar lo hacía aún con mayor serenidad.

«Después de lo que pasó en Los Rodeos, cuando tenía que volar lo hacía aún con mayor serenidad»

—Es usted un superviviente, ¿en qué se nota esa condición?

—Lo primero que me pregunté fue por qué razón había quedado con vida y otros murieron. Durante tres días seguidos no pude dormir. Todo iba demasiado rápido y las cosas parecían poco naturales, pero yo me sentí querido el tiempo que estuve en el hospital. A pesar de que estaba bastante alejado de mi hogar, nunca perdí la perspectiva de lo que estaba ocurriendo. Solo al principio te sale un sentimiento egoísta que te dice que tú te tienes que salvar, pero enseguida me di cuenta de que lo importante era sacar con vida al mayor número de pasajeros y alejarnos del avión.

—¿Fueron los segundos más largos de su historia?

—Tengo una creencia religiosa y sé que alguien quiso que yo volviera a nacer en Tenerife. La primera vez que vi al avión de KLM pude distinguir unas luces y supe que estaba allí. Sus focos comenzaron a vibrar al tiempo que se nos venía encima. No me lo creía. Le comenté al comandante que venía a por nosotros, aunque no me lo podía creer. Después del golpe empecé a ver las cosas de manera diferente. ¡Había sobrevivido!

Una leyenda urbana

Robert Bragg nunca ha visto al aeropuerto de Los Rodeos como algo «maldito». Sus treinta y cinco años de experiencia le indican que «con las mismas circunstancias que se dieron aquel día en la pista el resultado final no habría cambiado. Esos comentarios es lo que se llama una leyenda urbana», reconoció el capitán Bragg en un tramo de la entrevista en la que también estuvo presente su esposa. «Lo que me ocurrió aquel día no es comparable con nada. Durante mi vida profesional se me rompió el cristal de la cabina en una

travesía, se me cayeron las ruedas e incluso en dos ocasiones se me pararon los motores, pero lo de Tenerife marcó mi futuro», añadiendo que «uno tiene que tener unas creencias muy sólidas cuando se enfrenta a una situación así». El copiloto del Boeing 747 de Pan Am señaló a *El Día* que tras el impacto trató de parar los motores del avión, pero el panel de control había desaparecido. «Salté desde la cabina en busca de supervivientes. No había nada que hacer —el comandante se aleja de los restos, enciende un cigarrillo y espera la llegada de los recursos de emergencias—. La gente de Tenerife fue muy solidaria con nosotros».

Jorge Dávila
